IRENE MORALES

EL NOVIO IDEAL



El novio ideal

Irene Morales



Para mi madre, que me pidió una novela negra.
Vale que me ha quedado más rosa que negra,
pero a caballo regalado no le mires el diente, ¿no?

Prólogo

El cadáver de San Valentín

Julia estaba bastante segura de que el cadáver no formaba parte del plan.

Vale que un cadáver no formaría parte del plan de nadie medianamente normal, pero es que además estaban hablando de Tirso Mihura, el cual era, en todos y cada uno de los sentidos, el hombre perfecto. Y que conste que no lo decía solo ella. Si hasta su madre le dio la enhorabuena cuando se lo presentó. Si hasta sus amigas lo consideraban una más del grupo. Si hasta *su gata* le dejaba tocarle la panza sin represalias, la muy lagarta. Julia apostaría la mano a que Muu quería camelárselo, por cómo se le acurrucaba las noches de peli y mantita mientras ronroneaba a volumen de tractor. Pues llegaba tarde. Tirso y ella mantenían un idílico romance desde hacía ya tres años y no iba a dejarlo escapar ni por encima de su cadáver.

Ay, el cadáver.

—¿Julia?

Julia dio un respingo. Tirso la miraba con esos ojos negros que la conocían tan bien, de punta en blanco y tenedor en mano. Parecía

mitad divertido mitad preocupado, aunque debía de tirar más hacia lo segundo, porque añadió:

—¿Pasa algo? Estás un poco… dispersa. Y pálida.

«¿Pálida como la novia cadáver?», dijo una vocecilla que sonaba extrañamente como si Muu hablase en vez de maullar.

—Perdón —barbotó, apresurándose a cortar un par de bocados de *filet mignon*—. Es que no logro acordarme de si he echado la llave.

—Seguro que sí. Nunca te he visto olvidarte.

—Nunca pasa nada hasta que pasa y te entran a robar.

—También se me puede olvidar a mí.

A Julia se le escapó una risita. No se imaginaba a Tirso teniendo un desliz.

—Si te está agobiando mucho, puedo acercarme en un momento a comprobarlo. —Miró su reloj de pulsera—. A estas horas estará todo el mundo cenando, no habrá casi tráfico.

—¡No!

Al instante, todos los ojos se volvieron hacia ella. Genial. Su novio la sorprendía con una velada romántica en el restaurante más pitiminí de Madrid y ella se lo pagaba montando el numerito. Se sintió aún más fuera de lugar, con su vestido del Shein y su bisutería de rebajas. Quizá a primera vista diera el pego entre las altas esferas, pero ya se sabe: aunque la mona se vista de seda…

Tirso no frunció el ceño, ni se molestó, ni nada. Lo que hizo fue deslizarse por el silloncito del reservado para sentarse a su vera con el cuerpo vuelto hacia ella, escudándola sutilmente del resto de las mesas. Con lo grande que era, funcionó, y Julia relajó los hombros enseguida.

—Cuéntame —la animó, en voz muy bajita—. ¿Qué es? ¿El sitio, la comida? ¿Algo del trabajo? ¿U otra cosa?

—No lo sé —respondió, lo más cercano a «el cadáver del maletero» que se veía capaz de articular. Aunque ni siquiera sabía si seguía en el maletero. De hecho, podría ni ser un cadáver. A lo mejor era una decoración de Halloween (aunque para octubre quedaba bastante), o un seto con forma extraña (aunque no tenían jardín), o una escultura romana especialmente maleable (aunque no se le ocurría dónde iban a meter semejante mamotreto en su piso). Podría incluso ser su regalo de San Valentín. Cualquier cosa menos un cadáver.

Porque, si lo era, el Tirso que ahora le sonreía suavemente dejaría de existir. Y Julia no estaba preparada para perder lo mejor que le había pasado en la vida. Quizá por eso estaba así, pálida y sofocada a un tiempo, intentando obligar a su cerebro a replegarse sobre sí mismo para borrar las huellas de un crimen que *desde luego* Tirso no había cometido. Imposible. El garaje estaba muy oscuro, seguro que había visto mal. Seguro que si le preguntaba directamente él se echaría a reír y se lo explicaría. Solo Julia conseguía hacerlo reír.

—¿Refrán? —probó entonces Tirso.

Incluso en pseudo estado de shock, ella sonrió. Hacía mucho que no usaban su código secreto, ahora que tenían la confianza suficiente para poner en palabras lo que les rondaba por la cabeza. Pero, al principio, cuando a Julia le estresaba tanto cagarla que entraba en modo muñequita (sonreír y asentir a cualquier cosa que él dijera), Tirso había aprovechado la enciclopedia de refranes con patas que era su novia para convertirlos en un lenguaje propio, cada

refrán al mismo tiempo una pista del problema y una palabra de seguridad.

Julia miró en rededor, buscando inspiración para dar con el refrán ideal. El primero que le vino a la mente, cómo no, fue «A quien quieras matar, carne asada dale a cenar», pero entre eso y «Te he pillado escondiendo un cadáver en tu Ford Focus» apenas había diferencia, y como seguro seguro seguro que Tirso era inocente, Julia no quería hacerle creer que se había tomado el *filet mignon* como una amenaza.

Estaba debatiéndose entre dos clasicazos cuando un tercero se abrió paso cual revelación divina:

—Antes que te cases, mira lo que haces.

Se sintió orgullosísima de sí misma hasta que le vio la cara a Tirso. Mierda, ¿tan directa había sido? ¿Por qué se había puesto todo tenso de repente? ¿No debería estar tensa ella, que era la que había presenciado un… *algo*?

El silencio se alargó durante uno, dos, tres segundos. Cuatro. Él seguía mirándola a los ojos con una expresión que jamás le había visto, un mix entre desconcierto, apuro y alerta muy poco halagüeño. Julia se preparó para lo peor.

Pero para lo que no se había preparado fue para que Tirso se riera entre dientes, incapaz de disimular una sonrisilla de granuja tras la palma. A Julia le habría ofendido la situación de no ser por el hoyuelo monísimo que le salía a su novio cuando se reía. Tú imagínatelo. Tú imagínate a la versión humana de un todoterreno de alta gama, todo robusto y sobrio y sofisticado y de pronto, ¡pom! Un hoyuelito. Le daban ganas de *chillar.*

—¿Por eso estabas a punto de desmayarte? ¡Julia!

—¿¡Qué!? —casi lloriqueó, desesperada.

Negando con la cabeza, Tirso metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta de traje y sacó una cajita alargada de terciopelo negro. Antes de que ella pudiera entender qué tenía que ver la cajita con el cadáver, la abrió con un clac que dio paso a la gargantilla más bonita jamás contemplada por ojo humano, animal o divino. Madre mía. Debía de haberle costado un quint…

—¿Lo ves? Ni pedrusco, ni rodilla al suelo. Estás a salvo.

Levantó tan rápido la cabeza para mirarlo que le chascaron las cervicales. ¿Qué pedrusco, qué rodilla? ¿Qué…? Ah. *Ah.* «Antes que te cases, mira lo que haces». Tirso creía que Julia estaba medio febril por miedo a que le pidiera matrimonio. ¡Miedo al matrimonio, *ella*! ¡Acabáramos! Pero no podía sacarle de su error, porque entonces tendría que decirle que en realidad lo sospechaba un asesino. Ahora *sí* que iba a desmayarse.

—No, pero… Tirso, yo sí… Quiero decir, algún día, claro…

—No pasa nada —la cortó él, dulce a rabiar, como cuando Julia le cazaba haciéndole carantoñas a Muu—. Estamos en la misma página. Solo me ofende que pensaras que iba a pedírtelo *en San Valentín.* Y encima aquí, delante de un porrón de estirados. No, no; te entiendo. Yo me habría puesto incluso peor. ¿Ya estás mejor?

No. ¡NO! Demasiadas emociones muy fuertes y muy contrarias. ¿Acababa de implicar lo que Julia creía que acababa de implicar? ¿Acababa de dejar caer, así como quien no quiere la cosa, que quería…?

—¿¡Quieres casarte conmigo!?

—Shhh —le chistó Tirso al instante, echando un vistazo rápido por encima del hombro—. No lo digas muy alto o empezarán a aplaudir,

y luego a ver quién es el guapo que se lo explica.

—Pero… *¿quieres?*

Él enarcó una ceja.

—¿Cómo, ahora?

—No, a ver… A la larga.

—Ah, pues claro.

Y lo soltaba tan pancho. Julia se lo quedó mirando, notándose vibrar de la emoción. Tirso volvió a reírse (¡el hoyuelo!). Dios, no había sido tan feliz en la vida, y eso que ni siquiera le había pedido matrimonio aún. Pero estaba en sus planes, en sus planes *de futuro,* que era lo importante.

Sin dejar de sonreír, su novio le acunó la cara entre las manos para darle un beso de los suyos, de los de película, y, durante un espacio bochornosamente largo de tiempo, Julia se olvidó del cadáver.

1

La Julia del garaje

Se acordó ya de madrugada, mientras hacía un pis rápido a oscuras para no despabilarse.

Le gustaría decir que la impresión del recuerdo le cortó hasta el aliento, pero lamentablemente solo le cortó el pis, y encima solo durante unos segundos. Por lo demás, su cuerpo continuó funcionando como si nada, quizá demasiado amodorrado todavía para afrontar la magnitud de lo sucedido aquella tarde en el garaje. Sin embargo, del estado de shock ya había salido seguro, pues sentía la cabeza menos embotada, los pensamientos más nítidos, interconectados en lugar de envueltos uno a uno en algodón.

Tirso tenía el sueño profundo; ni habría notado su ausencia ni notaría si tardaba en volver. Y, aunque se desvelara, no saldría a buscarla salvo que la oyera echando hasta la primera papilla, momento en que se levantaría para prepararle una manzanilla calentita.

El pequeño sensor a la entrada del baño alumbraba prácticamente lo mismo que las luces de paso del garaje comunitario, emborronando rincones y siluetas de una manera que a Julia siempre le había recordado al ruido blanco de los televisores

antiguos. Si desenfocaba la vista, casi parecía que volvía a encontrarse allá abajo, en el lugar y momento exactos en que su vida acabó y comenzó: a las siete de esa misma tarde, sacando el regalo de San Valentín para Tirso del trastero. El susodicho había quedado en recogerla a las nueve en el portal, así que cuando a las siete y tres (3) minutos el morro de su Ford Focus asomó por la cuesta del garaje Julia no había tenido más opción que agazaparse tras el coche del vecino con el corazón desbocado. ¡Por qué poco! Un segundo antes y la habría pillado de pleno con las manos en la masa.

Ni siquiera se había planteado que Tirso le hubiera hecho la trece catorce. Era demasiado considerado como para no avisarla si salía pronto del trabajo, y tampoco habría esperado encontrársela allí porque Julia llevaba *años* fingiendo que bajar sola al trastero le daba yuyu precisamente para poder esconder dentro sus regalos parejiles. Así que solo había una razón por la que Tirso se pasaría por el garaje dos horas antes de una cita de San Valentín: un regalo de San Valentín.

Julia había tenido que contener la risa mientras lo oía bajar del coche y cruzar su plaza de garaje. «Sincronizados hasta para esconder regalos», recordaba haber pensado, extasiada. Luego las bisagras del trastero habían chirriado como cigarras, señal de que podía echar una ojeada si se atrevía. Y tanto que se había atrevido. Su novio estaba de espaldas a ella, hurgando en el armarito empotrado con una brusquedad muy poco Tirso (aunque de este detalle se daría cuenta la Julia del baño y no la Julia del garaje). Al final había sacado algo pesado de un tirón, algo que, desde luego, no tenía pinta de regalo de San Valentín. Más bien de garrafa de

detergente. Ya más desconcertada que otra cosa, Julia se había asomado por una esquinita justo para verlo abrir el maletero del Focus.

En realidad, ahora que revisaba el recuerdo en la intimidad de su cuarto de baño, no es que hubiera cazado a su novio metiendo un cadáver en el coche. El cadáver ya estaba dentro. Lo más correcto sería decir que lo había cazado recolocando un grueso fardo de sacos de construcción bien ceñidos con cinta aislante, y que solo cuando pensó que se parecía a los fiambres envueltos en plástico de las pelis fue súbitamente consciente de que no «se parecía»; *lo era.*

Ahí la Julia escondida había soltado un grito ahogado digno de telenovela, dramatismo que le habría salido caro de no ser porque Tirso cerró el maletero de un portazo al mismo tiempo.

El resto lo tenía algo difuso. Sabía que había pasado un buen rato ahí abajo, acuclillada muy quieta detrás del Peugeot del vecino incluso después de que Tirso se marchara con su coche y su cadáver. No había hecho más ruido, ni había dejado de apretarse el dichoso regalo contra el pecho, por si acaso. ¿Por si acaso qué? Ni idea. Por si acaso, sin más. Luego la alarma de su móvil había saltado, y Julia con ella. «Hora de emperifollarse», se recordó, que era justo para lo que había puesto esa alarma. Así que Julia entró en modo automático y salió de su escondrijo, vadeó entre la penumbra hasta el ascensor, subió a casa y procedió a ponerse mona para su cena de San Valentín. Increíble, lo rápido que terminaba si no se distraía con tonterías. Hasta le dio tiempo a envolver como Dios manda el regalo.

A las nueve en puntito un Tirso todo trajeado paraba frente al portal y ella se montaba en el Focus con su sonrisa de siempre.

Y a las tres de la mañana estaba sentada en el váter totalmente a oscuras, encogida de frío pero incapaz de volver a la cama. El sensor se había apagado en algún momento de su recapitulación de los hechos, y, la verdad, lo agradecía. Se sentía más segura así que bañada por esa luminiscencia amarillenta tan parecida a la del garaje.

Al menos hasta que la puerta del baño se abrió con un chirrido muy, muy lento.

—Coño —siseó Julia, atragantándose con su propia saliva del susto. Desde luego, ya le había quedado claro que ella la *final girl* en un *slasher* no sería—. ¿Tirso?

La oscuridad no contestó. Tampoco respiró. Si había alguien ahí, estaba conteniendo el aliento. Porque ella lo sentía, que había alguien ahí. Mirándola. Acercándose. Y Julia podría agitar el brazo para encender la luz del sensor pero no se movió porque si Tirso iba a matarla, prefería no saberlo, prefería no verl…

—*¿Miau?*

Esta vez, los sapos y culebras que salieron de su boca fueron 100% deliberados, cagándose en todos y cada uno de los muertos de su puñetera gata, la que ahora se le enroscaba entre los tobillos con otro maullido angelical. Joé, pues sí que debía de haber pasado rato disociando en el baño para que Muu viniera a buscarla. Normalmente tenía que arrancarla del pecho de Tirso con alicates.

—Ah, así que ese era tu plan, ¿eh? Matarme de un infarto para quedártelo entero para ti… Qué bajo, Muu.

La tía ni se molestó en negarlo. Con un suspiro, Julia por fin se puso en marcha, agarrotada de pies a cabeza tras el que (esperaba) había sido el peor día de toda su vida. Todavía temblaba como una

hoja del subidón de adrenalina cuando se levantó, así que cogió en brazos a Muu para usarla de apoyo emocional durante los dos kilométricos metros que separaban el baño del dormitorio. Blandita, suavecita, blanquinegra como una vaquita en miniatura y ronroneando a todo motor. Perfecta.

Dentro no estaba tan oscuro. A los dos (a los tres) les gustaba dormir con las persianas subidas, y la luz de las farolas lo tintaba todo de color mandarina. Tirso se había vuelto bocabajo, como hacía siempre al segundo de notarse solo en la cama. Era un acto inconsciente, de sueño profundo, reparador. Julia quiso tomárselo como una prueba de su inocencia. Nadie dormiría a pierna suelta después de cargarse a alguien, ¿no? Y Muu tampoco lo querría tanto si fuera mala gente; los gatos tenían un sexto sentido para eso.

Como para demostrárselo, Muu saltó de sus brazos directa a hacerse una bolita diminuta entre los omoplatos de Tirso. Comprensible. Si ella fuera así de chiquita, no se bajaría de ahí jamás. Pero no lo era, así que tuvo que contentarse con la otra mitad de la cama.

Incluso tumbado, Tirso seguía siendo enorme. Durante las perezosas mañanas de findes y festivos solía ponerse de lado para resguardarla del sol.

—Ey —susurró entonces el propio Tirso, alzando un poco la cabeza para mirarla—. ¿Otra vez quedándote sopa en el váter?

Uy, pues no estaba dormido. De pronto consciente de lo fuera de personaje que sería mantener las distancias, Julia se pegó a su costado como una lapa, echándole encima el brazo y la rodilla para mayor anclaje. Si Muu podía, ella también.

—Culpable.

—Mmm.

Ya no lo veía, pero sabía que estaba sonriendo. ¿Cómo debería tomárselo? Tirso no solo se había desvelado (cosa ya rara de por sí), sino que además había notado que Julia había tardado en volver y así se lo había hecho saber. ¿Sospecharía algo? ¿La estaba tanteando? ¿O solo le preocupaba genuinamente que su novia se quedara traspuesta entre pis y pis?

Debería preguntárselo y punto.

O… podría olvidarlo. *Forzarse* a olvidarlo.

Total, tampoco le había resultado muy difícil fingir que no pasaba nada. Al día siguiente dejarían de arderle las piernas por las horas agazapada tras un coche y, si se lo proponía, para la próxima semana el temita del cadáver ya sería agua pasada. Lo habría borrado por completo de su mente. Solo tendría que acordarse de la Julia de San Valentín, de la eficiencia con la que se había hecho la raya del ojo en piloto automático, y la Julia del garaje desaparecería para siempre.

Fake it until you make it, como decían los yanquis. Así no tendría que escoger entre su novio y su cordura.

Pues ea, decidido. Adiós adiós, Julia del garaje. Nadie te quiere aquí.

2

El coche nuevo

La Julia de San Valentín duró lo mismo que el Focus: un mes exacto.

Un mes en el que Julia vivió tranquilísima y enamoradísima, como siempre, como desde que Tirso ocupaba el papel de interés amoroso en su vida. Como debía ser.

Vale que tuvo pesadillas a espuertas, porque la Julia de San Valentín no podía acompañarla al mundo de los sueños y allí la Julia del garaje era dueña y señora de todos sus miedos, pero incluso eso logró controlarlo con un simple truco: no pasar al baño de noche. Si nada le recordaba al garaje, nada la perseguiría hasta la cama, y, en casos de extrema (EXTREMA) urgencia, con encender la luz del tocador le bastaba.

Al garaje ni se acercó, claro. Ahora *sí* que le daba yuyu, cosa que le estaba bien empleada, por mentirosa. Todavía tenía pendiente buscarse un nuevo escondrijo para los regalos, pero, bueno, mejor eso que morirse. O que Tirso se preguntara por qué de pronto su novia evitaba bajar al garaje.

En general, fue un buen mes. Hasta disfrutó las partes en que se desvelaba de madrugada, toda asfixiada de soñar que despertaba dentro de un saco en el maletero del Focus, pues Tirso siempre

estaba ahí para reconfortarla entre sus brazos. Siempre. Cuando le preguntó qué la tenía tan agitada, ella culpó al trabajo y tiró p'alante como los de Alicante.

Para el mesiversario del Incidente™, Julia ya llevaba una semana sin pesadillas y era capaz de montarse en el Focus sin necesidad de disimular vahídos emocionales. Estaba contenta con su progreso. Estaba casi casi segura de que lo había superado.

Casi.

Porque, la tarde del 14 de marzo, Tirso la llamó y le dijo que no se preocupara, pero que acababa de tener un accidente. «Siniestro total», según la aseguradora. Tendría que comprarse un coche nuevo.

Ahí Julia tuvo dos pensamientos en simultáneo. Uno de persona normal («¡Dios mío, ¿estás bien?!») y otro de estrés postraumático («Allá va la única prueba del delito»). Por suerte, durante aquel mes había cogido práctica acallando la segunda vocecita, así que solo articuló la primera:

—¡Dios mío, ¿estás bien?!

—Sí, sí, de verdad que no te preocupes. Cojeo un poco, pero solo porque me he tropezado al salir.

—¿¡Qué ha pasado!?

Las Martas ya habían entrado en modo emergencia, una con el bolso al hombro y la otra con las llaves de su propio coche en mano. A una señal suya, pagarían la cuenta para marchar a donde hubiera que marchar, como todo escuadrón de amigas que se precie. La estudiaron muy rectas, expectantes, mientras Tirso le explicaba con voz calmada que había pegado un volantazo para esquivar a un gatito extraviado en mitad de la autovía, con tan mala suerte que

había terminado lijando todo el lateral del Focus contra una barrera de hormigón. Siendo «lijando» el término adecuado, pues por quedar no quedaban ni las puertas. Pero, eh, el gatito estaba bien. Julia lo oía maullar en bucle por detrás.

—Es una monada. Luego te mando una foto.

Mmm. A lo mejor sí que había sido un accidente, y no un «accidente». Se sintió tonta por planteárselo siquiera. Las coincidencias existían.

—Estoy con las Martas —dijo Julia al fin, efectivamente apaciguada por el soniquete tranquilizador de su novio—. ¿Necesitas que te recojamos? ¿Dónde estás?

—No hace falta, amor, que resulta que el de la grúa quería adoptar un gato y vamos a acercarnos a algún veterinario para ver si tiene chip. Por eso te llamaba, puede que hoy llegue tarde a casa. Pero muchas gracias. Salúdalas de mi parte, ¿vale? Y pásatelo bien.

No le sorprendió. A Tirso las cosas siempre le salían bien incluso cuando le salían mal. Así que Julia les hizo un gesto a sus amigas para que bajaran la guardia y se despidió a regañadientes de su novio. Otro gato que intentaba quitárselo por las malas. Ya empezaba a ser personal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la Marta del coche (Pony para los amigos).

—¿Todo bien? —secundó la Marta del bolso (Marta a secas para todos).

Julia asintió, aunque no, no estaba todo bien. Por mucho que le aliviase que Tirso hubiera salido ileso, había algo en su interior que no dejaba de remover el asunto, como una lengua toqueteando insistente un diente suelto. Notaba a la Julia del garaje a punto de

chillar, allí agazapada en algún rincón de su estómago, pero la ignoró olímpicamente tal como llevaba haciendo los últimos treinta días mientras ponía al día a las Martas. Incluso pareció del todo resuelta cuando llamó al camarero para pedirle otra clara: estaba de tardeo con sus mejores amigas, a quienes veía con menos asiduidad de la que desearía, y no pensaba perder ni un segundo alimentando la paranoia.

Creía que lo había conseguido cuando les enseñó la foto del culpable, una miniatura despeluchada que cabía entera en la palma de su novio, pero nada escapaba al Gran Hermano Amiguil. Marta y Pony cruzaron miradas por encima de sus tintos de verano. Normal, en realidad. Se conocían desde la universidad, y una década daba para mucho.

Fue Pony quien comenzó, mediadora:

—Vale. Ahora toca decirnos qué ha pasado *de verdad.*

—¿Eh? ¿De verdad de qué?

—Normalmente te habrías lanzado como una demente delante del primer taxi que pasara para irte con él —explicó Marta. Pony asintió —. ¿Os habéis peleado?

Eso le arrancó una risita. Tirso y ella jamás habían discutido. ¡Jamás! Ni una sola vez, ni siquiera el típico rifirrafe de pareja. Era la prueba (entre muchas) de que estaban hechos el uno para el otro.

—¡Qué va! Estamos bien, como siempre. —Frunció el ceño—. ¿Por qué lo dices como si estuviera deseando dejaros tiradas? No estoy todo el rato pegada a él. Ni quiero.

—Ah, no, no. No te lo tomes así. Me refería más bien a que lo… Mmm…

—A que lo proteges demasiado —completó Pony.

—¡Anda! ¡Porque es mi novio!

—Sí, pero sabe cuidarse solito.

—Pues por eso no me necesita calentándole la cabeza mientras está con todo el lío del coche.

—Pues por eso nos sorprende a nosotras que no vayas a calentarle la cabeza.

Julia abrió la boca para replicar, pero lo único que salió de ella fue un balbuceo bastante patético. Si las Martas fueran un poquito más diabólicas, habrían hecho chocar sus copas con «¡chin chin!» incluido.

A ver. Puede que sí tuviese un ligero problema de autocontrol. No porque tuviera a Tirso consentido (más bien era *él* quien la tenía consentida a ella), o porque lo tuviera atado en corto (cada uno hacía cuanto quería cuando quería), sino porque le costaba sudor y sangre no hacerle de angelito de la guarda a la más mínima ocasión. Quería servirle de ayuda, de apoyo y de confidente. Quería tener todas las respuestas para sus dudas, todas las soluciones para sus problemas, todas las piezas de sus puzles. Quería ser intachable.

Quería estar *a su altura.*

¿Y quién podía culparla? ¡Solo había que verle! El tío jugaba en otra liga. No, no, el tío jugaba directamente a otro juego. Tirso cumplía con todas y cada una de las cualidades masculinas ideales que su abuela había resumido muy sabiamente en dos conceptos: estar bueno y ser bueno. De nada le serviría tener la complexión de un guerrero vikingo y esa nariz rota que le daba pinta de malote (y el hoyuelo; nunca olvidar el hoyuelo) si no fuera además atento, romántico, listo, sensible y comprensivo. Perfecto.

Así que Julia, con su cuerpo normalito y su cara normalita y su personalidad normalita, pues tenía que compensar.

—Es… cierto que estoy intentando… ponerme límites.

No había dado con otro eufemismo mejor para «estoy obligándome a enterrar un cadáver que solo existe en mi cabeza». Así era como se protegía, a sí misma y a Tirso. Si no corría a su lado, no tendría que contenerse de mirar de reojo la carretera, o al gato, o al Focus destrozado en busca de un resquicio de mentira. Aunque daría igual que no encontrase nada fuera de lo normal. La Julia del garaje consideraría la escena *demasiado* perfecta. La consideraría otra escena del crimen.

—Eso está muy bien —ofreció Pony, con un tono reflexivo más adecuado para sus pacientes de terapia de pareja—. ¿Ha salido de ti?

Lo que de verdad quería saber Pony era si se lo había pedido Tirso. Julia lo dejó pasar, aunque Marta sonrió tras su vaso de tinto, divertida.

—Sí.

—¿Y cómo es que te ha dado por ahí?

«Por el cadáver».

—No sé. En San Valentín me dijo que quería casarse conmigo.

El revuelo consiguiente fue tan esperable como dramático. Las Martas pegaron un brinco a la par, mitad escandalizadas mitad emocionadas, y Julia se rio por lo bajini mientras la ametrallaban a preguntas que ya no sonaban a sesión terapéutica. Más bien a pijamada. Justo como había planeado.

Después de aclararles que no, no había sido una pedida de mano oficial, y de bajarse el cuello del jersey para presumir de gargantilla

cara, Marta dijo:

—Ay, entonces es por eso, ¿no? Es lo que te ha quitado el miedo.

—¿En plan? —preguntó Julia, algo confusa.

—Que a ti lo que te angustiaba era que fuese a cortar contigo en cualquier momento, pero una vez que te ha dejado claro que lo vuestro es para siempre ya no tienes de qué preocuparte.

Ojalá fuese eso. Ojalá San Valentín le hubiera quitado el miedo de una vez por todas en lugar de acojonarla por partida doble. Y le dio tanta, tantísima pena no estar viviendo esa versión idílica de su vida que se le llenaron los ojos de lágrimas, lo cual no hizo sino remachar la farsa ante sus amigas, quienes se apresuraron a abrazarla entre risitas y arrullos. «Ea, ea, ya pasó», decía Pony; «Noo, no emocionarse, por favor, que se me pega», suplicaba Marta.

Julia se dejó hacer con un nudo en la garganta. No quería mentirles, pero tampoco podía decirles la verdad, así que al final susurró:

—Yo solo quiero ser la Julia de San Valentín.

Ellas rieron.

—¡Tú y tus Julias! ¿No ves que con quien quiere casarse tu novio es con la Julia de verdad?

No. Tirso jamás le pediría matrimonio a la Julia de verdad, no con lo que había visto allá abajo, en el garaje. Tirso jamás debería saber que esa Julia existía, porque lo único en común que tenían todas y cada una de las Julias era que querían seguir vivitas y coleando. Bueno, eso y que estaban enamoradas de Tirso, claro.

Y eso era lo importante.

Durante la semana siguiente, Tirso pasó día y noche enfrascado en su búsqueda del coche perfecto, comparando modelos, precios y prestaciones con el ceño fruncido para luego recabar «información interna» a base de reseñas de YouTube y opiniones de foreros. Por suerte, no tenían prisa ninguna. Ella iba en metro a todos lados y él teletrabajaba la inmensa mayoría del tiempo, así que en principio podían apañárselas perfectamente sin coche. Sin embargo, si a alguno de los clientes de Tirso le surgía una emergencia, esperaba que su informático acudiese raudo en su auxilio, y nadie se fiaría de la Renfe para eso.

Pero no era la posibilidad de una emergencia lo que tenía a su novio revisando folletos de concesionario a las tantas de la madrugada, sino sus padres. Sus *difuntos* padres.

Dos o tres veces al año, Tirso cogía el coche y se marchaba «a verlos». Solía ser para el puente de mayo, ya que coincidía con el día de la Madre. A Julia aún se le encogía el estómago al recordar la primera vez que le había preguntado por ellos. «Ya no están aquí», había contestado, con un regusto amargo en la voz que nunca antes le había oído. «Lo siento mucho», había repuesto ella, entrelazando los dedos con los suyos, y ahí fue cuando Tirso tuvo a bien contarle que de vez en cuando volvía de visita.

Estando a finales de marzo, Julia entendía que Tirso no quisiera aplazar el tema del coche, por si acaso. Aunque, llegado el caso, tampoco le dejaría meterse cinco horazas de tren (o peor, ¡de bus!) hasta Navarra para ir a ponerle flores a una tumba. Antes le pediría a sus propios padres que le prestaran su coche, cosa que harían encantados porque adoraban a Tirso. Solo tendría que cuidarse de no mencionar que ella no lo acompañaría. Prefería ahorrarse las

explicaciones. Si Tirso hubiera querido tenerla a su lado, se lo habría pedido, y Julia no iba a ser tan ruin de obligarlo a ponerlo en palabras.

Algunos duelos, suponía, se gestionaban mejor a solas.

—Vale, pues creo que esto ya está —anunció Tirso entonces, con un suspiro satisfecho.

—¿Sí?

—Ahá.

Ella paró un segundo de llenar el lavavajillas para girarse a mirarlo. La mesita del salón parecía un tablón policiaco, con la de papeles diseminados unos encima de otros conectando fotos de coches, tablas de pros y contras y anotaciones a mano. Por muy informático que fuera, a la hora de organizarse Tirso se las arreglaba mejor con lo tangible. Julia era igual, aunque ella lo habría abordado de otra manera menos… caótica (más eficaz). Si no considerase que su opinión ni pinchaba ni cortaba en ese asunto, se habría ofrecido a ayudarlo encantada. Cualquier excusa era buena para sacar a la luz a su Julia favorita: la Julia secretaria de dirección.

Tirso le devolvió la sonrisa desde el sofá, todavía inclinado sobre sus apuntes. Estaba guapo incluso con la ropa deportiva que usaba de pijama, una versión menos pulida de su novio que solo existía en aquel piso, con ella. Le encantaba.

—Enhorabuena, amor. ¡No me digas cuál! Así es una sorpresa.

—Ay. Pues te iba a decir que si te esperaba mañana para ir juntos al concesionario.

—Uff, mañana —resopló, volviendo a ocuparse del lavavajillas—. Víspera de Semana Santa… No sé ni si saldré a mi hora.

—¿Y pasado?

—¡Más de lo mismo! Nada, nada, ve tranquilo.

—¿No te apetece?

Algo en su tono de voz la tuvo dándose la vuelta otra vez. Por alguna razón, Tirso la miraba todo perplejo, como si hubiera dicho algo superfuera de personaje.

—Eh…, ni fu ni fa. Pero ¡si a ti te hace ilusión, voy!

—No, no. O sea, siempre me hace ilusión ir contigo a cualquier sitio, pero como te gustan los coches pensé que…

Decir que Julia se quedó tiesa sería quedarse corto.

—¿Que me gustan los coches? —barbotó—. ¿De dónde te sacas eso?

Aunque la cocina y el salón compartían un mismo espacio (y no muy grande), Tirso le pillaba todavía demasiado lejos como para distinguir la miríada de microexpresiones por las que Julia se guiaba para decodificar su estado de ánimo, así que agradeció que fuese él quien diera el paso de acercarse. Más aún cuando se acodó sobre la barra de cocina entre ambos, justo debajo del foco. Vale, así mejor. A esa distancia, su sonrisa conservaba ese toque de sorpresa, pero no parecía contrariado.

—Julia, los llamas a todos por nombre. No dices «el coche del vecino», dices «el Peugeot de Carlos».

—Hombre, Carlos tiene dos coches. Es por diferenciar…

—¿Y el de Pony?

—¿Qué pasa con ella?

—Su coche, ¿te gusta? ¿Me cojo uno igual?

Julia hizo una mueca.

—No te tenía yo por chico de Alfa Romeo…

La sonrisa de Tirso tembló. «¿Ves?», decía.

—¡Que no! —protestó ella, zarandeando el trapo de cocina para darse énfasis—. ¡Eso no cuenta! Alfa Romeo solo hace Alfas Romeo.

—Yo eso ni siquiera lo sabía.

—Imposible —sentenció, pero cuando Tirso negó con la cabeza Julia soltó un grito ahogado, leyéndole la verdad en el rostro—. ¿Cómo no vas a haberte dado cuenta nunca de que tienen todos el mismo morro? ¡Todos! ¡Solo cambia el culo! Más grandes o más pequeños, más altos o más bajos, pero siempre siempre gemelos por delante.

Él se limitó a encogerse de hombros, cero preocupado por su propia ignorancia. Esa era otra de las cualidades que más le gustaban de Tirso. Nunca intentaba aparentar que entendía de un tema del que no sabía nada, contentándose con escuchar y aprender cada vez que le surgía la oportunidad. Quizá por eso era tan… ¿culto? Y no en el sentido de sabiondo ni estirado; tampoco de letrado o instruido. Simplemente, Tirso tenía genuino interés por conocer los diferentes aspectos del mundo en que vivía, por tontos o irrelevantes que parecieran.

Vamos, que Julia seguía sin superar que Tirso le pidiera una segunda cita después de haberse pasado ella toda la primera contándole curiosidades sobre perezosos.

—Por eso quería que vinieras conmigo al concesionario. No he conducido otro coche más que el Focus de mi padre desde que aprobé, así que sé que, por muy claro que lo tenga sobre el papel —apuntó con la barbilla hacia la mesita del salón—, mañana voy a

sacarle pegas a todo. Me va a costar distinguir si algo de verdad no me convence o solo es nuevo.

—¿Y crees que *yo* puedo ayudarte con eso?

—Claro. Tú tienes mucho ojo para estas cosas. Te fijas en los detalles, sabes valorar cuánto aporta o resta cada parte al conjunto, su utilidad real…

—Pero ¡si no sé ni conducir!

—¿Qué más da? —Tirso le quitó importancia al asunto con un gesto—. A mí me interesa tu opinión, aunque sea solo para decirme si te parece bonito o no. Y siendo que vas a pasar en este coche el resto de tu vida vehicular, digo yo que algo de voz querrás tener, ¿no?

«El resto de tu vida». A partir de ahí dejó de escuchar, noqueada por el concepto. El resto de su vida. Tirso estaba pensando en el resto de *su* vida, de la de Julia, con él. Con él en su coche. Y, teniendo en cuenta que un coche duraba de media entre trece y quince años, podía inferirse entonces que sus expectativas de futuro la incluían, como mínimo, hasta bien entrados los cuarenta tacos. Tiempo de sobra para casarse. Es más, si se casaran mañana mismo, llegarían a celebrar las bodas de cristal. Que, a ver, Tirso ya le había dicho en San Valentín que tenía intención de pedirle matrimonio, pero la reafirmación le subió por el estómago no como mariposas, sino como burbujitas de champán, efervescentes y festivas y doradas, porque Julia tenía aquella cena un poco borrosa y había llegado a pensar que había confundido una bromita distendida con una declaración de amor eterno por estar demasiado absorta en…

En el cadáver.

El cadáver del maletero, el del coche que casualmente había quedado siniestro total, justo la razón por la que estaban hablando de ir al concesionario a comprarse uno nuevo.

Las burbujitas se le agriaron de golpe, ahora pura bilis borboteando como un mal ardor de estómago. Por eso no quería acompañarlo al concesionario. No quería leer entre líneas de cada pro o contra, no quería ver el Focus en cada opción, no quería acabar preguntándose si a ella también la mandaría al desguace de saberla otra prueba incriminatoria.

Y algo debió de verle Tirso en la cara, porque carraspeó y:

—Perdona. No quería ponerte en un compromiso, sabiendo lo que te cuesta decir que no.

—No es es…

—Nada, nada, de verdad. Si tienes razón. Seguro que puedo elegir mi propio coche sin que mi novia me lleve de la manita. —Lo dijo con una carantoña, divertido, pero Julia tenía un máster en morfopsicología aplicada a Tirso y eso de divertido no tenía nada—. Y menos aún en víspera de festivo. Todavía me acuerdo del señor que os puso una reclamación porque su hijo había chupado una pastilla de cloro para piscinas.

Se le escapó un gimoteo solo de oírlo y hundió la cara entre los brazos sobre la barra de cocina. A día de hoy ni siquiera sabía cómo había conseguido manejar (¡exitosamente!) aquella situación, pero no le seducía la idea de verse en otra igual tan pronto. Oyó a Tirso reír por lo bajo justo antes de que le diera un besito en el pelo.

—¿De verdad no quieres saber nada de nada? —le preguntó al oído después. Sonaba relajado—. ¿Ni los tres finalistas?

—Nop. Confío en tu gusto.

—Yo también.

Pero qué zalamero. Julia sonrió, aún derrotada sobre la encimera. Al menos hasta que se irguió de un respingo, porque…

—Oye, lo del Alfa Romeo era broma, ¿no?

En vez de sacarla de su miseria, Tirso se encogió de hombros y procedió a despejar por fin de papeles la mesita del salón.

Tal cual había vaticinado Julia, las jornadas pre, durante y post Semana Santa fueron bastante pesadillescas para el departamento de Atención al Cliente de Obramat.

Como cualquier gran almacén ubicado en un parque comercial, allí no entendían de festivos, así que a sus empleados no les quedaba otra que atender a la típica estampida de manitas que aprovechaban hasta el más mísero puente para hacer reformas. De los albañiles y demás personal de la construcción no tenían queja. Aunque también se contrataban más obras en vacaciones, al menos ellos sabían lo que había y lo que hacían.

Su único consuelo a lo largo de aquella semana fue recordarse que peor lo habría pasado si todavía trabajase de cajera. Prefería atender reclamaciones ocho horas seguidas a cobrar un solo cubo de pintura, y eso que en caja no acababan gritándole ni la mitad de las veces que en mostrador. Se sentía más útil allí. Menos… robótica.

Pero, por muy dura que hubiese sido su experiencia como cajera, no la cambiaría por nada del mundo. Total, así era como había conocido a Tirso.

Julia seguía defendiendo que lo suyo fue un *meet-cute* en toda regla. Ella debería haber terminado su turno diez minutos atrás; él

no había entrado al Obramat en la vida. Ella estaba ya calentita; él demasiado concentrado contando céntimos para darle el monto justo. Con que solo uno de los factores circunstanciales hubiera diferido, con que solo uno de ellos dos hubiera actuado de otro modo, no habría surgido el amor.

«¿Qué, te crees muy gracioso? Porque a mí no me hace ni puñetera gracia».

Esas habían sido sus primeras palabras para Tirso.

«¿Perdón?».

Y esa, su primera palabra para ella. Julia recordaba haber soltado un bufido hastiado antes de señalar los tres artículos de la cinta transportadora:

«No eres el primero, ni serás el último, que intenta vacilarnos en Halloween. ¿No estás ya mayorcito para estas cosas? ¿O es que eres un influencer de esos?».

Echando la vista atrás, estaba claro que el pobre no tenía ni idea de lo que le estaba hablando, pero en ese momento a Julia no le parecía ningún pobrecito. A ella lo que le parecía era otro gilipollas sumándose al último reto viral de TikTok. Y, cuanto más lo miraba, más convencida estaba: era demasiado guapo para ser un donnadie. Tenía el pelo moreno espeso y ondulado, y unas pestañas larguísimas tan negras que de querer maquillarse no necesitaría ni rímel. ¡Qué injusticia! ¿Para qué necesitaba un tío claramente cishetero esas pestañacas? Julia *mataría* por unas así. No se las merecía.

«Perdón —había repetido Tirso, aunque esta vez más suave, como se le hablaría a un zorro preso en un cepo—. ¿Por qué cree que intento…, hum, vacilarla?».

«Hombre —había resoplado ella, ácida—. Me vienes un viernes 13 a comprar cinta aislante, cuerda y un serrucho, ¿qué quieres que piense? Y en efectivo, además, para no dejar huella. Qué típico».

Él se había quedado muy quieto, muy callado, aún con el billete de veinte y la calderilla listos en la palma.

«Oh», solo dijo, al final.

«Sí, oh».

«Perdón. —Tercera vez—. No me había fijado en… No sabía ni qué día era. Bastaría con dejar la cinta, ¿no? Es lo único que puedo comprar en otro sitio».

«¿Cómo?».

«La cinta aislante. ¿Puedo llevarme el resto si la dejo?».

«Ah, ¿que quieres comprarla en serio? ¿Las tres cosas?».

«Sería lo ideal, sí, pero si incumple vuestros protocolos de seguridad…».

Nada la habría preparado para el bochorno que le coloreó los mofletes de rojo payaso en cuanto entendió hasta dónde había metido la pata. Por Dios. A punto estuvo de darle un vahído de la intensidad de la vergüenza mientras negaba con la cabeza y:

«¡No! No pasa nada, ahora mismo le cobro».

«¿Seguro?».

«Sí, sí. Disculpe, de verdad. Es que hemos tenido varios incidentes con el último *trending* de turno… Qué tres cosas comprar para asustar a una cajera, ya sabe».

«Me temo que no sé, no. No estoy mucho en redes sociales».

«Ah».

«Siento haberla asustado».

«No me ha asustado».

Ahí hizo su estelar debut el hoyuelito de su sonrisa. Acababa de cantarle las cuarenta a un tío guapísimo y en vez de plantarle la reclamación del siglo decidía concederle la sonrisa más educada, afable y chiquita que Julia había experimentado en su carrera de cara al público.

«Me alivia oír eso. ¿Abrís mañana por la mañana?».

Ella asintió.

«¿Y estarás tú?».

Aunque ahora un tanto suspicaz, volvió a asentir.

«Genial. Me quedan algunas cosas de dudosa reputación por comprar y no quiero volver a meterme en líos».

Eso la hizo reír.

«Estarás bien —le había respondido aun así—. Los sábados 14 no tienen mala fama».

«Por si acaso».

Aquel sábado 14, Tirso había comprado una pala, un litro de acetona y otro de lejía, todo en efectivo, y Julia se había reído tanto que se le habían saltado las lágrimas.

Nunca se había preguntado dónde estarían aquellos seis tétricos artículos que dieron pie a su relación. Había asumido que los habría devuelto en algún otro Obramat, por lo menos la pala y el cóctel para cloroformo, pues con los tres primeros Tirso le había construido una casita de madera monísima para Muu, con su tejado de cuerda como rascador y su minichimenea por donde sacaba la patita.

Decidió seguir sin preguntárselo mientras atendía al último cliente del puente.

Acababa de terminar de cortarle las uñas a la teatrera de su gata cuando el guaperas de su novio llegó a casa con una sonrisita apocada y algo tintineante en la mano. Muu salió disparada como de un tirachinas hacia él, confundiendo el sonido con el típico cascabeleo de sus ratones. Julia no podía culparla. No sería la primera vez que Tirso aparecía con un juguete sorpresa para ella.

Solo que, en esta ocasión, no lo era.

—¿Ya? —le preguntó, reconociendo el adorno. Era la chapita con el logo de Obramat que habían regalado a toda la plantilla por Navidad, esa que Tirso se había agenciado para sus llaves del coche.

Él asintió y apuntó con la barbilla hacia la puerta:

—¿Vienes? Lo tengo aparcado fuera.

Julia se puso en pie de un salto, se sacudió (no muy exitosamente) los pelos de Muu de la ropa y al minuto siguiente estaba vibrando de emoción en el ascensor junto a un igual de emocionado pero más disimulado Tirso. Allí, en ese cubículo tan estrecho, su novio parecía tan enorme que le daban ganas de treparlo como a una palmera.

—¿Es un Maserati?

—¿Crees que puedo permitirme un Maserati?

—Mmm. Por lo menos un tercio.

—No debí pedirte que revisaras mi contrato de IFEMA —suspiró, aunque había una sonrisa escondida debajo.

—O sea que no es un Maserati.

—Si querías un Maserati, haberme pedido un Maserati.

—Sí, bueno, ¿y cómo habrías pagado los otros dos tercios?

—Pues con lo que llevo ahorrado para nuestra futura casa.

Burbujitas, champán, bodas de cristal. Julia tenía claro que el pastizal que Tirso había cobrado por hacer sus movidas de tecnólogo para IFEMA no era un sueldo, sino un servicio puntual, pero disfrutaba chinchándole con que le ocultaba un patrimonio millonario. Y, cuanto más lo negaba él, más gracia le hacía a ella. De verdad le preocupaba que Julia pudiera sentirse ¿cohibida?, ¿humillada?, por la distancia abismal entre sus nóminas. Normal. De haberlo descubierto al principio de su relación, 100% seguro que habría causado estragos en su autoestima. Ahora ya, pues… estaba insensibilizada. Total, absolutamente todo su círculo ganaba más que ella. Al menos Tirso no la presionaba para que «reconsiderase sus aspiraciones» o «hiciera algo de provecho».

—¡Tachán!

Era un Dacia Sandero Stepway. Julia los tenía fichados porque en los últimos meses se habían multiplicado como los panes y los peces, todos ellos pintados del mismo tono naranja óxido. Bonito, llamativo. No muy Tirso, pero es que estaba de oferta, le decía en ese momento. Tanto el coche como el color.

No le sorprendió que Tirso hubiera aprovechado la promo. Para él, la estética era más un fin que una preferencia, por eso siempre vestía en tonos neutros pero terrosos. Tampoco le extrañaba el cambio de tamaño. A su lado, el Focus parecería una caja de zapatos. Una caja de zapatos que su novio había estado conduciendo dolorosamente encorvado durante años. Julia se

alegraba por su espalda, y así se lo hizo saber mientras él le enseñaba el Sandero por dentro:

—¿Te gusta, entonces?

—Mucho. Es justo tu talla.

—Mi talla —repitió Tirso; su modo de preguntar sin preguntar.

—Sip. ¡Mira cuánto espacio…! ¿No te sientes liberado? Si hasta *yo* me siento liberada, y encima no hay peligro de que se nos coman los trastos porque tiene un montón de compartimentos… —Abrió la guantera—. ¿¡Tú sabes todo lo que entra aquí!? Adiós al transportín, pienso entrenar a Muu para que duerma aquí metida.

A Tirso le brillaban los ojos. Que, para lo poco efusivo que era, sería el equivalente a pegar botecitos en el asiento.

—Espacio, compartimentos y Muu. ¿Esas son tus tres prioridades?

—En efecto.

—Pues esto te va a encantar, ven. Vamos fuera.

Y afuera que fue. Ya empezaba a atardecer, y el rosa del cielo se reflejaba en la pulida carrocería del coche como haría en la superficie de un lago de aguas mansas. Tirso esperó a que Julia lo siguiese hasta la parte trasera antes de abrir el maletero con un dramatismo más propio de ella que de él. Por suerte, fue justo eso lo que la ayudó a anclarse al presente cuando su mente amenazó con resbalar cuesta abajo hacia el garaje.

—Grande, ¿verdad? Mucho más que el del Focus. ¿A que sí?

Ella lo miró con una ceja enarcada. Tirso había usado el mismo soniquete de un mago probando ante su público que nada escondía bajo la manga. (Julia se lo conocía bien. Había salido con uno un par de veces).

—¿Ahá? —solo dijo, instándole a continuar.

—Pues… *Voilà!*

Y levantó la moqueta del maletero para revelar otro hueco debajo. Oh, no. Oh, nonono.

—¡Doble fondo! —anunció Tirso, malinterpretando su súbito silencio—. Por fin podemos llevar rueda de repuesto, y todavía nos sobra sitio para el botiquín, los bártulos de accidentes, herramientas… Puedes dejarte aquí ya las playeras viejas que te pones cuando vamos lejos, por ejemplo. —Pasó una palma distraídamente por el impoluto tapizado, pensativo—. Yo creo que, si nos lo montamos bien, caben hasta las cosas de viaje de Muu.

«O un cadáver troceado».

Julia era consciente de que no estaba reaccionando como debería. De hecho, no estaba reaccionando en absoluto. Solo se quedó mirando el segundo fondo muy quieta, muy callada, tratando de mantener su expresión bajo control mientras las náuseas pulsaban en su garganta. No podía derrumbarse ahí mismo, delante de él. No podía permitirse flaquear ni medio segundo.

Pero tampoco podía seguir así.

—¿Julia? ¿Qué pasa?

—Ah, no, nada —carraspeó, fingiendo un pequeño respingo, como si se hubiera quedado en Babia—. Es que… Has pensado en todo. Has pensado hasta en Muu.

—Claro. Tú eres mi prioridad; y no hay Julia sin Muu.

El corazón le dio un vuelco. Jamás iba a acostumbrarse a la naturalidad, la rotundidad, con la que expresaba su amor por ella. Pero las palabras de reafirmación ya no bastaban, y llevaban sin bastar desde San Valentín. Julia necesitaba algo más. Julia

necesitaba descubrir la verdad, o cuánto de verdad tenía la mentira que claramente era Tirso Mihura.

En realidad, era una ventaja conocerse tan bien a sí misma. Siempre sabía hasta dónde estaba dispuesta a llegar, cuánto podía aguantar y cómo funcionaban sus debilidades y fortalezas.

Y aquel era su límite: su novio enseñándole todo ufano un segundo maletero donde esconder a saber qué.

Lo había intentado, de verdad que sí. Había intentado enterrar la sospecha tal cual hacía con el resto de los inconvenientes de su vida, pero como no dejaba de pensar que la que acabaría enterrada era ella, no le quedaba otra que cambiar de estrategia. Iba a tener que ponerse a investigar. Y no como hizo cuando se conocieron, con un vistacillo general a sus redes para asegurarse de que era un tío normal, no, sino en modo *full* novia paranoica.

En fin. Quien algo quiere, algo le cuesta; y ella quería dejar de dudar.

—Cada vez que pienso que no puedes ser más perfecto, vas y me demuestras lo contrario.

Tirso sonrió, tan suave que su hoyuelo ni siquiera asomó.

No tenía ni idea de la que se le venía encima.

3

El perfil n.º 308

Si fuera una de las pacientes de Pony, esta le diría que una relación se fundamenta en la confianza mutua y que, por tanto, la vía para conocer el pasado de su novio debería ser preguntar abiertamente. Sin embargo, cuando un año atrás el ligue de Marta había acumulado la friolera de cinco versiones diferentes de dónde trabajaba y con qué horario, Pony no le había sugerido que lo confrontara para aclarar la situación de forma pacífica. Pony había cogido su Alfa Romeo y se había pasado las siguientes dos semanas siguiendo la pista del susodicho cual detective privado, llegando incluso a consultar a Tirso cuánto le cobraría por rastrearlo también online. Así era como se había enterado Julia de que su novio tenía no solo las herramientas, sino el conocimiento, para destapar cualquier trama que involucrase un terminal electrónico.

Al final no hizo falta que Tirso interviniera, pues resultó que al presunto farsante simplemente le daba vergüenza admitir que trabajaba como dependiente en un dispensario de CBD (y no como pasante en la abogacía vecina).

Teniendo dicho suceso en cuenta, Julia sabía que no podía ni pedirles a sus amigas que la ayudaran con sus pesquisas de novia

trastornada, por eso de que se volcarían tan agresivamente que sería imposible encubrirlo; ni llevarlas a cabo en casa, donde Tirso podría haber instalado innumerables programitas de seguridad en sus portátiles o redes y donde pasaba la mayor parte del tiempo.

Así que ahí estaba Julia, tecleando como una aficionada el nombre de su novio en Google con su cuenta corporativa de Obramat, en su ordenador de torre tras el mostrador de Atención al Cliente, conectado a internet no por wifi sino por cable. Frente a ella, una ventajosa panorámica de la entrada y la línea de cajas registradoras del gran almacén. Detrás de ella, la pared. No podría sentirse más segura ni aunque su compañera de turno hubiera faltado al trabajo, pues Yolina aprovechaba cada segundo entre clientes para esnifarse el catálogo entero de Netflix, pero por si acaso Julia había abierto el navegador en modo incógnito.

Como esperaba, de primeras no encontró nada nuevo. Tirso era una persona muy reservada, así que los únicos resultados vinculados a su nombre fueron sus perfiles de Instagram (privado, por supuesto) y de LinkedIn. Antes de meterse de cabeza a revisar los seguidores de una y otra cuenta, buscó también su e-mail para ver si aparecía registrado en alguna red social o foro más. Nada, Instagram y LinkedIn otra vez, confirmando así que ambas cuentas estaban asociadas a ese correo.

Con Instagram terminó rápido. Era un perfil relativamente reciente, creado apenas un año antes de conocerla, con 26 seguidores y 26 seguidos, de los cuales once pertenecían al círculo de Julia. Los demás correspondían a excompañeros de diferentes encargos, *gymbuddies* y algún que otro contacto del sector al que Tirso habría aceptado por puro compromiso. Todos ellos perfiles

reales, fácilmente verificables y, además, también contactos suyos en LinkedIn (incluidos los dos coleguitas del gimnasio).

Las quince míseras fotos que Tirso había posteado en cuatro años no necesitaban chequeo ninguno. Julia se las conocía de memoria. La primera de ellas mostraba a un jovencísimo Tirso posando junto a sus padres durante su graduación, él superlindo con su toga y birrete negros y su banda azul turquesa y ellos uno a cada lado de su hijo, diminutos en comparación pero radiantes de sonreír. El encuadre era nefasto, la calidad dejaba que desear y los colores estaban quemados, pero a Julia le parecía un recuerdo precioso. Decía mucho más de Tirso que las seis fotos de paisajes que la separaban de su primera selfie con Julia.

Suspiró. ¿Cómo iba a ser un asesino aquel muchachito repeinado presumiendo de diploma entre sus padres? ¿O el hombre hecho y derecho que subía una foto de Muu encaramada a su hombro cual mono tití?

—Hola, ¿perdón?

Julia alzó la vista hacia la señora que ahora aupaba una pesada caja de cartón sobre el mostrador. Como quedaba más en su lado que en el de Yolina, esta no hizo ni intento de atenderla.

—Sí, dígame.

—Mire, compré este aplique en vuestra web…

La verdad, le vino bien la distracción. No podía perder tiempo desesperándose con las apariencias, ya bastante mal lo había pasado el último mes intentando mantener las suyas propias. ¿Y para qué le había servido? Para nada. Para montar el espectáculo cada vez que su novio abría el maletero. Si es que lo raro es que no se oliera ya algo… Así que no, no. Por eso estaba haciendo esto.

Porque Tirso o era un asesino o no lo era; y cuanto antes tuviera su respuesta, antes podría recuperar su vida.

LinkedIn ya fue más complicado, pero también más fructífero. Muchíííííísimo más fructífero. Vamos, que si Tirso no hubiera tenido LinkedIn ahí habría terminado la cosa.

De entrada, Julia activó el modo privado de su cuenta para husmear a gusto sin que a Tirso le saltaran las alarmas. Sabría que alguien había visitado su perfil, claro, pero no quién, cosa que tampoco le inquietaría porque multitud de reclutadores le cotilleaban antes de contactarlo para ofrecerle algún proyecto. Por esa parte Julia estaba tranquila, así que imprimió muy alegremente el CV de Tirso para tener a mano las fechas de cada experiencia, certificado o estudios.

El trabajo duro empezaba ahora.

Uno a uno, Julia procedió a visitar los 341 contactos de su novio, inspeccionando en cada uno de ellos de qué y desde cuándo se conocían. Si alguno llevaba bastante tiempo sin actualizar el perfil (lo cual, gracias a Dios, era inusual en los círculos freelancers en que Tirso se movía), tocaba chequear sus otras redes sociales. Si tampoco estaba activo allí o no tenía más cuentas venía un instante de tensión mientras sumaba la palabra «desaparecido» a la búsqueda de Google. Normalmente los familiares usaban internet como altavoz para encontrar a sus extraviados, así que, si nadie lo había reclamado y tampoco aparecía en las listas oficiales de desaparecidos, Julia lo dejaba estar.

Por suerte, la inmensa mayoría daba signos de vida enseguida.

Por desgracia, ni siquiera en esa inmensa mayoría había mucho donde rascar.

Pero no podía dejarse ninguno sin mirar, así que, en caso de que algún contacto hubiera coincidido físicamente con Tirso en cierto espacio (cursos o empleos presenciales, instalaciones de varias jornadas, etc.), Julia pasaba a revisar las publicaciones del susodicho en busca de fotos o comentarios que pudieran sugerir una relación recurrente. O, mejor dicho, *relevante.* Al fin y al cabo, Tirso nunca había mencionado tener ningún amigo íntimo, ni aquí en Madrid ni allá en Navarra. Lo más similar serían los del gym, con quienes salía de tranquis cada mil años después del «entreno». En los albores de su noviazgo ese vacío de vínculos había hecho saltar las alarmas de las Martas, pero bastaron dos quedadas grupales con él para desestimar la sospecha: Tirso había encajado enseguida con ellas, y para cuando Pony había expuesto su teoría de que sus antiguos amigos no habían sabido (o peor: no habían querido) acompañarlo durante el proceso de duelo por sus padres, las demás la habían aceptado como verdad universal.

«O a lo mejor no le quedan amigos porque se los cargó», dijo una vocecilla insidiosa.

Huelga decir que Julia la ignoró olímpicamente.

Empezó a desesperarse al rebasar la frontera de los doscientos. Tirso parecía entrar y salir de las vidas de sus allegados sin dejar marca, convirtiéndose en un recuerdo pasajero en cuanto sus caminos divergían. Sí que había amasado un buen número de recomendaciones con los años, sobre todo de clientes satisfechos que se deshacían en elogios para (suponía) compensar la nula autopromoción de su freelancer de confianza. Quizá pensaban que le daba vergüenza publicitar sus servicios, o que no sabía cómo hacerlo… Pero la realidad era otra. La realidad era que Tirso no

necesitaba venderse. Ya fuese por el poder del boca a boca o por simple suerte, el tío nunca terminaba un encargo sin tener otro en la recámara, y en las raras ocasiones en que se quedaba de brazos cruzados tampoco tardaban en lloverle las propuestas. Debía de ser el único autónomo español al que las cosas le iban bien. Es más, le iban tan bien que esta última hornada había tenido que pedirle ayuda a Julia para cotejar ofertas, y ella se había volcado hasta tal punto que incluso le había animado a plantearle a IFEMA que le añadieran el beneficio que más le atraía de otro de los contratos. Tirso había accedido, e IFEMA también.

Cómo le gustaba a Julia salirse con la suya.

—¿Qué estás haciendo?

—Mmm… Buscar una cosilla.

—¿Crees que tu novio te pone los tochos?

Julia la fulminó con la mirada, pero Yolina no reculó, curioseando la galería de anotaciones a distintos colores, post-its arcoíris y pegatinas que ahora plagaban el CV de Tirso. Su primer impulso fue escudarlo todo con el brazo como hacían los repipis para evitar que les copiasen las respuestas de un examen, aunque logró contenerse en el último segundo. Cuanto más elusiva fuese, más la cagaría. No se le daba bien mentir.

—Algo así —optó por responder.

Yolina asintió y arrejuntó su silla rotatoria a la suya para examinar de cerca los papeles.

—¿Quieres que te eche una manita? La mía me los puso a las dos semanas de decirme que era la mujer de su vida y no se lo desearía ni a mi peor enemigo.

Julia tardó en comprender a qué se refería con «la mía». Qué torpe.

—¿¡Y sigues con ella!?

—No, hombre, no. Qué cosas tienes. Solo estuvimos mes y medio.

—Pero si has dicho que dos semanas antes te dijo q…

—Shh, no intentes entenderlo. Las lesbianas funcionamos a otro ritmo.

—Ah…

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Qué estamos buscando? —Yolina señaló con la barbilla las cuarenta pestañas abiertas en modo incógnito, las restantes del quinto lote de sesenta—. ¿Compas de cacería? ¿Novietas de la infancia? ¿Un posible rollo homoerótico?

No pudo más que encogerse de hombros, derrotada. Si le explicaba por entero su *modus operandi* revelaría demasiado, pero contarle solo que andaba espiando con quién se relacionaba Tirso tampoco le convencía. Sería difamarlo de gratis.

«Difamarlo», se repitió, un tanto descolocada. ¿En serio? ¿En serio veía peor pintar a su novio de infiel que de asesino? ¿Qué coño le pasaba? ¿Tan poca autoestima tenía que prefería que matase gente a que se la estuviera pegando con alguien?

Vaya cara debía de llevar puesta para que Yolina le diera un apretoncito cariñoso en el brazo. Julia se sintió todavía peor. Que le sacaba casi diez años, por Dios. Una mujer adulta no debería necesitar que la consolara una pipiola descocada, y menos aún durante la jornada laboral.

—¿Qué tal si lo dejas para mañana? Nos vamos en media hora y si encuentras algo ahora acabarás saliendo tarde. Mejor conserva las fuerzas para los… ¿cuántos te faltan?

—Unos ciento diez.

Yolina alzó mucho las cejas.

—Espero que no se haya liado con todos esos.

—Yo también.

Al final, Julia siguió el sabio consejo de su jovencísima compi de turno y aprovechó aquellos últimos treinta minutillos para enviar un puñado de e-mails de seguimiento que llevaba toda la tarde posponiendo.

Llegó a casa a tiempo para hacerle de pinche de cocina a Tirso, encantada de tener algo con lo que seguir distrayéndose. Él también parecía encantado, aunque en cuanto pasaron a poner la mesa Julia lo notó mirarla de arriba abajo.

—¿Mal día?

—Fatídico —asintió ella—. Y mañana pinta peor.

—Mmm. ¿Mejoraría si pidiéramos cena? Los jueves hay 2x1 en el sitio ese de burritos que te gusta.

Julia se volvió para echarle una ojeada al calendario imantado a la nevera. Cada domingo sin falta sacaban un ratito para planear su propio menú semanal, y estaban a punto de sobrepasar el récord de días seguidos sin saltárselo (63).

—¿Y romper nuestra mejor racha hasta ahora?

—Hacía mucho que no te veía tantas ojeras —dijo por toda respuesta—. ¿No hay ningún refrán que diga algo en plan… «Date un atracón y dormirás del tirón»?

—No —sonrió—, pero debería.

—Pues ea, mañana burritos. —Y, en vez de terminar primero de servirse, Tirso marchó plato en mano a corregir el calendario. La casa entera olía a rollitos de pollo a la canela y cuando Julia se sentó a la mesa sintió toda la tensión del día abandonando su cuerpo, dejándola hecha gelatina—. Anda, te tocaba pasarte a por piñones para las espinacas, así que encima te ahorras un viaje. ¿Qué te parece?

Ella suspiró, mirándolo ensimismada.

—Perfecto.

Obviamente, no se refería al plan.

El profetizado jueves fatídico no fue *tan* fatídico como había temido. De hecho, acabó siendo bastante resultón.

Para empezar, ninguno de los clientes del día dio problemas, y quienes se acercaron a poner reclamaciones lo hicieron comprensiva y calmadamente (lo cual era rarísimo). Para seguir, Yolina volvió de su primer descanso con un taquito de post-its en forma de gato del Alcampo vecino y se lo lanzó al vuelo con un jocoso «Tú». A Julia le había costado unir los puntos hasta que cayó en que el gato llevaba una lupa y un gorrito de detective. «¡Miau! ¡Aquí hay donde rascar!», se leía al pie. No pudo evitar darle un besito en cuanto lo liberó de su envoltorio, insuflada de energía para una nueva ronda de *stalkeo* parejil. Y, aunque la vio ponerse a ello, Yolina no le ofreció ayuda esta vez, quizá creyendo que la tarde anterior Julia no le había respondido qué buscaba de su novio por reparo. Ay, claro, por eso el post-it: sería su modo de animarla desde los márgenes.

Desde luego, había funcionado. Y así además no tendría que inventarse ninguna historieta, ni enfrentarse a que Yolina la tomara por loca cuando tratara de explicarle que no podía ayudarla porque ni siquiera ella misma sabía qué estaba buscando exactamente.

Porque, en serio, ¿qué estaba buscando?

Vale, desaparecidos. ¿Y luego?

Pues cualquier cosa rara. Cualquier cosa que no cuadrara, que le diese mala vibra o extrañeza. Algo que no encajase con su versión de Tirso.

En resumen: algo que solo ella podría detectar.

Así que mejor así. Ni terceros involucrados, ni medias verdades, ni nada.

—Juan Palomo —murmuró para sí, clicando en el primero de muchos perfiles por venir—. Yo me lo guiso, yo me lo como.

—¿Cómo?

—Ah, nada, nada. Estaba hablando sola.

—¡Vale!

Lo que siguió a ese breve intercambio fueron otras tantas horas de *hyperfocus* linkediniano.

Julia no paró ni a comer, ni para ir al baño; solo interrumpiéndose para atender clientes y responder e-mails. Todo lo demás (lo pendiente, lo secundario, lo irrelevante) lo había dejado bien atadito a principio de jornada o en manos de la Julia del futuro.

Trabajaba a buen ritmo, saltando de perfil en perfil con la eficiencia del que ya sabe dónde mirar, qué teclear, cuándo pasar al siguiente. Con suerte, acabaría ese mismo día. Debería estar

contenta. Debería alegrarle poder ponerle punto final a la búsqueda en tan solo treinta y seis perfiles más.

Y, sin embargo, cuanto más avanzaba por la recta final, más se le agriaba el estómago.

No iba a quedarse tranquila, lo sabía. Aunque no encontrase ninguna pista incriminatoria, aunque todo apuntase a que Tirso era, y siempre había sido, un novio modélico, Julia ya jamás volvería a verlo con los mismos ojos. Simplemente asumiría que Tirso borraba sus huellas mejor de lo que ella podía seguirlas.

Por supuesto, podría probar a cotillearle el móvil, o el portátil, pero siendo que pertenecían a un profesional de la tecnología lo más probable sería que la pillase él a ella. Y entonces daría igual si Tirso era o no inocente porque Julia lo perdería de todas formas. Y entonces…

Y entonces Julia dio con Manu.

Manuel M. Montaraz era el perfil n.º 308 y su CV académico parecía un copiapega del de Tirso.

Misma promoción del mismo colegio francés; misma titulación en la misma universidad; mismas especializaciones, certificados, másteres. Hasta las prácticas las habían hecho en el mismo sitio. ¡Y a la vez!

Julia se echó a temblar al instante de puro nerviosismo, incapaz de creerse lo que estaba viendo. Lo revisó todo una, dos, tres veces, pero no, no estaba delirando: esos dos se conocían como mínimo desde el instituto y como máximo *desde parvulario.*

«¡Miau! ¡Aquí hay donde rascar!», resonó en su cabeza.

Antes siquiera de ponerse a comparar cronologías laborales, Julia volvió al inicio de la página para chequear que el chaval seguía vivito y coleando. Fue casi ridículo, el suspiro de alivio que salió de entre sus labios al ver que tan solo quince minutos atrás había compartido un anuncio de nosequé feria de ciberdefensa. Nada le alegraba más que poder saltarse el paso de buscarlo en las listas de desaparecidos.

Se alegró menos al darse cuenta de que el muy desgraciado estaba *demasiado* vivo.

¿Cómo podía NADIE postear tanto en LinkedIn? ¡Si no eran ni las cuatro de la tarde y ya llevaba tres publicaciones! ¡Y eso sin contar los comentarios en posts ajenos! Desde luego, de todo tenía que haber en la viña del Señor…

A ver, que se estaba desviando. Ya se enfrentaría al agujero sin fondo que parecía su Actividad cuando supiese qué buscar ahí dentro, así que bajó al apartado laboral y se preparó mentalmente para abordar la larguísima serie de encargos y proyectos tan típica de los freelancers.

Para su sorpresa, el tal Manuel solo tenía listadas tres experiencias:

1. Las prácticas universitarias de cuatro meses que compartía con Tirso.
2. Una escalada estelar por distintos puestos dentro del mismísimo Microsoft que ya rozaba la década.
3. CEO y fundador de MMM desde febrero. Qué se suponía que era MMM quedaba a la imaginación de cada uno, pues ni

enlazaba con ningún perfil de empresa ni se ofrecía más descripción que un enigmático «Próximamente».

Julia se cruzó de brazos, pensativa. Tirso nunca había trabajado para Microsoft, y, aunque dentro de poco terminaría el encargo de IFEMA, ya le había comentado que tenía algo acordado con una cadena hotelera para después. Dudaba de que MMM fuera una cadena hotelera. También dudaba de que tuviera nada que ver con Tirso más allá de haberse fundado en el mismo mes en que ella le pilló un cadáver en el maletero.

Pero era la única pista que tenía, así que no le quedaba otra que bucear entre los cientos (¡cientos!) de publicaciones del compi de clase de su novio en busca de migajas. El hecho de que pusiera hashtags hasta en el post más absurdo ayudó, ya que el tío parecía usarlos más para sí mismo que para ganar visibilidad, como a modo de… ¿registro? ¿Catalogación? Porque tenían su lógica interna, eso estaba claro: «#dreamers» para contenido sobre avances tecnológicos, «#builders» para nuevas incorporaciones al equipo, «#givers» para seminarios online impartidos vía LinkedIn, «#oracles» (que no Oracle) para reiterar su admiración hacia ciertos profesionales o procedimientos del sector…

Una vez crackeado el código, Julia probó todas y cada una de las combinaciones de «Manuel Montaraz + Tirso Mihura + #tag» y obtuvo la abrumadora cantidad de cero (0) resultados.

No habían interactuado ni una sola vez. Ni una mínima mención, ni un mísero like. Nada.

—¿Nada? —coreó Yolina sus pensamientos al verla tachar el último hashtag de su tercer post-it de gatito.

—Nada —confirmó ella—. Pero eso me pasa por poner todas mis esperanzas en un adicto a LinkedIn. Lo máximo que he encontrado ha sido este Throwback Thursday lacrimógeno a la noche de su graduación, mira. —Julia se aclaró teatralmente la garganta—: «El chavalín que subió esta selfie a Facebook borracho perdido con el birrete aplastado creía saberlo todo. Supongo que es cierto eso de que la ignorancia da la felicidad. Pero no se puede desver lo que ya se ha visto ni desoír lo que ya se ha oído, así que solo nos queda hacer de tripas corazón y trabajar por ser todo lo valientes, listos o fuertes que desearíamos haber sido». Hashtag «TBT», «siemprehaciadelante» y «recordaresperder».

Yolina enarcó una ceja.

—Suena a que su *crush* se lio con otro en la fiesta.

—Total.

—¿Y qué relación tiene tu Tirso con nuestro desdichado protagonista? ¿Fue él quien se la levantó o…?

Julia se rio.

—Lo dudo mucho. Fueron juntos al cole y a la uni, pero solo están conectados por LinkedIn y nunca han interaccionado. Supongo que se siguieron por compromiso. Aunque, bueno… —Frunció los labios mientras releía el post—. Dice que subió esta foto a Facebook, voy a ver si…

Tirso siempre le repetía que eliminase todas sus cuentas o usuarios en desuso en lugar de abandonarlos sin más, porque cada cosita subida a internet era una puerta por la que alguien podía colarse.

El antiguo Facebook de Manuel M. Montaraz no era una puerta, era directamente el Arco del Triunfo.

Julia estaba *escandalizada.* ¿Y este tío trabajaba en ciberseguridad? Dios santo, pero si tenía ahí hasta fotos haciendo botellón a sus (dudosos) dieciocho añitos.

«Podría ser peor —se obligó a pensar—. Podría haber sido Tuenti». Le recorrió un escalofrío solo de imaginárselo y se prometió no husmear más allá de lo que pudiera soportar. La vergüenza ajena siempre había sido su kriptonita.

—Uff —resopló Yolina. Julia pegó un brinco. Se le había olvidado que seguía ahí—. Mucho ánimo. Te va a hacer falta.

—En realidad no. Si usaba Facebook como usa LinkedIn, seguro que las tiene todas archivadas por álbumes.

Bingo.

Cuarenta y dos álbumes, uno de ellos titulado «Weavers' Peak». Más hinchada que un pavo real, Julia clicó en la carpeta y toda una galería de fotografías grupales se desplegó ante ellas. Por fin una cosa que le salía bien. Seguro que luego el hallazgo no le servía para nada, pero se lo tomó como una minivictoria igualmente porque había tenido un día muy muy largo y seguía varada en el mismo punto que aquella mañana y todavía le quedaban otros treinta y tres perfiles de LinkedIn por revisar y no le hacía daño a nadie por regodearse un poquito en lo mal que salían el pobre Manu y su colega en la primera foto del álbum.

Espera.

—Uy, ¿no es ese tu chico?

Y tanto que lo era. Reconocería esa sonrisa de rapaz en cualquier parte, porque solo la había visto una única vez: en el Instagram de Tirso, posando todo risueño entre sus difuntos padres. Jamás habría pensado que volvería a encontrarla ahí, en lo más profundo del

Facebook abandonado de un desconocido. Un desconocido junto al que, más de diez años atrás, se había sacado una foto con el diploma enarbolado a lo alto como si fuera el trofeo de la Eurocopa.

«Por otros 20 años tecleando juntos», rezaba el texto del post.

—Hostia.

4

El Moli

Era una de esas raras ocasiones en que Tirso había tenido que personarse en el IFEMA, así que Julia tenía toda la casa para ella sola. Normalmente habría aprovechado para hacer la cena, ya que era él quien se encargaba de cocinar a diario para los dos (des/ventajas del teletrabajo), pero como habían acordado pedir burritos solo necesitaba darle a un botón en cuanto Tirso avisara de que estaba de camino. Julia se había pasado por el súper a por piñones, de todas formas. Si al final al pobre se le alargaba el asunto, no quería que encima de llegar tarde y cansado tuviera que conformarse con unas espinacas sosas.

Muu entró al salón dejando diminutas huellas mojadas a su paso.

—No habrás vuelto a rebozarte en el plato de ducha, ¿no?

La gotita que pendía de uno de sus bigotes decía que sí. Julia suspiró, pero como ella misma seguía apoltronada en el sofá en albornoz, empapando el reposabrazos sin remordimientos, decidió hacer la vista gorda. Ya cerraría la mampara cuando se levantara a ponerse el pijama. Por el momento, prefería disfrutar un rato más del simple placer de no hacer nada, arrullada por la rutinaria sinfonía de garritas rascando cartón mientras estudiaba obsesivamente las

dos únicas fotos del Facebook del tal Manuel que se había atrevido a descargarse en el móvil. Las borraría en cuanto Tirso entrara por la puerta, por si las moscas, pero hasta entonces…

De entre las fotos que salían juntos, esas eran la más antigua y la más reciente.

En la primera no sobrepasarían los ocho añitos y jugaban con sus Action Man en un patio trasero. Debía de ser verano, por el barreño hasta arriba de agua entre ambos en el que una desventurada Barbie flotaba bocabajo. A Manuel le faltaba un piño y a Tirso un buen rapado. Los dos miraban a cámara como cazados en plena fechoría, la más pura imagen de Zipi y Zape si Zipi fuera tamaño chihuahua y Zape tamaño gran danés.

En la segunda ya rozarían la mitad de la veintena y celebraban el cumpleaños de un tercero en un bareto de mala muerte. Las diferencias entre ambos se habían acentuado con el tiempo. En todos los sentidos: donde uno era fino, el otro era corpulento; donde uno vestía de punta en blanco, el otro llevaba ropa deportiva; y donde uno sonreía, el otro permanecía serio. Julia diría que incluso hosco. Y, atendiendo a la clara tensión en los hombros de Manuel, él pensaba lo mismo.

Hubiese pasado lo que hubiera pasado entre ellos, había explotado poco después, ya que no habían vuelto a interactuar online desde entonces. De hecho, por parte de Tirso ni siquiera quedaba rastro de aquella amistad; todas sus menciones, respuestas o fotos subidas desaparecidas para siempre tras (obviamente) eliminarse la cuenta. Había conversaciones enteras en las que Manuel parecía estar hablando solo, más y más sangrantes según se alejaban en el tiempo, donde Julia había llegado incluso a entrever

los vestigios de un lenguaje propio. Chistes internos, alusiones a anécdotas, motes… Manuel y Tirso no solo habían sido amigos cercanos, habían sido *mejores amigos.*

Hasta que dejaron de serlo.

Julia volvió a esa primera foto del Instagram de Tirso. Ahora que se había recorrido de cabo a rabo el Facebook de Manuel, apostaría un brazo a que el fotógrafo era él. Al pobre las cámaras no se le daban muy bien.

—¿Fue por vosotros? —susurró, haciendo zoom sobre la cara borrosa de su difunta suegra. Tenía el pelo rubio Terelu, seguramente decolorado, pero entre la calidad y las enormes gafas de sol que llevaba tampoco podía distinguir mucho más. Como siempre, le angustió pensar que jamás sabría a quién de los dos había salido Tirso. Él nunca solía hablar de sus padres, así que ella tampoco preguntaba—. ¿Acabaron distanciándose porque alguno gestionó mal el duelo?

No sabía qué pensar. El Tirso que ella conocía habría llevado el luto por dentro, pero si Julia había terminado rebuscando en la basura digital de Manuel era justo porque dudaba de que su versión de Tirso fuera la auténtica. A lo mejor la muerte de sus padres lo había cambiado irreversiblemente. Tampoco le parecería raro. Todo lo contrario, de hecho. ¿Cómo iba nadie a seguir siendo la misma persona después de perder a sus dos pilares, y encima a la vez?

Pensó en sus propios padres. En la estricta firmeza de su madre, en la docilidad campechana de su padre. Luego imaginó una vida sin ellos y le dio tanto vértigo que encerró el pensamiento bajo siete llaves para no volver a abrirlo jamás.

«Focus», se dijo, rebobinando hasta el punto de inicio de sus divagaciones solo para darse cuenta de que, en realidad, la hipótesis del duelo fallido no se sostenía. Porque ¿qué era lo que había escrito Manuel en el Throwback Thursday? Que la ignorancia daba la felicidad y que no podía desverse lo ya visto, o algo así, ¿no? Y, vale, Manuel podría estar refiriéndose a cualquier cosa, pero Julia pondría la mano en el fuego a que hablaba de Tirso por las siguientes razones:

1. Al tío le iba de puta madre. Sabía por su IG que se llevaba bien con todos sus exes (*green flag*), por su LinkedIn que había tenido y seguiría teniendo una trayectoria profesional brillante, y por su Twitter que era popular entre compañeros y aspirantes del sector. Esto había sido así incluso por la fecha de publicación del Throwback, por lo que el suceso al que se refería no tenía correlación ni con sus amoríos, ni con su carrera ni con su reputación.
2. El tío contaba su vida entera en redes. ENTERITA. Cuándo estaba triste, cuándo estaba contento, cuándo enfadado, melancólico, expectante, emocionado… A veces era más abierto, a veces más ambiguo, pero nunca se guardaba nada. Todo cuanto pudiera saberse podía postearse. Por consiguiente, para Manuel, ni mencionar de pasada el fallecimiento de los padres de su *«best bro»* estaba totalmente fuera de personaje. A no ser que:

a. Tirso le hubiera pedido que no lo hiciera.
b. Ya no tuvieran relación por entonces.

3. El tío no daba puntada sin hilo. Si algo había aprendido Julia de él tras horas y horas analizando su personalidad virtual era que, en terreno LinkedIn, cada publicación motivacional, sensiblera o didáctica obedecía a un propósito mayor; como el «Próximamente» en su cronología laboral o el webinar sobre «Liderar desde el sofá» la semana previa a lanzar un servicio especializado para teletrabajadores. Así, que en el Throwback hubiera escogido precisamente una foto festejando su graduación para acompañar ese texto (o viceversa) implicaba que el suceso X había ocurrido durante la fiesta o muy poco después. Y *nadie* hablaría así de la muerte de los padres de un amigo. De la traición de un amigo, en cambio…

«Solo nos queda hacer de tripas corazón y trabajar por ser todo lo valientes, listos o fuertes que desearíamos haber sido».

Era Tirso. *Tirso* había hecho *algo* que Manuel no podía olvidar, algo para lo que habría querido ser más *valiente.* ¿Por qué si no iba a subir eso a LinkedIn, aunque disfrazado de post aspiracional? ¿Por qué no ponerlo en Twitter, donde sus gracias y desgracias tenían más alcance? ¿Por qué solo compartirlo en la única red donde Tirso y él se seguían mutuamente? Qué pena que no pudiera verse cuándo conectaron. Seguro que no habría mucha distancia entre ambas fechas. Seguro que el Throwback era una indirecta. O un voto de silencio.

No le gustaba la conclusión a la que estaba llegando.

Por un lado, prefería que Yolina tuviera razón con que aquello era un simple lío de faldas entre colegas. Por otro, deseaba casi con

desesperación tenerla ella. *Necesitaba* tener razón. Necesitaba alguien con quien compartir la carga.

Ya salgo
40min

Pegó tal brinco que Muu se cayó del árbol.

—Ay, noooo… —se rio Julia, levantándose de inmediato para achucharla—. Perdón, perdón, perdón; no me acordaba de que estaba en vibración. Ea, ea —le plantó un beso de yaya en la naricilla—, ya pasó.

Muu se quejó con un alarido que haría saltar las alarmas del SEPRONA, pero se dejó mimar igualmente mientras ella pedía por fin los burritos con la mano libre. «Salvada por la campana», pensó, con un suspiro de genuino alivio. La última vez que había cocinado espinacas se le habían quedado tan mustias que Tirso hasta se ahorró la mentirijilla piadosa. Todo un caballero.

Durante los siguientes cuarenta minutos exactos, Julia se entretuvo recogiendo el baño, poniéndose el pijama y preparando la mesa. Muu anunció la llegada de Tirso antes incluso de que sus llaves repiquetearan en el rellano, y cuando este atravesó la puerta lo primero que hizo fue buscar a Julia con la mirada para enseñarle las bolsas que traía de la mano.

—Mira a quién me he encontrado en el portal. Ni hecho a posta.

—¡Ostras, genial! Así puedo ir abriendo todo mientras te cambias.

Fue al acercarse a por las bolsas que lo notó. El hedor. Era incisivo hasta resultar desagradable, claramente químico, tan intenso que ni siquiera el rico aroma especiado de la comida mexicana lograba

enmascararlo. Julia se detuvo en seco, con el brazo ya extendido hacia él. ¿Qué…?

—¿Julia?

—Huele a lejía —soltó sin pensar.

Por unos segundos, Tirso solo la miró, desconcertado, pero enseguida se recompuso con un suspiro hastiado y un asentimiento rendido.

—Sí. Los iluminados de la limpieza la han pifiado pero bien justo cuando estábamos terminando, por eso he salido tan tarde.

—¿Y es que te ha caído toda encima? —Julia tanteó la manga que asomaba por debajo de su abrigo, como esperando encontrarla calada—. ¿Dónde ha sido?

—No, por suerte solo me he manchado las suelas. Les he dado un agua en el baño, pero al ser goma, el olor…

—Uff. Sácalas al balcón a que se aireen, a ver si hay suerte y se quita.

—Buena idea. Toma.

Julia tomó el relevo de las bolsas y Tirso rio entre dientes al verla arrugar la nariz cuando se inclinó para darle un beso rápido.

Podría haberle preguntado qué tenían que limpiar en el IFEMA que requiriera tal concentración de lejía, o por qué lo limpiaban con el equipo técnico aún trabajando, pero como sabía que pondría en duda todas sus respuestas se dedicó simplemente a liberar los burritos de su prisión de papel de aluminio. Además, estaría feo pasarse la cena que el pobre había propuesto solo para animarla interrogándolo. Si Tirso podía ser buen novio *y* presunto asesino a la vez, ella podía ser buena novia y espía paranoide.

Por la cuenta que le traía.

Aquel finde, Julia se tomó un tiempo para meditar cómo abordar o emplear la información recabada. No quería precipitarse y acabar levantando las sospechas de Tirso, pero solo quedaba una semana para el puente de mayo y, por tanto, para la escapada anual de su novio a tierras navarras por funestas razones. Tenía que sonsacarle alguna pistilla más sobre Manuel antes del próximo jueves o se tiraría los cuatro días varada en el mismo punto, sin nada que hacer salvo darle vueltas y vueltas al asunto.

Para empezar, el viernes post-2x1 en burritos Julia se paseó por la sección de productos de limpieza del Obramat después de comer. El pasillo estaba desierto, como siempre a esas horas, así que pudo examinar cada garrafa sin interrupciones mientras se bebía su querido bifrutas tropical. Desengrasante alcalino, limpiacemento, agua fuerte…, todo tremendamente agresivo, pero también tremendamente efectivo para limpiar restos de obra. Algunos ni siquiera listaban sus componentes en la etiqueta, ignoraba si porque asumían que el peón de turno sabía lo que compraba o porque necesitaban el máximo espacio posible para detallar las ominosas advertencias e instrucciones de uso. Julia se puso mala con el primer «En caso de ingestión, NO provocar el vómito». Aunque había tenido intención de echarle una olfateada a más de uno para comparar hedores, agradeció ver que todos llevaban tapones de seguridad.

—Uy, Julia, qué raro tú por aquí. ¿Necesitas ayuda?

De algún modo, Lolo siempre la pillaba con la boca llena, y esa vez no fue diferente. Casi parecía hacerlo adrede.

—Lolo —saludó, medio ahogada de la prisa con la que había tragado—. Pues… ¿puede?

—Pues dime —respondió él, con una sonrisa afable.

Por un momento, se planteó mentir. Luego descartó la idea. ¿Quién mejor para echarle una mano con eso que el responsable de la sección de limpieza? Llevaba más años trabajando allí que ella; estaba curtido. Y era muy majo. Había sido él quien la había avisado de que dirección estaba buscando a alguien para Atención al Cliente.

—Mira, es que a mi novio se le han manchado unos zapatos con algo que apesta a, *¡creo!,* lejía, pero sin tenerlo claro no sé con qué lavarlos o siquiera si son salvables…

—Uh, ¿a Tirso? No se le habrá caído el disolvente, ¿no?

Julia pestañeó, confundida. Primera noticia de que Lolo y Tirso se conocieran.

—¿Disolvente?

—Sí, para no sé qué mancha del garaje. Se llevó uno hace un par de meses, ven, ¿te suena que sea este? —Y le hizo un gesto para que lo acompañara pasillo adentro—. Porque si es este olvídate de los zapatos; se lo come todo.

Por suerte o por desgracia, Julia no había visto ese bote en la vida, como tampoco había visto ninguna mancha en el garaje. ¿Lo habría guardado ahí abajo? ¿Para qué? Ah. ¿Sería la garrafa que sacó del trastero en San Valentín…?

—No lo sé —balbuceó, revueltísima—. ¿Huele a lejía?

—Más bien a amoniaco.

Ojalá supiera la diferencia. Los dos le olían fatal.

—Se supone que era algo para limpiar. ¿Esto lo usarían en el IFEMA?

Ahora fue Lolo quien pestañeó muy confuso.

—No te sigo.

—Ay, perdón. —Julia chasqueó la lengua, sintiéndose tonta—. Tirso se manchó en el IFEMA. A los de la limpieza se les volcó un cubo, pero no sabemos de qué.

—Aaah, vale, vale. ¿Y lo estás buscando aquí en vez de en un súper porque…?

Por fin una pregunta que sabía contestar:

—Porque supuse que usarían productos industriales.

La cara que puso Lolo, contra todo pronóstico, le sacó una sonrisa. La reconocía de vérsela a sí misma al darse cuenta de que se había roto la cabeza con la cosa más sencilla del mundo.

—Cierto —arrancó finalmente Lolo—. Bien visto. Pues, a ver… Es verdad que las empresas de limpieza que trabajan para grandes almacenes y tal suelen comprar productos industriales. Las de aquí usan el rosa ese, por ejemplo. —Señaló un friegasuelos enorme un poco más allá—. Es bastante fuerte, pero es que entre los albañiles que nos vienen directos de la obra y la de accidentes que tenemos en la sección de pinturas no queda otra. ¿Quieres que miremos si va con base de lejía? Pero puede que no sea ese, ¿eh? O ninguno de los nuestros.

Cuando terminaron de comparar etiquetas (sin éxito), Julia le agradeció profusamente la ayuda y Lolo le restó importancia con un ademán antes de añadir que lo sentía por los zapatos de su novio. Estaba claro que seguía pensando que Tirso la había liado con el disolvente.

Y, a decir verdad, ella también.

El domingo por la tarde, después de casi cuarenta y ocho horas de planear cuidadosamente su estrategia, Julia acabó tirándolo todo por la borda siguiendo una corazonada.

Estaban en el sofá organizando el calendario de comidas para la semana entrante, esta vez más puzle que tarea, por eso de que querían gastar lo que les quedaba en la nevera antes de que Tirso marchara a Navarra. Aunque puesto así sonaba aburrido, siempre acababan pasándoselo bien, y, oye, salían unos platos la mar de resultones.

De primeras, Julia había pensado sacarle el tema de Manuel durante la película que iba a proponerle para esa noche, pero la oportunidad se le presentó mucho antes y de forma mucho más natural gracias a las Martas. Benditas fueran entre todas las mujeres.

—Ay, mira, al final Pony sí que puede venirse.

—¿A la pijamada? —preguntó Tirso mientras anotaba la cena del miércoles en su pizarrita blanca.

—¡Sip!

—Qué bien, amor. —Puso los ojos en blanco al enderezarse—. Al menos uno de los dos se lo estará pasando bien este puente.

—Bueno —rio ella—, Dios dirá. Quieren ponerme nosequé serie de Batman que supuestamente va a encantarme. La de cuando es crío.

—Pues suena genial.

—Dame una sola pista y las convenzo para empezarla un día que estés tú también.

Tirso le dio un toquecito en la nariz con el rotulador como los que le daba a Muu para que soltara alguna presa (normalmente, sus calcetines).

—No seas mala. También te resistías al maratón de *Jurassic Park* y luego mira; me arrastraste al Museo de Ciencias Naturales y todo.

Se le escapó una risita muy fea por la nariz al recordarlo. Cuando a Julia le daba por algo, le daba *fuerte,* y ya que de pequeña no había tenido la típica fase de dinosaurios (Minijulia era más chica de caballos) le había tocado pasarla de adulta. Pero su cita en el museo había sido adorable. ¿Cuál fue, la segunda? ¿La tercera? Solía confundirla con otra, aunque para ella había marcado un antes y un después en su relación porque ahí Tirso le había compartido su extenso conocimiento jurásico (él *sí* había tenido la dinofase) más ilusionado que correcto y más relajado que galante. Había sido la primera vez que Julia había visto un atisbo del verdadero Tirso.

«Verdadero».

—Cierto —admitió Julia finalmente—. Supongo que para cuando vuelvas tu novia se habrá hecho frikifan del… Pingüino, creo que me dijo Marta.

—No lo dudo. Te tienen fichada.

—¡Ya se sabe! El amigo y el vino, cuanto más antiguo más divino.

Tirso secundó el refrán con un simple «Mmm» distraído según volvía al calendario de comidas, y Julia cayó en que no había mejor preámbulo para abordar el tema de Manuel que aquel. Tampoco mejor momento. Con la guardia baja, sentados en su esquinita del sofá como tantos otros domingos, durante aquella hora melosa entre el final de la siesta y empezar a preparar la cena.

—Nunca se me ha ocurrido preguntarte por los tuyos. ¿Tú tenías?

—¿Tener el qué? ¿Vinos o amigos?

Ni siquiera apartó los ojos del calendario para mirarla, pero sonreía.

—¡Tirso! —lo riñó ella, pegándole un empujoncito juguetón—. Amigos, claro. No digo los de ahora, esos ya me los conozco, digo de los antiguos. Como del cole, o del insti.

—Contrariamente a la creencia popular, sí, tenía amigos. Y un buen puñado, además.

—Ay, ¿y cómo es que ya no te llevas con ellos?

Tirso se encogió de hombros mientras apuntaba otra cena.

—Tampoco teníamos mucho en común salvo los ordenadores. —La miró de reojo—. No, nada de pucheros, que no es ningún drama. Cada uno siguió su camino, sin más. Como Sonia y tú.

Uy, pero qué golpe más bajo, sacar a Sonia a colación. No sabía si le sorprendía más que se acordara de ella o la comparación en sí.

—A mí lo de Sonia sí me parece un drama —murmuró ella, sin poder evitarlo.

—No me refería a que no lo fuese, perdón —y, ahora sí, Tirso se volvió para darle un besito de disculpa en el pelo—; sino a que no es culpa de nadie.

—Entonces ¿tú tenías una Sonia?

Por primera vez en la vida, a Julia le pareció que Tirso se pensaba la respuesta. ¿Es que no quería contárselo? ¿Por qué? ¿Para que no le hiciera más preguntas o…?

—Sí. Moli.

—*¿Moli?* ¿¡Qué clase de nombre es ese!?

Algo en su voz debió de hacerle mucha gracia, porque Tirso rio con ganas, pero a ella no le hacía ninguna. Pobre Manu, si supiera que nunca fue el *best bro* de su *best bro…*

—Ninguno. Es que lo llamábamos por el apellido; Molina. Manuel Molina. —Volvió a reírse (y menos mal, porque así no oyó el gritito

ahogado de sorpresa que se le escapó a su novia)—. Ni me acordaba de cuál era su nombre de pila hasta que me pasaron el listado de asistentes de la CyberExpo.

—¿¡Cómo, que va a ir!?

—No le queda otra. Es uno de los ponentes.

¡Y lo soltaba así, tan pancho! Julia se quedó muy quieta, organizando a toda prisa sus pensamientos. No podía dejar que se le notara la sorpresa. Es verdad que había visto algo de una feria en el Facebook de Manuel, pero ni se le había ocurrido que… ¿Qué contestaría a eso la Julia normal? ¿De qué habían estado hablando, cómo habían llegado a eso? Ah, sí, sí; Tirso y sus amigos. De si Tirso había tenido amigos de chico. Julia querría que Tirso tuviera más que cuatro mataos de gym con los que juntarse de vez en cuando. Querría que tuviera algo solo suyo, como ella tenía a las Martas.

—Oye, pues a lo mejor podéis aprovechar para poneros al día…

—Mmm, lo veo difícil —respondió Tirso, extrañamente evasivo—. Yo ya he cumplido mi parte para IFEMA, así que no necesito ir allí para nada. Otra vez será. ¿Dejamos para el jueves las espinacas, entonces? Ya que compraste los piñones…

El cambio de tema se le hizo tan brusco que Julia no pudo sino asentir. Aunque, por cómo su novio rellenaba el cuadrante correspondiente, a él no se lo había parecido. O eso, o confiaba en que Julia pillara la indirecta, como siempre que rozaban algún asunto demasiado doloroso. En ese aspecto (como en todos los demás) funcionaban bien: Tirso nunca necesitaba decir «no quiero hablar de esto». Tirso simplemente le compartía los datos justos y necesarios para que ella sacara las conclusiones correctas. Así trataban todo lo concerniente al duelo por sus padres, por ejemplo.

Se preguntó si Tirso sería consciente de que acababa de poner la pérdida del tal Moli al mismo nivel que la de sus padres. Suponía que no.

Así que Julia no insistió. Total, ya tenía todo cuanto necesitaba. La confirmación de que Manuel y él habían sido íntimos, que algo raro había pasado entre ellos y, lo más importante:

Dónde y cuándo encontrar a Manuel.

Tirso y Julia se levantaron el jueves a la vez; él para ahorrarse la caravana del puente saliendo prontito y ella para ir al trabajo como cualquier otro día. Se despidieron en el portal, después de que Tirso se ofreciera una vez más a acercarla al Obramat y después de que Julia rehusara una vez más. Si fuera un día normal, al final habría terminado aceptando.

Pero, como no lo era, Julia fingió haberse olvidado algo en casa y volvió a todo correr al ascensor rebuscando frenéticamente en su bolso. «¡Avisa cuando llegues!», remató mientras ametrallaba el botón del quinto.

Solo cuando vio el reluciente Sandero naranja doblar la esquina de su calle se atrevió Julia a salir de nuevo de casa. Por suerte, llegó justa a coger el autobús, así que no tuvo que esperar toda tensa por si acaso Tirso volvía y se la encontraba ahí cuando debería estar de camino al metro.

Después le escribió un mensaje a su encargada avisando de que había amanecido enferma y otro a su hermana mayor pidiéndole porfa porfa porfa un justificante médico.

A decir verdad, su primer plan había sido plantarse directamente en la charla de Manuel M(olina). Montaraz, desarrollador de sistemas de seguridad de Microsoft España; pero había reculado toda escandalizada con solo mirar los precios. Ya podría haberse cargado Tirso a medio Madrid que ni de coña iba a dejarse ella un tercio de sueldo en averiguarlo.

Su segundo plan, más arriesgado pero menos caro, consistía en birlarle a Tirso su pase de trabajador del IFEMA y usar la excusa de novia preocupada para conseguir que la dejaran pasar a «entregárselo». Este tampoco había llegado a buen puerto, pues Tirso, como bien le había dicho, ya había cumplido su parte para IFEMA y, por tanto, devuelto su tarjeta identificativa.

El tercer plan había sido recorrerse de arriba abajo todos y cada uno de los posts de LinkedIn etiquetados con el hashtag de la feria con la esperanza de encontrar alguna promoción o código de entradas gratis. Sin éxito, obviamente.

El cuarto y último plan había sido aquel:

Sentarse en uno de los bancos a la entrada del pabellón correspondiente y esperar.

Y esperar. Y esperar. Y esperar.

Y esperar.

Ilusa de ella, había creído que, como la charla de Manuel era de las primeritas, el susodicho se volvería o a la cama o al curro nada más terminar, pero una publicación a las 9:01 taggeada con un #TheFutureIsWhereWeAre le recordó a las malas con quién estaba tratando. Su objetivo no solo había llegado al IFEMA media hora antes de que abrieran, sino que tenía pensado asistir al resto de las

conferencias del día y pasarse «a saludar» a todos los expositores habidos y por haber.

Julia a eso lo llamaría pesadilla. Manuel lo llamaba *networking.*

Por suerte, fue precisamente la incontinencia twitteril de Manuel M. Montaraz lo que la ayudó a mantenerse firme durante las largas horas a la intemperie, desde el biruji primaveral mañanero, pasando por el tostón del sol en la nuca al mediodía, hasta la típica ventolera del atardecer. (Todo ello aderezado, cómo no, por un hambre voraz que la tuvo a punto de rendirse un número bochornoso de veces). De no ser porque el muy desgraciado anunciaba hasta sus paraditas a mear, Julia no habría tenido a qué anclarse. Se conocía bien. Habría acabado pensando que no lo había visto marcharse, o que se había equivocado de pabellón, o que jamás lo reconocería entre la marabunta de cerebritos que entraba y salía del IFEMA.

Aunque también aguantó por sí misma. Porque lo tenía claro, porque *lo sabía.* Sabía que el tal Manuel había visto algo. Algo que, como ella, no debería haber visto… y que rompió su amistad con Tirso para siempre.

El culo de Julia estaba empezando a fusionarse con el banco cuando Manuel posteó un tocho sentidísimo sobre conectar con tus iguales en un mismo espacio proyectado hacia el mañana (significara lo que significara eso) seguido de un «el año que viene más y mejor».

—Aleluya —graznó, con la garganta seca de no haberse movido de ahí ni para rellenarse el termo de agüita.

A partir de entonces se sucedieron los minutos más tensos de su vida sin contar los del garaje. Los pasó muy rígida, sin despegar la mirada de las puertas dobles del pabellón 9, como una verdadera

exnovia psicópata. De un momento a otro el mejor amigo de la infancia de su futuro prometido/posible homicida las cruzaría y más valía que no se le escapara porque a saber cuándo volvería a tener una oport…

Ah, ahí estaba.

Pese al apellido, Manuel tenía poco de montaraz. Estaba lejos del prototipo de morenazo curtido criado en libertad, y según se acercaba a él quedó patente que apenas le sacaría medio palmo de altura. Pero eso no significaba que fuera un esperpento. Es más, las fotos no le hacían justicia. Alguien debería decirle cuál era su perfil bueno para que el pobre pudiera explotarlo como Dios manda, porque, ahora que Julia lo veía en directo, Manu era… guapo. Guapo de una forma que no casaba con su irritante persona virtual. A lo mejor era culpa suya, por esperarse una ratilla de biblioteca vestida de Sheldon Cooper en vez de un *businessman* en traje de chaqueta. El pelo pajizo estilado hacia atrás, las gafas de sol de marca, los Oxford calados… Desde luego, ese tío sabía qué lugar ocupaba en la cadena alimenticia de su sector y lo demostraba a cada paso.

De pronto, Julia se sintió chiquitísima. Manuel iba solo, en una mano un maletín y en la otra su móvil, en el que tecleaba (para variar) tan concentrado como ceñudo. No parecía muy accesible. Seguro que no le daría ni la hora. Seguro que ni se dignaría a mirarla.

En fin, hora de ponerse la piel de la Julia secretaria de dirección: lidiar con CEO y demás fauna de las altas esferas empresariales sin achantarse formaba parte de su currículum.

—Disculpe, ¿señor Montaraz? Quisiera hacerle una pregunta.

—Veinte —respondió al segundo, pasándole de largo sin siquiera levantar la vista del móvil.

—¿Veinte? —barbotó ella, siguiéndolo al trote.

—Veinte días lo que tardé en diseñar el Apagón de Microsoft, veinte horas lo que tardaron ellos en contratarme para arreglarlo y veinte minutos lo que necesitaría para averiguar dónde vives.

Julia pestañeó.

—¿Y los veinte segundos?

—Los que te he dedicado. *Adieu!*

—¡No! Por favor. Es sobre Tirso.

Manuel frenó en seco, súbitamente rígido.

—¿Quién?

—Tirso Mihura.

—Ah, no, no. —Y retomó su camino con un suspiro aliviado—. No conozco a nadie que se llame así.

—Pues bien que pasasteis veinte años «tecleando juntos».

Esta vez, cuando volvió a detenerse, la miraba diferente. Con ojo analítico, casi suspicaz.

—¿*Ese* Tirso? ¿Qué pasa con él?

—Es… Hm, ¿podríamos ir a otro sitio? ¿A tomar un café?

—Se ha metido en problemas, ¿no? ¿Eres su abogada?

Dios mío. *Dios mío.*

—N-no. ¿Por qué crees que necesitaría Tirso una abogada?

—Por lo mismo que necesitas tú un café, supongo. —Manuel dudó un momento, mordisqueándose infantilmente el carrillo, y luego resopló—: En fin, de perdidos al río. Ese de ahí es mi Cabify. Veamos si Asif nos deja cambiar la ruta.

5

Justos por pecadores

Julia miró en rededor, incómoda, mientras Manuel reía y reía. A mandíbula batiente, además, como si acabara de escuchar el chiste más gracioso de su vida. Tenía hasta lagrimitas en las pestañas.

Estaban en un Starbucks del centro, a esas horas lo suficientemente vacío como para sentirse a salvo contándole sus pesquisas pero lo suficientemente lleno como para que sus voces se difuminaran entre las del resto de los clientes. Clientes que ahora les lanzaban miraditas mitad curiosas mitad recriminatorias. Julia quería morirse de la vergüenza.

—Corta el rollo —le siseó, tras hacer contacto visual con un malhumorado barista.

—¡Córtalo tú! —replicó Manuel, aún risueño—. ¿Cómo me…? Venga, suéltalo, ¿dónde llevas la cámara oculta?

Ella alzó las cejas, impávida.

—No hay ninguna cámara oculta.

—Ya, claro. —Paró un instante de reírse solo para darle un sorbito minúsculo a su americano. Le había puesto una cantidad ingente de azúcar—. Mira, no sé de qué medio vienes, pero no tiene gracia, y si

te envía la competencia podemos dejarlo aquí porque tampoco es el método ideal para sonsacarme información.

Se cruzaron de brazos a la vez, ambos con el café en una mano, ambos reclinados muy rectos contra el respaldo de su silla, ambos estudiándose mutuamente. Julia frunció los labios, ponderando cómo reconducir la conversación ahora que su plan no había salido como esperaba. Y mira que le había costado reunir valor para inclinarse hacia él y, en un susurro, decir: «Creo que a los dos nos gustaría olvidar cierto suceso relacionado con Tirso Mihura». Manuel se había limitado a ladear la cabeza como un cachorro confuso (gesto que a Julia le había parecido el culmen del disimulo) antes de, tras varios segundos en silencio, alentarla a especificar con un «Me temo que vas a tener que refrescarme la memoria». Las risotadas habían venido después, en cuanto Julia había pronunciado aquel «Suelo preguntarme qué hizo con el cuerpo, aunque estoy bastante segura de que lo disolvió en ácido».

¿En serio el señor «solo nos queda trabajar por ser todo lo valientes que desearíamos haber sido» no sabía nada del tema? ¿O es que tenía más instinto de preservación que sentido de la justicia? Mmm. Quizá Julia debería aprender de él.

—¿Qué ocurrió entre vosotros? —optó por preguntarle, con la voz más neutra posible.

Manuel ya no se reía. Ni siquiera sonreía.

—¿Quién quiere saberlo?

—Solo yo. No vengo de parte de nadie.

—Solo tú —repitió él, igualándola en impavidez—. La supuesta novia de Tirso.

—Ahá.

—Vale, a ver. —Manuel dejó la taza en su platito y la envolvió con ambas manos—. Julia, ¿verdad? —Ella asintió—. No sé qué te habrá contado Tirso de mí, o en qué chanchullos estará metido ahora, pero yo ahí ni pincho ni corto. No he vuelto a tocar su código, ni siquiera he reutilizado mi parte en ninguno de mis modelos desde entonces. Empecé de cero tal como hizo él y no tengo ningún interés en su *copyright* ni actual ni pasado. —Hizo una mueca—. Si va a ponerse en plan mafioso puedo enseñarle la *blueprint,* pero si detecto que la usa emprenderé acciones legales en su contra, ¿entendido?

Ay. Desde luego, eso no sonaba a homicidio. Sí sonaba chungo, pero no a esa clase específica de chungo. ¿De verdad Manuel creía que Tirso le mandaría amenazas veladas si lo pillara usando alguno de sus… programas (¿«programas»?)? Hombre, estaría feo de ser así. No que Tirso quisiera darle un toque de atención, sino que Manuel estuviera enriqueciéndose en Microsoft con el trabajo de otra persona.

Manuel volvió a ladear la cabeza, evaluando su reacción.

—No tienes ni idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad?

Julia asintió.

—Y tú tampoco de lo que te estoy hablando yo, ¿no?

A él no le hizo falta asentir. Estaba claro.

Durante unos largos, larguísimos minutos, reinó el silencio. Julia no había sentido tanto miedo desde el 14 de febrero, un vértigo en la boca del estómago muy parecido a una náusea, o a un grito. Acababa de arrojar a Tirso a los lobos. Si realmente Manuel no sabía nada, y por cómo empalidecía más y más a cada segundo, era la opción más probable; Julia acababa de cagarla hasta el fondo. Vale que a ella no se le ocurriría ni harta vino denunciarlo a la policía,

pero ¿y si a Manuel sí? ¿Y si se ponía a indagar con sus sistemas de seguridad y encontraba todas las pruebas incriminatorias habidas y por haber contra Tirso? ¿Y si Manuel decidía por ella qué iba a ser de su futuro juntos?

«¿Y no era ese el objetivo?», le criticó la vocecilla humana de Muu.

—Has dicho que disolvió un cuerpo en ácido.

—¡Era broma! —chirrió, mareada de pánico. Se sentía enferma. A punto de vomitar, incluso.

—Estás temblando —observó él, señalando con el mentón su vaso de café con hielo. Los cubitos tintineaban delatoramente.

—¡De nervios! Es que es mi séptimo café del día. Soy la becaria. Nunca había hecho esto. —Soltó una risita histriónica—. Ha sido cosa de mi jefa; ya sabes cómo son los periodistas.

—Un poco vieja para ser becaria, ¿no?

—*Oye.*

Muy, muy despacito, Manuel alargó una mano y la puso bocabajo sobre el vaso, empujando poco a poco hasta conseguir que Julia lo dejara sobre la mesa. Tenía los nudillos blancos de apretarlo. Tenía ganas de llorar. Y, cuando por fin alzó la vista de nuevo hacia él, su palidez había adquirido un tono verduzco con el que se sentía identificadísima.

—El Tirso que yo conocía ya no existe —dijo Manuel, mirándola directamente a los ojos. Eso dolió. Oír sus propios miedos en voz alta—. Cambió de pronto, de la noche a la mañana, a tal extremo que era incapaz de reconocer en él a mi amigo más antiguo. No hubo ninguna discusión, ni ningún altercado; nada. Simplemente paró de responder mis mensajes y llamadas, aunque eso fue

bastante antes de dar de baja su número de móvil y borrarse las redes sociales. No insistí. Ni siquiera insistí cuando lo encontré por LinkedIn años después. —Su mano se crispó sobre el vaso, pero no cambió el gesto. Seguía mirándola con enfermiza intensidad, como si cada palabra fuera un testimonio distinto, una prueba individual de cada crimen que Tirso (nunca) había cometido—. Se había abierto perfiles nuevos, se movía en otros círculos. Hizo borrón y cuenta nueva solo para echarme de su vida y a mí no me quedó otra que tragar. ¿Eso era lo que querías saber?

Julia volvió a asentir. Manuel retiró la mano.

—Ahora tú.

—¿Yo?

—Sí. Cuéntamelo o investigaré por mi lado, y no puedo garantizarte que Tirso no vaya a pillarme.

La verdad, no tenía claro si estaba amenazando con delatarla o con delatarse, pero daba igual porque ambas opciones terminarían fatal. Julia se había cavado su propia tumba y la única forma de volver a taparla era arrastrándolo con ella.

—En San Valentín —empezó, tan bajito que Manuel tuvo que inclinarse hacia delante para oírla— bajé al garaje y vi un c… Lo vi en su maletero. Envuelto en bolsas con cinta aislante.

—¿Estás segura de que era eso?

—Con esa forma, no podía ser otra cosa.

—¿Tienes *pruebas* de que era eso?

No respondió. No pensaba darle nada más. Incluso decirle que no podía recabar ninguna prueba porque el maletero aludido estaría ya hecho trizas en el desguace sería suficiente información para alguien como Manuel. Y esta vez fue Manuel quien asintió, como si lo

supiera. No lo de que no tuviera pruebas, sino lo de que no las compartiría con él. Para protegerse a sí misma de Tirso y a él de sí mismo.

—¿Crees que estás en peligro? —le preguntó después—. ¿Inminente?

—No.

—¿Crees que lo estoy yo?

—Tampoco.

—Vale. Genial. Eso está genial.

¿Por qué lo había dicho así, con un suspiro visiblemente aliviado?

—Muchas gracias, Julia. Ahora que ambos hemos verbalizado nuestros traumas sobre Tirso, podemos empezar a arreglarlos.

—¡Uy, no, gracias!

No había levantado ni un palmo de la silla para salir escopetada de allí cuando Manuel la agarró del brazo para volver a sentarla de un tirón. Julia trastabilló más por la sorpresa que por el zarandeo, al igual que si se puso roja fue más por la rabia que por el bochorno.

—Perdona —se apresuró a disculparse Manuel, aunque no la miraba a ella, sino *más allá* de ella, al resto de la sala. Debían de haber llamado la atención de más de uno (otra vez)—. Me he puesto nervioso.

—Me da igual. Si vuelves a tocarme le cuento a Tirso una versión muy distinta de lo que ha pasado aquí.

En vez de replicar, como Julia había esperado que hiciera, Manuel frunció los labios y asintió de nuevo. Ah, así que la creía. Manuel *la creía.* Quizá no había presenciado ningún crimen, pero sí veía a Tirso capaz de perpetrarlo. Tanto como lo había visto capaz de mandarle una abogada, suponía.

El estómago se le encogió con un retortijón. Ojalá fuera de hambre y no de angustia.

—Bueno, qué quieres —espetó Julia.

—Para empezar, que no vayas largándole al primero que pasa que tu novio mata gente.

—No se lo he largado al primero que pasa.

—¿No? ¿Y adónde ibas con tanta prisa?

—¿A mi casa? ¿Con mi novio?

—¿El mismo novio que mata gente?

Julia rechinó los dientes, obligándose a pensar que, en realidad, le venía bien que Manuel la tratara de lunática. Sería el mejor desenlace que podría pedirle a semejante pifia.

O no.

—¿En serio vas a irte a casa, sin más? —balbuceó Manuel, todo tieso. Parecía estupefacto.

—¿Y dónde voy a ir si no? —gruñó ella—. Vivo ahí.

—Pues, eh… A comisaría, por ejemplo.

Eso le hizo gracia, y el rebuzno que soltó por la nariz al imaginárselo le ganó como mínimo tres puntos más de perturbada. Luego frunció el ceño, uniendo los puntos.

—¿Por eso me has parado? ¿Porque creías que iba para comisaría? ¿No crees que si mi idea fuera decírselo a la poli se lo hubiera dicho ya, contigo o sin ti?

—¿¡Yo qué sé cuál era tu idea!? ¡No te conozco de nada!

—¿Y entonces?

—Pues que no quiero que una loca del *true crime* acabe jodiéndole la vida a un amigo.

«Amigo», quiso devolverle el golpe ella, pero calló porque Manuel tenía los labios retorcidos en una mueca aprensiva que Julia reconocía de vérsela en el espejo una y mil veces desde San Valentín.

—¿Qué pasa?

—Que ojalá estés loca, de verdad. No por Tirso, a él que le den por culo. Por sus padres. —Chasqueó la lengua—. Siempre pagan justos por pecadores.

Ahí Julia también calló.

No tenía ánimos para hablarle de esos otros dos muertos.

[chat iniciado con #Player696969]

Prueba prueba probando
Te llegan?

Sí

Vale pues
Como te dije, vas a tener que ir mirando la app de vez en cuando porque no van a salirte notificaciones de mis mensajes

A ti de los míos tampoco?

Nono, a mí sí me avisa, tranquila
También puedes llamarme pulsando el icono del melón
Lo pillas? Jaj
Digamelón??

OK

Las llamadas no quedan registradas en ningún sitio
Aunque tirso te mirara el móvil, solo vería un inocente jueguito de recolectar fruta

Y si se mete en el chat?

Mira, salte

De la app?

Del chat

[chat iniciado con #Player696969]

Ah

Voilà! Se borra todo cada vez que cierras
No te lo dejes abierto cuando esté tirso en casa y punto
Btw yo sí conservo la conver entera
Por seguridad
Dudas?

Y si reconoce la app?
Y si sabe que no es solo un jueguito?

Imposible
El truco de esta app es que DE VERDAD es un jueguito
Cómo va a tener 5M de descargas solo de pseudo testigos protegidos???
Julia?

[chat iniciado con #Player696969]

Por qué hay anuncios entre nivel y nivel

Hombre de alguna manera hay que costearlo
Estás jugando??

Siguiendo indicaciones del propio Manuel, Julia no volvió a abrirle chat hasta el viernes por la tarde, ya sentadita en el metro de camino a casa. Festivo o no, el día había sido bastante mundano, sin nada remarcable salvo el e-mail de su encargada despreciando el justificante médico de Julia. «¿Para qué quiero yo esto? Es la primera vez que faltas al trabajo en tres años —decía—. A la próxima, quiera Dios que no haya, mándame un wa y no salgas de la cama». Yolina, que sí había faltado más de una y dos y tres veces al trabajo, se había quejado de favoritismos, pero luego había dedicado la jornada entera a pregonar que su pobre Julia había caído enferma por LOS HOMBRES.

Su hermana mayor, jefa de pediatría en un hospital privado de las afueras de Madrid, ni siquiera le había preguntado si de verdad estaba enferma. Había cumplido y punto. Y tampoco se lo comentó a su madre, aunque solían ponerse al día entre ellas con mucha más frecuencia que Julia con cualquiera de las dos, lo cual fue un alivio. Reducía el riesgo de que su madre sacara el tema delante de Tirso en un 100%.

Por su parte, Tirso le avisó como siempre de que había llegado a Navarra sin contratiempos y a mediodía le había enviado algunas fotos del perrito de la finca, también como siempre.

Es decir, que su plan de reunirse en secreto con Manuel M. Montaraz, alias «el Moli», había salido a la perfección. Nadie, literalmente *nadie,* sabía que aquel encuentro había tenido lugar.

Le daba un poco de vértigo pensarlo, en el buen y en el mal sentido. En el bueno porque se enorgullecía de haber sabido mover adecuadamente sus piezas. En el malo porque le acongojaba lo fácil que había sido mentir a todo su círculo sin levantar sospechas.

No podía evitar preguntarse si ella se lo había puesto así de fácil a Tirso.

O si a Tirso le apenaba tener que mentirle.

O si para él Julia no era más que su propio justificante médico; algo con lo que respaldar el engaño.

Suspiró, mirando sin ver el botón de abrir chat. A lo largo del día había aprovechado para conectar con otros jugadores para llenar su bandeja de entrada, cosa que el mismo juego promovía premiando cada saludo diario con la ingente cantidad de quinientos güitos (la divisa interna). Era una excusa ingeniosa para enmascarar conversaciones comprometidas, lo admitía, aunque le daba risa imaginarse a un agente de la secreta repartiendo güitos para chatear sin riesgos con su informante. Si es que de verdad lo usaban organismos «serios»… Manuel había jurado y perjurado que sí, pero hablaba tan rimbombante que a Julia le costaba creerle. Suponía que ya siempre iba a costarle creer a cualquiera, por defecto.

Al menos el jueguecito estaba entretenido. El trayecto de metro mañanero se le había pasado volando entre plantar platanitos, recolectar cocos e intercambiar semillas de sandía por dos regaderas con un tal RubenBlanco92. Cada parcela de huerto requería resolver un minipuzle distinto para poder sembrarla, y lo mismo para

desbloquear las diferentes frutas. Conseguía dejarle la mente en blanco, concentrada únicamente en reunir los güitos que costaba adiestrar a un adorabilísimo gato cazador de ratones (esos que roían su valiosa cosecha tropical).

Joé, ni veinticuatro horas jugando y ya era medio ludópata.

[chat iniciado con #Player696969]

Podrías ponerme el premium en mi cuenta?

No. Gánatelo

Es tu app!

Por eso mismo

Cuál decías que era el botón del pánico?

El del perro, pero no lo pulses porque manda tu ubicación al 091

Y si lo pulsa un jugador normal?

Ellos no tienen ese botón
Me complace que lo estés disfrutando, recuerda ver anuncios de vez en cuando para darme dinero
Ya tengo todo lo que necesito para mirar eso que dijimos, quedamos mañana por la tarde?

Julia lo consideró. Podría hacerle un hueco, pero…

Mañana estoy liada

??? Qué hay más importante que averiguar si tu novio es o no un asesino?

Tengo pijamada con mis amigas y siempre la hacemos en mi piso
Si la cancelo, sospechará

Uy siempre he querido saber qué hacéis las chicas en las pijamadas

Suspiró. Le gustaría que Manuel fuera más profesional, o más serio, pero al mismo tiempo agradecía que se esforzara en tratar su primera quedada para desbaratar sus sospechas sobre Tirso así, como un… Bueno, como un juego. *Pero al mismo tiempo* le hacía preguntarse una vez más por qué Tirso lo habría arrancado de cuajo de su vida. «No hubo ninguna discusión, ni ningún altercado; nada», recordó. Eso, y que Manuel no sabía del fallecimiento de los padres de Tirso, con lo que la teoría del duelo mal llevado también quedaba descartada. Menos mal que no se había hecho científica, como su madre quería, porque con semejante historial de hipótesis fallidas Julia sería un peligro para la sociedad.

No puedo hablar por todas las chicas del mundo, pero nosotras hacemos maratones
Esta vez toca una serie de Batman

No será la de cuando es crío

La misma

Hostia, planazo. Puedo unirme?

No.

Los segundos que tardó Manuel en contestar fueron tan expresivos como la propia respuesta:

Empiezo a entender por qué piensas que Tirso querría matarte
Vaya muermo de tía

Pues no fue a mí a quien dejó tirada tras 20 años de relación

JULIA!!!!n!!
No puedes usar mis traumas contra mí!

Tú has usado contra mí el miedo universal femenino a que su novio se la cargue!!

SOLO PORQUE NO PARECES TENER MUCHA PRISA POR REFUTARLO

Tocada y hundida. Mientras hacía transbordo, Julia tuvo tiempo de reconocerse que, en efecto, mucha prisa no tenía. Sí, estaba *desesperada* por saber la verdad, descubrir de una puñetera vez si estaba loca o no, pero también cagada. Antes de «verbalizar sus traumas», como lo llamaba Manuel, todavía había tenido la opción de barrerlo todo bajo la alfombra. Ahora ya no. Ahora ya lo sabía otra persona. Si quisiera recobrar la seguridad del silencio primero tendría que deshacerse de Manuel.

Mmm, mejor no seguir por esa línea de pensamiento.

Aunque sería gracioso, ¿no? «Hola, cielo, te vi esconder un cadáver y entré en pánico así que se lo conté a tu amigo de la infancia pero volví a entrar en pánico por todo cuanto habérselo

contado podría conllevar así que me lo cargué. ¿Qué tal si me enseñas a esconder cadáveres y así estamos en paz?».

Sería aún más gracioso si resultara que Tirso jamás se cargó a nadie y ahora tuviera que ayudarla con el fiambre para luego entrar en una espiral paranoide que desembocara en él contactando con su infame amiga de la infancia Sonia para averiguar si Julia había hecho algo así antes.

Estaba intentando autodistraerse, ¿verdad?

Vale
Si quieres, podemos quedar antes, pero a las 8 tengo que estar en casa con todo el picoteo comprado
Tirso solo se creería que he abandonado mi cueva para coger provisiones

Por mí perfe pero
Tirso no es omnipresente
No puede saber cuándo sales o entras de casa
O es que sabes que te tenga vigilada?

Para nada
Es que tenemos una cámara en el salón para chequear cómo anda nuestra gata cuando estamos fuera y suele meterse a verla de vez en cuando

A verla y a decirle monerías a través del altavoz, pero eso se lo guardó para sí.

Incluso estando tú en casa?

La quiere mucho

Y, además, a veces también le decía monerías a ella. De hecho, seguramente les daría la sorpresa en algún punto de la mañana del sábado, allá por el meridiano de su escapada anual. A Julia no le avergonzaba admitir que lo esperaba como agua de mayo.

Fíjate que hubiera dicho que Tirso era más de perros, pero bueno
Te parece que te mande un cabi a casa mañana a las 5?

Solo 3h? Tendrás suficiente?

Y te sobrará tiempo para hacer la compra

Tu sabrás
Te paso mi dirección para el cabi

No hace falta gracias
Ya la tengo ;)

Decidió no preguntar cómo.

Puntual como un reloj inglés (o previsible como un actor siguiendo un guion), la voz de Tirso rompió la quietud del salón a las 12:30 exactas de la mañana del sábado, mientras ella leía en el sofá y Muu roncaba en su regazo. Por supuesto, Muu se desenroscó *ipso facto* con las pupilas dilatadísimas y las orejitas volteadas hacia la cámara de vigilancia. Julia sonrió, rascándole bajo la barbilla.

—¿Quién es ese? —canturreó—. ¿Quién es, Muu?

Como en respuesta, su gata maulló larga y vehementemente. Tirso rio por lo bajini a kilómetros de allí, sonido angelical que a ellas

les llegó desfigurado y robótico a través del altavoz. Una pena.

—*¿Cómo están mis chicas?*

—Tristes y solas. ¿Y tú?

—*Triste y solo.*

Muu había empezado a amasarle la tripa. Sí, Julia también se alegraba de oírlo.

—Siempre puedes salirte a jugar a la pelota con Patato.

—*Pff, duraría dos rondas. No soy muy de perros.*

«Muu 1 - Manu 0», no pudo evitar pensar. Volvió la vista hacia la cámara, una esfera diminuta con orejas de gato sobre la balda más alta del salón. Estaba ya un poco vieja y, como podía verse, sonaba fatal, pero cumplía su función. Y le tenían cariño.

—Bueno, ya en nada estás aquí. ¿Cuento contigo para la cena de mañana?

—*Sí, porfa. Pasadlo bien esta noche.*

—Lo intentaremos.

—*Y tú pórtate bien, Muu.*

Muu maulló.

—Dice que también lo intentará.

Otra risita distorsionada. Vino seguida de un adiós un tanto ininteligible y del chasquido inconfundible del fin de retransmisión. Muu seguía sin despegar los ojos de la cámara, ronroneando a volumen de tractor. Tardó mucho, muchísimo, en volver a acurrucarse sobre su regazo, pero no tanto como lo que tardó Julia en volver a concentrarse en su lectura.

6

De 8:50:33 a 18:26:00

El Cabify la dejó en una esquinita de la plaza Tirso de Molina, incapaz de meter más el morro entre los autobuses urbanos, los domingueros que se habían quedado de cervezas después del Rastro y los quioscos de flores viviendo su cénit en pleno finde del día de la Madre. Julia, que no estaba acostumbrada a tener chófer, le preguntó cuánto le debía, y el señor le respondió muy amable que ya estaba pagado. En un primer momento se resistió a que Manuel jugara la carta de cerebrito millonetis con ella, pero luego se dijo que, con la de anuncios que llevaba vistos desde el jueves, prácticamente se lo habría costeado ella misma.

El edificio de Manuel no fue difícil de encontrar. Estaba en la misma plaza, de cara a la salida del metro, y su fachada color teja despuntaba por encima de los tonos vainillas de sus vecinas. Balcones de hierro forjado, ventanales señoriales y cuatro pisos, tres de ellos divididos en puertas A, B, C y D. El cuarto no, claro. El cuarto solo tenía un único telefonillo acompañado de la etiqueta «Familia Molina».

Familia. Si Manuel había conseguido callarse que tenía esposa e hijos, Julia iba a sorprenderse *mucho.*

Sin embargo, la mujer que la recibió en el cuarto desde luego que no era su esposa.

—Ay, tú debes de ser Julia. ¡Encantada! Me pillas justo saliendo, pero pasa, pasa, que Manu avisó de que vendrías. ¡Manu, *mon doudou*! *Ton amie est là!*

—¡Voy!

Manuel apareció enseguida al fondo de un pasillo kilométrico, gracias a Dios vestido de paisano y no de traje, así que Julia se aferró a eso para no sentirse apabullantemente zarrapastrosa al lado de aquella mujerona engalanada de noche a las cinco de la tarde. Ni en mil vidas conseguiría ella desprender esa mezcla perfecta entre Anastasia Románova y su abuela emperatriz. Las de la peli de dibujos, que conste.

Cuando Manuel llegó a su altura, ellos dos intercambiaron un par de frases en francés antes de que la mujer se despidiera de él con un sonoro beso en la mejilla y de ella con un apretón rápido en la muñeca.

—¿Qué? —dijo Manuel por todo saludo en cuanto cerró la puerta, mirándola con una ceja enarcada.

—¿Qué de qué?

—Estabas mirando a mi madre como si fuese un alien.

—¿¡Tu *madre*!?

EMBARAZO ADOLESCENTE.

—Puedo oírte pensar en mayúsculas.

—Perdón. Es que no me salen las cuentas —admitió Julia.

Eso le hizo gracia, al menos, porque rebufó por la nariz mientras esbozaba la primera sonrisa que Julia le veía en persona. Oh, ahí había dinero. En esos dientes, en esa familia, en esa casa. *Sobre*

todo en la casa. ¿Quién seguía viviendo entre lámparas de araña y techos artesonados en el siglo XXI? Los Molina, al parecer.

—Sí, me tuvo muy joven. Venga, vamos al despacho.

Por desgracia, el muy estirado no tuvo a bien hacerle un tour del piso, pero nada le impidió cotillear de pasada mientras lo seguía pasillo adentro. Y pudo hacerlo bien a gusto, porque todas las puertas estaban abiertas de par en par, deslumbrándola con sus exquisitos papeles pintados, sus sofás de ante y sus jarrones de Murano. Casi le daba agobio pisar las alfombras. Manuel iba en calcetines. ¿Debería ella haberse quitado las playeras? Aunque no recordaba haber visto ningún zapatero en el recibidor. O un ropero. Ni siquiera un paragüero. De hecho, ahora que se fijaba, cuanto más avanzaban, más pesado se le hacía el silencio, más vacías las habitaciones. Menos habitable la casa en sí.

Quizá porque no parecía una casa. Parecía un museo.

El despacho del fondo no era la excepción. Le daba la impresión de que cien años atrás le habrían denegado el paso por ser mujer. Dios, si hasta había una mesita arrinconada repleta de botellas de licores ambarinos. En cualquier momento Manuel se encendería un puro.

—Podría haberlo mirado por mi parte y darte la buena nueva —empezó este, arrastrando una butaquita de cuero tras el escritorio, junto a la suya propia—, pero he querido que estuvieras presente en el proceso para ahorrarte paranoias. Supuse que una persona que ha hurgado en mi LinkedIn hasta dar con un post de hace tres años no iba a aceptar un simple «tranqui, tu novio es inocente» sin pruebas.

Julia no dijo nada mientras tomaba asiento a su lado. El ordenador de torre en el que ahora tecleaba Manuel era lo más moderno de toda la habitación, y quizá también de la casa (quizá incluso del barrio entero). Su ropa, en cambio, tenía poco de futurista y mucho de retro. Julia no recordaba la última vez que había visto a un chico llevar la camiseta metida por dentro de unos vaqueros de talle alto.

—Asumes que va a haber buenas nuevas —dijo al fin, más bajito de lo que pretendía.

Él asintió sin mirarla.

—No sé cómo será el Tirso actual, pero te aseguro que no es un asesino. Conmigo nunca fue violento, ni marrullero, ni… —Arrugó la nariz—. Se regía por el mismo sistema de valores que sus padres, y jamás querría decepcionarlos. Si lo que viste en tu garaje de verdad era un cadáver, pondría la mano en el fuego a que de víctima no tenía nada.

—¿Crees que pudo ser en defensa propia?

—¿Es que tú no?

Ahora sí, la miró. Directamente a los ojos, además, para darle énfasis a la crítica encubierta. Julia se envaró, ofendida, aunque entendía su postura. No le quedaba otra que explicarse, pues.

—Me *gustaría* creerlo —remarcó—. Pero si hubiera sido eso, o si se hubiera metido en un lío gordo… ¿No habría actuado diferente? ¿No habría, yo qué sé, pasado la noche en vela o perdido el apetito o algo así? Y no pasó. No estaba ni nervioso. Me sacó a cenar como si nada.

—Bueno, tú también saliste a cenar como si nada.

Ella negó con la cabeza.

—Pero él sí me lo notó; él sí me notó que estaba rara. Y yo se lo hubiera notado a él.

Manuel no insistió. Solo hizo un ruidito que podría significar cualquier cosa y se volvió hacia el ordenador, retomando su vertiginoso tecleo. Julia permaneció educadamente callada y aún más educadamente erguida, con las manos entrelazadas sobre el regazo como la señorita que (no) era. Aunque tenía los ojos fijos en la pantalla, ni siquiera hizo intento de seguir el laberinto de carpetas, webs o descargas en las que Manuel clicaba y clicaba. Y encima todo en modo oscuro.

Tras unos segundos en completo silencio, Manuel la miró de reojo:

—¿Quieres que vaya explicándote lo que voy haciendo?

—Mmm, con que me expliques el objetivo me basta. Lo demás no lo voy a entender.

—Vale, pues… Iba a empezar ya, así que… Mira. ¿Ves este plano? —Amplió la pestaña—. Es un mapa del estado del tráfico de Madrid en tiempo real, cortesía de nuestro querido Ayuntamiento. Si seleccionamos esta opción, nos marcará el número y la ubicación de todas las cámaras fijas instaladas en la ciudad.

—¿Solo trescientas cincuenta? Me parecen pocas.

—Piensa que esto es solo para consultar cómo andan las carreteras. No necesitan una cámara en cada esquina, que no son radares.

De acuerdo. Ya se hacía una idea de por dónde iban los tiros…

—¿Y si pinchas en una cámara te enseña la retransmisión en directo? —aventuró Julia.

—Nop —respondió él, complacido con la pregunta por algún motivo—. Lo que hacen es subir fotos de la carretera en cuestión

cada media hora o así. La DGT también, pero ellos solo de las importantes. La M-30, la A-2 y tal.

Uh. Pues no iban por ahí los tiros, entonces.

Manuel sonrió.

—Ahora es cuando me preguntas para qué nos sirve todo esto.

—Me alegro de que seas consciente de que no le veo la utilidad.

—¡Porque no la tiene! —pio—. Al menos, para ti. Por suerte, me tienes a mí, y yo sé dónde puedo encontrar el archivo completo de las grabaciones de todas estas cámaras hasta un máximo de seis meses. —Abrió otra pestaña—. Solo tengo que seleccionar la cámara, la fecha y el tramo de horas que me interesan… San Valentín, ¿verdad? —Julia asintió—. Y, para no pillarnos, vamos a poner de nueve de la mañana del día catorce a las nueve del día quince, ¿te parece? Son veinticuatro horas de cobertura. Bien, pues una vez hecho esto indico el formato, el destinatario, pulso «Solicitar» y… *Voilà!* En unas doce horas mi contacto me enviará el enlace de descarga con el archivo correspondiente.

La sonrisa Trident White que le dedicó entonces la dejó más planchada incluso que el final de su perorata.

—¿¡Doce horas!? —chirrió, entre pálida y roja—. ¿¡Qu…!?

—Shh —la cortó él, todavía radiante—. No saquemos conclusiones precipitadas. ¿No has visto que no he clicado en «Solicitar»?

—O sea que encima tenemos que esperar doce horas y tres minutos.

—Nah. Tenemos que esperar cero horas y cero minutos, porque aquí tu mesías se ha tirado estos dos últimos días acumulando los vídeos de todas y cada una de las cámaras de Madrid para que, cuando llegaras, podamos seguir el coche de Tirso desde que salió

de tu portal hasta donde sea que se dirigiese, y a la inversa. Tenemos cada rotonda, semáforo y parking cubiertos. Si Tirso hizo algo feo en San Valentín, sabremos dónde y cuándo. —Le dio una palmadita a la torre bajo el escritorio como se la daría a un perrete —. Por eso te he citado aquí y no en mi casa. Mi portátil va como un tiro, pero hay veces que uno no necesita velocidad, sino fondo. Y de fondo este machote va *sobrao.*

Demasiada información de golpe. Si los humanos pudieran cortocircuitar, Julia estaría peligrosamente cerca de ello. Balbuceó un par de veces, ridícula como ella sola, antes de conseguir articular un débil:

—¿Has recabado todas las grabaciones de ese día de las trescientas cámaras de tráfico de Madrid?

—Y de las que no son de tráfico —rio él, todo ufano—. No quería dejarme cabos sueltos. Me ha costado un buen pico, pero mejor prevenir que curar, ¿no?

Silencio.

De primeras, Julia no supo qué sentir. Puesto así tampoco parecía mucho, ¿verdad? Un tío descargándose un puñadito de vídeos en su ordenador para revisarlos más tarde con ella. Pero no era solo eso. Era un tío que no la conocía de nada prestándole su ayuda (¡y su *dinero*!) para descartar sus sospechas. Eran horas y horas y horas de grabaciones oficiales almacenadas en una torre privada por medios que, si le preguntaban, no pondría la mano en el fuego porque fueran legales. Era la tranquilidad de que, quizá en unos pocos minutos (bueno, seguramente en bastante rato más), la pesadilla podría haber terminado. Era el alivio de saber que, mostraran lo que mostraran las cámaras, no tendría que enfrentarse a ello sola.

Y todo gracias a ese tío al que su novio echó de su vida sin miramientos ni explicaciones.

—Muchísimas gracias, Manuel. De verdad. N…

—Arg, por Dios, no —la interrumpió él con un mohín de profundo disgusto, y ella pegó un brinco, cohibida por la brusquedad de su tono—. Manuel solo me llaman mis jefes y mi madre cuando se enfada. Cualquier cosa menos Manuel, *s'il-te-plaît.*

Julia no se enorgullecía de la carcajada que se le escapó.

—*¡Silteplé!* —No pudo evitar mofarse—. *Oui, oui,* monsieur Montaraz.

Manuel (con perdón) suspiró. Parecía estar arrepintiéndose de haber abierto la boca. O las puertas de su casa a una desequilibrada. O ambas.

—Con Manu me basta, gracias.

—¿No prefieres Moli?

Esta vez el respingo lo pegó él antes de mirarla con los ojos muy abiertos durante uno, dos, tres segundos. Quizá incluso cuatro.

—No —contestó al fin, algo rígido—. Ya no.

La verdad, Julia se sentía un poco culpable. Había intentado agradecerle la ayuda de corazón y había acabado incomodándolo. O removiéndole recuerdos nada agradables, si se guiaba por su reacción.

—¿Te has dado cuenta de que te apellidas Molina y vives en Tirso de Molina?

Sí, eso era lo único que se le había ocurrido para reavivar los ánimos. Manu volvió a suspirar.

—No, Julia, jamás en mis treinta años de vida había caído en eso; fíjate.

—¿Y en que tu mejor amigo se llamaba como tu calle?

—Con semejante atención al detalle no sé para qué me necesitas, Sherlock. —Puso los ojos en blanco, pero ahí, justo ahí, en la comisura de sus labios, Julia pudo detectar un amago de sonrisa—. ¿Empezamos o qué?

—Ah, tú cuando quieras. ¡Si yo solo vengo a mirar!

—Pues también es verdad —resopló, negando con la cabeza—. En fin, señálame aquí —en el mapa dinámico del Ayuntamiento— qué cámara pilla más cerca de tu casa y escríbeme aquí —en un post-it que le acercó— la matrícula del coche en el que iba.

Lo hizo. Manu clicó enseguida sobre la cámara en cuestión y buscó el código correspondiente a la misma en su megacarpeta de grabaciones. Al abrir el archivo, giró un poco el monitor hacia ella, preguntándole sin palabras si reconocía la calle. Julia asintió. Y es que no solo la reconocía, sino que…

—Ese es mi edificio —dijo, apuntando a un recuadro borroso a mitad de pantalla—. El garaje está ahí, en esta cuestecita. ¿Ves la puerta?

Él alzó las cejas.

—Menuda potra. Creía que iba a tener que tirar de… Y encima está superbaja. Normalmente las ponen bien alto, para que abarquen bastante. ¿Qué estáis, al lado de una rotonda? ¿Haciendo frontera con otro código postal?

—Dímelo tú —sonrió Julia—. Seguro que tardas menos de veinte segundos en averiguarlo.

—Mírala qué graciosa. En fin. ¿A qué hora dirías que llegó tu Romeo con el fiambre?

—A las siete y media justas.

Por su cara, Manu había estado a punto de soltar otro comentario, pero entonces sus ojos se estrecharon en dos finas líneas grises. Julia siguió la dirección de su mirada y ahí estaba el difunto Ford Focus de Tirso, las luces de freno encendidas según enfilaba el morro garaje abajo. En una esquinita de la pantalla, un reloj digital marcaba las 19:30:04.

—Ya decía yo que me sonaba la matrícula. —Y su voz salió extrañamente tirante, como si se debatiese entre seguir hablando o tragárselo—. Al final convenció a su padre de que se lo diera.

Hubo un pequeño silencio enrarecido entre que Manu seguía contemplando la pantalla con algo muy parecido a la melancolía y que Julia decidía callarse el destino del coche. No aportaba nada a la conversación, al menos de momento, y tenía miedo de que decírselo diera pie a que Manu le preguntara directamente por el padre de Tirso. Si acaso, prefería contarle la mala nueva cuando las cámaras de tráfico le enseñaran a su novio volviendo de un desguace de maniquíes o algo así.

Manu avanzó un poco el vídeo. A las 19:36:56; el morro del Focus volvía a emerger de la cuesta del garaje, y este asintió.

—OK. Pues, con tu permiso…

Más tecleos. Julia tuvo tiempo de verlo introducir la matrícula en un comando aparte antes de que la típica hilera de números y letras oscureciera la pantalla. Por lo que pudo entender de los datos expuestos, Manu había iniciado dos barridos simultáneos de la matrícula en las grabaciones de las cámaras colindantes a la de su calle, uno de las horas previas a las 19:30 y otro desde las 19:36 en adelante.

—¿Y ya? —preguntó Julia, sin despegar los ojos de la estampida de caracteres—. ¿Pones la matrícula y el programa te la localiza en todos los vídeos?

—Eh, hum… Es algo más complicado que eso, pero sí. Dale un par de minutos y…

Un estruendoso berrido emergió del ordenador, sobresaltándolos. Julia se llevó una mano al pecho del susto, pero él se inclinó hacia el monitor con el ceño fruncido. En su experiencia, aquel sonido (el típico del pantallazo azul de Windows) combinado con un mensajito parpadeante como el que ahora leía y releía Manu, nunca eran buenas noticias.

—¿Qué pasa?

—Que la calidad de las cámaras es una mierda, eso pasa —masculló él, reabriendo el comando para añadir más datos al barrido —. No ayuda que sea de noche. A ver. Ford Focus de primera generación, color negro, sin personalizaciones ni alerones ni… No y no y esto tampoco. ¿Se me olvida algo?

Julia negó con la cabeza. Dudaba de que ella misma pudiera haber dado tantos detalles del viejo Focus de Tirso, y eso que (vale, sí) solía prestarle mucha atención a los coches que la rodeaban. Especialmente si habían contenido un cadáver.

Satisfecho, Manu pulsó Intro de nuevo.

—Vale, ahora sí que s…

Otro berrido. Otro mensajito de error. Al parecer, ningún vehículo con dichas características había circulado durante tal tramo de tiempo bajo ninguna de las 353 cámaras de la red madrileña de tráfico. Manu resopló, claramente fastidiado.

—Pues nada, a la vieja usanza. Será más coñazo, pero bueno. —Se volvió hacia ella—. ¿Por dónde quieres empezar? ¿Quieres que miremos de dónde venía o a dónde se fue?

Para Julia estaba claro:

—Lo primero. Supuestamente se pasó el día trasteando en el IFEMA, así que deberíamos poder volver sobre sus pasos hasta allí.

—Perfe.

Por alguna razón, el proceso manual la puso más nerviosa de lo que había estado hasta entonces. Quizá porque era más lento; le exigía más atención. Abrir el mapa dinámico, consultar el código de la cámara vecina, buscarlo en la carpeta de grabaciones, doble clic para abrir el vídeo, arrastrar el cursor por la barra de progreso, darle al *play,* esperar, retroceder, avanzar… La diferencia era abismal. Era justo como la diferencia entre depilarse con cera, de un tirón, y depilarse con pinza pelito a pelito a pelito.

«Por favor», no paraba de repetirse Julia durante cada uno de los pasos. Porfavorporfavorporfavor que viniera del IFEMA *por favor,* aunque sabía que eso tampoco garantizaría nada. Tirso podría habérselo cargado a primera hora de la mañana porque a quien madruga Dios le ayuda, o aprovechado su descanso del mediodía para escabullirse. O a lo mejor la víctima trabajaba en IFEMA y la había matado dentro. O a lo mejor llevaba días en su maletero, macerando. Aunque entonces ella lo hubiera olido, ¿no? Y no recordaba haber advertido ningún hedor específico. Solo el olor tan, tan característico del cemento húmedo.

—Vaya por Dios. —Manu chasqueó la lengua—. La primera que miro y perdió señal justo cuando iría a pasar Tirso.

Julia se rio por lo bajini, con el corazón en la boca.

—Lo típico. ¿Pillaba con alguna intersección o algo?

—Sí, tendré que mirar las tres cámaras de cada salida…

Pero ninguna de las tres dio señal. No durante los segundos en que el coche de Tirso debería haber atravesado su zona.

Sin decir palabra, Manu buscó en el Maps de su móvil el recorrido del piso de Julia al IFEMA, y fue comprobando una a una las cámaras de tráfico que pillaban de camino.

Nada.

El silencio entre ambos era pesado, casi meloso. Respiraba con pulmones propios. Julia miró de reojo a Manu, tensa, sabiendo perfectamente lo que significaba aquello aun no queriendo saberlo. El leve temblor en sus dedos sobre el ratón era confirmación suficiente, de todas formas.

Manu tragó saliva antes de abrir una carpeta distinta con más grabaciones numeradas. Clicó en la primera de ellas, que mostraba el aparcamiento del IFEMA.

—¿Cuándo se fue de casa? —graznó.

Se lo dijo. Él introdujo la hora de salida en el Google Maps y luego avanzó el vídeo de la cámara de vigilancia hasta la hora en que debería llegar.

A las 8:50:33 del 14 de febrero, la cámara privada del parking del IFEMA se quedó en negro, y no retomó la imagen hasta las 18:26:00.

Clicó en el siguiente vídeo. Mismo parking, diferente ángulo. Nada de 8:50:33 a 18:26:00.

Siguiente. Vía de entrada este al parking del IFEMA. Nada de 8:47:21 a 8:50:33 ni de 18:26:00 a 18:29:45.

Siguiente. Vía de entrada oeste al parking del IFEMA. Nada de 8:47:21 a 8:50:33 ni de 18:26:00 a 18:29:45.

Siguiente. Rotonda frente al IFEMA. Nada de 8:44:09 a 8:47:21 ni de 18:29:45 a 18:32:07.

Muy, muy despacito, Manu se reclinó en su butaca de piel. Aún tardó toda una eternidad en volver la mirada hacia ella. Julia se la sostuvo, revuelta.

—Vete a casa —dijo—. Tengo que hablar con mi contacto.

—¿De…?

Aunque ya lo sabía. Ya sabía la respuesta antes incluso de oírle decir:

—De que Tirso le ha hackeado el servidor.

7

Tan poco Tirso

La pijamada estaba siendo todo un éxito.

La cena había llegado prontito, Muu no había intentado birlarles patatas, la TV no había perdido conexión ni una sola vez (todavía) y en el congelador había mínimo cuatro cajas diferentes de helados. Cortesía de Manu, quien, picado por ser incapaz de retroceder en el tiempo para impedir que Tirso corrompiera las grabaciones, le había tendido su móvil para que pidiera la compra online. «Pero si me da tiempo de sobra a ir yo», había protestado ella. «Es mi forma de compensarte por ir de sobrado *con Tirso*», había insistido él. A fin de cuentas, si a Manu se le había ocurrido mirar las cámaras, evidentemente a Tirso se le habría ocurrido inutilizarlas. Ambos poseían los conocimientos y los medios necesarios para borrar sus huellas si querían, así que para pillarle en un renuncio tendrían que ser más listos que él. Corrección: *Manu* tendría que ser más listo que él. Julia no contaba, que a ella las tecnologías… Bastante que sabía meter fórmulas en Excel (y eso solo si Excel se dejaba).

Las Martas se rieron de algo que un señor con pinta de oler a pescado en la TV había dicho. Julia sonrió para disimular que se había perdido otro chiste, por si acaso estuvieran pendientes de ella.

Normalmente lo agradecía (no solía salir de Julia confesar que la peli o serie de turno no le estaba gustando), pero esa vez preferiría disociar a gusto. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para prestarle atención a un *villano de Batman.*

Las miró. Por primera vez en la vida, deseó ser alguna de ellas. Le daba igual cuál. Total, ninguna de las Julias que había creado a lo largo de los años sabía lidiar con aquella situación.

«Es que sois tal cual las tres cabezas del can Cerbero», había dicho una vez Tirso, por lo bien que encajaban aun siendo radicalmente distintas entre sí, pero la cruda realidad era que Julia no destacaba en nada por sí sola. Marta era bajita y gorda, Pony era alta y flaca. Ella era… ni lo uno ni lo otro. Ni guapa ni fea, ni estilosa ni zarrapastrosa, ni buena ni mala, ni lista ni tonta. Del montón. Tanto, que en la universidad se habían referido a ellas tres como «las Martas», porque Julia estaba ahí, sin más. No aportaba mucho salvo completar la tríada.

A Julia no le importaba ser 100% olvidable. La única vez que había querido causarle una impresión duradera a alguien había sido a Tirso y parecía haber funcionado, así que estaba en paz con su aburrido pelo negro cortado bien recto por encima de los hombros y sus aún más aburridos ojos marrones (¡ni siquiera pardos!) y su *definitivamente* aburrido carácter. Si lo más interesante de ella era que tenía una gata con pelaje de vaca a la que le encantaba chapotear en el plato de ducha…

Lo cual la llevaba de nuevo al punto de partida: ser ella misma no bastaba. En ninguno de los sentidos. Si tuviera el cuajo de Pony, que se había emancipado del capullo de su padre a los dieciséis para salvar la herencia de su madre, ¿podría plantarle cara a Tirso?

¿Exigirle la verdad? ¿Ponerle en su lugar? Si tuviera el sentido de la justicia de Marta, que como fiscal hacía las delicias incluso de la exigente madre de Julia, ¿podría presentarse en comisaría a denunciarlo? ¿Dejar que fuera un juez quien dictaminara si era o no inocente? ¿Cerrar los ojos si el hombre de sus sueños acababa entre rejas?

No podía parar de darle vueltas.

Pero al final daría igual, ¿no? Porque si fuera más como Pony o más como Marta tal vez ni siquiera estaría saliendo con Tirso. A él le gustaba la aburrida de Julia.

Ay, no. Ahora tenía otra pregunta peor. Ahora se le había ocurrido preguntarse si Tirso estaba con ella pese a ser aburrida o precisamente *por ser* aburrida. Por pura conveniencia. A lo mejor hasta ahí llegaba su planificación del crimen, a agenciarse una novia que ni lo encarase ni lo acusase ni nada. ¿Por qué no? Si hasta se había cuidado de eliminar horas enteras de un puñado de vídeos alojados en un servidor privado no del todo ilegal pero sí del todo turbio.

—¿Qué tal va? ¿Ponemos otro?

Julia pestañeó, volviendo al mundo real en picado. Las Martas aguardaban su veredicto más esperanzadas que expectantes, y eso que segurísimo que sabían que llevaba medio episodio mirando al tendido.

—Sisisi —contestó a toda prisa, tanteando la manta en busca del mando (Muu se quejó desde algún punto de las profundidades)—. Por mí sí.

—Pero ¿te está gustando?

—Mmm. Todavía no lo sé. —Por no saber, no sabía ni de lo que iba la serie—. Es… rara. Pero tampoco está mal.

Ellas cruzaron miradas.

—Te gustará en cuanto encuentres a tu prefe —le aseguró Marta.

—¿No decíais que iba a gustarme el Pingüino ese?

Para los despistados: ese era el señor con pinta de oler a pescado.

—Ah, pero no ya mismo. Pingu es un gusto adquirido.

—Si tú lo dices… Así de primeras el que me gusta es el prota.

—¡Y a quién no! —trinó Pony, meneando las cejas. Julia se rio por la nariz, sintiéndose presente por primera vez desde que regresó a casa—. Va, que ahora empieza lo bueno. Estate atenta —amenazó en broma—. Oye, ¿no tendrás algo así dulce de postrecito? Aunque sea unos crispis, unos mueslis de esos con choco que te gustan a ti.

Julia sonrió: había llegado su momento estrella.

—Nop. Pero tengo algo mejor en el congelador.

—¡Helados! —aulló ella. A su lado, Marta puso los ojos en blanco, divertida—. ¿Hay de los de Drácula?

—Hay *de todo.*

Pony se levantó de un salto.

Ahora sí que sí podía confirmar que la pijamada había sido todo un éxito, pero no gracias a ella. Habían sido sus amigas quienes, con dos partes de emoción y una de paciencia, consiguieron que desconectase del Tema del Año (su novio borrando las huellas de un crimen que Julia ya no podía evitar atribuirle) para meterse de lleno en una serie de Batman. Repitamos: *de Batman.* Eso sí que tenía mérito y no matar gente, que de asesinos estaban las cárceles

llenas. Así que según se despertó por la mañana en su cama de matrimonio sin matrimonio lo primero que pensó fue que cómo se atrevía. Cómo se atrevía Tirso a ponerla en esa situación. Cómo se atrevía a arruinarle la vida, arruinar*les* la vida. A su (presunta) víctima, a su novia y a sí mismo. Qué excusa tenía para meter un cadáver en su casa. Cómo podía haber sido tan descuidado, cómo podía ser tan mentiroso, cómo podía ser *tan poco Tirso.* Y Julia era consciente de lo egocéntrico que sonaba su monólogo interior, pero no le importaba. Llevaba meses poniéndose en lo peor y en lo mejor. Angustiada, aterrada, cegada.

Ahora lo que estaba era cabreada.

Las Martas le dieron los buenos días en su salón habiéndose servido libremente el desayuno, primero porque sabían dónde estaba todo y segundo porque sabían que odiaba que la despertaran en finde. Julia se les unió intentando disimular las malas pulgas, aunque como no funcionó acabó teniendo que inventarse que había soñado con que Tirso le ponía los cuernos. Al final, la hipótesis de Yolina se había convertido en el pretexto perfecto.

Como solía pasar tras todas las pijamadas, entre unas cosas y otras les dieron las dos de la tarde, de modo que almorzaron las sobras de la cena, se tomaron otro heladito (Pony su Drácula, Julia su Frigopie y Marta su cono de fresa marca blanca) mientras seguían con la serie. Y, como solía pasar también tras todas las pijamadas, no tardaron ni dos episodios en quedarse fritas. Si es que ya no tenían fuelle para esos trasnoches…

Lo que no solía pasar tras todas las pijamadas es que Julia trató por activa y por pasiva de alargarla otra noche más. Al principio, al salir de casa de Manu, había estado a punto de cancelar el plan para

tener un ratito a solas con sus pensamientos, digerir en privado todo cuanto implicaba lo que acababa de ver, a su propio ritmo. Sin embargo, ahora la perspectiva de volver a quedarse sola en aquel piso tan vacío, sin distracciones, sin sueño, sin nada que hacer salvo rumiar hasta que llegara Tirso, le roía los huesos.

Pero sus amigas tenían su propia vida, así que se fueron.

Y Julia se quedó allí, jugando a regar platanitos virtuales durante horas y horas y horas mientras la cólera que le borboteaba por dentro crecía y crecía y crecía.

Cuando Tirso llegó a casa, Julia seguía enfadada.

Quería cantarle las cuarenta. Quería gritarle, arañarle, vomitarle todo lo que llevaba revolviéndole el estómago desde San Valentín. Quería echarle en cara que la utilizara y que la manipulara y que le mintiera, apretarle las tuercas como solo su versión más histérica sabría hacerlo hasta conseguir que estallara. Quería desenmascarar al verdadero Tirso, fuera quien fuera, y lo quería aunque le costase la vida. Aunque la mandase directa al maletero.

Y, sin embargo, no lo hizo.

Para empezar, porque era una cobarde. Para seguir, porque era más lista. Si iba a enfrentarlo, lo haría cuando tuviera la certeza de que podría salir viva de aquello. Y, para terminar, porque estaba demasiado enamorada de él. De su versión de Tirso, de su vida juntos y de la versión que era ella a su lado. No estaba preparada para dejar de ser la Julia de Tirso, y era justo aquel punto débil suyo lo que más la enfurecía. La estaba volviendo loca. La estaba volviendo *feral.*

Así que cuando Tirso llegó a casa, con su sonrisita melancólica y sus ojeras de no haber pegado ojo desde que se fue, Julia le odió. Le odió como se odian las injusticias, como si escaldara, como si tuviera la culpa de todo lo malo conocido y por conocer, porque la tenía. Y le odió tanto tanto tanto que el sentimiento volcó, vuelto del revés con las costuras expuestas en algo que ya no era odio pero que quemaba igual.

—Hola, cielo —alcanzó a saludarla Tirso, muy suave, antes de que ella le quitara a Muu de encima (siempre se le adelantaba, la muy desgraciada) para atraerlo por la nuca hacia sus labios.

En un primer momento, él solo se dejó hacer, sin perder siquiera la sonrisa, pero cuando intentó apartarse y Julia se lo impidió literalmente con uñas y dientes Tirso respondió al instante, profundizando el beso a quemarropa, a bocanadas. La besó sin tregua, justo como ella quería, e igualó su apuesta estrechándola entre sus brazos enormes como hierro al rojo. Un golpe sordo le dijo que Tirso se había descolgado la mochila del hombro, y un maullido agudo, que Muu la había esquivado de milagro, pero eso ni los frenó ni los detuvo. De hecho, Tirso simplemente sonrió contra sus labios y:

—¿Cama?

—Cama.

Y para allá que fueron. O, mejor dicho, para allá que fue él, pues a ella se la aupó a la cintura como si no pesara nada. Cualquier otro día Julia habría perdido la cabeza ante semejante exhibición de fuerza, pero como no era cualquier otro día se limitó a rodearlo con piernas y brazos mientras encerraba bajo siete llaves la pregunta de

para qué otra cosa empleaba su novio aquel tanque de guerra que tenía por cuerpo.

En su dormitorio, la cama seguía deshecha, las persianas bajadas, sus labios en los suyos. Ninguno de los dos perdió tiempo en encender alguna luz (para lo que estaban haciendo y para lo que iban a hacer les bastaba con la que desembocaba del salón), aunque ya podrían estar a oscuras o a pleno sol que a Julia le importaría nada y menos. Solo le importaba el peso de Tirso sobre ella, la forma en que sus besos iban transformándose en jadeos y quitarse las bragas de un tirón.

Durante un segundo fugaz estuvo a punto de imponerse, echarlo de espaldas para sentársele encima a horcajadas, pero por suerte se dio cuenta pronto de que no aguantaría de una pieza si tomaba el control. Acabaría escupiéndole o arañándole o peor, rompiendo a llorar. Así que se dejó envolver entera en su abrazo, dejó que entrara en ella sin oponer resistencia, dejó que le hiciera el amor porque ni siquiera entonces podría llamarlo simplemente follar.

Donde puso la raya fue al final. Ahí sí que tuvo que pararlo, cuando Tirso coló una mano entre sus piernas para que terminaran juntos. Julia se la apartó de un bofetón. Siempre era demasiado gentil con ella, demasiado *blando,* y como la tocara con un mínimo de gentileza con esas manos manchadas de sangre la incongruencia se volvería insoportable. Podía ocuparse ella sola, gracias.

Le dio rabia que encima fuera de sus mejores orgasmos.

Después, Tirso se quedó dentro, espolvoreándole besitos en la frente mientras recobraban poco a poco el aliento. Como siempre, para Julia fue más parecido a volver a tierra firme. O al mundo real.

Esta vez, cuando Tirso hizo amargo de apartarse, ella no tuvo más remedio que dejarlo ir. Aunque tampoco se fue muy lejos. Solo se acodó sobre el colchón para mirarla desde arriba muy, muy intensamente.

—¿Digo yo que esto significa que me has echado de menos?

Normal que preguntase. El número total de veces que Julia le había saltado a la yugular como perra en celo antes de aquella sumaba cero (0).

—Cada vez que te vas se me hace más largo —optó por responder. No podría pillarla en un renuncio si decía la verdad.

Tirso pareció rumiar algo mientras le acariciaba el pelo. Al final, dijo:

—Si quieres, puedes venirte el año que viene. Pero solo si quieres.

Por desgracia, le dio un vuelco el corazón. ¿En serio? ¿En serio se le ocurría abrirle la puerta justo ahora?

—No vale con que yo quiera ir —matizó Julia, escogiendo las palabras con sumo cuidado—. También tienes que querer tú.

Lejos de recular, Tirso sonrió. Ampliamente, además.

—¿Yo? Yo claro que quiero. Me haría mucha ilusión; y estoy seguro de que no soy el único.

—Pues no se hable más —resolvió ella.

—Pues no se hable más —secundó él.

[#Player696969 te ha enviado un regalo]

Julia enarcó una ceja. ¿Qué quería este ahora? Con un suspiro, dejó a medias la reclamación online que andaba tramitando para

atender el móvil.

[chat iniciado con #Player696969]

Qué pasa?

Estoy merodeando por tu Obramat
Tenéis baños para empleados?

Increíble.

No pienso darte la llave. Vaya jeta
A mear al público como todo el mundo
Joé en verdad tendría que haberte dado la llave
No he estado lista ahí
Están atrancados

Qué tía
Entonces tenéis que usar el público no?

Lamentablemente sí
Por?

Vente al baño familiar en 5min

[#Player696969 salió del chat]

Siendo sincera, que Manu se presentara en su trabajo le olía a chamusquina. Tanto, que cuando cinco minutos después le dijo a

Yolina que iba al servicio esta le dio muchos ánimos. Así de alto le habían sonado las tripas, de nervios.

Los baños del Obramat no eran ninguna maravilla, pero el servicio de limpieza hacía lo imposible por mantenerlos usables y Julia se lo agradecía. Se lo agradeció aún más cuando se encontró compartiendo el WC familiar con Manu, quien echó el pestillo tras ella. Jamás volvería a sentirse tan rara como abriendo la puerta después de oírlo piar «¡Ocupado!» desde dentro.

—Con mi suerte, tenemos dos minutos escasos antes de que una familia numerosa aparezca por arte de magia —le dijo ella por todo saludo.

Manu rio.

—Es lunes por la mañana. Los nenes estarán en el cole y sus papis en la ofi.

—Alguien podría necesitar cambiarle el pañal a su bebé.

—¿Preferirías que nos hubiéramos metido en el baño de discapacitados?

Su silencio fue respuesta suficiente, y el muy infeliz le dedicó una sonrisilla de comemierdas que pedía a gritos un bofetón. Julia no sabía cómo hacía Manu para sacarla de quicio en tiempo récord, con lo calmada que era ella de normal. Quizá tenía que ver con que «Manu», como concepto, estaba intrínsecamente ligado con investigar a Tirso. Pensar en él era pensar en el maletero, y al revés.

Ya había abierto la boca para preguntarle qué quería cuando Manu bebió de un inconfundible minibrik morado de agua.

—¡Pero bueno! ¿Tú es que no tienes coche?

—Claro que tengo —protestó, medio ahogado de la prisa con la que tragó para defenderse—. Lo que no tengo son ganas de que

Quien-Tú-Sabes pueda ver mi matrícula en tu parking.

—¿Y tu cara sí?

—Por eso he entrado por la puerta del aparcamiento, para evitar el *tracking* facial.

—¿¡Qué *tracking* facial!?

Manu tuvo la *desfachatez* de poner los ojos en blanco.

—Perdón, rearticulo: he entrado por el aparcamiento por si acaso Tirso hubiera instalado *trackings* en las distintas cámaras de vigilancia de tu Obramat. De ser así, limitaría los faciales a los accesos principales, ya que el acceso del parking solo lo usan quienes vienen en coche. —Agitó elocuentemente el brik de promo —. Y, para el *tracking* matricular, cualquier servicio rollo taxi vale. ¡Soy un puto genio!

Mmm, vale. Mejor obviar esa última parte, que no estaba de humor. Aquí lo importante era que:

—OK, pero ¿por qué iba a poner ningún *tracking* en *mi* Obramat?

Cómo no, Manu estaba demasiado ocupado presumiendo de cerebro gigante para leer entre líneas (o mismamente detectar la histeria en la voz de Julia), así que solo resopló y volvió a la carga:

—Es obvio, ¿no? Eres la persona más cercana a él. Si alguien puede sospechar algún día de lo que ha hecho, esa serías tú. —Y, para más inri, se encogió de hombros—. Yo también lo haría. Al más mínimo indicio de que algo te hueles, revisaría quién viene a verte al trabajo. Por si las moscas.

Otro retortijón. Julia se abrazó el estómago, más sobrepasada que asustada pero más preocupada que sobrepasada.

—¿Y por qué has venido entonces?

—Pues porque me sonaste un poco rara anoche y quería comprobar que todo iba bien.

Silencio. Le había sonado rara anoche porque estaba medio sopa postpolvo. Julia recordaba haber ido al baño para lo propio y para avisarlo por app de que Tirso ya estaba en casa. A cambio, Manu le había informado de que, tras revisar el archivo completo de los seis meses disponibles de grabaciones, no había encontrado más agujeros. O, al menos, «ninguno que pareciera intencionado».

Manu sorbió agua ruidosamente. Todo un maestro del disimulo (no).

—Todo va bien —suspiró Julia al fin—. No hacía falta que te arriesgaras a venir solo por eso, pero muchas gracias. De corazón.

—Nah, tranquila —rio él, y le dio una palmadita a la bandolera que llevaba al hombro—. Total, tenía que pasarme igual a abrir una incidencia. Le compré unas tiras LED con sensor a mi madre y ya no funcionan.

Julia se quedó tiesa.

—Ah —dijo, seca.

—No quería que pegaras un bote al verme y que si algún día el *tracking* fac…

—Ya, claro —le cortó—. Y seguuuro que no vas a pedirme que te extienda la garantía.

—¡Qué va! Vale que justo cumplieron el año la semana pasada…

—*Pff.* Si es que no hay nada más tacaño que un rico.

Manu reaccionó como escaldado, siseo incluido. Pero no contraatacó, como ella creía que haría. En su lugar, se cruzó de brazos y la miró de arriba abajo con un mohín disgustado.

—Oye, ¿tú por qué siempre estás de uñas conmigo? ¿O eres así con todos? Porque dudo que tu novio deje que le sueltes estos cortes.

—Mi novio nunca hace nada para merecerse estos cortes.

—¡Ajá! —Y el mohín dio paso a una de sus infantiloides sonrisas de granuja—. O sea que no sabe que está saliendo con una alimaña disfrazada de Hello Kitty.

—Quieres la garantía o no.

Al instante, Manu asintió todo angelical, efusivo cual dibujo animado, y Julia puso los ojos en blanco con un suspiro resignado. ¿Cómo podía Tirso haber sido amigo de semejante personaje? ¿Tanto tiempo, además? ¡Si eran la noche y el día…! No le extrañaría que su pobre novio le hubiera hecho *ghosting* por puro hastío y no por nada chungo.

—Pues tira. —Julia chasqueó los dedos hacia la puerta—. Tú primero; que vaya atendiéndote Yoli. Siempre se aturulla con las garantías, así que intentará encasquetármela en cuanto llegue.

—¡Gracias!

Y se fue tan pancho, sin decir ni adiós. Normal, suponía, ya que iban a verse enseguida… Se le escapó otro resoplido, agotada de tanta emoción fuerte en tan poco tiempo, y mientras aprovechaba para hacer un pis rápido no pudo evitar darle vueltas a lo que le había reprochado Manu. A Julia ni siquiera le parecía que hubieran hablado muchas veces. ¿De verdad había sido maleducada con él en todas ellas? Repasó mentalmente sus conversaciones. Mmm, pues un poco ácida sí había sido, sí. A lo mejor por lo mismo de antes; porque la sola existencia de Manu le recordaba que su vida no era tan perfecta como había creído. O a lo mejor porque, para ella, la

suya era una relación pasajera. No se veía obligada a ser ninguna Julia en especial con él. Y tampoco se lo debía.

Se sintió un poco mal, igualmente. Manuel la estaba ayudando sin exigir nada a cambio, y encima se preocupaba por ella. ¿Lo de la garantía? Excusas. Podría haberle pedido el favor de extendérsela por chat y, sin embargo, se había plantado allí a riesgo de que el asunto lo salpicara de lleno.

Un barullo al otro lado de la puerta le dijo que la profetizada familia numerosa había llegado, así que se apresuró a lavarse las manos.

OK, iba a intentarlo. Iba a intentar ser un poquito más amable con Manu, aunque su primer instinto fuera echarlo a ladridos de su vida.

Insoportable o no, no se lo merecía.

8

El vermut

Su propósito para con Manu le duró doce horas.

—¿En serio?

Y, como su vida era un circo, Muu entró derrapando al salón, habiendo reconocido enseguida el característico crujido del altavoz de su videocámara. Pues vaya chasco iba a llevarse cuando se diera cuenta de que…

—*¿Esa es tu gata? ¡Hola, princesa! Pspspsps, ¡hola!*

—Manu —gruñó Julia—. Qué haces.

—*¿No lo ves? Ah, bueno, no.* —Y se rio—. *He hackeado tu gatocam para monitorear las idas y venidas de Tirso.*

Ella cerró los ojos, cogió aire bien hondo, lo retuvo unos segundos, lo soltó largamente. Repitió tres veces el proceso antes de verse capaz de no tirar la cámara por la ventana. Mientras, Manu mantenía una conversación unidireccional con su gata, quien parecía dividida entre la curiosidad y la extrañeza.

—O sea, montas la estrategia padre para venir a verme al Obramat pero te conectas tan feliz a una cámara de mi casa que Tirso tiene instalada en su móvil. ¿A ti te parece normal?

Otra risita. Muu avanzó agazapada hasta esconderse tras el cubo de la colada, desde donde siguió vigilando la voz del No-Tirso.

—*También la tienes instalada en el tuyo, y he visto tu historial. Muy curioso. ¿Cuántas de las mil veces que te conectas a la semana son dedazos? Yo he asumido que todas las que están fuera de horario laboral.*

—Tengo la app junto a la de WhatsApp y le doy sin querer —admitió Julia a regañadientes—. ¿Qué has hecho, replicar mi usuario? ¿A Tirso le saldrá que eres yo?

—*Eeexacto. ¿Ya sabías que se podía?*

—No. —Suspiró—. Pero con vosotros ya siempre aplico la premisa del «Si puede imaginarse, puede hacerse».

Era un poco desesperanzador, de hecho. Ver hasta qué punto estaba desprotegida en su propio hogar, con qué facilidad sus propios mecanismos de seguridad podían usarse contra ella.

—*Bueno… No te quito más tiempo, que andas ocupada.* —Julia enarcó una ceja mientras cogía otro puñado de calcetines mojados para colgarlos en el tendedero desplegado de par en par en pleno salón—. *Solo quería avisarte de que tengo acceso, y pedirte que me mandes por favor la rutina habitual de Tirso. Quiero ver qué hace cuando no estás en casa, o si sale fuera de horario poder hacerle seguimiento antes de que pueda alterar las grabaciones.*

Hubo un pequeño silencio en el que Julia solo asintió. Calcetín, pinza; calcetín, pinza. No pensar en Tirso videovigilado las 24/7 sin su conocimiento.

—*¿No te preocupa que te espíe a escondidas como un degenerado?*

—Me preocupa más que mi novio pueda haber matado a alguien.

—Vale, porque no voy a hacerlo, ¿eh? Quería que te quedaras tranquila con eso.

—Estoy tranquila. Ahora haz el favor de desconectarte, que Tirso estará al caer.

—Sí, ya he visto que se fue al gym.

—Adiós, Manu.

—… Salut.

Y, durante un par de semanas maravillosamente mundanas, Manu no dio señales de vida.

Aunque a Julia le hubiera gustado pasarse el fin de semana vegetando en casita con el presunto homicida de su novio, la declarada tirana de su madre tenía otros planes: ya que la maleducada de su hija no había ido a visitarla por el día de la Madre, como mínimo podía dignarse a ayudarles a montar la terraza ahora que se avecinaba el buen tiempo.

«Montar la terraza», en realidad, era la excusa que María del Pilar Torres empleaba para encasquetarle a Tirso todas las reparaciones de manitas acumuladas durante el año. O, en este caso, el mueble por piezas con el que su marido llevaba peleándose desde marzo.

Así que allí estaban, en el chalecito de la sierra de sus padres, ellas dos tomándose un aperitivo mientras LOS HOMBRES (léase con la voz de Yolina) montaban el dichoso aparadorinvernadero a ras de jardín. El sol primaveral pegaba con fuerza veraniega, pero quedaba amansado por una leve brisa intermitente. Los pajarillos cantaban,

las vacas del prado vecino hacían tolón, su padre impartía instrucciones a Tirso cual capataz y este acataba dócilmente… Se estaba bien. Se estaba en la gloria. Casi se le había olvidado lo mucho que disfrutaba de ver las horas pasar arrellanada en su sillón de madera preferido.

—Sabe papá que Tirso puede montarlo él solo, ¿no? —dijo Julia, escondiendo la sonrisa entre sorbito y sorbito de vermut.

Su madre suspiró.

—Déjale, que se divierta. Echa de menos mangonear a la gente.

Sí, porque desde luego a ella no había podido mangonearla, ni antes ni después de jubilarse. Aunque por eso congeniaban tan bien. Donde su madre tiraba, su padre cedía; y donde su padre se plantaba, su madre también. Siempre habían sido un ejemplo de Amor Verdadero para Julia, por mucho que ella no fuera ejemplo de nada para ellos.

—¿Cómo va del hígado? Le veo más delgado.

—Lo que le ves es más viejo —rebufó su madre, sin pizca de malicia—. No como el tuyo, que cada día está más enorme. Jesús. Es como si Hércules y Batman hubieran tenido un hijo.

Julia se rio.

—Está lozano, sí.

—Da gusto verlo, pero no me explico cómo llegáis a fin de mes con lo que debe de comer. ¿Os salen las cuentas?

Y esa era la manera sibilina de María del Pilar Torres de preguntarle por su trabajo. O, más específicamente, si seguía en el Obramat. Porque, al contrario que la inmensa mayoría de las madres, la suya no soñaba con que sus hijas le dieran nietos, sino con que dieran *resultados.*

Se entendía mejor conociendo su trasfondo. Su madre había sido una de las primeras juezas de España, lo cual significaba que se había dejado los cuernos por su derecho a licenciarse en Derecho (valga la redundancia), a ejercer de lo estudiado y a abrirse camino en un sector que por entonces aún legislaba en su contra. Lo había pasado mal, mucho, pero peor lo habían pasado aquellos que la hicieron de menos. Para cuando se había jubilado, la jueza Torres era reconocida, respetada y reputada; y se enorgullecía tanto de sus logros como de los de sus compañeras, junto a quienes había luchado codo con codo por su futuro.

¿Cómo no iba a querer lo mismo para sus hijas? Las quería rompiendo barreras, cerrando bocas, cumpliendo metas, llegando más y más lejos, allá donde ni siquiera ella hubiera alcanzado a imaginar. A veces Julia y su hermana Mónica bromeaban con que su madre había aceptado casarse con su padre (tras *mucho* pico pala) porque, como letrado del Estado, su sueldo de funcionario suponía una garantía extra de que podrían costearle a las niñas cualquier carrera, curso, máster, especialización, etc. en cualquier universidad nacional o internacional que se les antojara.

Habían ahorrado muchísimo, currado muchísimo, por y para ellas. Los dos.

No lo habían necesitado. Por un lado, Mónica se había graduado *cum laude* en Medicina en la misma universidad pública donde ambos estudiaron para luego quedar entre las treinta primeras del MIR, y Julia…

Julia había estudiado Relaciones Internacionales, fallado garrafalmente las oposiciones para Diplomático y acabado de cajera en el Obramat.

Y así estaba la cosa.

No es que Julia fuera tonta, o vaga, o malcriada. Sencillamente, había tardado demasiado en darse cuenta de que las expectativas de sus padres no coincidían con las suyas; y para entonces ya todo su círculo la veía siendo cónsul en algún país distinguido. Por eso había jugado la carta del «necesito reencontrarme conmigo misma», buscado un pisito con las Martas y enviado el CV al primer trabajo que pilló «para mientras se preparaba» unas opos más… factibles (menos exigentes).

Llevaba escurriendo el bulto ya *años* y aún no se veía capaz de decirle la verdad a su madre. Que no quería aspirar a nada más, ser nada más que lo que era ahora. Que ella habría estado contenta con hacerse secretaria. Solucionar asuntillos no de vida o muerte, cuadrar agendas, organizar datos; lo típico. El típico empleo que, al terminar la jornada, le permitiría volverse a casa sin cargas ni preocupaciones ni deberes.

¿Qué había de malo en querer ser solo… Julia? ¿Por qué a ella no se la consideraba fuerte o valiente por invertir todos sus esfuerzos en simplemente vivir?

Pero no podía decírselo. Le daban náuseas solo de imaginarse verbalizando sus pensamientos bajo la crítica mirada rapaz de su madre. No tanto por lo que podría responderle ella (que también), sino por lo que implicaba: decepcionarla una vez más. Arrebatarle la última esperanza en su hija pequeña. O peor; hacerla sentir que era *ella* quien la había educado mal. Quien había fallado en algo tan simple como inculcarle el afán de superación.

—De sobra —logró regurgitar Julia al fin, con una sonrisa tirante que ninguna se creyó—. Es más, justo me comentó Tirso el otro día

que podríamos ir mirando casas.

Fue la respuesta equivocada.

Impávida, su madre desvió la vista hacia Tirso, a todas luces analizando la situación del mercado inmobiliario en relación a la suma de sus sueldos. No tendría que hacer muchas cuentas. Estaba claro quién de los dos aportaría el mayor porcentaje, y eso que Julia se había cuidado de guardarse la…, llamémoslo libertad económica, de su novio.

—Es una muy buena noticia —respondió ella, sin variar el gesto—. Sé cuánto deseas un futuro juntos. Te lo mereces, después de tantos baches.

Y lo decía en serio. Su madre nunca mentía.

Julia la miró largamente, sopesando si añadir algo más. Incluso jubilada y en su propia casa, seguía vistiendo de punta en blanco, como lista para marchar a los juzgados en cualquier instante, con una elegancia que había ido madurando con ella; primero asertiva, luego contundente y ahora sobria, serena. Había parado de teñirse las canas un par de años atrás, azuzada por sus hijas, y el gris le sentaba bien al rostro. Las arrugas también, aunque en realidad Julia tenía más recuerdos de sus padres con arrugas que sin ellas. Se habían casado mayores. *Demasiado* mayores, según el consenso general. Por logística, más que nada. A fin de cuentas, a ciertas edades un embarazo suponía más un riesgo que una alegría.

De pronto, su madre esbozó una sonrisa familiar, y Julia supo que el momento de sincerarse había pasado. Tirso & Co volvían victoriosos de su batalla contra el mueble, lo cual exigía unos vítores (ambas aplaudieron entre risas) y unos refrigerios (ambos les birlaron los vermuts).

—¿Qué nos hemos perdido? —preguntó su padre, mirándolas con una ceja enarcada—. Estás muy sonriente tú.

—Le decía a nuestra hija —respondió su madre mientras recuperaba su vaso, peligrosamente radiante— que me alegro de que por fin los tortolitos se busquen un nido como Dios manda. ¿Tenéis ya pensada la zona?

—¿¡Cómo, que vais a mudaros!?

—Mejor, Antón. ¡Van a comprar!

Genial. Le contaba a su madre algo que Tirso le había comentado muy de pasada para escaquearse del escrutinio y acto seguido lo sacaba a colación. Qué bochorno. Al menos, como lo estaba mirando toda ansiosa, a Julia no se le pasó por alto el minúsculo, casi imperceptible cambio en la sonrisa de Tirso: se había puesto en guardia. ¡Y sin necesidad de cruzar miradas con ella! Dios, si es que estaban hechos el uno para el otro.

—Y yo que me estaba reservando la sorpresa… —repuso él, igual de radiante—. Pero aún no hemos hablado de nada en concreto.

—Venga, no te andes con remilgos. ¿Sabéis a quién podríais preguntarle? A Mónica. Está ahora buscando parcelas por aquí, y nada me alegraría más que teneros a los tres tan cerca.

Ah, ¿que su hermana quería comprarse un chalet en la sierra…? Primera noticia. Sí que le iban bien las cosas en el hospital, sí, para poder permitírselo estando soltera. Agachó la cabeza, vencida por el peso de la vergüenza más absoluta.

—Desde luego, nos vendría genial tener una médica de vecina —sonrió Tirso—, pero la pobre Julia tardaría horas en llegar al trabajo desde aquí.

—¡Pues que se busque otro más cerca! Total, para lo que hace en el de ahora…

Esta vez, Tirso sí la miró. Una ojeada fugaz, casi anecdótica, pero que Julia reconoció como lo que era: una petición de permiso. Ella se lo concedió permaneciendo callada. Si abría la boca, chillaría.

—Protesto, Su Señoría —pio entonces, divertido—. Julia es la máxima responsable del Departamento de Atención al Cliente.

—Sí, del Obramat.

—De donde es el aparador tan bonito que acabamos de montar aquí su señor marido y yo.

—Ah, sí, sí, no me malinterpretes. No digo que sea mal puesto. Es solo que hemos peleado tanto —«las mujeres», sujeto omitido— para llegar a lo más alto y nuestra Julia decide ser… conciliadora de transacciones.

—Y no la querría de otra manera —rebatió Tirso, sin perder la sonrisa ni un instante.

Extrañamente, eso pareció zanjar la conversación, pues su madre se reclinó en su silla de jardín con una expresión satisfecha, casi aprobatoria. Julia y Tirso se miraron, sin saber muy bien si aquello era buena o mala señal. Se preguntaron el uno al otro sin palabras mientras él le devolvía el vermut y ella le daba un trago, pero ninguno sacó nada en claro.

—Suéltalo —suspiró entonces su padre, poniendo los ojos en blanco.

—¡No es nada!

—Maripili.

—*Yo solo digo* —«cómo no», estuvo a punto de resoplar Julia— que siempre supe que la niña aspiraba a ser mujer florero, pero no

pensaba que lo conseguiría, teniendo en cuenta que en esta familia ninguna somos precisamente Miss España.

La respuesta fue la esperable: todos protestaron a la vez. Su padre con un dramático grito ahogado, su novio con un inicio de réplica de doble filo y ella misma con un corte nada elegante. Visto en perspectiva, estuvo gracioso. Solo que Julia no le vio la gracia hasta que la voz del bendito de su padre se impuso sobre las suyas:

—Nononono, ¡chitón, chitón! Sí, así, calladitos. No quiero oírlo. Julia, no puedes discutir que tu vida ideal sería pasártela subrayando textos con colorines; y tú, hombretón, ni se te ocurra salir de esta piropeando a mi mujer porque es justo lo que quiere.

Y eso, definitivamente, sí zanjó la conversación.

Julia fulminó con la mirada a su madre, que sonreía toda sibilina mientras tomaba un sorbito de su vermut.

—Pero qué bien me conoce —fue lo único que dijo.

Tirso no volvió a sacar el tema hasta por la noche, en esa franja crepuscular entre que recogían la mesa y se sentaban a ver algo en el sofá. Ella estaba terminando de poner el lavavajillas; él sacando la bolsa de basura orgánica de su cubo.

—Sabes que no pienso que aspires a ser mujer florero, ¿verdad?

Julia se giró tan rápido que casi le dio un vahído. Tirso tenía la nariz arrugada, aunque bien podría ser porque la basura apestaba. No la miró mientras anudaba la bolsa, dándole espacio para decidir cómo proceder. Ambos sabían que Julia tendía a salirse por la tangente cuando se trataba de hablar de la evidente brecha salarial entre su familia y ella.

—Sí —respondió al fin—. Pero también sé que esto no era lo que te vendí.

Tirso enarcó una ceja y dejó apoyada la basura sobre su cubo.

—¿A qué te refieres?

—A que te dije que mi plan de futuro era sacarme unas oposiciones y en lo que llevamos juntos ni siquiera he buscado el temario.

—Mmm… —Tirso cabeceó, sopesando su respuesta con cuidado—. Si te soy sincero, se me había olvidado lo de las opos. Nunca te he visto muy entusiasmada con la idea, así que asumí que habías cambiado de opinión. ¿Quieres hacerlas?

—Esa no es la cuestión —resopló ella.

—Claro que lo es —la contradijo, muy serio. Casi grave—. Nos conocimos en el Obramat, Julia. No te pedí salir pensando en que fueras a ser «algo mejor» en un futuro, no eres una inversión a largo plazo ni un proyecto a medias.

—Ya, pero tampoco quiero ser un lastre.

La forma en la que Tirso frunció los labios fue respuesta suficiente.

—No eres ningún lastre.

—¡Pero lo seré!

—¿Cuánd…? ¿Te ha dicho eso tu madre?

—¿Por qué iba a decirme eso mi madre?

—Pues igual que ha soltado lo de mujer florero. Y ya, ya sé que era una broma, pero cada vez que vamos a casa de tus padres te llenan la cabeza de ideas rarísimas. —Chasqueó la lengua, visiblemente fastidiado—. Creía que esta vez habíamos esquivado la bala.

No supo qué la ofendió más, si que Tirso hablara así de sus padres o que ella misma estuviera de acuerdo.

—Mis padres solo quieren lo mejor para mí —chirrió, tirante.

—¡Como todos los padres! —Y fue a decir algo más, pero pareció repensárselo en el último segundo, porque en cambio suspiró y recondujo la conversación—: Escucha. Si de verdad quieres opositar, por ti y no porque creas que debes equilibrar una balanza que no existe, yo te apoyo al cien por cien. Puedes dejar el Obramat y…

A Julia el bufido le salió solo, ácido y cortante.

—¿Y cómo pago el piso? ¿La comida, la academia, el metro, el…?

—Hombre, para eso estoy yo.

—¡Entonces *sí* seré una mantenida!

—¡Solo hasta que apruebes!

—¿Y si no apruebo?

—Pues sigues intentándolo hasta conseguirlo.

—¿No te preocupa que pueda tirarme diez años viviendo del cuento?

—¿No te preocupa a ti que en diez años la IA me deje crónicamente en paro?

Eso le hizo gracia.

—Pff. No va a pasar. Te buscarías alguna especialización irreemplazable.

—Y mientras la busco ahí estarás tú para mí, apoyándome con tu fantástica estabilidad de funcionaria. Hoy por ti, mañana por mí, ¿no? Así funciona esto.

—Bueno, para eso primero tendría que aprobar.

—No, para eso primero tendrías que *querer;* que es lo importante aquí. ¿Tú quieres?

—¿El qué, apoyarte?

—No, Julia. Yo ya sé que me apoyas. Digo opositar. ¿Quieres?

—A ver… Ahora mismo n…

—El cuándo da igual. ¿Quieres o no?

Durante unos segundos, simplemente se sostuvieron la mirada el uno al otro allí, cada cual en su extremo de la cocina, como enfrentados en un tablero de ajedrez. ¿Contaba aquello como discusión? El tono de voz de Tirso decía que no. Siempre decía que no. Aunque ojalá fuera que sí.

A veces le gustaría que Tirso picase el anzuelo. Que perdiera los nervios y discutieran como críos en lugar de ponerse comprensivo y tratar el problema de raíz como el hombre emocionalmente maduro que era. O no. A lo mejor era un psicópata. A lo mejor siempre podía mantener la calma porque le importaba una mierda. A lo mejor en comparación con enterrar un cadáver las recaídas autodesvalorizantes de su novia eran como un paseo por el parque.

Al final, Tirso tomó su silencio por respuesta y cogió de nuevo la basura.

—Me bajo a tirar esto, ¿va?

—Va.

Aunque una vez más pareció a punto de añadir algo, también una vez más acabó decidiendo lo contrario, así que apenas medio minuto después salía por la puerta con los hombros caídos, como derrotado. Julia tamborileó con las uñas sobre la encimera, preguntándose si eso significaba que ella había ganado.

Y ese fue el momento exacto que Manu escogió para hablarle por la gatocam.

9

Algo comprometedor

Para lo mucho que insistía Manu con que verse en persona era prácticamente una sentencia de muerte a manos de Tirso, ya iban tres veces que la ponía en peligro sin remordimientos. Julia podía excusar la primera, por eso de que por entonces aún la creía una paranoica; y quizá la segunda, porque había estado preocupado por ella, pero esta tercera…

[chat iniciado con #Player696969]

Qué salida es?

Pares
Creo
Si al salir hay un parking a la izquierda, es ahí
Te espero en el coche

Voy

Tal cual había prometido, Manu la esperaba a la misma salida del metro, en un parking que Julia no había visto en su vida porque jamás se había bajado en esa parada. No le costó localizarlo, igualmente. Ya sabiendo que no venía en Cabify (todo un milagro), le bastó con encaminarse hacia el coche que mejor encajaba con su personalidad y, *voilà!* (como diría el susodicho), allí lo encontró, sentadito al volante. Manu la saludó con una mano a través del parabrisas y señaló la puerta del copiloto.

—¿Un Seat Ibiza? ¿En serio? —le soltó ella nada más abrir.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Julia resopló mientras tomaba asiento.

—Nada. Que no tienes pinta de chuloplaya.

—¡Porque no lo soy!

—Tu coche dice lo contrario.

El no-chuloplaya boqueó un par de veces, enmudecido del ultraje. Si ya empezaba a conocerlo, en 0'0 segundos pondría el grito en el cielo, así que Julia no pudo salvo reírse entre dientes, encantada con su reacción. Ahora entendía por qué las Martas se lo pasaban tan bien haciéndola rabiar…

—Tranquilo, podría ser peor —añadió, dándole una teatrera palmadita en el brazo—. Podrías tener un Opel Corsa.

—Era mi segunda opción —confesó él, y ella rio más fuerte—. Oye, ya basta. ¿A qué viene este acoso y derribo? ¿Es porque te llamé siesa el otro día?

—No, es porque me has hecho decirle a mi novio que estoy de merendola con una amiga cuando en realidad estoy de escapada con su ex mejor amigo. Por menores cosas se han roto parejas.

—Por sospecha de asesinato, por ejemplo.

—Por ejemplo. ¿Lo cual nos lleva a…?

Dejó la pregunta en el aire mientras extendía elocuentemente un brazo hacia el lamentable paraje donde la había citado. El dinero de sus impuestos, desde luego, no estaba yendo a ese barrio: fachadas desconchadas, asfalto cuarteado, mala hierba brotando por entre los adoquines de las aceras… Se parecía al barrio en el que había crecido, todo ladrillo y cemento y paja. El Seat Ibiza blanco de Manu no desentonaba nada de nada allí, entre otros tantos coches baratos, suburbiales. Lo único que lo diferenciaba del resto era lo limpito que estaba.

—Ah, sí. —Y acto seguido arrancó el coche, sacándolos del parking sin rodeos—. Tengo que enseñarte algo.

—Vale —logró articular Julia, con la voz en un hilo.

Eso le ganó una mirada de soslayo.

—No has notado nada raro estos días, ¿verdad? Que haya cambiado su rutina o que vuelva más tarde o salga más pronto.

Julia negó con la cabeza.

—¿Tú?

—Tampoco. —Aunque luego añadió—: En apariencia. ¿Tú estás segura de que va al gym?

Lo ridículo de la pregunta le sacó un ronquido de risa.

—Hombre. A la vista está.

—No, a ver. —Manu puso los ojos en blanco mientras tomaba un desvío a la M-30—. Me refiero al sitio físico. ¿Alguna vez te ha enseñado a qué gimnasio va?

—Ah. *Aah…* —Comprendió—. Mmm, no, la verdad es que no.

—¿Y siempre ha ido al mismo, los mismos días, desde que lo conoces?

Bajó la vista hacia su regazo para concentrarse en la pregunta. No recordaba que Tirso le hubiera dicho nunca haberse cambiado de local, y como no estaba apuntado a ninguna clase tampoco le afectaban los reajustes de calendario. Solo sabía que era un gimnasio abierto 24/7, que salía de vez en cuando a tomar algo con sus compas «de entreno» y que la mensualidad costaba baratísima.

Y eso fue lo que le respondió a Manu, palabra por palabra.

—Entonces ¿no te suena que sea este?

Julia siguió la dirección de su mirada hacia la izquierda, donde un gimnasio de dos pisos exhibía hileras e hileras de bicicletas, cintas y elípticas a través de los ventanales. Arriba alcanzaban a verse las primeras máquinas de musculación, todo aderezado de focos muy brillantes, letreros muy naranjas y socios muy motivados. No tenía mala pinta, pero Julia arrugó la nariz enseguida: pertenecía a la misma franquicia que le había cobrado a ella un año entero de membresía después de que un encantador de serpientes comercial le asegurase que estaba firmando por un mes de prueba sin ataduras.

—Sé que viene a uno de estos —contestó, un tanto ácida—, pero ni idea de si a este. ¿Por?

—Vale, porque… Mira, justo está saliendo una moto, mira por el retrovisor, ¿ves que sale de un aparcamiento privado?

—Ahá.

—Los miembros del gym tienen descuento. Todas las semanas, de lunes a jueves, Tirso aparca ahí dentro y se pasa las siguientes dos horas con sus maquinitas de tortura. Luego se da una ducha, vuelve para el coche y se va a casa.

—¿Ahá…?

—Menos el jueves pasado.

Julia respiró hondo, derrotada.

—El jueves pasado —continuó Manu, sin mirarla— Tirso aparcó ahí pero no salió al gimnasio. No salió a nada hasta dos horas después, cuando se marchó a casa como si nada. Al menos, eso era lo que yo creía que había pasado hasta que revisé la cámara de acceso al parking por la noche. Supongo que tampoco te suena ningún Peugeot 206 plateado, ¿no?

Esta vez, cuando Julia volvió la vista hacia él, Manu la estaba esperando. Se sostuvieron la mirada largamente, él dándole tiempo para digerir la información y ella partiéndola a bocados más chiquititos en su cabeza, como una oblea. *Crac, crac, crac.* Claro que no le sonaba ningún Peugeot 206 plateado. Ni siquiera conocía a nadie que hubiera tenido uno, por muy top ventas que fuese allá en su apogeo, durante los dosmiles.

—¿Tirso tiene un Peugeot 206 plateado? —quiso asegurarse igualmente, por si acaso estaba llegando a la conclusión equivocada.

Pero Manu asintió, así que ella cerró los ojos y respiró hondo de nuevo.

—¿Y adónde fue?

—A un descampado del extrarradio —contestó a bocajarro, pues lo peor ya estaba dicho—. No hay cámaras por allí, así que tuve que tirar de satélite, pero parece propiedad privada. Tendría que echarle un vistazo en persona para salir de dudas.

—Y eso es lo que querías enseñarme.

Manu volvió a asentir.

—Si te digo la verdad, me da cague ir solo. Pero me daba más cague ir solo, ver algo horrible y luego tener que venir a contártelo.

Por alguna razón, eso le hizo sonreír.

—Sobre todo porque querría que me llevaras para verlo con mis propios ojos.

—Esa era otra, sí. —Ahora que se fijaba, Manu estaba ligeramente pálido. O verde, como a punto de vomitar—. Así que vamos juntitos, nos traumatizamos o no juntitos y máximo para cuando anochezca estaremos volviendo a casa juntitos. ¿Tenemos plan?

Julia respiró hondo una tercera vez. Seguro que iba a arrepentirse. Seguro que iba a arrepentirse de echar el bolso bajo la guantera, ajustar el reposacabezas del asiento a su altura y decir:

—Tenemos plan.

Manu condujo durante tres eternos cuartos de hora en dirección suroeste, primero siguiendo las indicaciones de su GPS y, a partir de cierto punto, las impresas que le tendió a Julia para que fuera dictándoselas. Así pasaron de autovía a carretera, de carretera a caminito y, finalmente, de caminito a secarral. El pobre Seat Ibiza sobrevivió impoluto dos baches antes de rebotar de lleno en un charco que salpicó barro hasta el techo, tras lo cual Manu dejó de intentar maniobrar para evitarlos, pero no de mascullar entre dientes una retahíla de maldiciones digna del yayo más cascarrabias del pueblo. Todo eso mientras Julia trataba de no quedarse ciega entre la diminuta letra de las instrucciones y el sol del atardecer arrancando destellos flamígeros del salpicadero. Al menos la playlist de Grandes Éxitos Caribe Mix que Manu había escogido para «destensar el ambiente» cumplía su función. No por las canciones en sí (otra gran prueba del espíritu chuloplaya de su dueño), sino

por la oportunidad de soltarle a otro incauto la miríada de trivia SuperPopera que Julia había recolectado con los años.

Para su sorpresa, Manu no solo estaba al tanto de la mayoría, sino que encima la agració con otras tantas curiosidades para su colección. Nada para calmar los nervios como una pasión compartida.

Por desgracia, todo buen rollo amasado durante aquellos cuarenta y cinco minutos de trayecto desapareció como fulminado tan pronto Manu frenó el coche.

—Aquí es —anunció, mitad ahogado mitad grave.

«Aquí» era un término bastante impreciso para definir la extensión de tierra yerma ante ellos. Kilómetros y kilómetros de paja seca prendida en color lava bajo el crepúsculo interrumpidos únicamente por un sendero de tierra junto al que agonizaba una parcela cercada a todas luces en desuso. Dos somieres de muelles oxidados a modo de puertas y un murete de apenas medio metro custodiaban nada más y nada menos que el tronco raquítico de un olivo muerto en vida y el esqueleto de un coche sin neumáticos ni capó.

Ellos cruzaron miradas fugazmente antes de salir del Seat a la par.

Más que el intenso calor del secarral, lo primero que la golpeó fue el potente estridular de un millón de cigarras. Era ensordecedor, casi aplastante, pero conjuntaba con la escena mejor que un biquini en una playa. Mejor incluso que el cartelito metálico de PROHIBIDO EL PASO colgando tan irrisorio como descascarillado de uno de los somieres. Julia frunció los labios. No era lo que ninguna chica imaginaría al enterarse de que su novio tenía tierras.

—¿Y dices que vino hasta aquí con el Peugeot?

Manu se encogió de hombros mientras se acercaba a cotillear el cartel.

—No hay más caminos ni fincas en los alrededores. Si no venía aquí, no venía a ningún lado. Uy, si está abierto.

Y, para ilustrarlo, empujó el somier con el pie, que chirrió como alma en pena mientras cedía hacia dentro. Luego se volvió hacia ella, expectante.

—Ni se te ocurra tocarlo con la mano —fue todo cuanto le dijo Julia.

—No soy tan tonto como para dejarle mis huellas dactilares en la puerta —resopló él, aunque sonaba divertido.

—Ah, no, yo lo decía por el tétanos.

Ahora sí, Manu rio en voz alta. Bajo aquella luz, su pelo compartía color con el secano en rededor, y el blanco nuclear de su camiseta se le quedaba grabado en las retinas a cada parpadeo. Las cigarras cercanas callaron unos segundos, alarmadas por el ruido, pero pronto retomaron el concierto. Mmm. La verdad, Julia no recordaba la última vez que había visitado el campo. Ni siquiera sabía ya si le gustaba o si lo detestaba. Quizá una mezcla de ambas, o ninguna de las dos. Aunque un solar reseco tampoco era el mejor lugar para averiguarlo.

Sin necesidad de acordarlo, ambos franquearon los somieres y batieron el terreno pasito a pasito, cada uno por su lado, buscando algún indicio de actividad sospechosa. Parches de tierra removida, palas, azadones, sacos; lo típico. No debería de haber nada de eso, ya que estaba claro que poca siembra había visto aquella finca (si es que la habían sembrado alguna vez), y de hecho nada encontraron. Allí solo había matojos, ortigas y bichos. *Muchísimos* bichos.

—¿Y si viene y nos pilla husmeando?

Manu respondió desde el otro extremo:

—Ya sería mala suerte. No ha pasado por aquí en meses.

—Que sepamos.

—Nah. No encontré ningún agujero negro en las cámaras de la zona, y esta última vez lo pillé antes de que pudiera toquetear nada.

—Vale, pero ¿y si cuando venga ve todo esto pisoteado y empieza a investigar?

—Nah —repitió Manu en el mismo tono despreocupado—. Dan lluvias para el finde. El agua borrará nuestras huellas.

Hubo algo justo en la inflexión de su voz que la tuvo girándose a mirarlo. Juraría haberle notado cierto regusto… ¿ácido? ¿Amargo? Lo estudió largamente mientras él ahuyentaba sin éxito a un abejorro que parecía haber cogido fijación por su camiseta. Sin embargo, Manu debió de sentirse observado, pues enseguida le devolvió la mirada.

—¿Qué pasa?

—Has pensado en todo, ¿eh? Hasta en las lluvias.

Incluso a esa distancia fue capaz de verlo fruncir el ceño.

—Es Tirso —respondió tras unos segundos—. «Todo» nunca es suficiente con él.

Julia asintió. No quería insistir. En su lugar, lo señaló con la barbilla y dijo:

—Por ahí ya he mirado yo. ¿Nada?

—Nada. —Manu suspiró—. Pensaba que como mínimo encontraríamos un pozo para el riego, aunque fuera tapiado, pero… En fin, vente a que nos pongamos con el plato fuerte mientras todavía haya sol.

No se le ocurrió ninguna excusa para seguir posponiéndolo, así que no le quedó otra que arrastrar los pies hacia los dos únicos puntos de interés del cercado.

Del olivo no había mucho que contar. Ni siquiera en plena primavera levantaba cabeza, todo polvoriento y carcomido, casi fosilizado. Si estaba vivo, lo disimulaba muy bien, pero si estaba muerto también. Sus raíces asomaban de la tierra como dedos de anciano, sus ramas caían mustias, desnudas. A Julia le dieron ganas de regarlo. Daba pena verlo.

Pero al menos no daba asco, como el coche.

Manu se detuvo junto a ella al llegar a su altura, contemplando también aquel amasijo de hierros herrumbrosos que alguna vez tuvo cuatro ruedas y un motor. Quizá tampoco sabía por dónde empezar. O quizá ni se atrevía. Normal. Julia no quería ni pensar en la clase de fauna que debía de proliferar ahí dentro, pero como la aprensión la estaba matando hizo de tripas corazón y fue ella quien abrió de un tirón el maletero.

Silencio.

—Qué bajona —resolló Manu a su espalda, más desfallecido que jocoso.

Julia lo miró por encima del hombro:

—¿Preferirías haberte encontrado un fiambre?

—¿Esperabas *tú* encontrarte un fiambre? Lo habríamos olido *a kilómetros.*

—Puaj, Manu.

—¡Es la verdad!

Le dedicó un resoplido por toda respuesta mientras trataba de recuperar el control de su respiración. «La bajona», como bien la

había descrito Manu, le picoteaba en los dedos, las mejillas, el cuello; un efecto secundario de la adrenalina abandonando su cuerpo. Adrenalina que había generado para nada, por cierto, porque en aquel maletero no había más que roña. Y ni siquiera mucha, teniendo en cuenta el estado de la carrocería. ¿Cuánto llevaría ahí tirado? ¿Una década, dos? Los ángulos de su silueta gritaban años setenta, aunque no sabría determinar el fabricante: tanto la insignia del morro como la del trasero habían desaparecido, y del nombre del modelo solo quedaba un mísero cero (¿o era una O?).

Mientras ella tanteaba el maletero para ver si escondía un doble fondo, Manu fue abriendo las puertas para inspeccionar el interior. La guantera, los bolsillos laterales, el estuche entre asientos… Julia se le unió poco después, revisando por su parte los respaldos delanteros y las junturas entre los traseros. Por favor, por favor, por favor, que no le saltara encima ninguna araña o montaría la de Dios es Cristo y adiós a dejarlo todo tal cual estaba. Aunque tenía más pinta de ir a pillar pulgas. O garrapatas. O la rabia. O…

—Siempre he querido una de estas —dijo entonces Manu desde delante, mirando a saber qué con ojos blandos, casi soñadores.

Julia se enderezó, incrédula.

—¿Una qué?

—Una funda de cuentas de maderita —explicó, levantando una de las esquinas para enseñársela por el hueco entre asientos—. De peque me parecían la mar de elegantes.

—A ti y al ochenta por ciento de la población taxista de Madrid.

Él se rio.

—A lo mejor tengo alma de taxista.

—Pues nada, llévatela. Es el accesorio perfecto para tu Ibiza.

—Cállate.

—Has empezado tú.

—No, yo te he abierto mi corazón y tú a cambio… Uy.

—¿Uy?

Pero Manu ya no contestó, concentradísimo en algo que Julia no alcanzaba a ver desde atrás. Al menos hasta que tiró del asiento del copiloto para echarlo hacia delante, revelando una bolsa de plástico justo debajo. Una bolsa de plástico ni de lejos tan vieja como el coche pero tampoco nueva, con las asas prácticamente intactas y un logo *definitivamente* intacto.

El logo del Obramat.

Sintió que todo su mundo zozobraba como un barco inmenso, haciéndole perder el equilibrio. Se agarró con fuerza a los reposacabezas de ambos lados como si así pudiera mantenerse a flote, como si así pudiera protegerse de la imagen de Manu extrayendo de la bolsa dos garrafas; una de acetona y otra de lejía. Ambas industriales, ambas desprecintadas.

Suponía que eso respondía a su pregunta.

Ahí había ido a parar el cóctel para cloroformo con el que Tirso se la había camelado un sábado 14. No el mismo, se imaginaba, porque de aquello habían pasado ya tres años, pero ojalá el mismo.

Se quedó mirando muy quieta la pareja de garrafas, repugnada por la familiaridad de sus colores, sus etiquetas. Había cobrado cientos, miles de ellas en su etapa de cajera. Juntas o por separado, igual daba, a esas alturas medio planeta sabía que el cloroformo inhalado tardaba bastante más en tumbar a alguien de lo que Hollywood les había hecho creer. Cinco minutazos enteros, ¡como

mínimo! Tiempo de sobra para contraatacar. Y, si ella lo sabía, Tirso también.

Pero, entonces, ¿por qué tenía escondidas T…?

—Ah, también hay esto —dijo Manu, ya con el ceño fruncido—. Un… desatascador en perlas. ¿Qué coño?

Se lo enseñó. Sosa cáustica. También del Obramat, claro.

No pensaba buscar en Google qué salía de sumar acetona, lejía y sosa.

Fue la forma en la que Manu volvió a guardar los tres botes lo que le dijo que no estaban en el mismo punto. Con un encogimiento de hombros, más perplejo que aterrado y más resuelto que perplejo, como si no acabaran de encontrar pura pesadilla embotellada. Como si simplemente le hubieran pillado algo *kinky* en el historial de internet, o en una mentirijilla recurrente. Algo comprometedor, sí, pero no incriminatorio.

—Manu —lo llamó, aún rígida.

—¿Hm?

—¿No te asusta ni un poquito?

—¿El qué? —rio él—. ¿Que Tirso tenga TOC de limpieza?

—No. Que Tirso esté mezclando lejía y acetona.

Ahí sí, sus manos temblaron sobre la bolsa, y cuando por fin la miró lo hizo con los ojos muy abiertos, la piel muy pálida. No lo sabía, estaba claro que no lo sabía, Manu era chico de LinkedIn, no de TikTok, jamás se habría planteado qué tres artículos comprar para acojonar a una cajera. Lejía, acetona y sosa, al parecer. Julia suspiró. Ojalá no tuviera que explicárselo. Ojalá no tuviera que abrir la boca y decir:

—Un D105 con Sprite y un D123 ¿con…?

—Limonada. Y sin pepinillos, porfa.

—¿Algo más?

—No, gracias, eso es todo.

—¿Tarjeta o efectivo?

—Tarjeta.

—Perfecto, ya puede pasarla por el datáfono.

—Gracias.

Tardaron bastante en volver a dirigirse la palabra, sentados frente a frente en la mesa más remota de un Burger King aleatorio. El viaje de regreso no había sido ni la mitad de ameno que el de ida, quizá porque en esta ocasión el Caribe Mix había saltado automáticamente, confiriéndole a la escena cierto toque rocambolesco que los petrificó en el sitio. No había sido hasta divisar las primeras señalizaciones de un centro comercial cercano que Julia despertó del trance y le pidió que tomara el desvío. «Ve al Burger —le había dicho—. Siempre que salgo con Yoli acabamos ahí. Y pago yo. Ella la merienda, yo la cena». Manu no había contestado, solo asentido y cumplido. Ya no tenía sentido preguntar si sospechaba que Tirso vigilaba sus movimientos bancarios. Lo hiciera o no; toda precaución era poca.

—Bueno —suspiró Manu finalmente, una vez que terminaron sus hamburguesas—. ¿Qué pensamos, chat?

Julia se encogió de hombros, forzándose a echarle kétchup a unas patatas que ni le apetecían. Por motivos obvios, tenía el estómago cerrado.

—Que está bastante claro, eso pienso.

Él cabeceó, meditabundo. Se había cruzado de brazos, y mecía su vaso de cartón en círculos como haría con una copa de coñac.

—Estoy de acuerdo, pero eso no nos sirve de nada. —Arrugó la nariz—. Nada de lo que tenemos nos sirve de nada. Las pruebas del delito, si es que ocurrió, se han perdido. Es irrastreable. El Focus está en el desguace, no hay registro de que saliera del IFEMA en todo el día y tres botellas en un descampado perdido de la mano de Dios no ayudan mucho. Ni siquiera sabemos si son suyas, lo hemos asumido porque pasó cerca de allí, porque trabajas en el Obramat y porque sabemos la receta del cloroformo.

—Cloretona —corrigió Julia.

—¿Cómo?

—Cloretona —repitió, ahora señalando su móvil con una patata a medio morder—. Google dice que si mezclas cloroformo con sosa cáustica y más acetona sale eso.

—¿Que es…?

—Mmm. Cloroformo con efecto inmediato, en resumen. Eso debería bastar para abrir una investigación, ¿no? Sus huellas estarán en las garrafas.

—¿Ves a Tirso manipulando químicos nocivos potencialmente acusatorios sin guantes?

Ni se dignó a contestar. Ambos sabían la respuesta.

Por alguna razón, Manu suavizó el gesto cuando se acodó sobre la mesa para hablarle de más cerca. Julia agachó la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada. Sabía lo que iba a decir incluso antes de oírlo:

—Sería tu palabra contra la suya, Julia. No hay cadáver, no hay arma homicida, no hay móvil… No hay nada. Incluso si sacáramos a

colación lo del otro coche, e incluso si estuviera a su nombre, podría excusarlo con que lo coge para irse de putas de vez en cuando.

—Tirso *jamás* h…

—Lo sé —la cortó, inclinándose para buscar sus ojos con los suyos —. Lo sé. Pero la verdad no es suficiente cuando la mentira es más plausible. Lo único que podemos hacer es seguir vigilándolo. Si pasa algo más —«si vuelve a matar», quería decir—, nos pillará preparados. Para recabar pruebas, para intervenir, para lo que consideremos. Si no pasa nada más…, pues tendremos que plantearnos que o fue un malentendido o fue una cosa puntual.

Durante unos segundos, Manu lo dejó ahí, esperando quizá a que Julia diera señales de haber entendido las implicaciones de aquel «plantearnos». Pero que Julia lo hubiera entendido no significaba que estuviera de acuerdo. Ya había intentado olvidar el cadáver de San Valentín una vez y mira qué bien le había ido.

Y, sin embargo…

—¿Te parece? —tanteó Manu, muy bajito, como un secreto, o una promesa—. Solo tienes que seguir haciendo vida normal, hasta ahora lo has hecho genial. Y yo seguiré atento, e investigando, que lo de hoy descarta algunas de mis teorías pero apoya otras. Todo cuenta; de verdad que sí. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa, muy cerca de los suyos. A Julia le dio la sensación de que estaba conteniendo el impulso de cogerle la mano—. Seguro que pinta mucho peor de lo que es.

Le pilló tan de sorpresa que no pudo más que asentir. No el empujoncito de ánimo que Manu pretendía darle con sus palabras, sino lo que asomaba debajo, enmascarado de camaradería.

Esperanza.

Manu confiaba genuinamente en que todo iba a salir bien. En que todo tendría una explicación satisfactoria, en que Tirso resultaría inocente o, como máximo, una víctima de las circunstancias. Un verdugo involuntario. Qué iluso. Qué envidia. Qué no daría ella por conservar aunque fuese medio gramo de fe. Por volver a casa y acurrucarse entre los brazos del hombre de su vida convencida de que, hubiera hecho lo que hubiera hecho, estaría justificado.

Pero, por desgracia, para Julia no había matices, y por una sencilla razón:

Nadie usaría cloretona en defensa propia.

10

Estamos bien

Era curioso lo mucho que una simple bolsa de plástico podía decir de su relación.

Casi le molestaba más que el propio cadáver del maletero. A fin de cuentas, el cadáver solo hablaba de *las acciones* de Tirso, no de sus sentimientos. Hubiera matado a una única persona o a cincuenta; tuviera preferencia por cargarse a hombres o a mujeres; tuviera motivos para asesinar o no, nada de eso entraba en conflicto con su vida amorosa. Vamos, que salvo que Tirso fuera literalmente un psicópata, podía ser un asesino *y además* estar enamorado de su novia sin problemas.

Pero la cosa cambiaba cuando se añadía a la ecuación una bolsa de plástico con el logo de la empresa donde trabajaba dicha novia. Una bolsa de plástico del Obramat, tres artículos más o menos incriminatorios del Obramat y un llavero de empleados del Obramat. Entonces ya una empezaba a darle vueltas al asunto.

Sobre todo teniendo en cuenta que Tirso le había pedido consejo sobre disolventes a uno de sus compañeros de trabajo.

Sobre todo teniendo en cuenta que Tirso aparecía hasta en cinco ocasiones en las cámaras de servicio de distintos Obramats

enseñando con total disimulo al currito de turno sus llaves del coche, donde pendía el llavero de empleado de Julia.

Si ya era bastante malo sospechar que tu novio podría ser un asesino, sospechar que encima podría haberte utilizado para no suscitar recelos mientras compraba químicos industriales a granel era directamente apocalíptico.

«Y no la querría de otra manera», le había rebatido Tirso a su madre durante aquel accidentado vermut.

Pues claro que no la querría de otra manera. Claro que no le importaba si Julia se pasaba el resto de sus días cobrando tornillos. Es más, a él le interesaba que siguiera haciéndolo, ¿verdad? La única Julia que le interesaba era la Julia de Obramat.

¡Si hasta se habían conocido allí! ¿¡Cómo podía haber sido tan tonta!?

Llevaba tres años en una relación de conveniencia y acababa de enterarse. ¿En qué la convertía eso? ¿En cómplice, en víctima? ¿O solo en payasa? Si es que su madre tenía razón, siempre había tenido razón. No estaba a la altura. Tirso no la quería ni por guapa ni por lista ni por amor; la quería por utilidad. Siendo aquí «querer» sinónimo de «tolerar», claro. Podría haberle bastado cualquier otra cajera de cualquier otro Obramat, pero Julia debía de haber cumplido los requisitos del papel. ¿Cuáles serían? Estar soltera, conformarse con poco, tener un físico promedio para que las comparaciones entre uno y otra no fueran atroces, baja dependencia o necesidad de atención, una red de apoyo sólida (amigas que la sacaran de casa, padres que lo acogieran de buena gana), cero propensión a interrogarle sobre asuntos delicados como sueldo,

familia, trasfondo… Se le ocurrían miles de variantes, y todas ellas encajaban con su perfil.

Por eso nunca habían discutido, ¿no?

No porque fueran almas gemelas, sino porque a Tirso le venía mejor tenerla contenta.

Y por eso… por eso nunca se la había llevado a visitar la tumba de sus padres. No era su lugar. Ahí ponía Tirso la raya, en el único momento del año donde podía ser abiertamente Tirso, el de verdad. De alguna manera retorcida, Julia lo entendía. Ella tampoco querría insultar la memoria de sus padres presentándose allí con una novia falsa. Aunque al final Tirso le había dicho de acompañarlo a la próxima, a Julia la promesa le sabía ácida en la boca. ¿Se habría dado cuenta de que no podía seguir posponiéndolo? ¿Que más tarde o más temprano tendría que compartir aquel último remanso identitario con ella?

—¿Julia?

Pestañeó. La mano de Tirso en su muslo, el bol de palomitas en su regazo, Muu sobada al otro lado. De la película que habían puesto esa noche no recordaba ni los títulos de crédito.

—¿Hm? —ofreció sin más; la opción menos delatora.

Tirso ladeó la cabeza con una media sonrisilla no muy convincente.

—Llevas un rato sin parpadear. ¿Todo bien?

Todo mal, más bien. Pero bueno.

—Sí, sí —se apresuró a responder, rehuyéndole la mirada todo lo disimuladamente posible—. Me he quedado… las musarañas…

—Ya lo veo, ya —rio él—. ¿Eran musarañas muy feas? Tienes mala cara.

—Feísimas —tuvo que admitir, casi refunfuñando. Las peores musarañas del mundo.

Con un suspiro más divertido que hastiado, Tirso desterró el bol de palomitas a la mesa para luego colocarse las piernas de Julia sobre el regazo. Por supuesto, Muu se desveló con la pérdida de almohada humana, pero no tardó en treparla de nuevo, enroscándose en el centro mismo de su tripa. Irresistible a sus encantos, Julia terminó rascándole la cabecita, y Tirso tampoco tardó en unírsele.

—¿Qué pasa? —le preguntó tras unos segundos de cortesía.

Julia se encogió de hombros.

—No es que haya *pasado* nada, no sé. Solo estaba… dándole vueltas a ciertos temas que no logro sacarme de la cabeza.

—¿Como por ejemplo…?

El ambiguo «mñé» con el que intentó explicarse, acompañado del aún más ambiguo gesto de mano señalando quizá sí quizá no hacia la tele tuvo a Tirso frunciendo labios y ceño por igual, perdidísimo. En la pantalla, Reese Witherspoon (perdón, Elle Woods) se dejaba la piel en sus exámenes de Derecho de Harvard.

—Ah —dijo entonces, repentinamente serio—. Tu madre.

Y acto seguido se inclinó para darle un beso en la rodilla, como el que se le da a un niño para que deje de lagrimotear por un raspón. A Julia el corazón le pegó un vuelco al tiempo que su estómago se encogía en un puño muy prieto, dos reacciones tan opuestas como los dos Tirsos que coexistían en su imaginario personal.

—Lo siento si te sentiste presionada la otra noche —continuó él, mirándola directo a los ojos—. No estuve muy fino. Parecía que

estaba intentando hacerte una encerrona para que admitieras que no querías opositar.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y no lo era?

—No en ese sentido. —Tirso cabeceó, su ademán insignia de las conversaciones críticas—. Lo que quería era quitarte un peso de encima. Si conseguía que lo admitieras, entonces pasaría a preguntarte cuáles de las otras expectativas de tu madre para ti coincidían con las tuyas propias, y podríamos analizarlas una por una hasta descartarlas todas o dar con alguna que te hiciera sentir mejor.

Uno, dos, tres segundos de silencio. No sabía cómo sentirse. Quizá notándolo, Tirso comenzó a acariciarle la pierna arriba y abajo, sin prisa por volver a la peli que seguía adelante sin ellos. Muu bostezó.

—¿De verdad no te importaría que dejara el Obramat?

Porque ahí Julia perdería todo su valor para él, ¿no? Seguro que el tío se buscaría las mañas para convencerla de que a ella le gustaba el Obramat. No la rutina, ni los compañeros, ni la responsabilidad sin urgencias ni agobios, ni resolver problemas; sino el Obramat en sí. La Empresa™. Con razón su primer rifirrafe de pareja había sido por las opos, ahora que lo pensaba. Con razón había vuelto a sacarle el tema. Necesitaba convencerla de quedars…

Pero Tirso *se rio.* Tirso se rio y dijo:

—¿Por qué suenas como si me llevara comisión por tu trabajo? —Volvió a reírse. Ahí estaba su hoyuelito otra vez—. Ni siquiera te pagan tan bien.

—Ah, pero ¡tengo seguro privado!

—No, tienes *medio* seguro privado.

—¡Y retribución flexible!

—Que siempre se te olvida canjear.

—¡Y diez por ciento de descuento en especie! ¡Y libro en mi cumpleaños!

—Julia, deja de intentar reclutarme; no va a colar.

Uy, ¿había acabado Tirso haciéndole psicología inversa? ¿O es que…?

—Perderíamos todo eso si me voy.

—Perderías —corrigió él—. Es tuyo. Y da igual. El único adicto al Obramat es tu padre, que puede permitirse prescindir del descuento, y si te vas librarías todos los días, sea tu cumple o no.

Otro silencio. Julia se lo quedó mirando, incapaz de reconocer al Tirso del garaje, de las cámaras de servicio de cinco Obramats distintos, en aquel hombre arrinconado en una esquinita del sofá pese a su tamaño por una loca y una gata. No parecía peligroso. No parecía falso. Parecía el mismo Tirso de siempre. Su Tirso.

—Cualquiera diría que quieres que dimita.

—Cualquiera no. Lo digo yo: por favor, *dimite.* —Y mientras lo decía se cernió sobre ella, confinándola bajo la cúpula de su cuerpo —. Seguro que hay alguna oficina mucho más cerca que busque secretaria. O incluso en la que puedas teletrabajar la mayoría del tiempo, como yo. ¿No te gustaría trabajar con Muu encima?

Julia no pudo más que suspirar soñadoramente, imaginándose la vida sin tápers, sin hora de metro, sin clientes gritones… Solo su pijama, su portátil y su gata.

—Me encantaría.

—Pues ya somos dos.

Como para cerrar el trato, Tirso bajó a darle un beso tan fugaz que ni siquiera tuvo tiempo de devolvérselo. Muu protestó, hecha un sándwich de gato entre ambos. Ellos rieron por lo bajini, pero al separarse Tirso no volvió a su sitio, sino que se quedó ahí, mirándola desde arriba. Ya no sonreía. Julia aguantó el obvio escrutinio como una campeona, sin mover ni un músculo.

—Sé que hay algo más —le susurró al final, de pronto grave—, pero también sé cuánto te cuesta tratar según qué cosas, así que no voy a intentar sonsacártelo. Tan solo espero que sepas que, sea lo que sea, puedes hablarlo conmigo. Todo se soluciona más fácil entre dos.

Asintió. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Pero Tirso frunció el ceño igual, como si… como si no las tuviera todas contigo. Como si tuviera las de perder.

—Solo sácame de dudas, ¿vale? ¿Estamos bien? ¿Tú y yo?

Ay, no.

—Claro —respondió Julia a toda prisa, pálida—. Claro, Tirso. Estamos bien. Estamos genial.

Él suspiró, visiblemente aliviado.

—Vale —repitió, y volvió a inclinarse para besarla, esta vez en la frente—. Genial, vale. Pues lo dicho. Cuando quieras, aquí estoy. No hay prisa.

Ahora sí, Tirso regresó a su rinconcito del sofá, postura relajada y gesto laxo mientras cogía el mando para poner la película desde el principio. Todo un detalle por su parte, reverse una hora entera solo para que ella pudiera disfrutarla como Dios manda, pero también una muestra de lo fichadísima que la tenía. De cuánto la conocía. De cuánto la… ¿quería?

En la pantalla, una rubia muy legal estaba completamente convencida de que su presunto novio perfecto iba a pedirle matrimonio esa noche.

[chat iniciado con #Player696969]

Qué crees que pasaría si Tirso descubriera que estamos investigándole?

Lo que quiero creer o lo que creo de verdad?

La verdad

Mmmmmmmm
Pues todo depende de si queda algo del Tirso que conocía o no
En cualquiera de los casos yo lo tendría más jodido que tú, así que espero que si eso solo te pille a ti

Por?

Hombre
Eres su novia

Sí, bueno
Por interés te quiero Andrés

????
Piensas que Tirso está contigo por interés???

Por qué si no?
Trabajo básicamente en un buffet libre de útiles para psychokillers

Siempre seré la coartada perfecta

Jajajjjaaj Julia!!!

Qué

Estamos hablando de un tío al que se la peló cortar 20 años de amistad en cuanto dejó de hacerle gracia

Tampoco sabes si fue por eso

Una novia es mucho más difícil de mantener, no le compensa
Tirso no conserva nada que no quiera a su lado

Estamos diciendo lo mismo Manu
A mí me conserva porque le vengo bien
Le viene bien tener una fachada de tío normal con novia normal viviendo una vida normal
En cuanto deje de serle útil, me tirará a la basura como a ti

Ouch

Perdón

Nada
Pero ahora en serio, no ves que para Tirso sería infinitamente más fácil vivir solo, sin nadie que pueda pillarle guardando cadáveres en el coche?

Pesan más las apariencias
Lo raro sería que con esa edad esa cara y ese sueldo estuviera soltero

Julia

Somos INFORMÁTICOS
La gente siempre se imagina a un incel feo y sucio encerrado en su casa tecleando
Y, sinceramente, tampoco van muy desencaminados

Conoces bien tu gremio, eh?

Por desgracia

Mis condolencias

Se agradecen

Entonces crees que no me mataría si descubre que lo sé?

A qué viene esa pregunta?
Julia no le digas nada eh
Julia
Tía

La verdad es que la sorprendió que Manu la llamara apenas tres minutos después, siendo que estaban en pleno horario laboral. Julia se quedó mirando la pantalla, a la notificación de «plátano entrante» procedente de la dichosa app que hacía vibrar su móvil tanto como para que se deslizara cual poseído por la mesa.

Desde su lado del mostrador, Yolina la observaba con una ceja arqueada.

—¿No lo coges? —preguntó, más extrañada que curiosa.

—Estoy trabajando.

Su compa echó una elocuente ojeada al vestíbulo desierto. Julia suspiró y escogió el mal menor: descolgar.

—¿Qué quieres?

—JULIA —ladró Manu, *audiblemente* alterado—. ¿¡Tú de qué coño vas!?

—¿Perdón?

—No, ¡perdón tú! ¿Qué has hecho? ¿Qué le has dicho?

Julia boqueó, pillada de improviso. No entendía qué tripa se le había roto ahora a Manu, pero aquel no era un tema que pudiera permitirse discutir a gritos en su puesto de trabajo, así que rotó la silla para darle la espalda a Yolina y bajó la voz al mínimo más mínimo:

—¿Qué voy a haberle dicho yo? Pues nada. No soy imbécil.

—Entonces ¿para qué me preguntas qué pasaría si tal? ¿Ha hecho algo raro, ha dicho algo raro? ¿Has visto *tú* algo raro?

Silencio. Debería contárselo, ¿verdad? Lo de que Tirso le había dicho que sabía que algo le rondaba la cabeza, que algo le estaba ocultando. Se mordisqueó el labio, debatiéndose entre conservar el rayito de boba esperanza que le calentaba el estómago desde anoche o sacarlo a la luz para que Manu lo desmontara por piezas como a uno de sus ordenadores.

—Al revés, supongo —confesó al final—: Me ha visto rara él a mí. Yo soy consciente de que mis dotes de interpretación no son nada del otro mundo, pero pensaba que estaba colando.

—¿Y no?

Chasqueó la lengua, casi abochornada.

—Me dijo que podía confiarle cualquier cosa. Y luego me preguntó si estábamos bien.

Al otro lado de la línea resonó un largo, larguísimo suspiro. Julia podía visualizar a Manu a la perfección, sentadito en su sillón de piel, masajeándose las sienes con los ojos cerrados y los hombros hundidos mientras se preguntaba cómo podía ser tan inepta.

—A ver —respondió tras toda una eternidad—. Dentro de lo malo… Mejor que piense que te estás replanteando la relación a que le dé por pincharte el móvil. Pero no puedes relajarte, ¿vale? Todo esto depende de que tú aguantes el tipo. Porque si empieza a sospechar, no, si empieza a *buscar,* Julia, me va a encontrar. Y no quieres tener que explicarle por qué mis huellas llevan a ti. —Otro hondo suspiro—. En fin. Estoy siguiendo un par de pistas bastante turbias que espero sean para despistar, así que te agradecería que pongas especial empeño en tu papel hasta nuevo aviso.

—Oki. Lo intentaré. —Julia dudó antes de añadir—: ¿Cuánto de turbias?

Por los segundos de silencio posteriores, él también había dudado antes de decir:

—¿Sabes lo que es la *deep web*?

—No nací ayer, Manu.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un «me suena a que es el monstruo del Coco de internet».

Su risa fue ligera y breve, sorprendida.

—Yo lo definiría más bien como una leyenda urbana virtual. Todo lo que se cuenta de ella tiene su base de verdad, pero la inmensa mayoría es puro morbo. O caricatura.

Julia respiró hondo.

—Y le has seguido el rastro hasta ahí.

—Mmm, piensa que eso tampoco significa mucho. La intranet para empleados del Obramat también cuenta como *deep web*; y Telegram. Es simplemente una parte de internet con mayor facilidad para ser anónimo. Y querer un poquito de anonimato no te convierte en criminal.

No supo qué contestar. La única vez que había necesitado (y con urgencia) ocultar su identidad en internet había sido para cotillearle el LinkedIn a Tirso, así que ni le veía utilidad al anonimato salvo para fechorías ni, gracias al Cielo, vivía en un país en el que lo necesitara por seguridad.

—¿Julia?

—Sí, sí, perdona. Esperemos que no sea nada.

—Esperemos.

—Y ten cuidado, ¿vale? Si te pasa algo, será culpa mía.

Manu soltó una risilla infantil, casi divertida.

—¡Dios me libre de importunarte con mi cadáver!

Eso le arrancó un grito ahogado:

—¡No lo decía así! —barbotó a toda prisa, roja de golpe—. De verdad me sentiría responsable. No estarías metido en esto de no ser por mí. Y… es cierto que a veces se me olvida que corres el mismo peligro solo porque no vives con él, a lo mejor porque sé que eres buenísimo en lo tuyo, pero quiero que sepas que soy consciente. De todo. De…, sí, de todo. Perdona, no puedo ser más explícita por teléfono. De hecho no debería estar diciendo nada de esto por teléfono. ¿Seguro que no puede interceptar estas llamadas?

Para su sorpresa, Manu volvió a tomarse su tiempo en contestar. Y con carraspeo incluido, además:

—Segurísimo. Testado por la CIA, ya sabes.

—Uy, hemos subido de nivel. Antes era por el CNI.

—Es que no me gusta presumir.

—Ya, será eso —rio Julia—. Bueno. Si has terminado de regañarme, voy a ir colgando, que estoy en el trabajo.

—Deberías buscarte algo en remoto.

—Eso dice Tirso.

—Lo suponía. Venga, corre a ganarte el sueldo.

—Chao.

—*Salut.*

Huelga decir que lo primero que hizo Julia nada más colgar fue comprobar el correo. Nada. Estaba siendo un día de lo más tranquilito y, por tanto, de lo más aburrido. Lo cual significaba que no tenía excusa ninguna para seguir ignorando la mirada inquisidora de Yolina, clavada como hierro al rojo en ella. Lo intentó igualmente, que conste, pero solo consiguió rascar medio minuto de silencio. Luego Yolina dijo:

—Miau. Aquí hay donde rascar.

«Allá vamos», pensó, mientras se giraba hacia su compañera. Se la encontró esperándola con una sonrisa enorme, petulante, y una ceja enarcada.

—¿Qué pasa?

—¿A mí? A mí nada —sorteó el esquinazo Yolina sin despeinarse —, eres tú la que anda de cuchicheos con un tal Manu.

Julia la fulminó con los ojos.

—Con ese oído no sé cómo no te ponen de segurata.

Ella solo soltó una risotada y arremetió de nuevo:

—Es el adicto a LinkedIn, ¿no? Al que tu novio le levantó la novia. Justicia poética, si me preguntan.

—¿Qué? No, ¿qué? ¿Justicia poética el qué?

—Que ahora se la levante a él.

—¡NO! —prácticamente aulló Julia, estresadísima de cero a cien en un segundo—. ¡Aquí ninguno le levanta nada al otro! —Por alguna razón, Yolina se rio aún más fuerte—. ¡Ni ahora ni antes! Manu y yo somos amigos, sin más.

Espera, ¿lo eran? ¿Podían considerarse amigos? La forma en la que Yolina alzó las cejas hablaba por sí misma. Mierda. Julia quería excavar un agujero en el suelo con el taladro megarrebajado del pasillo 13 y no volver a asomar el hocico en mil años.

—Amigos —repitió, saboreando la palabra, la muy desgraciada—. ¿Y Tirso qué opina?

Ahí Julia tenía dos opciones: mentir y arriesgarse a que Tirso un día se pasara por allí y la bocazas de su compañera le soltara algo de Manu… o, como siempre con Yolina, darle una parte de verdad para comprar su silencio. Sobre todo por si a Manu se le ocurría volver a visitarla. Aunque Yolina no lo había reconocido cuando le atendió para extenderle la garantía. Solo había hecho la conexión entre el nombre y Julia chismorreando al teléfono en susurros.

—No lo sabe —reconoció ella al fin—. Manu me está ayudando a ver si…, ya sabes. Es hacker.

Las cejas de Yolina ya casi rozaban el nacimiento de su pelo.

—¿Y al Manu qué le importa si Tirso te pone los cuernos?

Vale, ahora *sí* que no le había dejado otra que mentir:

—Hombre, para eso le pago.

Jaque mate, cotilla. Pocas veces había sentido Julia tanta satisfacción por dejar sin habla a alguien. Si hasta se le había quedado la boca medio abierta, petrificada en un ictus de bobalicona

estupefacción. Lamentablemente, Julia no podía reírse. A ella se le quedaría la misma cara cuando Tirso por fin hincara la rodilla, lo supiera o no de antes.

—¡Qué tía! —barbotó al final Yolina, encantada—. Con detective privado y todo… ¡Y parecías una mosquita muerta!

Ya. Ya sabía que lo parecía. Y, hasta el 14 de febrero, tampoco había tenido necesidad de serlo. Suspiró.

—No me enorgullece.

—Ay, mi Julieta. —Yolina se impulsó en su silla giratoria hasta ella para darle un apretoncito en el brazo—. Tú confía. Mira, a ti que te gustan los refranes: «se pilla antes a un mentiroso que a un cojo», ¿no? Pues si a estas alturas ni un hacker le ha pillado nada es que no hay nada que pillar.

Julia hizo un puchero, dividida entre guiarse por la sabiduría del refranero español o seguir en sus trece. Luego cayó en que había vuelto a dejarse consolar por una veinteañera y se enderezó *ipso facto,* tratando de transmitirle la entereza y el aplomo correspondientes a un adulto hecho y derecho. Justo lo que era. La mayoría del tiempo.

Por suerte o por desgracia, Yolina se tomó el cambio como una señal de que la sesión de llorería había concluido, y rodó de vuelta a su ordenador toda ufana, lista para retomar la telenovela dosmilera de chorrocientos episodios que se tragaba en los ratos muertos.

Y, por primera vez, Julia siguió su ejemplo: estaba a tres regaderas y dos piñas de desbloquear la huerta mediterránea.

11

El quid de la cuestión

Muy, muy poco a poco, una nueva versión de Julia iba creciendo dentro de ella.

No era como las otras, más parecidas a las distintas caras de un poliedro (siempre parte de un todo), sino una suerte de capa, de segunda piel, que la cubría por entero y que solo podía desvestirse estando con Muu, con Manu o a solas.

Al principio la había sentido pegajosa, casi asfixiante, un recordatorio constante de que aquella Julia que dormía abrazada a Tirso, que le sonreía y le besaba, que salía con sus amigas como si nada pasara y que felicitaba el cumpleaños a su hermana un año más no era la verdadera Julia.

Y nadie había notado la diferencia.

Eso también la había angustiado, aquellos primeros días, semanas, aun siendo consciente de que tampoco tenía otra opción: si quería llegar hasta el fondo del asunto, si quería mantenerse a salvo a sí misma y a Manu, debía autoconvencerse de que la Julia de mentira era la Julia de verdad.

Ahora, para ser sincera, le costaba poco meterse en el papel. La rutina había reblandecido los bordes entre una y otra, como un par

de zapatos que por fin se amoldan al pie, y aunque Julia seguía prefiriendo andar descalza jamás saldría siquiera en calcetines a la calle. Por si las moscas (las moscas del cadáver que no quería ser).

—¿Cómo vamos de papel?

Tardó en darse cuenta de que Tirso le hablaba a ella. A veces, cuando hacían compra grande juntos, él murmuraba para sí mientras recorrían los pasillos, repitiendo distraídamente el siguiente artículo de la lista. Julia siempre lo seguía en piloto automático, medio derretida sobre el carrito de turno.

—¿De váter o de cocina?

—Cocina. No está apuntado, pero…

—A ver —razonó ella, aunque arrastrando las palabras tanto como los pies—. Hombre prevenido vale por dos.

—*True* —concedió él, echando el rollo de cocina al carro, y añadió, con una sonrisa—: Mejor prevenir que curar.

«San Julián, guarda vino y guarda pan», podría haber continuado Julia, pero aquella tarde-noche (tarde porque aún era de día; noche porque ya era hora de cenar) se contentó con disfrutar de la familiaridad de la escena, de la intimidad de una vida compartida. Tirso murmurando «pesto, pesto, pesto» hasta encontrarlo, Tirso cogiendo palomitas de mantequilla porque ella odiaba las de sal y a él le daba igual, Tirso comparando fechas de caducidad…

Era inevitable preguntárselo, ¿no?

Preguntarse cuál de los dos Tirsos quedaba cuando bajaba la guardia. Cuando estaba inmerso en una película o libro, cuando canturreaba canciones en el coche, cuando nadie miraba, ¿quién era, qué era? ¿Cuánto espacio ocupaba el presunto asesino en aquel cuerpo y cuánto su media naranja? ¿Se turnaban, se mezclaban? ¿O

se vestía Tirso cada día una segunda piel que al principio le asfixiaba y ahora le sentaba como anillo al dedo? Y, en tal caso, ¿cuál de ellas era la segunda piel y cuál la auténtica?

¿Importaba acaso?

No, suponía que no.

Fuera quien fuese mientras «leche, leche, leche», no cambiaba el quid de la cuestión.

Y es que ni Tirso ya nunca sería solo Tirso ni Julia ya nunca sería solo Julia.

12

D.E.P.

Julia miró el portátil de Tirso.

El portátil de Tirso miró a Julia.

Manu suspiró por la gatocam.

—*No te va a morder.*

—Miau —secundó Muu.

Los fulminó a los dos con la mirada mientras se acercaba al regazo la mesita plegable donde Tirso trabajaba en sus «días placebo», como los llamaba. En esos días, en lugar de acomodarse en el despacho, su novio se arrellanaba en el sofá y trataba de hacerle creer a su cerebro que estaban de ocio. A Julia le parecía una técnica más Julia que Tirso, por eso de que no tenía mucho sentido, así que cada vez que volvía del Obramat y se lo encontraba en chándal de dormir (porque, sí, Tirso era de esa gente que se cambia de ropa para *teletrabajar*), con la mantita sobre las piernas en invierno y el ventilador a tope en verano, el corazón le daba un vuelco vergonzosamente exagerado. Eso lo primero. Luego dejaba la ternura de lado para pasar a la acción, pues sabía que Tirso no recurría a los días placebo salvo en épocas de estrés cuasi incapacitante o si:

1. El encargo estaba siendo más complicado de lo previsto.
2. El cliente no dejaba de pedir cambios porque en realidad no sabía lo que quería.
3. El cliente insistía en contactarle a deshoras con urgencias que no eran urgencias.
4. El cliente había resultado un maleducado, un sinvergüenza o un moroso.
5. Tocaba presentar la trimestral de autónomos.
6. Todas las anteriores a la vez.

Hoy había sido uno de esos días.

Sin embargo, contrario a lo habitual, nada más verla aparecer por la puerta Tirso se había puesto en pie con un suspiro de hastío y anunciado que necesitaba pegarle a algo o acabaría tirándose por el balcón. Ahí Julia se había reído, aunque un poco desconcertada, y en lo que había tardado en darse cuenta de que lo anómalo era oírle una gracieta de humor negro Tirso ya se despedía de ella con un beso en la mejilla y su mochila del gym al hombro.

Uno, dos, tres segundos de silencio.

Y luego Julia había dicho al aire «¿Manu?», y Manu había respondido «Presente» a través de la gatocam al instante.

—*Veeenga* —le insistía en ese momento—, *no vamos a vernos en otra así en la vida.*

—Que sí —resopló ella, abriendo a regañadientes el portátil—. ¿Qué hago?

—¿Tiene contraseña?

Asintió, sabiendo que Manu la vería por la cámara. Este gruñó largamente, cacofonía espeluznante que hizo que Muu aplanara las

orejas, en guardia.

—Lo que me temía. Vale, voy a probar con dos contraseñas que mi Tirso usaba en su día y, si no es ninguna de esas, tendrás que conectar tu portátil al suyo para que pueda yo instalar el decodif…

—¿Cuántos intentos tenemos?

—¿Uh?

—Cuántos intentos antes de que el portátil se bloquee —aclaró Julia, aunque pensaba que había sido más que clara.

—Ah. Oh. Mmm, depende de qué configuración tenga puesta. De normal, cinco intentos fallidos son treinta segundos de bloqueo. Va subiendo el tiempo con cada error. —Otro gruñido—. *Aunque, conociéndolo, Tirso habrá dispuesto que lo notifiquen al segundo int… Julia, ¿qué andas tecl…? ¡No!*

Pero Julia tenía una corazonada (y no como la de la candidatura de Madrid a las Olimpiadas de 2016), así que ignoró la súplica de Manu y presionó Intro como si la contraseña le quemara en los dedos.

Windows le dio la bienvenida con su típico coro celestial y Manu calló *ipso facto.*

Conteniendo la sonrisa, Julia hizo contacto visual con la gatocam por encima del portátil. Casi podía notar de forma física la mirada patidifusa que el oh gran entendido en ciberseguridad estaría dirigiéndole desde el otro lado. De hecho, pondría la mano en el fuego porque los ruiditos estáticos del altavoz eran ni más ni menos que balbuceos.

—¿Por qué no me habías dicho que te sabías la contraseña? —protestó finalmente Manu (y, sí, entre balbuceos).

—Porque no estaba segura. —Julia se encogió de hombros—. Solo me pareció verle teclear los dos últimos dígitos y quería probar suerte con el resto.

Tercer gruñido del día.

—¡«Probar suerte»! —refunfuñó—. *Estarás contenta. La suerte del principiante solo funciona una vez y la has desperdiciado en esta tontería. ¡Mujeres! ¡Si van a tener razón y todo los incels cuando dicen que sois demasiado emocionales para trastear con ordenadores!*

—Tú querías probar dos contraseñas de hace ocho años, Manu.

Cuarto gruñido.

—Minucias. Va, dime la contraseña por si la necesito más adelante.

Esta vez, Julia desvió la vista, confiando en que la inexistente calidad de vídeo de la gatocam escondiera el bochorno que le coloreaba las mejillas.

—Prefiero guardármela hasta llegado el caso.

—¿En serio?

Asintió.

Manu, para su sorpresa, no insistió. Debía de haber leído en el tono de su voz que no merecía la pena perder tiempo intentando convencerla. O quizá, de alguna manera, la entendía.

—De acuerdo. A ello, entonces. Pulsa el icono de Windows y luego la ruedita de Configuración. Cuando se te abra el menú, pon «escritorio remoto» en la barra de búsqueda. Avisa cuando estés.

Ella siguió sus instrucciones diligentemente, sin problemas ni dudas, todo gracias a que Manu las exponía de forma precisa y paciente, con los espaciados exactos entre una y otra indicación

como si ya tuviera acceso a su pantalla o, todavía más perturbador (o confortador), como si pudiera ver a través de sus ojos.

Un escalofrío le bajó escalón a escalón por la columna al comprender hasta qué punto estaba Manu familiarizado con aquel baile de órdenes y clics. ¿Cuántas veces habría ejecutado la misma coreografía, a cuántos compinches habría guiado a través del escenario intangible que eran las redes, cuántas obras habría interpretado desde que aprendiera los pasos?

No había caído en ello hasta entonces.

En que Manu *también* era peligroso.

Que lo había sido siempre, antes incluso de que ella irrumpiera en su vida pidiendo auxilio, de que ella le suplicara que jugara a cazar al cazador, de que ella le abriera las puertas a la intimidad de Tirso.

Unas puertas que Tirso ya le había cerrado una vez.

¿Y si se había equivocado? ¿Y si Manu nunca había querido ayudarla, sino usarla? ¿Encarrilarla muy poco a poco hasta allí, con artificios y arrullos, para después cobrarse su venganza nada más cruzar el umbral?

Demasiado tarde.

—*Buen trabajo* —pio Manu, meneando el cursor a su antojo ante la horrorizada mirada de Julia—. *Mira qué limpito tiene el escritorio. Otra fachada, seguro, el Tirso que yo conozco tendría mil accesos directos en… Yep, lo que suponía. Este portátil es un puente. Veamos en cuál de todas estas carpetitas tiene escondido el acceso al servidor… Uy. Julia, coño, qué susto. Suelta el ratón, anda, que estás moviéndome… ¿Julia?* —No contestó—. *Julia, ¿qué haces?*

Pero nunca llegaría a saber la respuesta, porque entonces Tirso volvió a casa.

Podría haber salido fatal. Julia podría haber reaccionado cerrando el portátil de un manotazo, Manu podría haber soltado uno de sus gritos a través de la gatocam, o podrían haberse puesto los dos a clicar como locos para cortar conexiones.

Podría haber salido fatal y, sin embargo, salió bien. Mejor que bien.

Por su parte, Julia simplemente se giró con una sonrisita divertida hacia su novio, asegurándose de tener la primera palabra:

—Anda, ¿ya de vuelta? ¿Con quién te has pegado, con el portero?

Tirso permaneció inmóvil durante un instante allí, bajo el umbral, evaluando la situación sin siquiera sacar las llaves de la cerradura. Luego rio entre dientes y se estiró para coger algo del cuenco del recibidor.

—No —respondió, con una sonrisa muy similar a la suya—. Con las prisas me había olvidado la cartera.

—Importante.

Por el rabillo del ojo, Julia vio que Manu abría Google antes de desactivar el escritorio remoto, pero ella se cuidó de no salirse del papel, tan acostumbrada ya a aquella segunda piel suya que hasta consiguió ruborizarse cuando Tirso enarcó elocuentemente una ceja en dirección al portátil en su regazo.

—¡Perdóóón! —casi gimoteó, girando la pantalla para enseñarle la inocentísima pestaña del buscador—. Es que quería mirar una cosa y no me apetecía levantarme a por el mío. ¡Te juro que no estaba fisgoneando!

Su confiado, complaciente y perfecto novio volvió a reírse por lo bajo.

—No pasa nada, puedes cogerlo cuando quieras. Todo lo mío es tuyo.

Que conste en acta que ahí a Julia solo se le aceleró el corazón por los nervios, ¿eh? Por nada más. Nada de nada. Cero. La Julia de mentira estaba a prueba de romanticonerías.

—Por si acaso —carraspeó igualmente, incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo.

—Tranquila, si el que tendría que ponerse rojo soy yo. ¿Desde cuándo te sabes mi contraseña?

La carcajada que se le escapó fue mitad histérica mitad pasmada, pero 100% genuina.

—¿Qué dices de contraseña? —chirrió Julia—. ¡Si te lo has dejado abierto! Hay que ver cómo están las cabezas…

Tirso ladeó la cabeza, un tanto ceñudo. Parecía pensativo, como si… como si de verdad estuviera considerando haberse dejado el portátil abierto de par en par en pleno salón. Una vez más, Julia no supo cómo sentirse. ¿Orgullosa de sus dotes de actuación? ¿Culpable por abusar de su confianza?

—Pues sí —respondió al final Tirso, con un encogimiento de hombros—. Imagínate cómo me tendrá este cliente para provocarme pérdidas de memoria a corto plazo.

—Mmm, ¿y crees que es seguro que cojas el coche? A ver si se te va a olvidar dónde está el freno.

—Mientras no se me olvide lo importante…

Ah, nonono. Julia señaló la puerta a toda prisa, recta militar:

—Quieto ahí. Ya has gastado tu cuota diaria de piropos. *¡Desfila!*

—Sí, señor —rio él. Tan, tan blando—. Volveré para la cena.

—¿Lo llevas todo?

—Esta vez sí.

—Pues hasta luego, amor.

—Adiós, bombón.

Oh, no.

Julia gimió antes incluso de que Tirso cerrara la puerta tras él, sabiendo lo que se la venía encima. Se tapó la cara con las manos, se encogió sobre sí misma, cerró los ojos con fuerza, apretó los dientes y… tres, dos, uno…

—¿¡BOMBÓÓÓÓÓÓN!?

Por romper una lanza a favor de Manu, Julia debía reconocer que se le daba bien leer el ambiente. Aquel fue el mejor ejemplo, el mayor despliegue de cuidadosa empatía que le había mostrado hasta ahora: cuarenta gloriosos minutos de mofa sin tregua, una burla tras otra durante la totalidad del proceso de reactivar el escritorio remoto y cotillear carpeta por carpeta hasta dar con el servidor oculto en una carpeta dentro de otra carpeta dentro del último acceso directo del escritorio llamado «PLANTILLAS Kit Digital».

Julia lo había intentado todo para que se callara. Amenazas («Como no dejes el temita, le digo a Tirso que me has hablado por LinkedIn»), contraataques («¡Tú lo que tienes es envidia!»), confesiones («Es porque una vez borracha le dije que era un bombón porque estaba rellena de licor»), psicología inversa («Tienes razón, damos muchísima vergüenza ajena, normal que te rías»), súplicas («Para, por favor, Manu, para que estoy temblando, que me estoy muriendo, que me va a dar un infarto de la vergüenza»). Pero

nada, Manu seguía y seguía, claramente doblado de risa allá en su base de operaciones.

Y, aunque por dentro Julia no quería que parase, porque prefería enfrentarse al escarnio público que hablar de lo que había pasado antes de que Tirso irrumpiera en casa, Manu al final se apiadó de ella y dijo:

—Vale, vale, tú solo contéstame a una cosa y paro, te lo juro por Tolón.

—¿Quién es Tolón?

—El minino de mis sueños. Es como Muu, pero en chiquito.

Muu entreabrió un único ojo al reconocer su nombre y Manu suspiró soñadoramente.

—… De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—Ah, nada. Solo que qué ha sido eso de intentar echarme antes del escritorio remoto.

Silencio.

Julia cerró los ojos y exhaló todo el aire de sus pulmones muy, muy despacio. En parte porque lo necesitaba, pero también por ganar tiempo para encontrar cómo explicarlo.

—Perdón —dijo al fin—. Me… entró la paranoia de que me habías manipulado para liársela a Tirso.

Manu hizo un ruidito meditabundo.

—Entiendo. Y… ¿sigues pensándolo? Porque luego me has dejado entrar.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal como están las cosas, se me hace muy difícil saber a quién confiarle qué. Pero luego he pensado que ya da igual.

—¿Que ya da igual?

—Sí. —Julia seguía mirando al cursor bajo el control de Manu como si fuera el propio Manu, como si lo tuviera justo enfrente—. Si de verdad me hubieras engañado para, yo qué sé, borrarle o robarle todo su trabajo, no cambiaría nada para mí. Ni siquiera cambiaría nada si yo misma le contase quién ha sido en vez de esperar a que diera contigo y luego conmigo. Al final siempre saldría perdiendo. Tendría que enfrentarme a que Tirso, si no es un asesino, me dejara por haber sospechado de él; y a que me matara si resultara serlo.

Manu hizo el mismo ruidito reflexivo.

—Pero volvemos a lo mismo. Has tenido la opción de no dejarme entrar de segundas.

—No era una opción real —razonó ella, con una sonrisa triste—. Si pudiera enterrar todo lo que sabemos bajo la alfombra, ya lo habría hecho. No me sale. No puedo vivir el resto de mi vida mintiendo. Por eso fui a buscarte.

Un tercer ruidito.

Esta vez, el silencio se alargó mucho más. Julia alzó la vista hacia la cámara, esperando encontrársela apagada, pero justo entonces Manu preguntó:

—¿Sabes qué he pensado yo cuando has intentado echarme?

—Dime.

—Que tú me la habías liado a mí.

—¿Y qué piensas ahora?

Manu rio, sin aire.

—Que ya da igual.

No por primera vez, Julia se preguntó por qué Manu estaría tan empeñado en cavarse su propia tumba. «Que ya da igual», en realidad, no era una respuesta propia, pues se la había tomado prestada a ella. ¿Cómo iba a ser comparable? Ella no podía escapar. Su vida, su identidad, estaban intrínsecamente ligadas a las de Tirso. Y, sí, podría cortar con él, fingir que se había desenamorado, pero el solo pensarlo le nublaba la vista, le retorcía el estómago. Quería un futuro con Tirso, y lo quería trágico o feliz, breve o infinito, pero nunca falso.

Pero Manu no tenía ningún futuro con Tirso. Por tener, no tenía ni un presente.

Así que, ¿por qué?

¿Por qué?

Se le ocurrió después, ya acurrucada con Tirso en la cama. Él estaba leyendo en su e-book reclinado contra el cabecero, ella chequeando Instagram recostada en su pecho y Muu hecha una bolita en el ínfimo espacio entre ambos.

Se le ocurrió al ver el último post de Tirso; una foto de un saco de boxeo con dos gemelos mamadísimos asomando cada uno por un lado como los topos del juego del martillo. «A veces no sé si son mis amigos o mis enemigos», bromeaba en el texto, y ellos habían comentado con una ortografía casi ilegible dos variaciones del mismo mensaje: «Los verdaderos amigos son enemigos cuando toca». (Pero de forma menos lírica, claro).

No se parecían en nada a Manu. A Moli. Y ni de lejos a Manuel M. Montaraz, con su traje sofisticado, su pelo claro repeinado hacia

atrás y sus mocasines de piel. Aunque suponía que era injusto compararlos con esa versión de Manu cuando ni siquiera la versión diaria de Manu le llegaba ni a la suela.

A lo mejor Manu también estaba buscando un porqué.

La razón por la que Tirso lo había despegado de su vida como un simple recorte de collage para reemplazarlo (¿reemplazarlo?) por dos… adictos a los esteroides.

Estaba tan concentrada en analizar el posible subtexto de la foto que pegó un bote cuando el brazo de Tirso apareció por encima de su hombro para darle like al post. Julia echó atrás la cabeza para mirarlo desde la cómoda almohada que era su pecho.

—Novio controlador se da autolike desde la cuenta de su novia…

Él rio. Hoyuelo *detected.*

—Es la primera foto que subo en meses —repuso, como excusándose—. Necesito apoyo emocional.

Pues sí que estaba siendo terrible el cliente, sí, para bajarle los ánimos hasta tal punto. Julia lo ciñó más fuerte entre sus brazos mientras volvía de nuevo la vista hacia su móvil. El post ya sumaba catorce likes, lo cual suponía más del 50% de sus seguidores. Todo el mundo quería a Tirso. Todo el mundo se alegraba de tener noticias suyas, aunque fuera cada cien años. Pero casi ninguno de sus veintiséis seguidores eran mucho más que eso, seguidores. Conocidos, compañeros, amistades de amistades (de Julia).

—¿Dirías que son tus mejores amigos?

Un eco rasposo le hizo saber que Tirso había vuelto a ladear el e-book para asomarse por un lado.

—¿Supongo…? Tampoco tengo otros.

Julia rumió un poco más la respuesta antes de devolverle otra vez la mirada:

—¿Y no te gustaría tenerlos? Amigos con quienes compartas… ¿intereses? ¿O más aficiones?

Tirso frunció el ceño.

—Estoy bien así. Me ayudan a desconectar.

—Ya, pero tampoco te entienden, ¿no? Como cuando te desahogas conmigo, que en muchas ocasiones solo puedo escucharte y ya. No puedo *ayudarte* de verdad.

—Pero ambos tratamos con clientes —rebatió, algo tirante—. No necesito más. Ni de ellos, ni… Es lo mismo que tú con las Martas. Ninguna trabajáis en lo mismo, pero tampoco echas en falta más, ¿o sí?

—¡No, claro! Pero porque nosotras nos hicimos amigas por nuestros gustos en común, no por nuestros estudios.

El rostro de Tirso se endureció, sus ojos negros afilados como añicos de obsidiana.

—¿Y qué diferencia hay con lo mío?

—Hombre… —Julia se rio—. Nuestros gustos comunes son más…

—¿Intelectuales? —la cortó—. No estaba enterado de que mis amistades debían cumplir tan altos estándares para tu aprobación.

Uy. Hora de incorporarse y reconducir aquella conversación en condiciones, cara a cara, con todo el lenguaje corporal necesario (y, ahora mismo, *imperativo*) para que Tirso pudiera entender que no estaba diciendo que sus *gymbuddies* fueran… en fin…

—Tirso, no estoy llamando tontos a tus colegas.

—Amigos —corrigió él.

—Amigos —concedió ella, diplomática—. Solo digo que a veces uno necesita rodearse de gente que le conozca *de verdad.* No de turnarse máquinas ocho horas a la semana.

El modo en que su novio alzó las cejas era una respuesta en sí misma, pero replicar replicó igual:

—¿Y vosotras tres cuántas horas a la semana pasáis juntas?

—¡No es lo mismo! ¡Nosotras nos conocemos de toda la vida!

—Ah —graznó Tirso, ácido como nunca antes lo había sido. No con ella; jamás con ella—. O sea que, para ti, ¿una amistad no es amistad si no lleva macerando *toda la vida*?

—No, no, me estás malinterpretando. Solo digo que *ayuda,* que si los gemelos y tú os conocierais desde críos no importaría tanto qu…

De pronto, Tirso se tensó entero. Fue un cambio tan drástico, tan evidente, que bastó para callarla de forma fulminante, a mitad de frase, a mitad de palabra. Empeoró cuando además apagó el e-book*,* elevando la categoría del asunto de simple charla de cama a algo más serio.

—Julia. Dime que esto no es por Moli.

Se quedó helada.

—¿M-Moli?

—Sí, Moli —insistió, con un matiz extraño en la voz, como alquitrán, como inflamable—. Y no intentes hacerme creer que no sabes de quién te hablo porque tú nunca olvidas nada que te haya contado.

—No estaba intentando…

Calló de nuevo, dándose cuenta de que mentir no le serviría de nada. Tirso ya la había pillado. Lo único que podía hacer era decirle la verdad o, al menos, una parte de ella. Como cuando de

universitaria se le caducaba el pollo y lo cocinaba con bien de especias para disimular el sabor.

—Perdón —fue por donde comenzó, siguiendo por cogerle las manos, apretando sus muñecas entre los dedos sin otra intención que darse énfasis. Él se dejó hacer, pero no bajó la guardia—. Era esto. ¿Te acuerdas de que me dijiste que sabías que había algo más? ¿Y que podía hablarlo contigo? Pues. Esto.

Por su cara, Tirso no habría esperado ni en mil vidas que el gran secreto de su novia tuviera que ver con el puñetero Moli. Y ni en mil vidas sabría lo cerca que estaba de la verdad.

—Voy a necesitar que seas un poquito más clara, cielo.

—¡Ah, sí! —Julia dio un respingo—. Por supuesto. Claro. Quería… Me preocupaba, ¿no? Me parecía injusto que yo tuviera a las Martas y tú a nadie. Perdón por decir que tus amigos del gym no son amigos de verdad, en realidad no lo pienso. Simplemente pensaba que a lo mejor necesitabas algo más, y que como eres tan… reservado, no, *cuidadoso* con los límites de los demás, no querías molestar.

Tirso pestañeó.

—¿Molestar… a Moli?

Ella asintió.

—Sonia y yo acabamos mal —explicó, el nombre puro bilis en su lengua—. Pero tú me dijiste que vosotros solo os distanciasteis, ¿no? Y hasta coincidís a veces, en eventos y tal, como en la CyberFeria esa de seguridad… —«CyberExpo», corrigió Tirso en un susurro, empezando a sonreír—. Que, a ver, yo a él no le conozco, pero si no hubiera pasado lo que pasó, a mí me encantaría que Sonia volviera

conmigo. Odio pensar en que compartí la mitad de mi vida con alguien que ahora ni se acuerda de que existo.

Para su sorpresa, Tirso bajó la vista hacia sus manos unidas, contemplando *seriamente* sus palabras. Casi le dio pena. No él, sino lo insincero de la situación. Julia sentía que estaba… corrompiendo la verdad. Reabriendo una herida para esconder el hedor a sangre de otra.

Si es que Tirso siquiera consideraba a Manu una herida.

—¿Llevas todo este tiempo preocupada por si echaba de menos a mi amigo?

No recordaba si alguna vez le había oído una voz tan pequeñita.

—¡Pues claro! —mintió, y se rio entre dientes, como cazada en plena travesura—. ¿¡Cómo vas a llevar dos damos de honor iguales a la boda!? ¡Mis damas se merecen más opciones!

Tirso, en cambio, soltó una carcajada en toda regla. Julia sonrió, más emocionada por verlo así de risueño que por haber esquivado la bala.

—Eres demasiado buena.

La sonrisa se le agrietó en la cara, pero consiguió retenerla fija.

—Tú, que me ves con buenos ojos.

Aunque ahora no la estaba viendo ni con buenos ni con malos ojos, porque seguía con la mirada perdida en sus manos, sus pensamientos claramente muy, muy lejos de allí. Al final, Tirso reclinó la cabeza contra la pared con un suspiro más triste que cansado y más dolido que triste y dijo:

—Si tanto quieres buscarle ligue a Pony, te prometo que haré un esfuerzo por ampliar mi cartera de amistades, pero dejemos

descansar en paz a Moli, ¿vale? Sé reconocer cuando algo está muerto. —Otro suspiro—. Y él también.

Julia asintió.

No quiso pensar cuánto de literal tenía esa respuesta.

13

Pijamada

El día que su vida cambió para siempre no fue día sino noche.

Empezó con una llamada de Pony nada más terminada la cena, y durante los primeros tonos Julia la dejó sonar, convencida de que se habría equivocado. Luego, cuando estuvo claro que no, cruzó miradas con Tirso y él le pasó el móvil con los labios apretados, alerta.

—¿Pony?

—Quita el manos libres.

Esa no era Pony.

—N-no está puesto.

—Genial. Soy Manu. Perdona por llamarte a estas horas, pero necesito que vengas. Es una emergencia.

Julia se apretó más el móvil contra el oído por puro instinto. Tirso había fruncido el ceño, y dado un paso hacia ella, alarmado por la tirantez de su voz.

—Pero ¿estás con ella?

—No, no, estoy usando un desvío. Invéntate una excusa y sal a la parada de metro; te estará esperando un Cabi.

—¿Ahora mismo? —barbotó, desorientada.

—Eh… Prácticamente. Está en camino. Échale unos… diez minutos. ¿Llegarás bien?

—Sí, sí. Voy. —Algo en los ojos de Tirso le hizo añadir—: ¿Necesitas que lleve alguna cosa?

Manu tardó unos segundos en contestar.

—Yo no, pero tú tráete lo que necesites para sostener tu coartada; estaremos en mi piso.

—Va, pues ahora nos vemos. Chao.

—*Salut.*

Cuando colgó, temblaba. Se sentía pálida, revuelta y febril, todo culpa del subidón de adrenalina, así que tuvo que darse unos segundos de respiro antes de cuadrar los hombros y responder a la muda pregunta de Tirso, que la miraba con ojos urgentes, listo para ponerse en marcha a su señal.

—Tranquilo —dijo, acercándose a darle un apretón breve en el brazo—. No es nada grave, pero ya sabes las que monta Pony cuando se trata de Marta.

Él *rebufó.*

—Déjame adivinar: a Marta la ha dejado el novio del CBD y Pony está movilizando a todos los cuerpos oficiales del Estado.

—Algo así —rio ella, aliviada de que la coartada se creara sola—. Te actualizaré en cuanto llegue.

—Es tarde, ¿te acerco?

—No hace falta, amor, gracias; me recoge ella aquí abajo en diez minutillos. Voy a… prepararme una mochila, supongo. —Respiró hondo, tratando de organizarse las ideas (tratando de no parecer al borde del pánico)—. Por si acaso se alarga.

La risita de Tirso fue amable, casi tierna, y el beso que le dejó después en la frente aún más.

—Son las Martas —sonrió—, se alargará. Tú ve vistiéndote, me encargo yo del resto. ¿Pijama o camisón?

Dios, cómo le quería. Y le estaba engañando. Le estaba engañando para escabullirse con su ex mejor amigo en mitad de la noche y, con suerte, ponerle fin a toda esa pantomima. Para bien o para mal, pero fin. Aunque, por la voz de Manu, Julia no tenía muchas esperanzas en volver a casa con su final feliz.

—Pijama —respondió, con un suspiro derrotado—. Donde Marta hace frío todo el año.

Ni siete minutos después, Julia se despedía de su novio y su gata desde el ascensor, al hombro una mochila con una muda de ropa, un pijama y su neceser de viaje. Había habido un momento de tensión entre que Tirso insistía en acompañarla hasta que Pony apareciera y ella en que nadie iba a secuestrarla durante el medio segundo que pasaría sola en la calle, pero afortunadamente había quedado en un susto.

Según se cerraban las puertas del ascensor, Tirso aupó a Muu en brazos y le movió la patita arriba y abajo a modo de adiós.

—Ey.

—Ey.

Durante unos segundos, ninguno se movió, ni ella para pasar ni él para darle paso. Solo se quedaron mirando, sin saber muy bien

cómo proceder con el otro. Normal. A fin de cuentas, en realidad apenas se conocían. ¿El semblante vacilante de Manu pronosticaba buenas o malas nuevas? ¿El suyo pedía franqueza o tacto?

Al final, Manu se adelantó para darle un par de palmaditas en el brazo, como si Julia fuera un amigote del gym, y acto seguido arrugó la nariz, claramente decepcionado consigo mismo.

—¿Tan malo es? —intentó bromear Julia, aunque la voz le salió en un hilo.

—A ver —respondió él, haciéndose a un lado para invitarla a entrar—, supongo que depende de con qué se compare. —Vamos, que estaba jodida la cosa, ¿no?—. Pasa, pasa al salón. A la derecha, sí, donde la luz. ¿Quieres un café?

—¿A las once y media de la noche?

Su silencio lo dijo todo. Julia suspiró.

—Vale.

—Perfe, pues ponte cómoda. Puedes dejar la mochila en el sillón, mismamente. ¿Qué estás, de pijamada?

—Sí, donde Marta. —Miró a su alrededor, curiosa—. ¿Vives solo?

—Yep. Voy a por los cafés.

Y la dejó allí, no abandonada a su suerte pero casi, a la entrada de un amplio salón-comedor con un sofá esquinero de múltiples plazas y una televisión gigantesca. Estaba decorado al estilo minimalista, sencillo pero no escaso; el extremo opuesto a la exuberancia rococó del ático en Tirso de Molina. Tras la pared acristalada del lateral se adivinaba una simpática terracita, y, por las ondas de luz pintando de turquesa su balaustrada, allá abajo debía de dormitar una piscina, seguramente el centro neurálgico de aquel complejo residencial.

Todo estaba tan nuevo, tan pulcro, tan poco *vivido…*

Era justo el tipo de urbanización donde su madre querría verla asentada. Y, para qué mentir, a ella también le gustaría verse en cualquiera de aquellos pisos, con su terracita y su piscinita y sus dos baños y su cocina con más de medio metro de encimera.

—Está más bonita de día —dijo Manu a su espalda, y ella se volvió a tiempo de aceptar la taza humeante que le tendía—, se ve una esquinita de sierra detrás del edificio de enfrente.

—Qué suerte. Yo detrás de mi edificio de enfrente veo otro edificio.

Eso le hizo reír.

—Sí, bueno… Lo mejor es que todavía no tengo muchos vecinos, así que trabajo a gustísimo. Ya veremos cuando se llene de familias. —Señaló hacia la mesa del salón con la barbilla, presidida por un portátil abierto—. Te diría de hablar en el despacho, pero creo que mejor te ahorro el trauma. Ahora mismo estás bebiendo de la última taza limpia de la casa.

—¿Y las demás están en tu despacho?

—Yep —repitió, arrastrando los pies teatralmente hasta la mesa—, junto con el resto de la vajilla. No me juzgues. Cuando me vuelco en algo pierdo la noción del espaciotiempo.

—No te juzgo. Deberías haber visto cómo tenía el piso antes de que Tirso se mudara conmigo.

Se sentaron a la mesa, él frente al portátil y ella a su derecha.

Una vez más, ninguno dijo nada durante varios segundos, cada uno concentrado en beberse el café a sorbitos. La taza de Manu tenía el asa rota y una frase descolorida tras mil lavados. «Alguien

que me quiere mucho me ha traído esta taza de Benidorm», ponía. Guao.

—Manu…

—Lo sé, lo sé. Estoy pensando por dónde empezar.

—Por favor. Suéltalo y punto. No pued…

—Es que es mejor que lo veas. Creo.

—Pues enséñamelo.

Y, aun así, Manu tardó otros tantos eternos segundos en arrancar. Primero se puso unas gafas de ver (primera noticia de que Manu necesitara gafas), luego giró el portátil hacia ella (por fondo de pantalla tenía un paisaje de videojuego) y, por fin, clicó en el tercero de los seis únicos accesos directos del escritorio (cada uno con su icono personalizado, cómo no). La sensación de *déjà vu* que la recorrió fue intensa, amarga: de pronto estaba otra vez en el salón de caballeros de Tirso de Molina, mirando pálida y nauseosa cómo Manu reproducía cámara tras cámara tras cámara para solo hallar vacío.

—Si te digo la verdad —fue como empezó Manu—, hasta esta mañana lo que más me preocupaba era cómo convencerte de tirar la toalla. Nada de lo que encontré en el servidor secreto de Tirso era secreto, al menos para mí. Copias de su DNI, sus diplomas y certificados, contratos varios… Todo en regla, todo legal, todo en orden. Incluso conseguí meterme en su banco y no vi nada extraño.

Julia asintió. No tenía nada que decir.

—Lo único que me llamó la atención fue este excel de gastos —continuó él, abriendo el susodicho—. Es pura contabilidad. Una hoja por año, tablas divididas por trimestres, encabezados indicando el cliente, el encargo y la fecha… Lo típico, ¿no?

—Está en francés.

—¿Cómo?

—Que todo está en francés —repitió Julia, un poco crispada por tener que explicarse—. No entiendo nada de lo que pone. Eso es lo que te llamó la atención, ¿no?

Manu pestañeó, como pillado por sorpresa. Como le dijera que no se había dado c…

—Ah. Pues no me había dado cuenta.

Genial. La pista más clara de que Tirso ocultaba algo a plena luz y el experto en ciberseguridad la pasaba por alto porque entendía el idioma. No pudo contener un resoplido molesto, casi dolido, y Manu la miró medio encogido:

—Perdona. Cuando programábamos juntos lo pasábamos todo al francés para curarnos en salud. Los procesos, las…, ehm, ¿recetas? —Chasqueó la lengua—. No me quiero poner muy técnico. El caso es que yo lo sigo haciendo, así que ni lo pensé.

—Va —solo respondió. ¿De qué le serviría enfurruñarse? Manu era su único aliado en esto—. Entonces ¿qué? ¿Qué es lo que no te cuadraba, monsieur Sherlock?

Eso le sacó una sonrisa, aunque quedó oculta tras su taza vieja mientras bebía. Julia la vio igual, en cómo se estrecharon sus ojos, más azules que grises entre la dura luz de la pantalla y el cristal de las gafas.

—Nada —pio—. No me cuadraba absolutamente nada. Para empezar, ningún autónomo podría mantenerse con tan pocos clientes, y menos cobrándoles semejante miseria. ¿Cómo va a poner un…? No, *nettoyage* es «limpieza», ¿dónde…? Ah, aquí. ¿Cómo va a poner un cortafuegos de los suyos a mil euros? —Parecía

escandalizado—. ¡Si el que instaló en Tirso es tan tocho que no puedo saltarlo ni yo! Ni replicarlo, que es peor. —Ahora parecía fastidiado—. Sigo teniendo que irme allí a trabajar cuando me piden algo delicado *de verdad* porque sé que en ningún otro sitio voy a estar más proteg…

Pero Julia ya no le estaba escuchando. No, porque quizá ella de francés se sabía las canciones de *Moulin Rouge* (Te quiero, Ewan McGregor) y poco más, pero de Tirso era toda una *connoisseur* y aquella cartera de clientes no le pertenecía. Para empezar, porque ni le sonaban. Y, para seguir, porque IFEMA no aparecía en la lista.

Y para IFEMA había trabajado sí o sí.

Ella había visto el contrato. Ella había *revisado* el contrato.

—Ya has caído, ¿verdad?

—P-pero no entiendo… ¿Son cuentas falsas? ¿Por qué iba a esconderlas con tanto empeño si son falsas?

—Porque no lo son. —Manu torció el gesto y abrió otro excel, esta vez, uno propio (cómo no, también en francés)—. Aunque tardé en descifrar el código.

—¿Son códigos?

—No, no, me refiero… Da igual, mira. Estos son sus extractos del banco. —Minimizó ambos archivos para colocarlos uno junto a otro —. ¿Ves que no coinciden ni las fechas de ingreso ni las cantidades? —Se rio—. Llegué a pensar que tenía guardadas las cuentas de algún amigo suyo de no ser porque me dio por cotejar los *totales.* Y *voilà!*

Voilà, desde luego. Julia se acercó al portátil, acostumbrada a tratar con excels kilométricos plagados de fórmulas, descuentos, porcentajes y demás demonios de la contabilidad.

Ahí pasaba algo raro. Sí, los ingresos totales de ambos archivos coincidían… salvo por dos detalles:

1. Cada total anual del excel de Tirso correspondía no con el total anual bancario de su respectivo año, sino con el del siguiente.
2. Cada total anual del excel de Tirso tenía un cero menos que el total anual bancario de dicho año siguiente.

—Si lo estoy entendiendo bien —carraspeó Julia, sintiéndose tontísima—; por el cortafuegos de mil euros de este marzo…

—Cobrará diez mil en algún punto del año que viene —completó Manu por ella, con un educado asentimiento—. O, para ser exactos, los cobrará repartidos en catorce pagas y cuatro bonus trimestrales.

Se le escapó una carcajada, de lo ridículo. ¡Catorce pagas, Tirso! ¡Acabáramos!

—¿¡Cat…!? ¡Manu! ¿Cómo va a estar eso bien? ¡Que te está vacilando, Manu!

—Tengo sus nóminas.

—¡Que es autónomo!

—Julia.

Hubo algo en su voz que le cortó la risa de golpe. En su voz, en los extractos, en los clientes desconocidos y en los precios inexplicables. En su postura agarrotada y en sus ojeras violáceas, en cómo no dijo nada más, ni le enseñó nada más, simplemente esperando, esperando, esperando.

Julia dejó su taza sobre la mesa muy despacito. Volvía a tiritar, y le acongojó el doble darse cuenta de que no era la única.

—¿Qué clase de cortafuegos cuesta diez mil euros? —logró articular segundos, horas, siglos después; la voz en un hilo.

—La clase de cortafuegos que en realidad no es un cortafuegos.

«No», pensó, pero su cuerpo se movió por sí solo, haciéndose con el ratón para desplegar el excel de cuentas. Sabía lo que encontraría antes incluso de verlo, y aun así la náusea que le subió por la garganta la tuvo a punto de vomitar. Ojalá fuera ciega. Ojalá se quedara ciega ahora mismo. Ojalá al menos Manu no hubiera mencionado antes qué significaba esa palabra, para poder pedirle que se la tradujera, para cargarle a él con el peso de destruir los últimos pedacitos en pie de su mundo. Cualquier cosa menos aquel aséptico, plano y práctico «14/02».

14/02 | NETTOYAGE | 1.440 €

¿Qué clase de limpieza costaba 14.440 €?

La clase de limpieza que en realidad no era una limpieza, sería de nuevo la respuesta.

La clase de limpieza que necesita acetona, lejía y sosa. O disolvente industrial.

«Olvídate de los zapatos —había dicho Lolo—; se lo come todo».

—No —repitió en alto, porque no paraba de martillearle el cerebro. No y no y no, en bucle—. Este no es… No. Este no es mi Tirso.

Y, tonta de ella, creía que no podría ir a peor.

Pero Manu negó con la cabeza, sin vida ni aplomo, y dijo:

—No, este no es tu Tirso.

Dijo:

—Es el mío.

Dijo:

—Porque sabes que Tirso no se llama Tirso, ¿no?

Al parecer, en un inicio la amistad entre Tirso y Manu había sido más acuerdo que amistad. Un compromiso, por llamarlo de alguna manera.

Eso se lo contó el propio Manu ya después, sentaditos en el sofá, habiendo ambos cambiado la ropa por el pijama y el café por ColaCao (pero en la misma taza, claro). Ninguno de los dos había querido volver a enfrentarse al portátil o, más en específico, al resto de la documentación identitaria que a Julia le quedaba por digerir. Ya bastante histérica se había puesto con lo primero; la copia de un DNI *en vigor* del cual únicamente reconocía al hombre de la foto. Aquel, sin duda, era el rostro de Tirso, pero no lo eran ni su nombre ni su NIF ni su fecha de nacimiento.

«Que no es piscis —había barbotado, como una imbécil—. Que es sagitario».

«Sí —había contestado Manu, con una risita cansada—. Siempre fue de los peques de la clase».

Suponía que eso explicaba muchas cosas. Principalmente, la nefasta compatibilidad que Horóscopo Negro había vaticinado entre sus signos. Una vez más, la intuición de Julia se probaba infalible.

Aunque no había sido tan infalible con Manu. Debería haberse fijado antes, haber identificado la aspereza con la que hablaba de Tirso no como rencor sino como luto. Tenía hasta gracia, la ironía de que Manu hubiera estado en lo cierto desde el principio, aun

inconscientemente. A fin de cuentas, «su Tirso» había muerto en el mismo momento en que el Tirso de Julia había nacido.

Manu y su Tirso se habían conocido en el rellano del edificio de Tirso de Molina, cuando una jovencísima *madame* (este detalle es importante) Molina había quedado con la familia Solera (no iba a hacer declaraciones sobre que el verdadero apellido de Tirso no fuera navarro) para enseñarles el último apartamento en alquiler del mismo. No es que necesitase alquilarlo, podría vivir cómodamente mínimo veinte años solo con la herencia de su difunto marido, pero la pobre sufría de un pánico paralizante a perder el nivel de vida al que se había acostumbrado y a esas alturas del cuento, con un nene de dos añitos y sin estudios, más le valía sacarle rédito al patrimonio de los Molina.

La situación de la familia Solera, en cambio, era más corriente, pero no menos urgente. A la vuelta del verano, la madre empezaría a trabajar como profesora en el célebre liceo francés del barrio vecino (todo gracias al trilingüismo vasco-francófono de su Navarra pirenaica), lo cual pedía forzosamente una mudanza. No andaban muy sobrados ni de tiempo ni de dinero, y para más inri los precios de la zona les habían pillado por sorpresa. Por dentro, ella estaba ya resignada a pasarse la vida conduciendo del liceo a la periferia madrileña con su hijo a cuestas cada día, pero no quería rendirse sin antes visitar aquel cuco bajo de Tirso de Molina.

Lo suyo sí que fue un *meet-cute* en toda regla.

Con solo intercambiar un par de datos, entre las dos mujeres surgió la relación más sólida que puede existir entre dos completos desconocidos: la de conveniencia. Y Manu, como testigo involuntario de la escena que fue, tuvo a bien representársela a Julia con una

imitación perfecta de madame Molina que la tuvo al borde de las lágrimas: «¡Oh, ¿del *lycée*? ¡Qué coincidencia! Justo tenía previsto matricular allí a mi *doudou* para que reconectara con sus raíces. Aquí donde me ven, en realidad soy parisina. Mis padres también se vinieron a Madrid siendo yo muy niña… Tendría la misma edad que este señorito vuestro. ¿Cómo, solo dieciocho meses? ¡Si está enorme! ¿Y tienen donde dejarlo mientras trabajan? Ah, me tranquiliza oír eso. Todo *lycée* que se precie ha de velar por los hijos de su profesorado, yo no sé cómo me las apañaré para llevar y traer a mi *doudou* todos los días, con el horario tan ajetreado que tengo… ¡Oh, no, no, no! No se moleste, no podría aceptarlo… ¿Recogerlo de camino? ¿De camino de dónde? ¿¡VALLECAS!? ¿Es que no les ha gustado este piso…? *Mon dieu!* ¡Si ese es el problema, no se hable más! Hagámoslo así; yo le ajusto el presupuesto y usted acerca a mi *doudou* al cole, ¿sí?».

—Puedes imaginarte el resto —finiquitó Manu, poniendo los ojos en blanco—. Prácticamente me crie donde Tirso. Y no la culpo, ¿vale? Me tuvo muy joven y tampoco sabía qué hacer conmigo. Emi le vino como caída del cielo. *Nos* vino —se corrigió—. Dudo que mi madre hubiera sabido sacarme de los, lo reconozco, múltiples baches educativos que tuve. Habría suspendido Selectividad veinte veces de no ser por Emi.

Julia sonrió, aunque tenía un nudo en el estómago. Cuantos más pedacitos de pasado compartía Manu con ella, más le reconcomían los remordimientos. Desde luego, ya no podía seguir posponiéndolo. En algún momento de la noche tendría que armarse de valor y decirle que los Solera habían fallecido. ¿Se enfadaría con ella? Porque merecérselo, se lo merecía. Manu le había dicho

explícitamente que la ayudaría con la investigación por miedo a que los líos de Tirso acabaran salpicando a sus padres y ella se lo había tomado como una *excusa.* Qué tonta. Ni que a Manu le diera vergüenza reconocer que le afectaba no saber por qué Tirso lo dejó tirado. Nunca lo había escondido. Ahí la única que escondía cosas era Julia.

—De hecho —prosiguió él, con un brillo divertido en la mirada—, dudo siquiera de que *recuerde* que Tirso es un mote.

—¿¡Cómo no va a acordarse!? ¡Es tu…! ¡Mi madre se acuerda de los nombres de mis amigas!

—Porque se llaman igual, Julia.

—¡No es por eso!

Manu se rio entre dientes.

—Bueno, es que de ella vino todo, ¿sabes? Siempre lo llamaba «tu amigo de Tirso» o «el nene de los de Tirso». Al final terminó acortando a «Tirso», así que tú verás el cacao mental que me preparó…

—Por favor, dime que mi novio no se llama Tirso porque os negasteis a aprenderos su nombre.

Como era de esperar, Manu reaccionó como pinchado:

—¡Tenía dos años! ¡Simplemente asumí que era su apellido, o algo así!

—¿Y él qué hacía cuando le llamabas Tirso?

—Pues ya le conoces. Nada. Le daba igual.

—Pero alguna vez tuvo que corregirte, ¿no?

—Sí, bueno, ya cuando empezamos el cole sí.

—¿Y?

La forma en la que se tapó la cara con las manos le dijo que iba a reírse *mucho.*

—… le convencí.

—¿Que le qué?

—¡Le convencí! —aulló—. ¡Yo creía que todo el mundo se llamaba como su casa y le dije que se llamaba Tirso igual que yo me llamaba Molina!

Se rio mucho, sí. Se rieron los dos. Él mientras le contaba la serie de catastróficos malentendidos que, con el paso de los años, llevaron a que el liceo entero (cuerpo docente incluido) acabara refiriéndose a ellos como Tirso y Moli; y ella mientras se imaginaba a un Tirso mini matándolas callando antes incluso de cumplir las dos cifras de edad. Quizá el Tirso de Manu y el Tirso de Julia vivían vidas radicalmente diferentes, con personalidades y relaciones radicalmente opuestas, pero en eso coincidían: ambos disfrutaban observando el caos desde los márgenes, sin intervenir, siempre y cuando no lo afectara de forma directa.

Pero después de las risas vino el silencio, y Julia supo que había llegado el momento.

—Manu —lo llamó, sintiendo el corazón como una losa.

Este tardó un par de segundos en despegar los ojos de su ColaCao para mirarla, como si intuyera que se acercaba una sentencia.

—Cuando nos conocimos, me dijiste que solo me ayudabas por los padres de Tirso, pero yo no… Hasta hoy no sabía que habían sido tan importantes para ti.

Volvió a bajar la mirada hacia la taza. De pronto, parecía muy chiquitito, casi frágil, ahí acurrucado en un rincón de un sofá enorme

en un salón todavía más enorme donde vivía completamente solo.

—Sé lo que me vas a decir —murmuró, rascando una manchita de cacao del borde de la taza con la uña—. Me lo llevo oliendo desde hace tiempo. Emi y Fermín son muy… particulares, como su hijo. Les guardaba muchísimo respeto, y yo también. Si los hubieras conocido, no habría tenido que explicarte que mi Tirso jamás haría nada que pudiera ponerlos en peligro, o decepcionarlos, porque tú ya lo sabrías.

Julia respiró hondo, sobrecogida.

—Lo siento mucho.

Obviamente, sospecharlo no fue lo mismo que confirmarlo. Manu hizo una mueca, tratando de mantenerse estoico. Dolía verlo.

—¿Cómo pasó? —preguntó, de nuevo muy bajito.

—No lo sé. Nunca habla de ello. Pero cuando lo conocí él ya estaba… bien —¿bien?—, así que tuvo que ocurrir poco después de que os separaseis.

«Separar» tampoco era el verbo más adecuado para la escisión clínica, desapasionada, con la que Tirso lo había mutilado de su vida. Manu hizo un ruidito reflexivo, quizá pensando en lo mismo, antes de continuar:

—Lo peor de perderlo a él fue perderlos también a ellos. Los echaba de menos, y me… me dolió que ninguno intentara mediar con lo que sea que le pasó a Tirso por la cabeza para echarme. —Se encogió de hombros—. No me quedé solo, porque mi madre… Pero es más bien como mi hermana mayor, ¿sabes? Así que, en parte, sí, me quedé solo.

Ella asintió. Nunca había tenido tantas ganas de tomar su mano entre las suyas, o de darle un abrazo. Quizá incluso era la primera

vez. Estaba convencida de que le vendría bien, de que les vendría bien a los dos, pero Manu no flaqueó, de modo que ella tampoco quiso meter el dedo en la llaga. Sin embargo, sí sopesó con mucho cuidado cómo exponer su siguiente pregunta:

—¿Crees que eso —señaló con la barbilla hacia el portátil allá en la mesa— pudo tener que ver con la razón por la que cortó relación contigo?

Esta vez, la mueca de Manu fue visiblemente dolorosa, casi torturada. Y, aun así, a Julia su respuesta le pareció incluso peor.

—No. Lo que creo es que *eso* —e imitó su gesto en dirección al portátil— tiene que ver con la razón por la que sus padres están muertos.

Oh.

Ni siquiera lo había pensado. Aunque tampoco estaba segura de que quisiera pensarlo. Todavía estaba demasiado reciente, lo sentía demasiado inverosímil, inconcebible, como una enfermedad terminal o un veneno sin antídoto. El no tener poder para cambiar la verdad era lo que se le hacía insoportable.

—¿En qué sentido? —preguntó igualmente, porque prefería sacárselo de dentro—. ¿Como consecuencia o como desencadenante?

Manu se encogió de hombros, aunque sus ojos estaban vacíos, sus pensamientos muy lejos ya de la conversación.

—¿Qué más da? Si cada uno de sus encargos implica un cadáver, está todo dicho.

Y Julia lo entendía. Que daba igual el cómo o el por qué empezase, porque el ahora pesaba más. A fin de cuentas, estaba claro que Tirso no mataba por venganza, ni por justicia.

Tirso mataba por dinero.

14

Chin chin

Cuando despertó, el sol lo teñía todo de color mandarina. Entraba a través del ventanal lateral a raudales, denso como almíbar y cálido como no había sido un solo día desde inicios de junio. Allá afuera, un pajarito disfrutaba del caloret en primera fila, encaramado sobre una de las sillas de la terraza. Manu había tenido razón: estaba más bonita de día.

Ah, Manu.

Julia se volvió a mirar el otro brazo del sofá esquinero, donde lo había visto por última vez. Ahí seguía, aunque ahora despierto y sin gafas, preparando su post diario de LinkedIn en el móvil. Vaya personaje.

—¿Qué hora es? —preguntó por todo saludo, con la voz terriblemente ronca.

Manu empezó a sonreír antes de girarse a mirarla.

—Buenos días, bombón. —Julia gruñó—. Las once y media.

—Ah, bueno. Pensaba que sería más tarde.

—Yo igual. ¿Qué tal vas? ¿Resacosa?

—¿Por una copa? Nah.

Ante eso Manu enarcó una ceja, desviando la vista elocuentemente hacia la licorera medio vacía sobre la mesita de centro. Sí, la idea del brindis por la memoria de sus padres pseudoadoptivos había sido de él, pero quien había rellenado las copas había sido ella.

Al parecer, Manu tenía la misma tolerancia al alcohol que Julia (es decir, nula), porque ni tres sorbos después se reían como hienas de la situación tan absurda que les estaba tocando vivir. Había estado bien. Cuando una iba borracha, que tu novio fuera asesino a sueldo era el chistazo del siglo. Luego se había echado a llorar, Manu también, se habían abrazado por fin como los dos desgraciados que eran y, más por sueño que por lógica, acordaron dejar las decisiones difíciles para el día (la mañana) siguiente.

Es decir, ahora.

Manu alargó una mano vacilante hacia ella, pero Julia la tomó sin dudar, entrelazando los dedos con los suyos.

—¿Qué hacemos?

No tardó en responder, pues no había otra respuesta posible salvo:

—Necesito verlo con mis propios ojos, Manu.

La forma en la que suspiró le dijo que él tampoco había esperado otra respuesta.

15

Políticas de cancelación

Pasó buena parte del domingo allí, planificando sus siguientes movimientos con Manu. De vez en cuando Tirso le preguntaba por WhatsApp qué tal iba Marta, si alguna necesitaba que le trajera algo, si necesitaba ella que fuese a recogerla. Julia se sentía peor con cada mentira, pero no quería volver a casa sin estar segura de que podría mantenerse firme. O, como mínimo, de que no rompería a llorar nada más verlo.

—Vale —dijo Manu, alrededor de las dos de la tarde. Habían pedido comida china a domicilio, y ahora reposaban el atracón en la terracita, cada uno con su taza de café—. ¿Recapitulamos?

—Recapitulamos —resopló ella, sin siquiera abrir los ojos. Se estaba en la gloria al sol.

Lo oyó teclear muy rápidamente antes de arrancar:

—Ninguno de los dos hemos conseguido localizar la empresa que le ingresa la, em, vamos a llamarla nómina, por lo que asumimos que es un empleador falso que se ha creado él mismo.

—Sip —asintió Julia, dándole un sorbito al café.

Para sacarle partido a sus «dotes de *stalker*» («¡¿Yo qué voy a ser una *stalker*!?», «Llegaste a mis posts de 2009, Julia», «¡Para

averiguar si mi novio era un asesino!», «Y lo conseguiste, ¿no? Solo te pido que vuelvas a hacerlo»), Manu le había prestado a Julia su portátil de empresa mientras él hacía su propia búsqueda en el suyo personal. Que el tío que hackeó a Microsoft confiase ciegamente en la intuición femenina de una donnadie le parecía más absurdo que halagador, pero también más adorable que patético, así que al final había aceptado el reto y vuelto a chequear los contactos de Tirso.

La verdad, se alegraba de no haber encontrado nada de la tal Insider Solutions. No quería contemplar la posibilidad de que Tirso tuviera *socios,* y menos aún entre sus amigos. Le recorrió un escalofrío solo de imaginarse a los *gymbros* metidos en el ajo.

—Por tanto —prosiguió Manu—, asumimos igualmente que el portal a través del que recibe clientes también debe de llevarlo solo.

—Sip.

—Ya tenía mirados de ayer unos cuantos candidatos, pero si descartamos aquellos que parecen operar a gran escala, nos quedan tres páginas nacionales autogestionadas que ofrecen los mismos servicios sin especificar precios. Esto último es relevante porque las cifras que maneja Tirso llamarían la atención tanto si listara el precio del excel como si listara el que realmente cobra. —Otro tecleo rápido —. Y además no solo le sirve como capa extra de protección, sino de criba… Más de uno habrá que le haya contactado para un Kit Astaroth en vez de para un *Kit Astaroth,* ¿me entiendes?

—Sip.

—También tiene sentido que toda la comunicación se limite a la propia mensajería interna del portal. Yo hice lo mismo.

Para eso Julia no necesitó aclaración. No por nada llevaba meses chateando con Manu exclusivamente a través de su jueguito de

recolectar fruta, pues todo lo demás dejaba rastro. Las llamadas, los correos, los wasaps, las publicaciones en redes o foros… Solo Manu tenía acceso al servidor donde almacenaba los registros de su app al igual que solo Tirso tendría acceso al espacio donde almacenara él sus pedidos.

—Teniendo todo esto en cuenta; la única manera de averiguar cuál de estos tres es nuestro bienquerido es mandándoles un mensajito. Y ahí es donde entras tú.

Y ahí es donde Julia por fin abrió los ojos. Manu no tardó en devolverle la mirada, extrañado por la falta de sips.

—¿Qué pasa?

—¿Vas a usarme de cebo?

—¡No! —ladró al instante, escandalizado. Luego frunció el ceño—. ¿Te dejarías?

—¡No! —respondió ella, en el mismo tono exacto. Y luego también frunció el ceño—. ¿Funcionaría?

Manu se rio entre dientes como un crío.

—Segurísimo, pero mejor dejemos esa opción como último recurso, ¿hm? —Julia solo resopló—. No, mi idea es bastante menos arriesgada.

—«Menos». O sea que algo de riesgo tiene.

Esta vez, él sonrió del todo, y le hizo una seña para que esperara mientras se terminaba el café de un trago. No se le veía muy… afectado por la noticia sobre los padres de Tirso. Sí que debía de habérselo visto venir, sí. O eso o, como Julia, le ayudaba tener algo que planear, investigar, descifrar. Quizá por eso ninguno tenía muchas ganas de poner fin a la pijamada.

Si por ella fuera, no saldría jamás de aquel piso.

Si por ella fuera, invitaría a Tirso a subir.

Tenía la sensación (infundada, claro) de que si simplemente se sentaban a hablarlo los tres, ahí mismo, en la terracita con un café, llegarían más lejos que jugando al gato y el ratón.

—Pero ¡mínimo! —le aseguró Manu—. Ya lo has hecho antes, además. Solo necesito que vayas chequeando el excel de gastos, recuerdas dónde estaba, ¿no? Y que me avises si apunta algún encargo nuevo.

Julia suspiró.

—Estabas prácticamente presente la última vez que me metí en su portátil, Manu.

—Sip —sonrió él—, y lo hiciste genial, así que esperaré tus reportes diarios. Voy a pedirle información sobre… —volvió la vista al monitor y escudriñó los servicios ofertados de uno de los tres finalistas— yo qué sé, un *honeypot.* Debería ser lo más barato de la lista. ¿Qué crees que será en realidad?

Ya solo la pregunta le dio un retortijón, así que no quiso ni pararse a pensarlo. La sonrisa de Manu creció, se volvió ladina, y Julia se dio cuenta de que hacía tiempo que no le veía una de esas. No, mentira. De lo que hacía tiempo era de la última vez que le habían sacado de quicio. En algún momento de aquella odisea, Manu se había convertido en su propia persona. Sí, en su cabeza seguía estrechamente ligado al cadáver del maletero, a la traición de Tirso, pero ahora era algo más. *Alguien* más. Julia no sabría decir si categorizarlo como amigo se le quedaba grande o corto, solo sabía que «aliado» ya no le hacía justicia.

—A saber qué te estarás imaginando para poner esa cara.

Julia estuvo a punto de picar el anzuelo, pero lo que dijo fue:

—¿No hay otra forma de hacer esto?

Manu pestañeó, pillado por sorpresa.

—¿De hacer el qué?

—No quiero que contactes con matones de la *deep web* para luego dejarlos colgados. Es demasiado peligroso. —Dejó la taza sobre la mesa para poder gesticular a gusto—. ¿Qué datos vas a darles para convencerles de que vas en serio? Tendrás que pagarles por adelantado, además. ¿Y si te rastrean después? ¿Y si ninguno es Tirso y pierdes dinero para nada?

El tema del pago le preocupaba lo que más, pues no era ni un miedo ni una posibilidad, sino una certeza. Aunque a la vista estuviera que Manu apuros económicos no sufría, tampoco tenía por qué malgastar sus ahorros por Tirso. Más específicamente, en *ponerse en peligro por Tirso.*

—Julia…

—Tiene que haber otra manera. Y, si no la hay, debería hacerlo yo. *Yo* te metí en esto, *yo* insistí en continuar y soy *yo* la que vive con él. Debería ser la principal interesada y quien más arriesgue, no tú. —Ahí estaba, el chirrido en su voz. El pánico. Había tardado en llegar, adormilado por la conmoción y envuelto en el calor de la seguridad del piso de Manu, pero ahí estaba—. Tú ya has hecho suficiente. ¿No crees que ya has hecho suficiente? Ni siquiera es la primera vez que metes dinero en esto. ¿Y yo? ¿Qué he aportado yo? ¡Nada! ¡Ponértelo más difícil, si eso! No, no. Ya es hora de que haga algo útil.

Y extendió una mano hacia él palma arriba, pidiéndole claramente que le pasara el portátil. Era lo que debía hacer. Era lo *justo.*

Sin embargo, en lugar de ceder o protestar, las dos únicas reacciones esperables, Manu cubrió su mano con la suya, presionando ligero ligero hasta devolverla a la mesa. Julia no se resistió, solo lo miró, suplicante; y él sonrió muy suave, muy amable, dos cosas que Manu siempre había sido pero nunca a la vez.

—Vayamos por partes —dijo, con la misma calidez que el sol caldeando la terraza—. Primero, la parte técnica, ¿hm? Imagina que te digo que vale, que de esto te encargues tú. ¿Qué le pedirías? ¿Y para quién?

Si creía que iba a pillarla, lo llevaba claro:

—Pues el *honeypot* que hemos acordado para Julia Manzano.

Manu se rio sin malicia y le dio un apretoncito en la mano.

—¡Julia! Sé seria.

—Estoy siendo seria —le increpó, pétrea.

—Pues peor me lo pones —resopló él en respuesta, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué razones tendría *nadie* para mandarte a ti un sicario?

—Euh… ¡puedo estar escondiéndole muchas cosas a Tirso! ¡A lo mejor soy mala!

Otro resoplido.

—Lo sabríamos.

—¿En plural?

Esta vez, lo que hizo Manu fue enarcar una ceja, mitad incrédulo mitad sarcástico.

—¿Crees que no te hice yo mi propio repaso cuando me viniste con el cuento de que Tirso era un asesino?

Julia soltó un grito ahogado, escandalizada, e intentó apartar la mano de un tirón, pero él la retuvo a la fuerza con otra de sus

sonrisitas Trident White.

—Sé hasta qué marca de champú usas, así que, no, puedo decir con total confianza que no tienes nada que esconder. Tú único secreto soy *yo,* y que siga siéndolo es un esfuerzo conjunto.

No sabía qué le frustraba más, si que tuviera razón o que no pillara el quid de la cuestión.

—Manu, déjame hacer esto. Por favor.

Por algún motivo, ahí Manu cabeceó. Era un gesto pensativo, uno que Julia solo les había visto hacer a ellos dos, y se preguntaba si sería el último vestigio de veinte años de amistad. La única prueba física, orgánica, de que en un pasado fueron prácticamente siameses.

—¿Así es como quieres enterarte de si Tirso te haría daño por dinero? —le preguntó al fin, con el ceño fruncido.

—¿Y cuál es la otra opción? —replicó ella—. ¿Averiguar si te lo haría *a ti*?

La forma en la que Manu alzó las cejas ya era una respuesta en sí misma.

—¿Con mi historial? ¡Obvio!

—¿Qué hist…?

—A ver, no te voy a mentir, claro que me he planteado cargarle el muerto a un imbécil del curro que me tiene frito, pero si luego le pasara algo… —Hizo un gesto con la mano libre que, a grandes rasgos, venía a significar «Uff, no, gracias»—. Me gané mi puesto en Microsoft hackeándoles el sistema, ¿quién dice que no haya vuelto a las andadas? Podría haber cabreado al CEO equivocado.

Mierda. Que Manu fuera consciente de su propio tocahuevismo le venía fatal para convencerlo.

—¿Y si decimos que el *honeypot* es para él?

—¿Para quién? ¿¡Para *Tirso*!?

—Nononono, olvida eso, olvídalo, ya lo sé —gimoteó Julia, consciente de la tontería que acababa de soltar—. ¡Ya lo sé! Si un cliente le pidiera eso evidentemente iría a por él.

Chasqueó la lengua, frustrada. No veía modo de acometer el plan sin usar de cebo vivo a un tercero, inocente o no; y por desgracia Manu cumplía todos los requisitos: un motivo creíble para haberse ganado enemigos, una instalación de seguridad carísima y (lo más importante) un pasado con Tirso. Sería lo único que le daría una mínima oportunidad si acertaban con el portal a la primera. Pero si no…

—¿Tú sabes si tienen políticas de cancelación en la *deep web*?

Manu volvió a reírse por lo bajo y se giró hacia ella para coger también su otra mano, alentándola a mirarlo a los ojos. Así, cogiditos de las manos y sosteniéndose la mirada, parecían dos recién enamorados. O dos médiums en plena sesión de espiritismo. Con suerte, a esas horas todos sus vecinos estarían echándose la siesta, aunque Julia sabía por experiencia que no existía bloque de pisos sin maruja.

—Julia, ya nos preocuparemos de todo eso cuando toque. A lo mejor ninguno de estos tres es Tirso. A lo mejor ni siquiera aceptan mi encargo. Pueden incluso ser un fraude.

No tuvo más remedio que asentir, aunque la angustia no se iría tan fácil.

—Es que me siento tan… inútil. Y una egoísta. Tú contratas con tu propio dinero a un posible matón para que te haga a saber qué y yo mientras… miro un excel.

—Hombre, puesto así…

Mentiría si dijera que no le sorprendió que Manu callara durante unos segundos, dejando la frase a medias no para zanjar el tema sino para pensarlo, para ponerse en su lugar. Al final, él también asintió y dijo:

—Te entiendo. En este caso nuestras… ¿responsabilidades? están muy desparejas. Pero se te olvida que no habría podido hacer nada de esto sin ti. Ya has visto cómo se las gasta. —Arrugó la nariz—. Ni siquiera sé si hubiera conseguido crackear su contraseña sin matarnos a los dos por el camino. No, tú aquí eres la llave, y también el mapa.

Julia tragó saliva.

—Qué poético.

—¡Gracias! —sonrió, todo ufano—. Me sale solo.

—¿Y qué hacemos si ha cambiado la contraseña?

—Nah, no la habrá cambiado.

Y lo dijo con un bufido, como si fuera *obvio.* Eso, lejos de tranquilizarla, la enervó.

—Ah, que ahora eres adivino.

—No —rezongó él, con un dramático suspiro—; soy lógico. Cuando te preocupa que alguien pueda averiguar tu contraseña, pones cualquier secuencia aleatoria, no algo personal.

—¿Y quién te ha dicho que lo sea?

—Tú, cuando no quisiste dármela.

Tocada y hundida. Julia permaneció en silencio, intentando no encogerse, ni recular, ni hacer absolutamente nada que pudiera darle más pistas de las que ya le había dado.

—Eh, eh, no pasa nada —se apresuró a asegurarle Manu, meciendo sus manos unidas para animarla—. Es algo bueno. Otra confirmación de lo que hablábamos antes, ¿no? Digamos que, más que su llave, eres como su… ¿*backup*? Su respaldo. Piénsalo. Si algún día le pasara algo en un encargo, ¿no intentarías descubrir qué ha ocurrido? —Y aquí el muy desgraciado encima se rio—. Perdona, iba en plan retórico. Los dos sabemos que sí. Te meterías en su ordenador antes incluso de dárselo a la policía porque *odiarías* que te dejaran fuera. Y encontrarías el excel, y en el excel la fecha de su desaparición, y cuando tradujeras el resto te preguntarías por qué guardaría Tirso una lista de encargos en francés, o si no sería de otra persona, de algún compañero que hable francés, y bla, bla, bla…

Antes, Julia había callado adrede. Ahora se había quedado muda. De hecho, todavía tardó un par de segundos más en encontrar su voz para decir, casi sin aliento:

—¿En serio crees eso?

Manu se encogió de hombros, resuelto.

—Lo que creo es que si Tirso quisiera una novia tapadera no habría escogido a una tía que pudiera dar *conmigo.*

Le pilló tan desprevenida que se le escapó una carcajada a medio camino entre divertida e incrédula.

—¡Será egocéntrico…! ¡Ni que fueras el santo grial!

Él también sonrió, de nuevo suave.

—Ninguna de las dos —contestó, risueño—. Pero sí soy la única persona que recuerda quién es, la única persona que sabe de lo que era, *es,* capaz. Últimamente he estado pensando que quizá por eso

me quitó de en medio, ¿sabes? Porque no podía cambiar de identidad mientras quedara algo de la anterior.

Silencio. Manu desvió la vista, de pronto perdido en sus propios pensamientos.

—Lo que no entiendo es por qué no me mató. Supongo que porque no ganaba nada con ello.

Volvió a reírse entre dientes, pero esta vez con un regusto triste, ácido, y Julia se inclinó hacia él, buscando sus ojos.

—O como *backup* —dijo, cuando consiguió que la mirara.

—¿Hm?

—Tú mismo lo has dicho. Si le pasara algo, yo buscaría respuestas. Acabaría dando contigo otra vez. Y tú…

Señaló con la barbilla la web todavía abierta en el portátil, un simple fondo negro con texto en impersonal Arial blanco. La reacción de Manu no se hizo esperar: la soltó como escaldado, apartándose con la misma rapidez con la que se le colorearon de rojo la nariz, los mofletes, incluso la punta de las orejas.

—Ahí ya te has pasado —farfulló, cruzándose airadamente de brazos.

Julia no tuvo otra que reírse. Le parecía graciosísimo que Manu se la pasara echándose flores sin inmutarse pero se ruborizara al más mínimo indicio de piropo sincero.

—¡Nunca aceptas mis teorías! —protestó de broma, encantada.

—Ya hemos concretado que tu fuerte es rebuscar, no pensar.

—¡Pero bueno!

En ese momento, el móvil de Julia vibró entre ellos con un mensaje entrante. Manu se lo tendió sin mirar, aunque ambos sabían de quién sería incluso antes siquiera de que ella lo abriera:

Al final me he venido al gym, quieres que te recoja a la que salga?

Julia volvió la pantalla hacia él para enseñarle el mensaje; Manu se descruzó de brazos para darle un apretón de ánimo en la muñeca.

—Hora de volver al nido, bombón.

—Ya…

—Venga —resolvió, poniéndose en pie con una palmada enfática —. Dime la dirección de tu amiga y te pido un Cabi.

—¿No tardabas veinte segundos en encontrarla? —le pinchó Julia.

—Tardas tú menos en decírmela.

Ella se rio y se la dijo.

Tardó en darse cuenta de que Tirso no dejaba de mirarla de reojo, concentrada como estaba en revisar Instagram al acecho de nuevas *stories* o publicaciones de las Martas. Ya tenía pensada una excusa por si acaso («¿Sabes la última de Pony? Ponernos a subir fotos antiguas para que Álex crea que Marta está perfectamente»), pero gracias a Dios no tuvo que recurrir a ella. De hecho, supo por el grupo de WhatsApp que Marta llevaba todo el día preparándose un caso y Pony desaparecida en combate. Seguro que la siesta se le había ido de las manos otra vez; lo cual a Julia le venía perfecto.

—¿Qué me miras tanto? —sonrió, la cuarta vez que lo pilló *infraganti.*

Tirso también sonrió, volviendo la vista de nuevo a la carretera. Acababa de recogerla en la rotonda de la calle de Marta (solo tres minutos después de que el Cabi la dejara en su portal, uff), y

todavía tenía el pelo húmedo de su ducha postgym. En invierno solía ducharse ya en casa, calentito y cómodo, pero en verano prefería aprovechar el buen tiempo, secándose al aire que entraba por las ventanillas del coche. A Tirso el verano le sentaba bien. No solo porque se pusiera moreno enseguida, el muy suertudo, sino porque parecía revitalizarse con el calor, con los anocheceres tardíos y la temporada de helados. Que era justo por lo que a Julia siempre le había extrañado que Tirso jurara y perjurara que prefería el invierno.

Ahora suponía que sería un mero rasgo de personalidad postizo, uno fabricado en exclusiva para el Tirso falso. ¿Cuántos más habría?

—Nada —casi pio él, encogiéndose de hombros—. Te veo muy contenta, sin más.

—¿Y no debería estarlo…?

Tirso se rio, de buen humor.

—No es eso. Es que nunca se os había alargado tanto una *intervention,* estaba empezando a preocuparme. ¿Todo bien, entonces? ¿Marta también?

—Ay, perdón, amor —se disculpó ella, y se estiró para darle un beso en el hombro—. Sí, sí, Marta está bien. A eso de las tres Álex le mandó un mensaje kilométrico de los suyos arrastrándose, así que en realidad hemos pasado más tiempo poniéndonos al día que apagando fuegos.

—Me encantan los finales felices —bromeó Tirso mientras tanteaba la guantera lateral en busca del mando a distancia del garaje—. Aunque seguro que Pony no se lo ha tomado tan bien.

Eso le sacó una carcajada.

—Pues no. Pero yo creo que es demasiado dura con… Tirso, que está aquí. Ya abro yo.

—Gracias. ¿Dura con? ¿Con Álex?

—Sí. —Julia le tendió el mando y él lo guardó en su sitio—. Parece que siempre está esperando a que la cague.

—Mmm…

La verdad, se alegró de que la conversación terminara ahí. No se veía capaz de hilar dos frases coherentes ahora que la semioscuridad neblinosa del garaje se los tragaba. Siempre intentaba evitar que el recuerdo resurgiese, aplastarlo de vuelta a lo más profundo de su estómago, pero para cuando los faros del Dacia alumbraron el armarito empotrado que usaban de trastero ya estaba rígida y nauseosa.

Julia bajó del coche con total normalidad, e incluso esperó junto al maletero mientras Tirso sacaba de dentro su bolsa del gym. Sin embargo, no fue hasta que las puertas del ascensor se cerraron que el estático en sus oídos desapareció, devolviéndola al mundo real con un robótico *tin.* Respiró hondo, aliviada, y una ojeada rápida le confirmó que su novio seguía distraído chequeando el móvil.

En general, pensó mientras Muu le echaba la bronca a maullidos supersónicos por llevar casi veinticuatro horas desaparecida, todo había salido a pedir de boca. No había entrado en pánico ni al ver a Tirso sabiendo a qué se dedicaba a sus espaldas, ni al entrar en el garaje sabiendo que había cobrado 14.440 € por el cadáver que allí vio, ni ahora al pasar por delante del portátil de Tirso sabiendo que pronto volvería a hurgar en su interior. Si hasta cogió a Muu en brazos para hacerle arrumacos *motu proprio*, porque era lo que quería hacer y no porque debiera interpretar su papel.

La cosa se torció por pura casualidad apenas tres minutos después, mientras hacía pis al tiempo que se desvestía

perezosamente. La culpa (o el tino) fue del propio cuarto de baño, tan estrecho que su pobre novio tenía que atravesarlo de costado hacia la ducha. Vaya, que no era ni la primera ni la última vez que Julia se daba un buen golpe, en este caso un codazo contra la pared mientras maniobraba para quitarse la camiseta. Por suerte, el albornoz de Tirso actuó de airbag, y lo que podría haberle traído un terrible desencuentro con su hueso de la risa quedó en un simple *pom.* Ella soltó sapos y culebras, eso sí, apretándose el codo con fuerza para frenar (sin éxito) el dolor. Y, como se lo notó extrañamente húmedo, miró a ver si tenía sangre. Ah, pues no. No tenía nada.

Más desconcertada que otra cosa, Julia palmeó el albornoz de Tirso. También estaba húmedo, como si lo hubiera usado hacía poco. Lo mismo con el plato de ducha, y con la alfombrilla de baño. Si se concentraba, incluso podía apreciar todavía un tenue olor a vaho.

Vale.

Tirso no había ido al gym.

Prefirió no irle con el cuento a Manu tan pronto, que se merecía un respiro después del finde que habían tenido. Julia sentía que se lo debía.

Sin embargo, ella no pudo dejar de darle vueltas, de preguntarse adónde habría ido Tirso antes de recogerla. Porque no tendría sentido que hubiera pasado primero por casa solo para ducharse, ¿verdad? Sería dar un rodeo tontísimo, y, además, ya en su propio mensaje especificaba cuándo y desde dónde: «a la que salga del gym».

Intentó archivar la sospecha para cuando estuviera a solas, o al menos ir preparándose mentalmente para encontrarse un nuevo encargo fechado en aquel domingo en el dichoso excel de cuentas, pero no consiguió hacer ni lo uno ni lo otro. De hecho, terminó haciendo todo lo contrario porque estaba *desquiciada:*

A las tres de la madrugada de esa misma noche, la Julia paranoica le ganó la partida a la Julia racional y se desprendió con extremo cuidado del abrazo de Tirso. Solo Muu la notó salir de la cama, abriendo un ojillo para ver qué tramaba, pero no hizo ni amago de moverse, demasiado a gusto acurrucada a la vera de su amado Tirso.

Aunque lo llamaran despacho, el cuarto donde Tirso teletrabajaba tenía más de lavadero, primero por el tamaño y segundo por el tendedero casi siempre desplegado en un rincón. Bajo el ventanuco del fondo (con maravillosas vistas al patio interior del bloque) había sitio solo y exclusivamente para un escritorio diminuto, una silla de oficina y una camita de gato; espacio «más que suficiente» para «hacer lo suyo», según declaraciones literales de su novio. Julia discrepaba. Muu no.

Entornó la puerta tras ella para mantener el pasillo en penumbra y tanteó a ciegas hasta el escritorio. Luego esperó uno, dos segundos, aguzando el oído por si acaso, antes de abrir el portátil.

Manu jamás habría aprobado aquella incursión nocturna, lo sabía. Pero también sabía, si lo conocía como creía conocerlo, que él haría lo mismo. Él también se levantaría en plena madrugada, introduciría la contraseña (correcta, por cierto) e iría directo a la carpeta dentro de la carpeta dentro del acceso directo «PLANTILLAS Kit Digital».

El plan había sido otro. Julia debía esperar mínimo al día siguiente para colarse en el despacho mientras Tirso estuviera en el gym y rastrear su historial y marcadores de internet. No esperaban encontrar nada, claro, pero tampoco perdían nada por probar. A fin de cuentas, desde algún navegador tendría que acceder a su portal, y dar con él le ahorraría a Manu tiempo, dinero y riesgo. Mejor ir a tiro hecho que pegar palos de ciego con esos tres candidatos que podrían ser incluso una panda de engañabobos.

«La *deep web* es un lugar infinito, sin fronteras ni reglas —le había explicado Manu—. Por ponerte una comparación, nuestro internet sería la Tierra y la *deep web* sería Júpiter. No hay carreteras, ni mapas, ni capas, solo gas y tormenta y niebla. Para encontrar algo ahí dentro tienen o que llevarte de la manita o saber tú dónde buscar».

Julia de verdad quería ser el mapa que lo guiase directo hasta Tirso, pero primero necesitaba salir de dudas. Notaba la incertidumbre royendo su segunda piel como una polilla la ropa, y si no abría el excel *ya,* si no descartaba o confirmaba sus miedos *ya,* para cuando amaneciera de la Julia falsa no quedaría ni la percha. Y entonces todo se vendría abajo porque Tirso la calaría enseguida.

Así que sería muy rápida, solo entrar y salir. Solo abrir el excel, ver o no la fecha de hoy, volverse a la cama un poquito más cerca (o un poquito más lejos) de la verdad. Clic clic clic y fin.

Al principio, no entendió lo que estaba viendo.

Sí que había una fecha nueva en el excel, pero no la que esperaba.

O, al menos, no la que esperaba *todavía.*

Julia cerró excel, portátil y despacho y salió como un vendaval al balcón, una ridícula franja de baldosas con quitamiedos de ladrillo que ahora mismo suponía el punto más alejado de Tirso dentro de la casa. Tendría que bastarle.

El muy desgraciado de Manu no descolgó hasta el tercer tono:

—¿¡Julia!? ¿¡Qué p…!?

—¡Te dije que esperaras! —le cortó, en el volumen más bajo al que podía *gritarle*—. ¡Quedamos en que te esperarías medio puto día a ver si conseguía encontrarte el portal! ¿¡Por qué le has hablado ya!? ¿¡Por qué no me has avisado!? ¿¡Y qué coño es un *Takedown*!? ¡Porque no me suena precisamente leve! ¡Ni barato!

Durante unos largos, larguísimos segundos, solo hubo silencio. Julia incluso se separó el móvil del oído para comprobar que seguía al teléfono.

—¿Manu?

—Perdón, estoy… Son las tres de la mañana, Julia. ¿Qué *Takedown*? ¿Qué dices?

—¡Tú sabrás! ¡Eres el que lo ha pedido!

Otro silencio, este más breve.

—¿Dónde estás?

Julia pestañeó, desconcertada.

—En casa.

—¿Y Tirso?

—Dormido.

No le gustó ni un pelo el resoplido que le llegó del otro lado.

—A ver que me entere: ¿te levantas en plena noche a cotillearle a Tirso el portátil y encima me llamas para contármelo? Tú no estás bien. Nos vas a matar a los dos.

—Ah, porque pasarte por el forro todo lo que hemos acordado *hoy mismo* y pedirle a saber qué a mis espaldas es de estar genial de la cabeza.

—Julia, que yo no he pedido *nada.*

Estuvo a punto de replicar, claro. De decirle que ni se le ocurriera mentirle a la cara, hacerle luz de gas, salírsele por la tangente… Pero lo que hizo fue callar, porque Manu, a diferencia de Tirso, nunca le había mentido. Y tampoco tenía razones para ello.

—¿No… no has…?

—No —le aseguró él. De pronto sonaba un poco lejano, un poco sordo, y supuso que la había puesto en manos libres. Lo confirmó justo después, con el característico sonido de sábanas rozando altavoz—. ¿Por qué crees que he sido yo?

—La fecha. Es justo el día que propusiste.

Esta vez, su resoplido no fue tan hastiado como resignado.

—Vaya por Dios.

Las verdaderas implicaciones de aquella coincidencia se le asentaron en el estómago como minas submarinas, suspendidas a la espera de estallar en cualquier momento, al más mínimo toque. Era un encargo. Un encargo *real.*

En exactamente dieciséis días, Tirso volvería a matar. Y no sabían cuándo, o dónde, o a quién; solo que lo haría.

—*Takedown…* —repitió Manu, como para sí—. En ciberseguridad, llamamos así a eliminar contenido peligroso. Vamos, que me puedo imaginar lo que… ¿Cuánto pone que cuesta?

—Tres mil cuatrocientos.

Lo oyó atragantarse con su propia saliva:

—¿¡Tres m…!? ¿¡TREINTA Y CUATRO MIL PAVOS!?

Julia no contestó. Pintaba mal. Pintaba terrible. Si una «limpieza» de 14.440 € comportaba un cadáver envuelto en bolsas de construcción, ¿qué esperar de algo que costaba más del doble? Se le ocurrían mil condiciones que podrían encarecer o abaratar un encargo. El procedimiento (apuñalar, estrangular, quemar, envenenar), el objetivo (un perfil relevante, un donnadie, un criminal, un… ¿niño…?), el lugar (¿dietas y kilometraje?), el motivo (celos, seguridad, ajuste de cuentas), el riesgo (¿cuánta pelea podría plantar su víctima?, ¿cuánto de protegida estaba?), el después (¿cómo se deshacía del cuerpo?)…

Imaginarse a Tirso negociando todos aquellos detalles ahí mismo, en el salón de su propia casa, mientras Muu ronroneaba en su regazo, le revolvía las tripas.

Estaba más segura que nunca.

Tenía que verlo. Tenía que verlo con sus propios ojos, y casi se alegraba de que el destino hubiera puesto en su camino el que parecía ser el más extremo de los encargos. Así no habría manera de que su cerebro pudiera defenderlo, excusarlo, obviarlo. Y también funcionaría a la inversa: si resultaba ser todo un malentendido, si los crímenes de Tirso simplemente sonaban peor de lo que eran, ahí quedaría probado entonces.

Probado, que no absuelto.

—En fin, mirémoslo por el lado bueno —suspiró Manu, haciéndose eco de sus pensamientos—; no podríamos haber tenido más potra. Coincide con la fecha que queríamos, no tengo que contactar con ningún posible sicario ni, lo más probable, dejarme las rupias en que me estafe un adolescente con acceso a Onion.

—¿Crees que un adolescente se dedicaría a eso?

—Hombre, yo lo hacía.

—¿El qué? ¿Estafar a treintañeros?

—Son los más fáciles.

—«Somos», Manu.

Otro suspiro.

—Estoy intentando ser positivo, Julia.

Julia se rio. Se reía mucho con Manu, la verdad. Siempre conseguía hacerla sentir en una aventurilla de terror-comedia más que en un thriller policiaco de esos suecos que su madre se esnifaba a pares.

Pero Manu tenía razón: ya habría tiempo de ponerse catastrofistas, ya se preocuparían del después cuando llegara. Ahora lo importante era tenerlo todo listo para dentro de dos semanas.

Era hora de que el ratón cazase al gato.

16

Takedown

Exactamente dieciséis días después, a las 2:13 de la mañana, Tirso salió primero de la cama y luego del piso sin hacer ni un ruido.

Julia solo lo notó marchar porque estaba despierta, así de sigiloso era. Así de acostumbrado estaba a escabullirse en mitad de la madrugada, sin siquiera cambiarse de ropa o guiarse con la luz del móvil.

Otra prueba de las cientos, miles de escapadas que llevaría Tirso a la espalda era Muu. Muu, que ni se había despabilado cuando su humano favorito se la había quitado del pecho para depositarla con extrema delicadeza de vuelta en la cama, donde siguió angelicalmente acurrucada sobre el lado aún cálido de Tirso. Ni siquiera giró las orejas hacia el pasillo cuando el elocuente clic de la puerta de entrada anunció su marcha.

Julia había tenido especial cuidado aquella noche con lo que comía o bebía, temiendo que Tirso le suministrara algún sedante para mantenerla traspuesta hasta su regreso, pero al parecer no lo necesitaba.

La novia perfecta, la tapadera perfecta.

Eso era Julia.

Su móvil vibró sobre la mesilla con una notificación de la app de Manu.

[chat iniciado con #Player696969]

Arriba, bombón

Ella asintió, aun consciente de que no podía verla, y se levantó para coger del armario la mochila que tenía preparada desde hacía días. Sacó la muda deportiva de su interior, se la puso, metió el pijama a cambio. Llevarse el pijama había sido idea de Manu, por si acaso iban apurados de tiempo a la vuelta. «Prefiero que te pille en el ascensor en pijama y que finjas sonambulismo a que te pille cambiándote en el dormitorio», había dicho, argumento que Julia le había comprado sin peros.

[chat iniciado con #Player696969]

Estoy
Bajo?

Sí plis

Así que salió de casa sin echar la llave, tal cual había hecho Tirso. Todo un alivio, porque Manu y ella también habían considerado la posibilidad de que la dejara encerrada dentro durante sus encargos. Habría sido bastante irresponsable por su parte (¿y si había un

incendio y Julia no podía salir?), y nada su estilo, pero no habían querido dejar nada al azar, por eso ahora ella recogía la copia de la llave escondida bajo el felpudo para Manu y la guardaba en uno de los bolsillitos de su mochila.

Manu la esperaba aparcado a pocos metros del portal, vestido también por entero de negro salvo por las ojeras púrpuras bajo sus ojos grises. El coche de alquiler lo había elegido Julia, un Renault Zoe eléctrico tan sigiloso como el mismo Tirso y tan mundano como cualquier otro Renault. Allá donde fueran, ni se les oiría ni destacarían. Igualito que la primera idea (de bombero) de Manu, vaya, que había propuesto *pedir un Cabi.* Por suerte, había reculado en cuanto Julia señaló que no podían ir en taxi a una escena del crimen.

—Buenas noches —saludó Manu, con voz ligera pero hombros tensos.

—Buenas —respondió Julia, ella tensa entera—. ¿Lo tienes?

—Yep. —Manu le tendió su móvil ya abierto por la app del localizador que había pegado la semana pasada al misterioso Peugeot 206 plateado de Tirso—. Tal como pensábamos, ha salido de casa en coche, así que debe de estar a punto de cambiarse al otro. —Ella se puso el cinturón; él metió primera—. Voy a ir acercándome al gym, ¿vale? Avísame cuando el rastreador se ponga en marcha. Si es que se pone. Esperemos que sí, que con treinta y cuatro mil perras por encargo bien podrían ser suyos todos los coches del parking.

—¿Y que usara uno diferente para cada cosa?

Manu se encogió de hombros.

—Es una posibilidad.

—Una posibilidad demasiado aparat… ¡Ah! Y descartada.

—¿Se mueve?

—Se mueve. En dirección norte. ¿Te voy dictando?

—No hace falta. Activa el modo navegación y pónmelo en el soporte, porfa.

Lo hizo.

—Gracias.

—Nada.

Y, a partir de ahí, silencio.

Julia se aplastó la mochila contra la tripa por tener algo que hacer, algo a lo que aferrarse, mientras el puntito rojo de la pantalla vadeaba de un lado a otro y Manu lo seguía con nudillos blancos de apretar el volante.

Madrid era un animal totalmente diferente a las 2:28 de un martes, quieta y vacía como una mansión encantada tanto dentro del barrio como afuera en la autopista, donde las altísimas farolas los miraban pasar con ojos de luz naranja. Solo se cruzaron con un par de coches y otro par de autobuses nocturnos, que conducían sin prisa pero sin pausa. Julia deseó ser cualquiera de sus pasajeros. Seguro que ninguno de ellos se encaminaba a nada tan perturbador como la parejita del Zoe eléctrico.

A las 2:46, el rugido de unas tripas rompió la quietud del coche.

—Perdón —rechinó Manu, incluso más rígido que antes—. Los nervios.

Ella rio por lo bajo, pero alargó una mano para darle un apretón en el brazo.

—No pasa nada. Si yo estoy igual.

Eso le ganó una elocuente mirada de reojo.

—Pues yo te veo bastante entera.

—Ah, solo porque después de casi cinco meses de Julia falsa he aprendido a reprimir mis funciones vitales.

Manu hizo un ruidito interesado.

—¿Julia falsa?

—Sip. Tengo varias; una para cada ocasión. Son como trajes. Esta es una versión de la Julia de Tirso, la de antes de ver el cadáver, pero también está la Julia secretaria de dirección, la Julia Atención al Cliente, la Julia diplomática…

Otra mirada de reojo.

—¿Y no tienes por ahí escondida una Julia policía que pueda cogernos el relevo a los dos?

A pesar de la situación, Julia se rio con ganas.

—Estaría bien, ¿eh? Pero no, no he cultivado aún ninguna Julia policía. Ni creo que lo haga. —Le dio una palmadita a su mochila, como si las guardara ahí dentro—. La cosa de las otras Julias es que nunca se alejan de la original. No son una sustituta, sino un… unas anteojeras, ¿no? Como las que les ponen a los caballos de tiro para que no se desvíen del camino. Si toca mantener la calma, toca mantener la calma y punto.

—No lo entiendo, pero vale —pio Manu, visiblemente más animado—. ¿Y cuál es tu prefe?

—La Julia secretaria de dirección.

La boca de Manu formó una «o» perfecta.

—¿Por?

—Porque es rápida, eficiente y no se achanta ante los altos cargos. Sabe cuál es su lugar, diferenciar entre importante, urgente

y prioritario, y declinar aquellas responsabilidades que no le corresponden.

Silencio. Julia se conocía tan bien a Manu que casi pudo verlo cabecear en la oscuridad, reflexionando su respuesta con genuina seriedad. Era consciente de que solo preguntaba para distraerse, pero era la primera vez que alguien reaccionaba medianamente normal al temita de las Julias. Las Martas lo consideraban un ejercicio de disociación consciente, su madre una prueba de la falta de dirección vital de su niña y Tirso… Tirso a saber. Nunca se lo había contado. Bastante rara le habría parecido ya con lo de los refranes. Que, sí, con el tiempo se habían convertido en un lenguaje privado entre ellos, pero…

—Suena bien —dijo al fin Manu, con voz calmada—. ¿Me enseñarías a cultivarme un Manu alternativo? No me vendría nada mal.

—Claro. —Julia sonrió—. ¿Por cuál te gustaría empezar?

—No sé. ¿Puedo tener yo también un Manu secretario de dirección?

—Uy, ¿para qué querrías tú un Manu secretario?

—No sé —repitió—. Como a ti te gusta tanto…

—Pero tiene que gustarte a ti —se rio ella, divertida—. Algo que te gustaría ser.

Esta vez, su silencio fue más breve, pero no menos pensativo:

—¿Te gustaría ser secretaria, entonces?

—Quizá —respondió tras unos segundos, por no soltar el «sí» rotundo con el que su madre pondría el grito en el cielo.

—Mmm.

Julia se volvió a mirarlo, curiosa, aunque poco pudo leer en su expresión bajo las escasas luces de la carretera. No había vuelto a verlo con gafas desde aquella noche en su piso, y a punto estuvo de preguntarle por ellas, o por aquel último «mmm», o por qué había apretado los labios, como perdido en un recuerdo feo. Si no llegó a hacerlo fue porque algo llamó su atención más allá, al otro lado de su ventanilla, donde la autopista había quedado ya atrás para dar paso a hilera tras hilera de chalecitos adosados, todos ellos con su correspondiente minipatio delantero.

—Está bajando la velocidad —informó Manu, frenando él también —. Debe de ser por aquí, en alguna de estas urbanizaciones.

—¿Qué hacemos? ¿Lo seguimos a pie?

—No, voy a…

En lugar de explicarse, redujo al mínimo la velocidad y apagó los faros. Julia comprendió el plan cuando los sacó de la calzada iluminada a pasito de hormiga, guareciéndolos en la más absoluta oscuridad del secarral que rodeaba las fincas. Las ruedas crujieron contra los hierbajos marchitos mientras acortaban distancias con el punto rojo de la pantalla, pero nadie debería poder oírlos desde allí. Y Tirso, supuestamente todavía montado en el coche, aún menos.

—Ahí está —susurró Manu, y apagó el motor a toda prisa—. ¿Lo ves?

Lo veía.

El Peugeot plateado estaba aparcado justo entre dos bocacalles, frente al costado compartido de los primeros chalets de cada una. Como todas las demás vías de la colonia, estas también remataban en diminutas rotondas sin salida, y por mucho que una plaquita

diferenciara las calles por nombre a Julia le parecían deprimentemente idénticas.

—¿Sigue dentro?

—Sí. No sé si está esperando a alguien o… —Manu entornó los ojos, inclinándose un poco hacia delante—. Ah, hay una cámara de vigilancia en cada entrada. Estará intentando desconectar la que sea.

Julia asintió, aunque ella a esa distancia no distinguía ni cámaras ni nada. Es más, ni siquiera distinguía la supuesta silueta de Tirso en el asiento de conductor, y eso que, con lo corpulento que era él y lo pequeño que era el coche, algo debería verse, ¿no? Un movimiento breve, un destello de la pantalla de su móvil, algo.

De pronto, todas las farolas de la colonia se apagaron a la vez.

Su primer instinto fue gritar, como cuando de cría jugaba a Tinieblas con sus amigos y no podía evitar un primer aullido de nervios, de emoción desbocada. No lo hizo, claro, aunque la exhalación ronca que escapó de su garganta debió de ser preocupante, pues enseguida notó la mano de Manu buscando la suya para apretarla con mucha, muchísima fuerza. Una advertencia, una súplica.

En la espesa oscuridad de la madrugada, hasta el más mínimo roce sonaba atronador, así que aguantaron el aliento juntos, aguzando el oído.

Un clic lejano les dijo que Tirso se había puesto en marcha.

Segundos después, un traqueteo. Leve, muy leve.

Y, tras apenas dos minutos, volvió la luz.

¿Cómo? ¿Ya?

Julia pestañeó, desorientada, encontrándose de frente con la misma confusión en los ojos grises de Manu. Se sostuvieron la mirada unos instantes antes de girarse en tándem hacia el Peugeot plateado, ahora *claramente* vacío. Era increíble, el espacio que ocupaba Tirso, el mismo que antes había sido solo sombras a sus ojos.

—Ya no está —murmuró Julia, con la voz en un hilo.

Manu negó con la cabeza por toda respuesta, sin apartar ni un instante la vista del coche. Ella, en cambio, miró en rededor, por si acaso. A la penumbra aterciopelada del secarral a su derecha, a las calles paralelas replicadas una tras otra por todo el flanco izquierdo, al desconocido frontal…

Se dio cuenta entonces, mientras escudriñaba la luna trasera, de que era estúpido buscarlo entre la negrura. Sabía perfectamente dónde estaba Tirso; lo sabían los dos.

Estaba allí dentro, en alguna de aquellas parcelas idénticas.

Trabajando.

Alguien iba a morir, estaba muriendo, había muerto en aquel preciso instante y ellos dos ahí, callados y quietos, cobardes y a salvo. Cómplices. No había otra palabra para describirlos.

Se lo merecía, en realidad, por tonta. Por ingenua.

Había guardado la esperanza hasta el último momento… ¿para qué? ¿Qué había esperado encontrarse? ¿Una explicación? ¿Un motivo? No. Ya era tarde para seguir mintiéndose.

Lo que había esperado encontrarse era un *justiciero.* Y es que su Tirso, tan caballeroso él, debía de actuar movido por el bien común. En su fuero interno había llegado a imaginárselo como una especie

de agente 007, de esos todo trajeados que disparan con silenciador a ricachones malvados.

Pero no había ningún ricachón malvado allí, ni ningún capo del narcotráfico, ni tenía aquella urbanización pinta de base clandestina de tráfico humano.

Era él. Todo este tiempo, el monstruo siempre había sido él.

—¿Qué haces? —siseó Manu, esta vez la advertencia más que patente.

Julia tenía el corazón en la garganta y la mano en el tirador, lista para salir del coche y *chillar.* Porque, mientras las luces siguieran encendidas, aún habría tiempo. Aún podría intervenir, aún podría resarcirse, salvarle la vida a quien fuera.

O a quienes fuera.

—Julia.

—Manu. —No reconoció su propia voz, de lo ronca—. Tenemos que hacer algo.

—Sí, ¡no palmarla, por ejemplo!

—¡Mira dónde estamos! ¡Aquí viven familias! ¿¡Y si un *Takedown* es cargarse a una familia entera!?

Lo oyó más que lo vio, cómo Manu tragaba saliva, súbitamente pálido. Su mano redobló la fuerza con la que apretaba la suya, como si así pudiera evitar que la idea calara en su cerebro. Suerte con eso.

—Nos vas a matar —graznó Manu al fin, soltándola a toda prisa para abrir la puerta del conductor de un empujón.

Julia le quiso muchísimo en aquel momento. Tanto, que hasta se le llenaron los ojos de lágrimas, aliviada y acojonada a partes iguales ante la perspectiva de impedir un derramamiento de sangre.

No había ni abierto su puerta cuando las luces volvieron a apagarse.

Se detuvo en seco, paralizada. Sabía lo que eso significaba.

El trabajo estaba hecho.

Y ella lo había permitido.

Aquel segundo apagón fue peor de lo que jamás habría imaginado.

Se le hizo eterno, aunque seguramente apenas durase un par de minutos más que el primero, y odió, odió, *odió* no poder desconectarse de sí misma, de su cuerpo. Habría dado lo que fuera porque aquel espacio en negro se pareciera a los fragmentos eliminados de las grabaciones hackeadas, solo oscuridad y ruido estático, pero por desgracia seguía teniendo sentido del oído y por tanto lo oyó. Primero a Manu metiéndose de nuevo en el coche y a su respiración ahogada. Luego la vuelta al silencio y en el silencio una puerta distante que se abría, unos pasos bajando tres peldaños exactos, el característico chasquido del tirador de un maletero. El eco sordo de algo pesado siendo depositado sin mucha ceremonia en su interior. «El cadáver del maletero 2.0», pensó Julia tontamente. Estuvo a punto de reírse. «Segundas partes nunca fueron buenas», sería el refrán que elegiría para describir aquel evento canónico suyo.

Tensa y revuelta, esperó el eco de un segundo fardo (y de un tercero, y quizá de un cuarto…), pero lo único que le llegó fue el arranque de un motor. A su lado, Manu exhaló muy despacito, muy tembloroso. Julia ya le conocía lo suficiente para reconocer cómo

sonaba el alivio en él, y no fue hasta entonces que sumó dos y dos: un solo golpe, un solo cadáver.

Cuando las luces volvieron, del Peugeot plateado no quedaba ni rastro.

Silencio.

Silencio durante uno, dos, tres minutos. Ninguno tenía fuerzas para sostenerle la mirada al otro, así que siguieron con la cabeza gacha hasta que el móvil de Manu vibró, el rastreador avisándoles de que su objetivo volvía a alejarse.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó él.

—Pegarme un tiro —respondió ella.

La risa de Manu sonó tan sin fuelle como Julia se sentía. Al final, no tuvieron más remedio que mirarse. Enfrentar lo que acababan de vivir.

Manu tenía mal aspecto, aunque quizá era porque la luz lechosa de aquellas farolas no le sentaba bien a nadie. O quizá porque nunca lo había visto vestido de negro, o en ropa deportiva, o ambas cosas a la vez. Se le hacía ajeno. No como sus ojeras, con las que ya estaba familiarizada, o el pelo revuelto por su manía de toqueteárselo cuando la situación le sobrepasaba. No podía juzgarlo: tenía razones de sobra para estar sobrepasado. Y seguro que ella tampoco iría precisamente despampanante.

—No hemos visto nada —señaló Julia, más como respuesta que como dato—. Solo lo hemos oído.

—Sabía que dirías eso —suspiró Manu, él más resignado que fastidiado—. Vale. Sigamos al *psychokiller* directo a su cementerio privado, así nos puede enterrar ahí mismo si nos pilla. ¡3x1 en nichos!

Ella volvió a abrazarse a su mochila, reconcomida por la culpabilidad. Por un lado, entendía que aquello no formaba parte del plan, y que le estaba pidiendo demasiado. Por otro, ¿de qué habría servido arriesgarse si luego se iban con las manos vacías? Sí, Tirso había desconectado las luces para encubrir lo que fuera que había acabado con él metiendo algo en el maletero, ¿y? ¿Qué les aclaraba eso? Nada. Podría haber sido un simple robo. O una recogida de mercancía. Podría haber sido incluso un pago en metálico. Vamos, que hasta la Julia del garaje tenía más pruebas que la Julia del Renault alquilado.

Pero si a Manu le bastaba con eso, ella no era nadie para obligarlo a seguir.

—Si quieres irte, p…

—Pues claro que quiero irme, Julia —le cortó, ahora sí que sí fastidiado, con manotazo al volante incluido—. Quiero irme a mi casa, echarme una lloradita y no volver a darte ni la hora, pero ahora ya no voy a poder pegar ojo en mi puta vida hasta que vea que no lleva a un crío metido en una bolsa. ¡Coño! ¡Joder!

No había nada que discutir, entonces. Estaban de acuerdo. Las palabrotas simplemente formaban parte del proceso de autogestión de crisis de Manu, así que Julia permaneció callada, dejándole su espacio mientras arrancaba de nuevo el coche entre sapos y culebras.

No fue hasta bien reentrado Madrid que Julia cubrió su mano con la suya sobre la palanca de cambios y le dio las gracias.

Esta vez decidieron acercarse a pie.

El circulito rojo que era Tirso en pantalla llevaba parado en el mismo punto ya unos minutos; la prueba parpadeante de que el viaje terminaba allí.

«Allí» estaba a tres minutos andando de donde habían aparcado y en la otra punta de la urbanización del crimen, cruzando de vuelta todo Madrid. Manu había ido arrugando más y más la nariz según se internaban en las ciudades-dormitorio del suroeste, quizá pensando, como ella, que se dirigían al corral yermo donde habían encontrado el cóctel para cloroformo. Sin embargo, al final no habían llegado a rebasar el extrarradio madrileño, aunque por muy poco, quedándose en aquella franja fronteriza entre las últimas naves industriales y los primeros puticlubs de carretera. Allí la luz de las farolas era naranja, el terreno desamparado y la especie dominante la herrumbre. Allí Tirso podría despiezar cien cadáveres con una sierra eléctrica que nadie quedaba para oírlo en kilómetros. Era un espacio liminal, despierto únicamente durante los crepúsculos, cuando los trabajadores de las fábricas circundantes conducían de camino y de vuelta a casa.

Julia se arrebujó en su vieja sudadera de yoga, deseando haberse traído algo más gordito, o por lo menos con capucha, pues sin colinas ni edificios que lo frenaran el viento campaba a sus anchas, ensordecedor e insistente contra sus tímpanos. Quería pensar que tiritaba por eso y no porque el rastreador los guiara inequívocamente hacia la inmensa carcasa de hormigón de un edificio abandonado en mitad de la nada, provisto con todos los elementos comunes a los de su clase: grafitis por doquier, varas de hierro asomando como mala hierba entre las grietas y un vertedero de escombros y residuos a sus pies.

Primero se acercaron intentando no hacer ruido; luego se rindieron y avanzaron encogidos, confiando en que la ventolera acallara el crujido de sus pasos. Zarzales y cardos se le enganchaban a los leggins, se le metían piedrecitas en las playeras, así que para cuando divisaron el Peugeot plateado aparcado en la misma entrada del edificio Julia casi que lo agradeció. Vacío, además. Pudo distinguirlo esta vez gracias a los nubarrones que poco a poco iban cubriendo Madrid, reflejando las luces de la capital en un ominoso tono rojizo.

Se detuvieron junto al Peugeot. Mientras Julia oteaba la fachada ruinosa en busca de algún haz lumínico que les dijera dónde andaba Tirso, Manu se tapó los dedos con la manga y probó a abrir el maletero.

Clic*.*

Bingo.

Conteniendo el aliento, Julia se giró hacia él. Manu ya le devolvía la mirada, muy serio, y negó con la cabeza en respuesta a su muda pregunta. Nada. Lo que fuera que Tirso había guardado dentro, ya no estaba. Se lo habría llevado consigo a su guarida, en algún rincón de aquel esqueleto de cemento.

Antes de adentrarse (irremediablemente) en las ruinas, sin embargo, ella apuntó con la barbilla hacia el recodo más cercano para indicar a Manu que la siguiera. Ni de coña pensaba meterse en la boca del lobo pudiendo existir la posibilidad de cotillear desde fuera. Por desgracia, su poco disimulada estrategia para posponer lo inevitable se truncó pronto: nada más doblar la esquina los ojos se les fueron hacia abajo, al tibio resplandor procedente de un ventanuco a ras de suelo, y aunque estaba casi en la esquina

opuesta ya desde allí se adivinaba tapiado. Julia no quiso rendirse tan pronto, igualmente, así que para allá que fue, sorteando casquetes, colchones y a saber qué más en su camino hacia la madriguera de Tirso.

No sirvió de nada, obvio. El grueso cristal del ventanuco aguantaba como un campeón, su superficie estriada distorsionando el interior del sótano. Su primer impulso fue pegar la oreja al cristal, desesperada por encontrar una mísera pista de qué ocurría ahí abajo, pero ni era tan tonta ni le hizo falta, pues oía con total claridad una serie de golpetazos sordos, rítmicos, que le erizaron hasta el vello de la nuca.

Volvió sobre sus pasos casi reticente, sintiendo la aprensión trepándole por la garganta en un comienzo de náusea, o de sollozo. No quería entrar. No quería convertirse en la Julia del sótano. Al llegar junto a Manu, ella resopló y él emitió un ruidito de «Qué se le va a hacer» antes de inclinarse para susurrarle al oído:

—El rastreador me ha dejado la batería a mínimos. ¿Alumbras tú?

—Va —respondió Julia en el mismo tono, sacándose el móvil del bolsillo—. Con la pantalla bastará, ¿no?

—Sí, sí, mejor. La linterna sería ya demasiado.

Esa fue toda la conversación previa que tuvieron. Luego Manu se guardó el móvil, Julia encendió el suyo, y sin mayor ceremonia franquearon la entrada principal del edificio.

A la vista estaba que no eran los primeros ni serían los últimos en pasar por allí: todo un despliegue de litronas vacías y mantas raídas moteaba los suelos, que tampoco tenían mucha mejor pinta. El polvo del ambiente destellaba bajo la luz de la pantalla, revoloteando como restos marinos en lo profundo del océano, cosa

que le despertó cierta sensación de irrealidad, de… de documental. En cualquier momento, un pececillo atravesaría tan tranquilo el haz iluminado, seguro. La sensación arreció cuando algo correteó muy por delante de ellos, hacia la izquierda, y al apuntar el móvil en su dirección Julia reconoció la inconfundible silueta de un mostrador. Aquello, junto a la propia composición del edificio (más ancho que alto), la tuvo frunciendo el ceño. Había asumido que estaban en un bloque de viviendas o desalojado o abandonado a medio construir, pero llevaba trabajando en Atención al Cliente lo suficiente como para aprender la diferencia entre vestíbulo y recepción.

—Es una fábrica —le dijo a Manu, mientras alzaba el brazo para alumbrar un área mayor, descubriendo, en efecto, dos amplias puertas dobles a cada extremo.

—¿De?

Julia se encogió de hombros. Los letreros sobre ambas puertas, aunque todavía legibles, no aclaraban nada. OFICINAS a la derecha; ÁREA DE MÁQUINAS a la izquierda.

Cómo no, el golpeteo rítmico provenía de la segunda.

Se miraron. Manu incluso sonrió. Ninguno había tenido esperanzas de encontrarse a Tirso haciendo papeleo.

Las ganas de sonreír se les quitaron en cuanto pasaron al área de máquinas. Y no fue precisamente por nada impactante, o terrorífico, ya que en un primer momento ninguno entendió dónde estaban. Julia diría que fue más bien una emoción fantasma, instintiva, integrada en el tuétano de sus huesos. Algo dentro de ella que todavía no era humano sino animal se removía, inquieta, arañaba las paredes de sus costillas gimoteando por huir.

Al igual que en el resto del edificio, los grafitis parasitaban cada mínimo centímetro de superficie, en este caso el alicatado de baldosas blancas. Era una estancia relativamente amplia, rectangular, con un peculiar pasillito de muro bajo que partía de una portezuela oxidadísima al exterior y recorría dos de las cuatro paredes hasta desembocar en una rampa también embaldosada. Manu le tironeó de la manga para que apuntara el móvil hacia arriba, y solo entonces reparó Julia en el imponente carril metálico que pendía del techo. Le recordó al mismo tiempo al raíl de una montaña rusa y al telearrastre de una pista de esquí, pero sabía que más bien formaría parte de una cadena de montaje. Los guiaba como un sórdido hilo mágico a la estancia vecina, así que la siguieron con cuidado de no torcerse el tobillo con ningún casquete desperdigado. Al pasar junto a la rampa, Julia se fijó en que remataba en un claro plato de ducha con un tragadero del diámetro de su puño. Si ya le daba mala espina, al ver que el carril empezaba su andadura justo encima terminó de revolverle el estómago.

—Julia —llamó Manu, ya unos pasos por delante—. Luz, plis.

—Perdón —se disculpó ella, alumbrando hacia allí—. Es que… el ruido viene de aquí abajo. Hay un desagüe.

Manu echó una ojeada rápida al carril sobre su cabeza y luego al agujero a los pies de Julia.

—Supongo que la cinta transportadora acaba en el sótano, así que no nos queda otra que hacernos el recorrido entero.

—Ya…

En la siguiente estancia los recibió una máquina francamente enorme, plantada en pleno centro como la pieza estrella de un museo. Fuera cual fuese su función, tenía que ver con el torno

espiral del que brotaban un millar de palas ya herrumbrosas. Manu se encogió de hombros y continuaron avanzando, esta vez hacia lo que parecía un tren de lavado. El hedor a humedad permanecía adherido a las paredes, a los suelos, añadiendo una capa nauseabunda al distintivo olor del cemento. A Julia este último siempre se le había hecho curiosamente similar al de las farmacias, y mientras atravesaban la tercera estancia, más espaciosa incluso que la recepción pero vacía tras años y años de saqueos, comprendió de golpe qué había producido aquella nave.

Fue la suma de factores, en realidad. Las baldosas blancas, el tragadero bajo el carril, el olor a farmacia, el torno giratorio. La fría composición clínica de cada una de las paradas de la cadena, esa mezcla perfecta entre hospital y fábrica, entre utilidad y desapego.

En el suelo, antiguas marcas de las patas de tres largas mesas de acero inoxidable. En el techo, el raíl que descendía en tres puntos hasta media altura, donde cualquier operario, por bajito que fuera, pudiera alcanzar lo que traía suspendido de sus ganchos.

Ahí, justo ahí, en aquella sala desnuda, nació la peor de sus Julias.

La Julia del matadero.

Lo primero que hizo la Julia del matadero fue tragarse la bilis que notaba borboteando en su garganta, lista para doblarse en dos y echarlo todo a la siguiente arcada. Lo segundo, despiezar la situación como en su día habrían hecho con las reses entre esas mismas cuatro paredes. Separó por un lado la información (dónde estaban, qué hacían, adónde iban) y por otro las emociones (el rechazo, el pánico, las náuseas), y una vez terminado vertió los restos al tragadero. Las palas del torno giratorio despegaron lo clave

de lo superfluo como la piel de la carne, y el tren de lavado enjuagó los últimos remanentes de vísceras, de instinto.

Para cuando Manu le preguntó qué pasaba, Julia ya había guardado el grueso de sí misma en alguna cámara frigorífica, así que se limitó a negar con la cabeza, eludiendo el tema.

La sala de despiece tenía dos salidas. Descartaron la izquierda enseguida, que llevaba a las plantas de refrigerado y secado; y bajaron las escaleras de la derecha, de vuelta a las entrañas del complejo. Más grafitis, más colchones, más botes de espray olvidados. Una jeringuilla, un botiquín, una cucaracha desapareciendo a toda prisa bajo una revista arrugada.

—Uy.

Julia se volvió hacia Manu. Los golpes rítmicos habían parado, pero el ruido que los había sustituido era peor. Incluso sabiendo dónde estaban, no lograba imaginarse qué clase de máquina emitiría semejante traqueteo. Aunque se traía cierto parecido al chirrido agudo de una perforadora, eso sí.

Pero Manu no estaba prestando atención al ruido, sino inmóvil frente a una pila de ladrillos en un rincón. Rígido, mejor dicho. Extrañada, Julia giró la pantalla de su móvil hacia allí.

—Uy —se le escapó a ella también.

No era una pila de ladrillos. Era una caseta de perro. Ridículamente grande, además, con su tejadito a dos aguas y sus ladrillitos enyesados. Sería un detalle adorable si no estuviera edificada en la propia pared del sótano del matadero.

Esta vez, Manu no le tironeó de la manga para que alumbrara el techo, sino que él mismo la cogió por la muñeca y apuntó hacia arriba, hacia la gruesa tubería que los venía acompañando desde el

momento en que pusieron pie en el sótano. Esa por donde circularían la sangre y las tripas del ganado abierto en canal en la planta superior.

No supo cuál fue la última pieza del puzle para Manu, si fue la caseta, el traqueteo o las cañerías, pero cuando bajó la vista del techo para mirarla dijo:

—Matadero.

La Julia del matadero solo asintió, tan vacía como la tubería sobre sus cabezas. Él aspiró entre dientes, dolido por alguna razón.

—¿Ya lo sabías?

El traqueteo paró, así que Julia se llevó un dedo a los labios y le dio la espalda para retomar el tour de los horrores, que continuó serpenteando sobre sí mismo en una dantesca sucesión de maderos chamuscados, montacargas polvorientos y puertas blindadas abiertas de par en par. Los graciosillos de los okupas habían plagado las paredes de advertencias macabras que Manu leía en murmullos sin darse cuenta, aunque al quinto «Cuidado con el perro» parecieron quitársele las ganas.

Fue al doblar la esquina de aquel quinto grafiti que se hizo la luz.

O, más bien, que dieron con la madriguera de Tirso, al fondo muy fondo de un pasillo cochambroso. La luz despuntaba por entre la rendija de una puerta entornada, y ni siquiera la Julia del matadero fue capaz de contener el escalofrío al escuchar el eco de sus pasos, tan familiar para ella en compás y peso.

Tardaron uno, dos, tres segundos, en volver a ponerse en marcha; ahora encorvados, conscientes de que lo único que los escudaba de una muerte segura era una fina (finísima) pared de yeso viejo. Al menos ella era consciente. Manu… A saber. Por cómo la miró antes

de asomarse por la rendija, quizá también tenía puesto el piloto automático.

Julia esperó su turno con los dientes apretados, con los nervios tirantes como cuerda de violín, sin tener muy claro en realidad si quería o no mirar. Una parte de ella, la que colgaba bocabajo en la cámara fría, preferiría encontrárselo contando billetes alegremente, pero la Julia del matadero no se hacía ilusiones. La Julia del matadero sabía a la perfección lo que aguardaba al otro lado, incluso antes de que Manu la atrajese por la cintura, diciéndole sin palabras que era seguro mirar.

Así que eso hizo.

Mirar.

17

Cuidado con el perro

A esas alturas de la película, Julia ya debería saber que Tirso siempre, siempre la sorprendería.

Si la verdadera Julia hubiera estado al volante, seguramente se habría derrumbado en ese mismo momento, y, justo como Manu llevaba profetizando desde el día uno, los habría matado a los dos. Se le habría escapado un sollozo, o una arcada, o habría salido huyendo por puro acto reflejo, sin importarle cuánto resonarían sus pisadas sobre los añicos. No le importaría siquiera si Manu la seguía o no, centrada solo en escapar, en salir de aquel laberinto de muros manchados de óxido tan rojo como riadas de sangre seca.

Aunque tampoco la Julia del matadero lo llevó bien. Le resultó… difícil. Doloroso, incluso. Y eso que sus suposiciones no habían estado muy desencaminadas. Total, solo había una razón por la que un asesino a sueldo se traería un cadáver a una carnicería industrial. No por nada a los muertos se les llamaba fiambres.

Al contrario que los pisos superiores, los suelos de aquella sala dejaban el cemento al descubierto, y toda una hilera de estanterías metálicas forraba las paredes, sus baldas todavía provistas de marmitas para conserva de diferentes tamaños. Allí el incendio que

Julia había asumido que arrasó el matadero no parecía haber causado estragos, pero del paso del tiempo nada ni nadie escapaba, atestando de telarañas cada esquina, parasitando de herrumbre los estantes y pelando los techos. Un calendario de páginas amarillentas (octubre 2001; «Rejoneo en Las Ventas») aguantaba enclavijado justo debajo del ventanuco por el que Julia había intentado husmear, y días después se preguntaría por qué se fijó antes en eso que en el muerto sobre la mesa.

Tirso trajinaba de espaldas a ellos, manipulando el cuerpo de su víctima con la familiaridad de la costumbre. Un amplio velo de plástico cubría la mesa y varios metros de suelo en rededor, salpicado ya de diminutas lágrimas de acuoso rojo, y cada vez que Tirso se removía en el sitio crujía exactamente igual que los chubasqueros desechables para parques de atracciones. A sus pies, un saco XXL del Obramat y tres garrafas de veinte litros de agua. A los del cadáver, un foco LED de trabajo y dos simples cubos de fregar.

A ninguno les hizo falta verlo para saber lo que Tirso llevaba en la mano cuando se inclinó sobre su improvisada mesa funeraria y el golpeteo rítmico volvió. Solo que no era un golpeteo; nunca lo había sido. Julia lo había contemplado cocinar demasiadas noches como para reconocer la postura en la que troceaba un ingrediente tras otro.

Cuando Tirso terminó con el cuchillo, lo dejó a un lado para depositar en los cubos lo cortado. Luego agarró uno en cada mano y salió de su campo visual, revelando por entero el cuerpo del muerto. O, para ser exactos, las tres cuartas partes que quedaban de él.

Ahí Manu pareció decidir que había visto suficiente, pues le volvió la espalda a la escena para clavar los ojos en la una y mil veces vandalizada pared de enfrente. Julia lo imitó. En el más completo silencio, oyeron a Tirso vaciar los cubos a saber dónde, primero uno y después otro. Por el sonido, ella diría que en algún contenedor de metal, pero sus dotes deductivas no daban para más. Y, la verdad, lo agradecía. Tampoco necesitaba todos los detalles.

Permanecieron un rato así, apoyados contra la pared hombro con hombro, tan solo digiriendo la (nunca mejor llamada) cruda realidad. Dentro, Tirso seguía deshaciéndose metódicamente del cadáver, imperturbable.

No era un proceso limpio, ni elegante; era sucio, y grotesco, de principio a fin. Julia se veía incapaz de conciliar la imagen de aquel Tirso que depredaba entre las sombras con la del Tirso que le había llevado el desayuno a la cama esa mañana. Suponía que a los familiares de la víctima les ocurriría lo mismo, de poder reencontrarse en ese momento con el señor laxo y amoratado sobre la mesa. Más tarde ya les sería imposible, porque Tirso nunca dejaba nada a medias.

Justo cuando Julia daba un primer paso para irse, el móvil de Manu vibró.

Escandalosamente, además. Y, como encima estaba apoyado contra la pared, la pared entera vibró con él.

Lo siguiente ocurrió muy despacio y muy deprisa, en este orden exacto:

1. Ellos dos se miraron, paralizados en el sitio, cagados de miedo y con razón.

2. Tirso paró de trocear para escuchar.
3. Manu señaló en dirección al oscuro corredor por el que habían venido.
4. Julia asintió y cubrió la linterna de su móvil con la palma antes de encenderla.
5. La luz de la rendija de la puerta parpadeó, como si algo enorme se hubiera interpuesto ante el foco un solo segundo. Como si algo enorme hubiera cruzado el haz de luz. Algo enorme y seguramente armado.
6. Manu gritó:

—¡Corre!

Y hostia si corrió. Corrió más rápido que nunca, más rápido siquiera de lo que se había visto capaz, con el móvil por delante para iluminar el campo de minas que era ahora el matadero. Manu la seguía a la zaga, saltando escombros que ella sorteaba y derrapando en los recodos. Sus resuellos conjuntos reverberaban en los muros de hormigón, atronadores, acompañados por toda una sintonía de añicos crujiendo bajo las suelas de sus deportivas. A Julia el pánico le zumbaba en el cráneo como un enjambre de avispas, le trepaba por la columna a punzadas de adrenalina, y si no se giró a mirar si Tirso los perseguía fue porque ya lo sabía, lo sabía, *lo sentía.* Lo sentía acortando distancias, cada vez más cerca, apisonando todo a su paso. Los pasaría por encima como un tanque de guerra y se los llevaría a rastras por el cuello como un perro de caza. Quería gritar pero no tenía tiempo ni fuelle para hacerlo, solo para seguir corriendo, seguir huyendo. Julia se tropezó con un botiquín y cayó de bruces sobre un colchón asqueroso; Manu la aupó de un

empellón con la inercia de la carrera. Manu abrió la puerta ennegrecida de un ascensor en busca de un escondite; Julia lo agarró de la camiseta a tiempo de impedirlo arrojarse de cabeza al agujero sin fondo de su interior. Con cada desliz, con cada segundo perdido en bifurcaciones y escollos, Tirso ganaba terreno. Era incansable y silencioso, la única señal de que continuaba tras ellos el eco firme de sus botas.

En el salón de su abuela había un cuadro que de niña la tenía obsesionada. No es que fuese una obra de arte, ni siquiera era muy original (la mitad de las yayas de España tenían uno similar), pero Julia se había pasado las horas muertas mirándolo, mitad fascinada mitad espantada por los ojos desorbitados del corzo protagonista, por las fauces de los perros que lo abatían, por el simple concepto de cacería. A los perros de sus vecinos, en cambio, ni se acercaba. Le daba demasiado miedo acabar como el corzo. Sus padres habían tardado años en convencerla de que ninguno le saltaría al cuello.

Y, sin embargo, allí estaba.

A lo mejor una parte de ella siempre lo había sabido. Que acabaría así, corriendo por su vida en un improvisado coto de caza. Que acabaría siendo la presa.

Quizá por eso cuando pasaron por delante de la caseta de perro la parte de Julia que siempre había sido presa la reconoció como lo que era: la madriguera perfecta. Casi se despeñó de lo abruptamente que frenó, más aún cuando Manu se la llevó por delante, pero su instinto reaccionó más rápido que su miedo y lo placó contra la caseta a la desesperada, sin explicaciones ni perdones. Por suerte, Manu pareció leerle el pensamiento, porque enseguida se metió dentro, pegándose bien al fondo para abrirle hueco.

Por muy descomunal que fuera el perro que la ocupó, desde luego que dos humanos adultos y un montón de mierda lo superaban en tamaño, así que no les quedó otra que hacerse lo más pequeños posible, encajados como piezas de un tetris mugriento (y potencialmente infeccioso). Julia se tapó la linterna del móvil contra la tripa y Manu envolvió su cuerpo con el suyo, como creando una cápsula donde encerrar el ruido de sus jadeos desfallecidos. Y al unísono, sincronizados hasta para eso, tomaron una enorme bocanada de oxígeno antes de contener la respiración.

Afuera, la oscuridad caía a plomo, alquitrán sobre alquitrán. No se oía ni un ruido, ni siquiera los crujidos de pisadas acercándose. Tirso había estado siguiendo los flashes de su linterna, así que debía de haber bajado el ritmo al perderlos de vista, ahora atento a otras señales. A las mismas que ellos, seguro, que aguzaban el oído a la espera del más mínimo rumor.

El súbito chirrido de añicos arañando cemento le hizo dar un respingo. Había sonado muy próximo, prácticamente al lado. Estaba ahí; Tirso. A apenas dos metros, furtivo y fantasmal. Julia se atrevió a abrir los ojos (no recordaba haberlos cerrado), y por entre el abrazo de Manu logró discernir una tenue nebulosa amarillenta, la clase de luz inútil que emitiría un *smartwatch.* Se tensó entera. Había esperado que la oscuridad lo obligara a volverse a por el foco o a guiarse por su memoria del lugar para buscarlos aun a tientas; no había contado con *la pantalla de un reloj.* Aunque ya qué más daba, si de un momento a otro los encontraría ahí arrebujados como gilipollas. Solo tendría que sumar dos más dos: el punto del corredor donde habían desaparecido y los posibles escondrijos alrededor. ¿Quién no probaría primero en la caseta?

Manu, al parecer, pues en cuanto la notó ponerse rígida se giró a mirar también por el umbral de la caseta. Hasta se inclinó un poco hacia afuera, el muy imbécil, como si no estuvieran ya lo suficiente expuestos tal como estaban. Julia le clavó las uñas con saña para retenerlo a su lado, pero él solo cedió para sacarse el móvil del bolsillo. Luego se asomó incluso más.

Y luego lanzó el móvil olímpicamente lejos, a la otra punta del corredor.

Para su sorpresa, funcionó. El móvil aterrizó de pleno en las escaleras del fondo, rebotó en varios peldaños y ahuyentó a toda una marabunta de roedores y cucarachas, que salieron escopetados de vuelta a sus escondrijos armando el jaleo del siglo. El maremoto de ruido se expandió hasta bien entrada la primera planta, donde un canon de revoloteos y graznidos ahogó cualquier rastro acústico que pudiera estar dejando un testigo acojonado.

La mole que era Tirso solo aguantó dos segundos quieta antes de encaminarse sin prisa pero sin pausa hacia las escaleras ahora iluminadas por el brillo delator de una pantalla. No recogió el móvil al pasar por su lado. Tampoco lo miró, ni de reojo siquiera, concentrado únicamente en seguirle la pista a su nueva presa.

Julia sí. Julia sí lo miró a él. Hasta que dobló el rellano, desapareciendo como una sombra escaleras arriba. Mascarilla quirúrgica, sudadera con capucha, guantes de látex. Todo de color negro, todo. Durante un instante, le pareció que no era Tirso, de lo raro que se le hacía verlo desprovisto de sus queridos tonos neutros, otoñales.

Pero lo era.

—Vamos —le susurró Manu entonces, instándola con sumo sigilo a abandonar su escondite. Ella se resistió de primeras (¿Qué hacía, dónde iba? ¡Tirso estaba *literalmente* a la vuelta de la esquina!), pero él la giró por los hombros en dirección opuesta a las escaleras y con eso le bastó para explicarse.

Esta vez tardaron la mitad en atravesar el sótano, primero porque ya sabían adónde iban y segundo porque, con Tirso buscándolos en el piso superior, podían usar la linterna del móvil sin miedo.

El cadáver sobre la mesa seguía tal cual lo habían dejado, cómo no. Desnudo, ceroso y mutilado. Ellos lo ignoraron, reducidos a sus instintos más básicos de supervivencia, yendo en cambio directos al ventanuco del fondo. Juntos arrancaron de cuajo la lámina de plástico estriado que lo tapiaba; Manu se agachó con las manos entrelazadas a modo de escalón; Julia lo subió de un salto. Un calambre le trepó por las piernas, agarrotadas mitad de la tensión mitad del rato hacinados en la caseta, pero ella ni siquiera lo notó, peleándose como estaba con el diminuto cierre de mariposa que no giraba por mucho que apretara.

—Julia —rebufó Manu, aún sosteniendo su peso.

—¡Ya voy! —chirrió ella, roja de esfuerzo.

Casi se le saltaron las lágrimas cuando la llave por fin cedió, el ventanuco cayendo abatido sobre la hierba con un golpe sordo. Le sonó a gloria. Incluso se rio. Se rio al ver el cielo encapotado allá arriba, con su tinte óxido apocalipsis, y Manu también soltó una risita histérica mientras terminaba de auparla al exterior. Estaba viva. Estaba viva y a salvo y entera en tierra firme y cuando se volvió para tirar de Manu él puso los ojos en blanco tan graciosamente que no pudo más que reírse el doble.

De verdad que no lo vio. De verdad que no, porque lo único que importaba era que estaba viva y que Manu ya estaba medio fuera y que en dos minutos todo habría acabado, así que cuando una garra negra le arrancó a Manu de los brazos por el pescuezo para después estamparle la cabeza contra la pared le costó entender qué estaba pasando.

Manu cayó a plomo sobre el suelo del sótano, coronado de sangre.

Julia no chilló, no se movió, no hizo *nada.*

Solo permaneció estática, como un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche, arrodillada ante el ventanuco aún con los brazos inútilmente extendidos. Allá abajo, Tirso agarró a un desmadejado Manu del pelo y se lo llevó a rastras de vuelta al perímetro plastificado, donde lo arrojó sin miramientos bocarriba para verle la cara. Manu se dejó hacer con la flojera de una muñeca de trapo, y cuando sus ojos se encontraron tuvo además el nervio de esbozar una sonrisita trémula, casi bobalicona.

—¿Moli?

Este se rio, claramente ido.

—Tirso.

Uno, dos, tres segundos de silencio. Quizá cuatro. Bajo la dura luz del foco LED, la sangre de Manu parecía fluorescente. Le corría de sien a barbilla, fresca y abundante. No tardó en gotear. En un movimiento más reflejo que calculado, Tirso estiró con el pie los rebordes arrugados de la cobertura de plástico, por si acaso. A fin de

cuentas, el cemento no era precisamente impermeable. Luego preguntó:

—Qué haces aquí.

—Ah, pues… —Manu perdió el hilo mientras se esforzaba por auparse al menos sobre los codos—. Dar una vuelta. Ver cómo le va a mi coleguita del bajo D.

—Mmm. ¿Y has venido tú solo?

Ella se encogió contra la hierba. Debería hacer algo. Intervenir. Pedir ayuda. Huir. Cualquier cosa menos quedarse mirando sin más. Cualquier cosa menos eso. Y, sin embargo…

—¿El muerto cuenta? —respondió pastosamente Manu, sin perder la sonrisa.

Ahí Tirso suspiró. Alto y claro, audible incluso a través de su gruesa mascarilla quirúrgica, y hubo algo, algo en lo poco al descubierto de su expresión, que a Julia la erizó entera.

—Sabía que tendría que haberme ocupado de ti de primeras.

—Ya —pio Manu, ahora amargo—. Yo también.

—Por lo menos eres consciente de que te lo has buscado tú solito. Como siempre.

Manu volvió a reírse. Tirso volvió a suspirar.

Evocara las veces que evocara Julia aquel momento, siempre veía lo mismo. Una conversación terminada, un capítulo por cerrar. Manu y la crónica de una muerte anunciada; Tirso y la decisión irreversible en sus ojos negros, muy negros. La luz blanca del foco convertía el sótano en morgue y el olor a ozono de la tormenta venidera le vibraba en los huesos porque lo sabía, sabía lo que estaba pasando, lo que iba a pasar. Iba a presenciar en directo la ejecución a sangre fría del que se había convertido en su mejor amigo a manos del que

creía su alma gemela y lo haría ahí agazapada entre las sombras, sin mover ni un músculo, sin siquiera pestañear. «Nos vas a matar», la había acusado Manu, mientras salía del coche para salvar al cadáver sobre la mesa. Al final, había tenido razón.

Cuando Tirso se estiró para coger algo de la mesa, Manu bajó la vista hacia las motitas coloradas de su sangre sobre el plástico protector.

—Tendrías que haber vuelto conmigo a casa aquella noche —murmuró, arrastrando las palabras.

—Y tú tendrías que haberte quedado en la tuya hoy.

En sus recuerdos, ahí había un salto. Un agujero negro, como si alguien (Tirso, o Manu, o ella misma) hubiera borrado las evidencias directamente de su cerebro. En un instante Tirso alzaba el brazo, tomando impulso para asestar el golpe de gracia, y al siguiente la miraba desde arriba, desencajado pero cauto, petrificado pero en guardia, listo para finiquitar el trabajo al menor indicio de juego sucio.

—¡No! —repitió Julia, aunque no era consciente de haber hablado antes.

Detrás de ella, Manu recostó la frente en su gemelo con un quejido. Temblaba. Temblaban los dos. Tirso los observó sin decir nada primero, solo evaluando la situación mientras Julia se volvía lo justo para echar un vistazo rápido a la brecha en la sien de Manu. Sentía el corazón en la boca, ensordecedor en su martilleo, pero que hubiera frenado en seco al verla era buena señal, ¿verdad? *¿Verdad?*

—Vete —le dijo a Manu, dándole una leve palmadita en el pelo ensangrentado—. Que te miren eso en Urgencias.

—Julia.

Su nombre sonó a advertencia en la voz grave de Tirso. Ella lo miró, tirante y revuelta, pero se agachó igualmente para ayudar a Manu a levantarse. Si se lo tomó como un desafío, no dio señales de ello. No dio señales de nada, de hecho, salvo por la ceja que enarcó cuando Julia mandó a un trastabillante Manu de vuelta a la oscuridad del corredor a empujoncitos urgentes. Por suerte o por desgracia, la clara conmoción del pobre no le permitió resistirse con mucho ahínco, y para allá que marchó, primero arrastrando los pies y luego cada vez más rápido, más rápido, dejándola completamente sola en el sótano del matadero con un cadáver mutilado y su asesino.

Su asesino.

Se le hizo un nudo en el estómago. Manu había desaparecido entre las sombras y ya sí que no podía seguir posponiendo lo inevitable. Toda su vida, de alguna manera, parecía haberla conducido hasta ese preciso momento, el momento en que despegaba los ojos del corredor para encontrarse con los de Tirso ya esperándola.

Se sostuvieron la mirada en silencio, como reaprendiéndose el uno al otro, como recalibrando lo que sabían de cada uno. A ella aquel Tirso enmascarado y armado le generaba cierta sensación de valle inquietante, de que alguien se había vestido la piel de su novio. Y, sin embargo, había algo en él, en el negro sobre negro que vestía o en la forma en que la acechaba a plena vista, que lo hacía puramente Tirso. Genuino. Real. Definitivo.

Julia ignoraba qué pinta debía de tener ella para que Tirso permaneciera alerta, de ese tipo de alerta felina que auguraba un ataque a la yugular al primer desliz. Así que no podía flaquear, pero,

sobre todo, no podía seguir callada. No podía dejarle sacar sus propias conclusiones, no podía aceptar el papel de intrusa, de amenaza. Y para ello tenía que saber con quién estaba hablando. Tenían que saberlo los dos.

Y solo se le ocurría una forma de averiguarlo, así que…

—¿Refrán?

Tirso entornó los ojos; Julia tragó saliva.

Si le respondía con un refrán, viviría. Si no, se daba por muerta.

Fueron los minutos más largos de su vida. Tan, tan largos, que estuvo al filo de derrumbarse ahí mismo, consciente de que ya solo podría desear que terminara rápido.

Pero luego Tirso suspiró. Suspiró, dejó el cuchillo sobre la mesa y dijo:

—Ojos que no ven, Julia.

18

Corazón que no siente

Durante unos segundos, el estupor fue incluso mayor que el alivio, mayor que el miedo, y no pudo más que parpadear y parpadear, batallando por contener las lágrimas. Por mantenerse entera. Aquello no había acabado.

Ni siquiera había empezado.

—Ahora tú —ordenó Tirso.

Su voz sonaba como si siguiera empuñando el cuchillo.

—¿Yo? —barbotó ella, perdida.

—No, el fiambre —resopló él, ácido—. Vamos.

En contexto, el grito ahogado que se le escapó a Julia entre los labios podría (y debería) deberse a la propia alusión al cadáver, pero lo que en realidad le había impactado era el sarcasmo. La veloz crudeza con la que había replicado Tirso, como un latigazo. Nunca le había hablado así. Nunca la había mirado así, entre expectante y exasperado, o entre reticente y vehemente, como si quisiera y no quisiera escuchar su respuesta al mismo tiempo.

Se quedó en blanco.

Ella, que en sus mejores días podría mantener una conversación completa a base de refranes, se quedó en blanco. No se le ocurría

ninguno, ni adecuado ni inapropiado ni nada. Cero. Y Tirso seguía mirándola, esperando, esperando, porque al igual que Julia le había preguntado sin palabras si era o no su Tirso él le estaba preguntando si era o no su Julia. Si era una amenaza, una trampa o un cabo suelto. Si podía confiar en ella. Si con ella estaba *a salvo.*

—Tirso…

—No. El refrán primero.

Tajante, afilado. Incluso oculta tras la mascarilla podía notar Julia cómo tensaba la mandíbula, llegando a la única conclusión posible ante su silencio. Le dio pavor. No que Tirso se la cargara (eso ya era miedo viejo), sino que Tirso se la cargara por haber sido incapaz de articular que no, que no era ninguna amenaza, que estaba de su lado, que con el refrán le había bastado, que la dejara explicarse, defend…

Tirso cuadró los hombros, derrotado pero resuelto.

Julia entró en pánico y tomó la decisión más estúpidamente ingeniosa de la historia humana: escupir sobre el cadáver.

El gapo cayó con un ridículo *plaf* encima del ojo aún abierto del señor.

—Hala —susurró, alucinada mitad por su arrojo y mitad por su puntería.

No era la única:

—¿¡PERO QUÉ HACES!?

Pegó un respingo. Tirso había dado un paso hacia ella y la miraba todo descompuesto, con los ojos muy abiertos. No supo si sentirse orgullosa por haberlo dejado pasmado o acojonada por lo mismo.

—¡Lo siento! ¡Es lo primero que se me ha ocurrido!

—*¿«Ocurrido»?* ¿¡Para qué!?

—¡Para demostrarte que estoy contigo!

—¡JULIA!

Esta vez pronunció su nombre como un improperio, como si en realidad hubiera querido cagarse en Dios o, más precisamente, en todos sus muertos. Y ahora *sí* que Julia jamás lo había visto así, frenético y colérico a la par, apretándose los ojos con las palmas mientras respiraba muy muy hondo, muy muy trémulo. Casi turbulento. Tenía mala pinta. Julia diría que estaba… No, ¡es que lo estaba! ¡Acabáramos!

—¿¡Por qué estás entrando en pánico!? —acusó Julia, ultrajadísima—. ¡Soy YO quien debería estar enajenada perdida!

—¡Porque acabas de fumigar tu ADN en la escena del crimen!

—¡EN *TU* ESCENA DEL CRIMEN!

Tirso hizo amago de replicar, incendiario como nunca lo había sido, pero en el último momento frenó en seco y procedió a darle un repaso visual de arriba abajo, claramente barajando sus opciones. Incluso cabeceó. Tirso *cabeceó,* como siempre que se le presentaba un dilema, un gesto tan arraigado en la imagen mental que Julia tenía de su novio que quiso llorar, o gritar, o matarse delante de él para cambiar la trayectoria de su vida para siempre.

—Déjame pensar —tuvo encima la desfachatez de graznarle el tío.

—Pero ¡si no he dicho nada!

—Pero lo estás pensando a voces —siseó, masajeándose las sienes con los ojos apretados.

—¡Ah! ¡Perdóneme usted por importunarlo con mis pensamientos, intentaré volver a estarme boba y calladita, justo como te gusto!

Eso le hizo abrir los ojos para mirarla. Para mirarla *de verdad.* Serio, grave. Y, por la microexpresión que parecía asomar por

encima de su mascarilla quirúrgica, quizá hasta un poco compungido. Increíble. Tenían un muerto al lado que ya empezaba a oler y a Tirso le entraban los remordimientos por un reproche de su novia.

—No deberías estar aquí —concluyó por fin, monocorde.

Ella solo rebufó, sardónica.

—Me refiero —croó Tirso, casi con dificultad— a que no quería que lo vieras. No quería implicarte en esto. Por tu seguridad. —«Ojos que no ven», había dicho. «Corazón que no siente», continuaba el refrán, y Julia rechinó los dientes, sin saber cómo sentirse salvo patética—. ¿Podemos hablarlo más tarde? Tengo que… finiquitar esto.

Y señaló elocuentemente no hacia el cadáver, sino hacia dos gigantescos tanques de metal alineados en la única pared sin estanterías. Uno era cilíndrico, el otro cúbico. Uno tenía un grifo aún goteante en la panza y a los pies un charco fresco de algo amarillento, el otro un cajetín a rebosar de guijarros cenicientos, porosos. Entre ambos zumbaba un generador eléctrico mucho más nuevo que ellos.

Julia apartó la vista del trío de máquinas antes de que su cerebro pudiera unir los puntos.

Tirso seguía esperando su respuesta, así que asintió.

—Vale —asintió él también, como para sí mismo—. ¿Me esperas en el coche, por favor?

—¿En cuál? —no pudo evitar escupirle ella—. ¿En el Sandero, en el Focus o en el 206?

Una vez más, Tirso calló, a todas luces descolocado. Julia se mordió el carrillo por dentro, aunque sabía que lo que debería

morderse sería la lengua: mejor que Tirso no supiera de cuánta información disponía.

—En el que hayas venido —contestó al final, midiendo las palabras con mucho cuidado.

—No puedo. Mi chófer se ha ido sin mí. —Julia arrugó la nariz—. A Urgencias, espero.

—¿Tu ch…? ¿Moli? —Y ahí su semblante se ensombreció—. ¿Habéis venido juntos? ¿De qué os conocéis, por qué os conocéis?

—Creo que tú tienes preguntas mucho más pertinentes que responder.

Otro silencio; este considerablemente más largo. Acabó con Tirso quitándose la sudadera de un tirón y lanzándosela. Julia la cogió al vuelo por los pelos.

—Póntela —ordenó—. Y échate la capucha. No quiero más ADN tuyo en *mi* escena del crimen.

Que lo admitiera tan abiertamente la dejó sin aire, pero lo ocultó a toda prisa dentro de la enorme sudadera de su novio. En cualquier otra situación, habría sido un gesto bonito, casi romántico. Solo una más de tantas noches que Tirso le prestaba (o que Julia le birlaba) algo de su armario porque sabía que le encantaba arrebujarse en su olor. Pero ni estaban a salvo en casa ni reconocía la sudadera de nada. De hecho, Julia la notaba un poco rígida, como recién estrenada.

Ah, claro. Tirso tendría que desechar la ropa cada vez.

Por alguna razón, ese pensamiento le dio tantísima pena que estuvo a punto de ser la última gota, la última brizna y la última todo. Sin embargo, Julia aguantó un poquito más (total, llevaba aguantando un poquito más desde San Valentín), lo suficiente como

para reactivar el piloto automático y salir de allí por fin, de una pieza pero rota, viva pero espectral.

Si el chirrido de la maquinaria picando hueso comenzó mientras aún vagaba por entre las cámaras del matadero no lo oyó, o no lo quiso oír. Solo consiguió atravesar la niebla de su cerebro después, ya sentada en el asiento de copiloto del Peugeot plateado, rígida cadavérica y tiritando descontroladamente. La boca le sabía a bilis. Debía de haber vomitado en algún punto del camino.

Se abrazó a sí misma, tratando de mantenerse presente.

Un único pensamiento le rondaba la cabeza:

«Y ahora, ¿qué?».

19

Algo que romper

«Y ahora, ¿qué?».

Esa preguntita martilleaba en bucle en su cabeza como un pensamiento intrusivo. Le estaba volviendo loco. Peor: le estaba volviendo *torpe.* Y torpeza era lo único que no podía permitirse en su línea de trabajo.

En parte, le gustaría echarle la culpa a Julia, la muy cotilla. Primero por meter las narices donde no debía y luego por inconsciente. ¿Cómo se le ocurría, cómo tenía *el cuajo* de acorralarlo en su propio territorio? Interponerse de un salto entre un cuchillo y el payaso de Moli, su puto monstruo de la parálisis del sueño hecho realidad. Nunca había tomado a Julia por una suicida, pero desde luego que se lo estaba ganando a pulso.

Y ahora, ¿qué?

Tirso chasqueó la lengua, fastidiado. Acababa de vaciar medio cajetín de la trituradora en un mismo punto en vez de esparcir la gravilla de huesos por todo el sótano para enmascararla entre sus escombros. Allá afuera empezaba a clarear, lo cual le irritó todavía más. No recordaba la última vez que se le había hecho de día con un encargo. Normalmente era más rápido. Normalmente a esas horas

ya estaba de vuelta en casa, acurrucado con su novia y su gata. Aunque, siendo justos, normalmente nadie le interrumpía mientras despachaba. Y con «normalmente» quería decir «jamás».

Suspiró.

Debería matarla, a ella y al otro. Era el plan de contención por antonomasia para cualquier criminal de sangre, ya fuese vocacional, accidental u ocupacional: no dejar testigos. A él nunca le había pasado, ni siquiera de novato, pero tampoco nunca le había angustiado la perspectiva de quitarse a alguien de en medio. Total, mucho tendría que cagarla uno para que lo pillaran, y Tirso no era de los que la cagaban. O eso había creído.

Pero es que encima no tenía un testigo, tenía *dos.*

Y qué dos testigos.

Vamos, que arreglaría antes el estropicio volándose los sesos ahí mismo.

Sobre todo porque sabía que no iba a tocarlos. Le daban arcadas solo de pensarlo.

Una vez, un cliente había reculado demasiado tarde. Tirso había llegado a casa asqueado y exhausto solo para encontrarse una hilera de mensajes a cada cual más frenético, una mixtura de súplicas, amenazas y mayúsculas. Sin embargo, para él lo verdaderamente escalofriante de los mensajes no había sido el contenido, sino la certeza subyacente de que, en el fondo, su cliente sabía que no servirían para nada: Tirso siempre les dejaba claro cuándo expiraba el plazo de marcha atrás.

Esto era un poco igual. Ya no podía volver atrás. Su vida tal como la conocía estaba muerta y enterrada, y lo peor de todo es que se lo había buscado él mismo. La había matado con sus propias manos.

Así que no tenía sentido perder tiempo lamentándose. Cuanto antes averiguara qué esperar de Julia (o del puto Moli), antes podría ponerse en movimiento. En el mejor de los casos, con mudarse de barrio bastaría. En el peor, tendría que tirar de alguno de sus DNI alternativos para salir del país mientras durase la investigación policial. Preferiría no tener que hacer ni lo uno ni lo otro, pero ya no dependía de él.

Cuando lo tuvo todo bien guardadito en el megasaco del Obramat, roció los suelos de la sala de caldos con luminol en busca de motas de sangre que hubieran salpicado fuera del plástico, y, una vez comprobado que nada brillaba, se echó el saco a un hombro, desplegó el asa del generador y salió de allí acompañado por el traqueteo de sus ruedines.

Julia lo esperaba en el coche, justo como le había pedido.

Mmm.

Ni siquiera miró en su dirección mientras cargaba las cosas en el maletero, ni al sentarse frente al volante, ni al quitarse la mascarilla. Tirso le dio unos segundos más de cuartelillo antes de volverse hacia ella y preguntar:

—¿Adónde?

—Adónde qué —fue su respuesta, desprovista de tono. Seguía con los ojos fijos en el horizonte, donde el cielo tenía ya más de naranja que de negro.

—Que adónde te llevo.

Ahora sí, Julia le devolvió la mirada. Por sus ojeras, no parecía haber aprovechado para echarse una cabezadita mientras él atendía sus asuntos. Obvio, suponía, si se paraba a pensarlo. Tampoco debía de haber llamado a la poli (aún), porque habían tenido tiempo de

sobra para presentarse allí. En cambio, lo que parecía haber estado haciendo para entretenerse era quitarse los abrojos enganchados a sus leggins, por el montoncito pinchudo sobre la alfombrilla.

—Eh… ¿A casa?

En lugar de buscarle un significado oculto a sus palabras («a casa», no «a mi casa» o «al piso»), Tirso asintió y arrancó el coche. Acostumbrado al espacioso interior del Sandero, dentro del 206 se sentía confinado, más aún con Julia tan cerca, prácticamente pegados hombro con hombro.

Había estado preparado para el silencio incómodo de la vuelta a casa, pero no para lo tenso que le pondría. Con Julia nunca se sabía. Siempre que creía tenerla descifrada le salía con algo nuevo, como lo de presentarse a unas oposiciones o lo de cazarlo en pleno encargo. Y si encima había estado confabulando con el otro iluminado…

—¿Sabemos algo de Moli? —quiso tantear las aguas. No había visto su móvil mientras subía las escaleras del sótano, y Julia tampoco lo llevaba encima, así que debía de haberlo recogido al marcharse.

—¿Por qué? —espetó ella—. ¿También te toca finiquitarlo?

Suspiró. Hasta cierto punto, se lo tenía merecido. Decidió no insistir, primero porque Julia no andaría con ánimos para discutir si no supiera que Moli estaba bien y segundo porque podría comprobarlo por sí mismo en un par de horas, según si posteaba alguna de sus gilipolleces mañaneras en LinkedIn o no.

—Bueno. Al menos no es el primer cumpleaños que acaba en Urgencias. A nadie le extrañará.

Por alguna razón, Julia se envaró.

—¿Cumpleaños…?

Asintió. Cuando la miró de reojo, estaba pálida.

—Mmm. ¿Es que sois amiguitos? Tranquila, que Moli es rencoroso, pero perdona fácil. Con que le regales cualquier tontería pronto te vale.

—No lo somos. No sabía que era su cumpleaños.

—Mentira —soltó, seguido de un resoplido involuntariamente amargo—. Se te habrá olvidado, pero saberlo seguro que lo sabías.

—Ah, ¿y tú para eso en qué te basas?

—En que a ti nunca se te pasa nada, Julia.

—Pues por eso estamos aquí.

—Ya.

—Ya.

—Ya.

Silencio. Agrio, descomposición. Tirso no podía parar de rascarse el uñero del pulgar, como siempre convencido de que la sangre había calado los guantes. Nunca era verdad, pero ya formaba parte del trabajo. No dejaría de buscarse sangre seca bajo las uñas hasta bien entrado el mes siguiente.

Seguro que había sido Moli. Algo habría visto, algo se habría olido, y en vez de atender a las señales había ignorado su instinto de supervivencia para plantarse de un brinco frente a Julia. Sabía lo convincente (lo magnético) que podía ser Moli, al igual que sabía lo cabezota (lo concienzuda) que podía ser Julia. Podía imaginarse la retroalimentación resultante. Tendría que haberle atizado más fuerte.

Para cuando llegaron al parking del gym, Tirso ya tenía planeada su ruta de escape. No quería poner a Julia en el compromiso de echarlo de casa, ni insultaría sus valores intentando explicarse (que

no defenderse). Al contrario que Moli, Julia poseía una capacidad asombrosa de entrar en *survival mode,* escondiendo el pánico tras una carcasa de calma que hacía mucho que no le veía, desde sus primeras citas. Quedarse sería forzarla a asentir y sonreír, su forma de demostrarle que se estaría «boba y calladita», tal cual le había dicho en el matadero. No podía hacerle eso.

En cuanto pusiera un pie en casa, cogería las maletas y se iría.

Supo que había tomado la decisión correcta al aparcar, pues Julia simplemente se desabrochó el cinturón y bajó del coche, escaneando el garaje con la mirada en busca del Sandero. Parecía otra. Bajo aquellas luces mortecinas, con aquella expresión neutral, el pelo recogido y su sudadera, parecía una desconocida. No pareció sorprenderla que llevara la bolsa del gym en el maletero, o que de ella sacara una muda de ropa completa, calzado incluido, o que se cambiase ahí mismo, relegando sus prendas negras de faena al saco del Obramat. Quizá por eso no preguntaba nada, porque ya lo sabía todo.

Y, sin embargo, poco después de asentarse en la familiaridad del Sandero Julia carraspeó y preguntó:

—Entonces, emm, ¿esto…? ¿Desde cuándo haces esto?

—¿Matar gente?

Ella lo miró al instante con las cejas alzadas, impávida. No estaba acostumbrado a no saber leerla. Se removió en el asiento, incómodo.

—Unos diez años.

—¿Y cobrando?

Tirso torció el gesto.

—Lo mismo.

El resoplido con el que respondió sonó mitad incrédulo mitad mofa.

—¿Este es tu trabajo de verdad, entonces? ¿Qué pasa con lo demás? Tu contrato con IFEMA y todo eso… ¿Era mentira?

¿En serio eso era lo que quería saber?

—No. Nada de lo que te he dicho, compartido o enseñado alguna vez es mentira. —No se atrevió a apartar los ojos de la carretera, por lo que pudiera encontrar en su rostro—. Si solo me dedicara a lo mío, llamaría demasiado la atención. Una existencia mundana requiere un empleo mundano.

—Y una novia mundana, claro.

Le cayó como una bofetada, pero no tuvo tiempo de negárselo antes de que Julia lo atrapara con otra pregunta demasiado grave como para volver al tema:

—¿Qué es «lo tuyo», exactamente? ¿Qué es un *Takedown*?

Joder. Si es que se le habían metido hasta la cocina.

—Un *Takedown* es… lo que entenderíamos por un completo. Yo localizo, estudio y sigo al objetivo, considero la mejor forma de abordarlo y me aseguro de que jamás se lo vuelva a ver.

Julia ni pestañeó.

—¿Y una limpieza?

—Ah. Ese es autoexplicativo. Me encargo de sacar la basura de otros.

—Autoexplicativo —repitió ella, seca—. Vale. Siguiendo esa lógica, ¿asumo que un Kit Astaroth es cargarse a la esposa del cliente? ¿O es a la ex?

—¿Cómo?

—Astaroth era la primera novieta de Adán, ¿no?

—Esa es Lilith, y no, yo… yo no hago eso. Esos no.

—¿Esos cuáles?

—Ya sabes cuáles —rechinó él, sintiéndose ametrallado—. Encargos pasionales, *vendettas* de a pie. O vicarios. Vicarios nunca.

—¡Hombre! ¡Aliado feminista!

Qué cojones. Tirso no volvió a abrir la boca hasta que dio con un semáforo frente al que detener el coche. Estaba en verde, pero a esas horas intempestivas la carretera permanecía desierta. La miró. Ella a él no.

—¿Desde cuándo eres sarcástica? —Era una pregunta genuina.

—Siempre he sido sarcástica. —Se encogió de hombros—. Simplemente me lo guardaba para mí.

—¿Por qué?

—Porque no me pega.

En cualquier otra situación, eso le habría sacado una sonrisa. En aquella solo enarcó una ceja, desconcertado.

—Julia, lo primero que me dijiste fue un insulto. Me llamaste imbécil.

—No —le contradijo ella, toda digna—. Esa palabra nunca salió de mi boca. Solo lo impliqué.

—Irrelevante. No he vuelto a ver a esa Julia hasta ahora.

—¿Y?

—Que no puede no pegarte algo que te sale solo.

Julia suspiró. Seguía sin mirarlo, la vista anclada en el semáforo parpadeando en ámbar. Cambió a rojo justo mientras decía:

—¿Es esta la colina en la que quieres morir hoy, amor? ¿Antes siquiera de decirme tu verdadero nombre?

Tocado y hundido. Tirso arrugó la nariz, vacilante.

—No lo uses. No me… —Se mordió la lengua.

Ahora sí, ella se giró a mirarlo con ojos brillantes, ácida.

—¿No te pega? —terminó por él.

No respondió. En su lugar, volvió al volante y se saltó el semáforo sin remordimientos. Cuanto antes llegaran a casa, cuanto antes hiciera las maletas, antes podría empezar el luto por Tirso Mihura.

—Quien calla otorga, supongo —musitó Julia, aunque no sonaba muy contenta.

Muu salió a recibirles con una retahíla de maullidos airados por haberla dejado sola toda la noche y su primer impulso fue cogerla en brazos para hundirle la cara en la barriga, como siempre hacía a la vuelta de un encargo. Huelga decir que no lo hizo. Se contuvo a tiempo, disimulando el quiebro devolviendo sus llaves de casa al cuenco del recibidor. Intentó no pensar en que ya no volvería a cogerlas.

Julia no había ni cerrado la puerta tras ellos cuando el despertador de su móvil saltó. Las 7:00. Tirso la miró mientras aplazaba la alarma, y mientras se agachaba para rascar a Muu bajo la barbilla. No habían intercambiado una sola palabra desde el fiasco del coche.

Tampoco es que hubiera mucho que decir. Podía considerarse afortunado. Cualquier otra persona habría llamado a la policía de inmediato, pero Julia le quería lo suficiente como para lavarse las manos. O, como mínimo, lo justo para darle unas horas de ventaja.

Se volvió hacia ella a tiempo de verla soltarse el pelo con un resoplido agotado. Luego le dio la pinza a Muu para que juguetease con ella. Luego se apoyó contra la barra de cocina, se cruzó de

brazos y esperó, tirante. A qué, Tirso no lo sabía, pero sí sabía lo que tocaba decir. Empezó por lo básico:

—¿Vas a ir hoy a trabajar?

Julia se encogió de hombros.

—Es jueves —dijo por toda respuesta.

No pudo evitar sentirse aliviado. Así mejor. Así sería más fácil para los dos.

Asintió.

—Te prometo que ya me habré ido cuando vuelvas.

En la quietud de su diminuto piso, el grito ahogado de Julia resonó alto y claro, pero enseguida apretó los dientes, como decepcionada con su propia reacción. Tirso no supo cómo tomárselo.

—¿Qué pasa?

—Nada —siseó ella—. Vete si quieres.

—¿Si quiero? —Tirso ladeó la cabeza, desconcertado—. ¿No tendrías que quererlo tú?

—El qué.

—¿Que me vaya?

Ahí Julia negó levemente, aunque, por el suspiro que vino después, supuso que no era tanto una respuesta como un gesto irreflexivo, incrédulo. Aunque tampoco podía estar seguro. La nebulosa luz mañanera que trepaba por el balcón no daba mucho de sí.

—Estoy muy cansada, Tirso —dijo finalmente Julia, con especial énfasis en su nombre—. Hoy mi novio ha troceado a un señor y habría hecho lo mismo con mi mejor amigo de no haberme puesto en medio. Preferiría no tener que rematar la noche con una ruptura

amorosa, la verdad. —Alzó mucho las cejas, de pronto escéptica—. Si es que hay algo que romper, claro.

—Lo hay.

—Pues entonces quédate.

—Vale.

—Vale.

Y, sin embargo, ninguno se movió. Solo se sostuvieron la mirada unos segundos, minutos, siglos más, mientras el salón iba esclareciendo a su alrededor. Tirso no quería hacerse ilusiones. Sabía que no se las merecía. De hecho, una parte de él, la que había sobrevivido a toda clase de escabrosidades, le tronaba que saliera corriendo de allí. Que nada era nunca tan sencillo, ni tan bueno, ni siquiera Julia.

Por primera vez en la vida, la ignoró.

—Bueno, pues… —carraspeó Julia, cuando su móvil volvió a timbrar— voy a ir vistiéndome.

—Va. Deja la sudadera en la ducha.

La vio pegar un respingo, a todas luces acordándose de golpe de la prueba incriminatoria que llevaba puesta. Por alguna razón, en lugar de arrancársela se arrebujó aún más en ella, como si se resistiera a perderla de vista. Fue un tic tan suyo, tan de su novia (¿su novia?), que Tirso tuvo que contener forzosamente la sonrisa. Nunca había odiado tanto y, al mismo tiempo, agradecido tanto, tener que despedirse de ella. Y es que, por muy poco que le apeteciera, ambos necesitaban aquel alto el fuego.

Así que Tirso dio el primer paso volviéndole la espalda y yendo directo a preparar el sofá-cama en una muda declaración de intenciones. Aunque aquel también era su hogar, no le importaba

autoconfinarse en el salón hasta que todo quedase dicho y hecho. Con sus límites, claro. Que tampoco era gilipollas. La cámara de Muu iba fuera.

Cuando se dio la vuelta, cámara en mano, Julia lo miraba con la boca entreabierta, petrificada en el sitio.

—¿Lo sabías? —balbuceó, atónita.

Él asintió.

—La dejé puesta para no levantar sospechas. Primero quería averiguar quién estaba vigilándome. Supongo que Moli, ¿no?

Ahora fue ella quien asintió.

Silencio. Tirso hizo tiempo para pensar mientras enrollaba el cable de la videocámara.

—Me di cuenta a mediados de mayo —dijo—. ¿Llevas guardándotelo desde entonces?

—No. Desde San Valentín. Te vi en el garaje.

¿Cómo?

—¿En el g…? Te da miedo bajar sola al garaje.

La forma en la que Julia se encogió de hombros hizo temblar todos los cimientos de su realidad. Más aún cuando dijo:

—En realidad no. Solo me lo inventé para que no buscaras ahí tus regalos. Los escondo detrás de la caja del árbol de Navidad.

Se la quedó mirando, sin palabras.

—Pero ¿tú quién eres?

Cómo no, ella solo alzó las cejas, de nuevo con aquel extraño talante suyo entre amargo, altivo y crítico.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

Y, ahora sí que sí, Julia zanjó el tema marchando para el dormitorio sin ni una mirada más, ni una palabra más, sin siquiera

despedirse, y Tirso tuvo que contentarse con eso porque era lo que él mismo se había buscado.

20

Todo suma

Por alguna misteriosa razón, Julia se sentía… tranquilísima.

No, esa no era la palabra. ¿Ligera? ¿Aliviada? Tampoco. ¿Serena? Mmm. Quizá no existía ningún adjetivo lo suficientemente cercano, o adecuado. Aunque, así a simple vista, todos cuadraban: no estaba histérica, ni taquicárdica, ni al borde de estarlo, y el día había transcurrido a su ritmo habitual, sin contratiempos dignos de mención. Por supuesto, sus ojeras habían llamado la atención de sus compañeros (de Yolina la primera), pero en cuanto Julia las había achacado a un irresponsable maratón nocturno y manejado el aluvión de clientes prevacacionales con la paciencia de una santa, se olvidaron pronto. Todo gracias a que trabajaba sentada, claro. Si hubiera tenido que corretear de acá para allá con aquellas agujetas punzándole de tobillo a nuca, otro gallo cantaría.

Una parte de ella sospechaba que estaba en estado de shock.

La otra, en cambio, tenía bastante seguro que lo que estaba era *conforme.*

Sí, tal vez esa era la palabra correcta. ¿Por qué no? A fin de cuentas, había cumplido la inmensa mayoría de sus objetivos: ver con sus propios ojos cómo se las gastaba Tirso, regresar sana y

salva a casa y retomar su vida como si nada. Sí, habría estado bien que Tirso no los pillara con las manos en la masa, o que Manu hubiera salido ileso, o (¡por pedir!) que su novio hubiera resultado inocente, pero menos daba una piedra. Tal como lo veía ella, la peor parte había pasado. Ya todas las cartas estaban sobre la mesa, ya todos sabían qué mano jugaba cada uno. Para bien o para mal.

—Vale, pero sabes que en este mismo momento puede estar envenenándote la cena, ¿no?

Julia lo fulminó con la mirada. Le había parecido buena idea acercarse después del trabajo a ver cómo andaba Manu, toda reconcomida por haberlo mandado a conducir con una brecha en la cabeza, pero empezaba a arrepentirse. «*Mon* pobre *doudou*», le había dicho por todo saludo madame Molina al darle paso al ático de Tirso de Molina, «¡Mira que le tengo dicho que los cumpleaños son para estarse en familia, no de juerga…! Pero bueno, qué se le va a hacer, está en la edad… Por aquí, por aquí, Julia, cariño, ¿qué vienes, a tomarme el relevo? Eso está muy bien, qué detalle por tu parte, que nos dijeron que lo despertáramos cada tres horas para comprobar que sigue estable y yo tengo que salir ahora corriendo a una…, bueno, ¡a una cosa de las mías, ya sabes…!». Así, sin callar ni medio segundo, la señora de la casa la había guiado hasta uno de los saloncitos de té revestidos de alfombras y lienzos, donde un Manu injustamente ufano se bebía una limonada de fresa recién hecha repantingado en una butaca que costaría tres veces su sueldo.

«¿Creo haber entendido que te han… atracado estando de fiesta?», había querido asegurarse Julia mientras tomaba asiento enfrente.

«No, no —le había corregido él—: He *rescatado* a una chiquilla de dos atracadores estando de fiesta».

«¿Y se lo han creído? ¿Los médicos también?».

«¿Por qué? ¿Es que no me ves capaz?».

«No, es que ibas en chándal».

«Anda, pues porque fue en una rave».

Luego se habían mirado largamente, sin saber muy bien cómo proceder, y luego Manu había suspirado, dejado la limonada sobre la mesita y abierto los brazos para que Julia se refugiara en ellos. Ninguno había pegado ojo, así que entre la conmoción cerebral de uno y la tensión acumulada de la otra tenían los dos los nervios a flor de piel, sensibles como un diente sin esmalte. Julia se derritió enseguida en el abrazo, desvistiéndose por fin la muda de Julia falsa; y Manu, por cómo de fuerte la estrechaba, por cómo le susurraba «gracias, gracias, gracias» en bucle al oído, más de lo mismo. Tardó en darse cuenta de que no era un agradecimiento general, así al aire, sino para ella. Por salvarle la vida interponiéndose entre él y Tirso aun estando ya a salvo allá afuera.

Cuando se separaron, simplemente se enjugaron las lágrimas, se sorbieron los mocos y Julia le puso al corriente de los eventos subsecuentes a su heroica pero impulsiva intervención, desde el lanzamiento de gapo sobre cadáver (aquí Manu tuvo que darle un sorbito a su limonada para no hiperventilar), pasando por sus hipótesis referentes a los tanques de la sala («¿Sopa?». «Sopa») hasta la breve conversación en el salón que terminaría con Tirso desconectando la gatocam y con ella marchándose toda digna.

Ahí había sido cuando Manu, mitad pálido mitad rojo, le había soltado con un reborde casi histérico que ahora mismo Tirso podría

estar envenenándole la cena.

Julia, la verdad, no se lo tomó muy bien.

—¿Por qué iba a hacer eso? —espetó, intentando no leer el pánico de Manu como un insulto a su inteligencia—. Ha tenido oportunidades de sobra, y muchísimo más convenientes, para quitarme de en medio. Y lo mismo contigo. ¡Te dejó ir! ¡Nos dejó ir a los dos!

Él balbuceó, incrédulo, sus pupilas solo dos diminutas pecas negras en la inmensidad gris de sus ojos desorbitados.

—Julia.

—Qué.

—*Julia.*

—QUÉ.

—Dime que me estás vacilando. —Y, en su defensa, Manu *de verdad* sonaba implorante—. El tío iba a degollarme sin pestañear. No me «dejó ir», le interrumpiste y tuvo que recalcular su estrategia porque cargarse a su novia lo convertiría en el sospechoso número uno fuera o no culpable y más todavía si su excolega también desaparece.

—¡Hasta hace dos días me decías que tenía las de ganar si Tirso me pillaba!

—Si te pillaba solo A TI —matizó, rechinando los dientes—. Pero nos ha pillado a los dos, y encima *juntos,* claramente compinchados, ¿crees que va a confiar en que yo no te coma la cabeza para denunciarle hoy mismo? ¿Ahora mismo, que has venido aquí a verme en vez de irte directa para casita con él? —Rebufó, ácido como nunca lo había sido. Eso era cosa suya, de Julia. De la Julia real, escondida bajo capas y capas de otras Julias—. ¿¡Qué harías

tú!? ¿¡Qué harías t…!? No, no me pongas esa cara, que no soy tu madre, soy tu amigo y me has salvado la vida y estás tirando la tuya a la basura por media milonga que te ha contado.

Julia se mordió los carrillos hasta sangrar por no arrancarle a él la cara de un bocado. No quería bajar a la Tierra tan pronto. Quería seguir viviendo en los mundos de Yupi, donde el sicario implacable y el novio enamorado coexistían en un mismo Tirso, donde no tenía que plantearse que mentía al asegurarle que había algo rompible entre ambos, (razón por la) que no había querido implicarla en sus crímenes.

—¿Y vas a hacerlo? —fue todo cuanto se le ocurrió responderle.

—¿El qué?

—Comerme la cabeza para denunciarlo hoy mismo.

Manu le aguantó la mirada un total de dos segundos antes de dejar caer los hombros, abatido. De pronto parecía muy niño, con aquel pijama de verano de cuando aún vivía allí, el esparadrapo en la frente y la limonada en la mano. Quizá por eso le resultó tan sencillo adivinar lo que estaba pensando (lo que le estaba frenando), y es que, por primera vez, Julia no vio en él a su Manu, sino al Manu de Tirso. A Moli.

A Moli; recién graduado y recién amputado de un futuro conjunto con el que había creído su única constante, su mejor amigo. A Moli; que había aceptado el destierro sin peros por miedo al porqué. A Moli; que había aceptado ayudarla a desenmascarar a Tirso por proteger a sus segundos padres. A Moli; que seguía a bordo aun sabiéndolos muertos, que se había quedado en su casita bebiendo limonada en vez de personarse en cualquier comisaría aun sabiéndola a ella a merced de Tirso, aun teniendo pruebas de sobra

para mandarlo a pudrirse a la cárcel. A Moli; que acababa de ponerla de tonta para arriba por fiarse de la palabra de un asesino.

A Moli; que, en definitiva, era tan incapaz como ella de soltar a su Tirso.

Quizá incluso por las mismas razones que ella.

Se sintió un poco boba por no haber caído hasta entonces. Mira que tirarse meses escurriendo el bulto, fingiendo tener clarísimo qué harían con las pruebas recabadas, siguiéndose la corriente el uno al otro porque apresar al malo era lo lógico, lo *correcto…* para que luego llegara el momento de la verdad y descubrieran que ninguno de los dos había querido enfrentarse a ella.

Si es que se merecían que Tirso los fusilara, por gilipollas.

Como el que calla otorga y en efecto Manu había otorgado más de lo que jamás sospecharía, Julia le congració con un cambio de tema (aunque solo en apariencia. Muy al fondo, seguían hablando de lo mismo):

—¿A qué te referías anoche con que Tirso debería haberse vuelto contigo a casa?

Él suspiró. Seguían sin mirarse a los ojos.

—No he sido… del todo sincero contigo.

—Ya me había dado cuenta.

Esta vez Julia sí se atrevió a alzar la vista, y se encontró con Manu haciendo lo mismo. Él volvió a bajarla enseguida. Ella no.

—Tengo bastante claro por qué Tirso cortó relación conmigo —admitió, con una mueca dolorida—. No te lo dije porque pensaba que tú también desconfiarías de mis intenciones, pero sobre todo porque no me enorgullezco de haberle puesto en esa situación. Me

da mucha vergüenza, y me arrepiento, y ahora que sé que ya no están, no…

«Voy a necesitar que seas un poquito más clara, cielo», solía decirle Tirso cuando se embrollaba, así que Julia siguió su ejemplo al pie de la letra:

—Voy a necesitar que seas un poquito más claro, cielo.

—Sí —carraspeó él, aunque entre dientes—. Es… El padre de Tirso tenía problemas de juego, ¿no? Fermín. Se lo fundía todo. Su sueldo, el de Emi, las becas… Tal cual entraba el dinero en casa iba directo a las tragaperras.

Julia empalideció, más confundida que impactada. De todas las cosas que habría esperado que salieran de su boca, la pasada ludopatía de su difunto suegro no estaba ni en la lista. Otra de las tantas heridas que Tirso le había ocultado.

—¿Ahá? —solo atinó a decir, instándolo a continuar.

—Por eso al principio, cuando me viniste con el cuento del cadáver, lo primero que pensé fue que Tirso al final había acabado metido en sus líos. Le debía mucha pasta a mucha gente. Fermín, digo. —Torció el gesto—. A gente muy chunga, Julia, gente con la que es mejor no meterse, ¿vale? Y yo pues supuse que se le habría ido de las manos lo del portal, porque le dije que una cosa era Microsoft y otra cosa era buscarle las cosquillas a esta peña…

—Tú ya lo sabías —le cortó Julia, atando cabos en contra de su voluntad—. Que tenía un portal en la *deep web*.

—Hombre, de alguna manera tenía que compensar la de dinero que su padre se jugaba —se excusó él, como si ese fuera el problema—. Pero… ¡Ah! No, yo del portal de ahora no tenía ni idea, yo estaba buscando el de antes, que era… no legal, pero tampoco…

—gesticuló torpemente con las manos— ¿letal? Solo le vaciamos la cuenta a un puñado de imbéciles. Redistribución de la riqueza, si me preguntan.

Y lo decía tan normal. Julia se cruzó de brazos, forzándose a no quedarse varada en los detalles. Ya volverían a eso más adelante, cuando tuviera todas las piezas del puzle. Por lo pronto, tenía un protoportal clandestino llevado a medias por dos universitarios con aparentes delirios de Robin Hood, un constante trasvase de dinero y una ruptura inminente.

—Pero Tirso quería más —aventuró ella.

Manu frunció los labios.

—No, Julia. Tirso *necesitaba* más.

Ah, vale. *Ah, vale.*

—Y tú le dijiste que no.

—Ojalá le hubiese dicho que no —graznó él, con la voz cruda, en carne viva—. No. Lo que le dije fue que dejara de sacarle las castañas del fuego a un tío que se merecía lo que fuera a pasarle por sangrarle la puta vida a su familia.

Silencio. Manu se cubrió la boca con la mano, sacudido por una fea náusea. Así de acre debía de ser el recuerdo, puesto ahora en perspectiva: las manos de Tirso manchadas de sangre, sus padres muertos, su identidad falsa.

—Guao —murmuró Julia.

Y vuelta al silencio.

Uno, dos, seis minutos de completo silencio.

Al final, Julia captó la indirecta y se puso en pie, dispuesta a marcharse. Manu la miró de soslayo, pero no tardó en anclar los ojos de nuevo en su regazo, donde no podría comprobar si ella le

juzgaba, compadecía o despreciaba. ¿Para qué iba a hacer ninguna de las tres? Si Manu ya tendría bastante con sus propios pensamientos. Aunque hubiera actuado movido por la preocupación (Julia entendía que una familia debía aprender cuándo decir basta), pocas amistades sobrevivirían a lo que, básicamente, había sido un «todo se solucionará cuando dejes que asesinen a tu padre».

Muerto el perro, se acabó la rabia.

—¿Algo más?

Por supuesto que había algo más. Manu se removió, incómodo.

—Puede que le dijera que yo cuidaría de ellos dos si volvía conmigo a casa.

—Guao —repitió ella.

—Julia —gimió él, sujetándose la cabeza con las manos como si la notara a punto de cascar—. No quería que sonara así, pero sonó así y ya no quiso escucharme. ¡Solo quería que parase de tirar del carro! ¡Les estaba hundiendo a los tres! No quería que sonase a que eligiera entre su padre o yo, o que le daría la espalda a Emi si no me elegía a mí. De verdad que no.

—Pues para no quererlo bien que se lo soltaste otra vez tal cual anoche.

Manu reaccionó como escaldado:

—¡Porque yo tenía razón! ¡Da igual lo que entendiera! ¡Si lo hubiera dejado estar, mínimo Emi seguiría viva seguro! ¿De qué le ha servido hacerse el héroe? Si ya no le queda ni su nombre. Si todo lo que tiene es mentira, incluso tú —la señaló, con rabia—, que te creería inofensiva y mira, mira la que le has liado. ¿Cómo no va a matarte? ¿Cómo esperas que no vaya a ponerte matarratas en el café, si eso es lo que conoce? Yo lo haría, yo nos mataría a los dos.

A ti por cargarte nuestro final feliz y a mí para cerrar el círculo. Y fíjate que casi q…

Ah. Por suerte o por desgracia, Julia sabía reconocer un autosabotaje cuando lo veía, así que no tuvo otra que cortarlo por lo sano tal y como hacían Marta o ella cuando el cerebro de Pony descarrilaba: con algo inesperado.

—Feliz cumpleaños —dijo, según sacaba su regalo del bolso para plantárselo en las manos.

Fulminante, oye.

Manu calló *ipso facto,* distraído por el colorido recuadro de cartón que le había caído prácticamente del cielo. No era como Julia habría querido dárselo, pero bueno.

—Es un Labubu gamba —barbotó él tras unos segundos, sin haber hecho ni intento de liberarlo de su plástico.

—Sip.

Muy, muy despacito, la miró a los ojos.

—Sabes que soy alérgico al marisco, ¿no?

—Sip.

—Me encanta.

—Ya. —Julia asintió, pagada de sí misma—. Es una funda para los AirPods, por cierto, que he visto que siempre los llevas sueltos en el bolsillo —enarcó una ceja— y que son de distinto color. Tiene la cremallera en el culete, ya la verás cuando lo saques.

La sonrisa le salió sola con la forma en la que Manu se llevó el cartón al pecho en un gesto afectado, infantil. Tuvo ganas de revolverle el pelo, pero se contuvo.

—Me enfada que me ocultases todo eso —le dijo, aprovechando que lo veía más compuesto—. Te perdono porque todavía sigo con el

susto en el cuerpo de anoche y porque, si nos parecemos cuanto creo que nos parecemos, apuesto medio brazo a que piensas que Tirso es quien es hoy y que su madre está donde está porque hace una década fuiste un bocazas.

No tuvo ni que responder para confirmárselo, pues su cara lo dijo todo. El suspiro que exhaló después lo remató.

—*Touché.* Pero que conste que tampoco le culpo por tomarse la confesión de un desquiciado como un ultimátum. Nunca he sido muy bueno articulando mis sentimientos, y antes encima era megaimpulsivo, no pensaba en lo que decía ni cómo.

Julia sonrió aún más antes de aclararse teatralmente la garganta y:

—Como dijo un sabio; «no se puede desver lo que ya se ha visto ni desoír lo que ya se ha oído, así que solo nos queda hacer de tripas corazón y trabajar por ser todo lo valientes, listos o fuertes que desearíamos haber sido».

—¿En serio? —resopló Manu.

—En serio —asintió ella, con reverencia incluida—. Citas célebres de LinkedIn *by* Manuel Molina Montaraz.

Un nuevo silencio, este más tranquilo. Más humano. Más vivo.

Fue el momento que Tirso eligió para escribirle.

Te espero para cenar?

Julia releyó el mensaje un par de veces; Manu se lo leyó a ella en la cara.

—¿Tirso?

—Sip. —Y le enseñó la pantalla.

—Da igual lo que diga, ¿no? Vas a volver a casa con o sin matarratas en el café.

—De algo hay que morirse —suspiró ella mientras tecleaba.

Si porfa
Estoy donde Manu

Lo sé

—Preferiría que no te murieras —rezongó Manu.

—Bueno, yo lo voy a intentar.

—¿Mantenme informado? Cada tres horas, como mi conmoción cerebral, ¿te parece?

Julia sonrió.

—Lo más probable es que me desmaye en cuanto ponga un pie en casa.

Manu frunció el ceño.

—Pues te pones una alarma.

—Sí, mamá. Me voy, ¿va?

—Ten cuidado, Julia.

Salgo ya
Lo que tarde

No hay prisa
Cómo está?
Moli

Vivo

Dale recuerdos

No se los dio.

Cuando llegó a casa, Tirso paró de poner la mesa para volverse a estudiarla atentamente, tal vez intentando decodificar su estado de ánimo. Ella le sostuvo la mirada unos segundos, sintiéndose fuera de lugar en su propio hogar. Incluso Muu parecía menos suya, como siempre pegada a los talones de su novio en vez de acercarse a saludarla. Por alguna razón, fue aquel insignificante desaire lo que terminó de sorberle las fuerzas, por mucho que de normal el rico aroma de la carrillera al horno la tendría hecha gelatina.

—Aún no he dormido.

Tirso asintió mientras retomaba su tarea disponiendo los dos pares de cubiertos.

—No pasa nada. Tenemos todo el tiempo del mundo, y no quiero precipitar ninguna conversación para la que claramente necesitamos estar despejados y descansados.

—Qué considerado.

Como no mordió el anzuelo, Julia cumplió con su rutina postjornada salvo por el beso de bienvenida, aunque cierto es que estuvo dudando entre si ponerse o no el pijama. Había algo en el viejo conjunto de camiseta XXL promocional del Obramat + pantalones cortos del Primark que se le hacía demasiado vulnerable. Luego pensó que ir vestida de calle no la protegería de una puñalada trapera y se cambió.

Terminó a tiempo de encontrarse a Tirso emplatando la cena con el temple de un chef Michelin.

—Me tienes en muy baja estima si esperas comprar mi silencio con mi comida favorita.

Eso le sacó una risita breve, casi muda.

—No. Pero todo suma.

Y eso le habría sacado otra risita a ella de no ser por el nudo de su estómago, más y más prieto según pasaban los minutos sin amenazas ni fuerza bruta. No se le iba de la cabeza la ferocidad con la que esa misma mano que le servía agua le había arrancado a Manu de los brazos, ni el ruido seco de cráneo contra hormigón.

Tirso empezó a comer en silencio, en una perfecta simulación de normalidad. Julia no. Julia solo jugueteó con la carne, mareándola de un lado a otro. No sabía si se resistía a probarla por lo que había visto anoche en el matadero (el cuchillo, los cubos, los tanques) o por… bueno…

—Manu cree que vas a envenenarme.

No recibió respuesta de inmediato, sino que Tirso hizo un ruidito pensativo, de catedrático universitario, mientras sopesaba cómo afrontar la pregunta implícita.

—Moli siempre ha pecado de asumir como verdad absoluta sus propios delirios —dijo al fin—. Por ejemplo, siguió creyendo en los Reyes Magos hasta los doce años porque «cazó» —entrecomillado manual incluido— a Baltasar charlando con su madre en el pasillo.

—¿Y quién era?

—Su ligue de entonces, claro.

Esta vez sí, Julia se rio. Tirso negó con la cabeza.

—No iba ni disfrazado de Rey Mago, Julia. Solo era negro.

Rio más fuerte.

—Perdón. Es que es algo tan Manu…

Tirso cabeceó.

—Lo sé. Pero no lo digo para desacreditarlo, sino porque a mí lo que crea o no crea Moli me es indiferente. A mí lo que me importa es lo que creas tú. —La miró, muy serio—. No tengo intención de ponernos a prueba. Si no te convence, pedimos a domicilio y punto.

Uff. Se lo estaba poniendo difícil. Julia bajó la vista al plato, a punto de salivar como un perro en contra de su voluntad. Suspiró. Mira, de perdidos al río. Si iba a palmarla, que fuera haciendo lo que más le gustaba: zampando su comida favorita junto a su persona favorita.

No se le escapó la expresión satisfecha, casi complacida, de Tirso, y, durante unos segundos demasiado largos, tuvo miedo. Luego se le pasó. Ningún asesino a sueldo se arriesgaría a levantar sospechas matando tan de seguido.

Por desgracia, esa misma excusa le agrió el primer bocado. ¿Iba a estar así toda la vida, preguntándose si cada comida sería la última?

Puto Manu y su iPhone vibrando por baja batería en mitad de un matadero. Si lo hubiera dejado en el coche, Tirso seguiría siendo un asesino, pero al menos no tendría motivos para volverse contra ella.

No lo soportaba. El silencio. La tensión latente entre ambos mientras comían fingiendo que todo estaba bien. Necesitaba ruido de fondo, como el del telediario o el de su propia voz, aunque cualquier cosa que dijera desembocaría irremediablemente en muertos o excels, seguro. Pero le dio igual. Escogió el tema más alejado del tabú humano que era su novio y tiró para adelante:

—Le he regalado un Labubu gamba por su cumple.

Tirso rio por la nariz. No parecía muy sorprendido con que Julia volviera a sacar a Manu a colación; tampoco molesto, ni suspicaz. Todo lo contrario, de hecho.

—Es alérgico al marisco.

—Por eso mismo.

—Seguro que le ha encantado —comentó, como si nada. Como si estuvieran hablando de Pony, o de Marta, de alguien que llevaba años formando parte de sus vidas—. Le flipan las pijadas coleccionables. ¿De dónde lo has sacado tan rápido? Has ido directa del Obramat a su piso.

Ahí estaba, reconociendo abiertamente otra vez que la tenía vigilada. Julia no supo si tomárselo como una advertencia o como un compromiso de sinceridad. Se encogió de hombros.

—Resulta que Yolina lleva un negocio clandestino de compraventa de Labubus. Solo tuve que elegir entre los que tenía guardados en la taquilla.

Otra sonrisa risueña, sin rastro de malicia o segundas intenciones. La cabecita de Muu asomó por su lado de la mesa, suplicándole con ojos de cordero degollado que le diera un bocadito de carrillera, y él le rascó tras las orejas distraídamente.

—Siempre tienes salidas para todo, ¿eh?

—Le dijo el sicario a la cajera.

Tirso cambió de tema.

Fue raro, darse las buenas noches en el pasillo. Tirso nunca había dormido en el sofá, ni siquiera por quedarse traspuesto viendo una peli, y menos aún porque anduvieran peleados, porque

(recordemos) jamás habían discutido. Pero Tirso le deseó buenas noches y acto seguido se sacó la camiseta por la cabeza con la misma naturalidad con la que lo hacía en el dormitorio, así que Julia dio media vuelta y desfiló para la cama comprensiblemente colorada. Por desgracia, ni el peso de su conciencia la libraba de tener ojos en la cara.

También fue raro eso, dormir sola. Siempre lo era, pero las otras veces Tirso había estado de viaje, no al final del pasillo, viendo la tele con el volumen al mínimo para no molestar. Y con la traidora de su gata, faltaría más.

Se hizo una bolita. La cama era demasiado grande, el espacio tras ella demasiado frío, el agujero en su estómago demasiado profundo.

Poco después, Muu vino a dormir con ella. Se le acurrucó en la tripa como un caracol de peluche y Julia la quiso tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas.

21

Boeuf bourguignon

Cuando llegó a casa la tarde siguiente, en cambio, se la encontró vacía.

Lo supo nada más entrar, pues Muu se acercó a saludarla alegremente, cosa que no haría pudiendo quedarse en el regazo de Tirso.

El pánico fue inmediato, cegador, absoluto. Animal. Le cayó como una guillotina, le trepó por la garganta como bilis, y en cuanto pudo moverse esprintó directa al dormitorio para abrir de par en par el armario.

—Ah —se le escapó, ahí plantada como una gilipollas frente a la ropa de su novio.

No faltaba nada, ni una camisa, ni un cinturón. En la percha tras la puerta seguían colgados los dos conjuntos deportivos que usaba para teletrabajar y como pijama, en la mesilla de noche su querido e-book, en el baño su maquinilla de afeitar conectada al cargador. El lavavajillas estaba puesto. La colada, tendida.

Por un momento había creído que… que Tirso se había…

Tragó saliva. Normalmente siempre volvía del gym antes que ella del trabajo, pero aquel día debía de haberse entretenido, o quizá se

le había pasado avisarla de que después saldría de cervezas con los gemelos. Total, era viernes. Los viernes estaban para salir de tardeo, no para hablar de necrofinanzas con tu novia.

Y aun así, aun así…

Aquella no debería haber sido su primera reacción. Se refería al pavor. Debería haber sentido esperanza por la posibilidad de que Tirso hubiera decidido cortar el problema de raíz marchándose para no volver mientras ella estaba fuera, como bien había pretendido en un principio. Y lo entendía, por supuesto que sí. Habría sido lo más compasivo por su parte, lo más *Tirso.* Priorizarla por encima de todo. Priorizar su ética (saberlo la ponía en un compromiso), su seguridad (saberlo la convertía en cómplice) y su paz mental (saberlo la hacía recelar de él). Quitándose de la ecuación, Tirso le devolvía el libre albedrío para delatarlo u olvidarlo sin la asfixiante presión de su presencia. O, cuando menos, compraba su silencio a cambio de la promesa de una vida normal, sin matarratas hipotéticos ni cadáveres por San Valentín.

Pero Julia le había pedido que se quedara, y eso había hecho.

Si era una forma de ganar tiempo para reconsiderar su estrategia, como decía Manu, ¿cuánto tardaría en mover ficha?

Si, por el contrario, era una prueba de que realmente la quería, ¿cuánto estaría dispuesto a ceder? ¿Podría conseguir que levantara la mano con Manu? ¿Convencerlo de que guardaría el secreto?

Julia miró al espacio vacío de la gatocam. La verdad, echaba de menos que Manu pudiera hablarle a través de los altavoces en cualquier momento, aunque nunca se había conectado sin un buen motivo. Por supuesto, seguían en contacto mediante el chat de su app, pero a diferencia de en WhatsApp ahí no podía ir chequeando

la última vez que había entrado, o si estaba en línea, o escribiéndole, o… vivo, básicamente.

Apretó las llaves de casa en el puño, todavía en bambas y con el bolso al hombro, intentando controlar las riendas de su imaginación (ansiedad). No significaba nada que Tirso llegara tarde ni que Manu llevara sin entrar al chat desde mediodía. Tirso no le haría eso. Tirso no se escabulliría a sus espaldas a rematarlo después de que ella arriesgara la vida para impedirlo. No tendría sentido, ¿verdad?

¿Verdad?

Muu empezó a maullar, curvando la cola en forma de signo de interrogación mientras se encaminaba toda ilusionada hacia el recibidor. Obviamente, el tintineo de las llaves de Tirso repicó poco después, y cuando abrió la puerta lo hizo con una sonrisa tan suave que ni siquiera se le marcaba el hoyuelo, ya buscando a Muu con la mirada. Se le atenuó un poco cuando Julia atrajo su atención, aunque no desapareció del todo. ¿Buena señal?

—Ah, creía que hoy también irías a ver a M…

—¿Dónde estabas? —le cortó ella, seca. Rechinante.

—Mmm, pues…

Tirso se giró de costado para enseñarle la bolsa de rafia que traía llena hasta los topes. Todavía tenía el pelo mojado, así que debía de haberse pasado por el súper al salir del gym. Julia no se achantó:

—Hicimos compra este domingo, hay de todo.

—Ya, pero est…

—Enséñamelo. Enséñame qué has comprado.

En vez de protestar, Tirso obedeció, bajándose una de las asas al codo para que pudiera echar un vistazo al interior de la bolsa. Un paquete de carne roja, zanahorias, champiñones, una botella de

Ribera…, entre otros muchos productos del estilo. Julia lo miró, descolocada, y él enarcó una ceja. Por el comienzo de sonrisa que trataba a todas luces de disimular, la situación parecía divertirle.

—¿P-para qué quieres todo eso?

—Para tirarlo por el váter —resopló Tirso, irónico pero no desdeñoso—. ¿Tú qué crees?

No esperó a que respondiera antes de apoyar la bolsa sobre la barra de cocina y empezar a vaciarla. Cada cosa que sacaba costaba más que la anterior, nada de marca blanca. Desde luego, no era su típica compra del mes.

—¿Puedes ir sacándome el bol de las palomitas y la tabla de cortar, por favor? —le pidió Tirso, mientras separaba la compra en dos montones; uno para guardar y otro para…—. Tengo que dejar marinando la carne toda la noche.

Julia siguió sin moverse, demasiado concentrada en intentar descifrar qué estaba pasando como para escucharlo. Tras unos segundos, él se detuvo para volverse a mirarla, esta vez más blando que divertido.

—Se te ha olvidado, ¿verdad?

—¿El qué?

—El cumpleaños de tu madre —rio Tirso, agitando elocuentemente el vino tinto en su dirección—. ¿Que quedamos en que nosotros nos encargábamos del principal y tu hermana del postre?

Pues sí. Se le había olvidado. Julia se cubrió la cara con las manos, horrorizada ante la perspectiva de pasarse todo el día siguiente donde sus padres con la perfecta de su hermana y el criminal de su

novio. Y encima cocinando, para más inri. Tirso volvió a reírse al oírla soltar un gemido quejumbroso.

—¿Vas a hacer ternera guiñón?

—*Boeuf bourguignon* —corrigió él, con su perfecta dicción francesa—. Y ni que tuviera otra opción. Tu madre prácticamente me puso una pistola en la cabeza.

Suspiró. Tampoco es que hubiera tenido muchas ganas de abordar El Tema™ aquella noche, pero ahora ya sí que ni de coña se lo sacaba. Antes la muerte que arriesgarse a presentarse en el cumpleaños de su madre sin guiso y sin novio.

Total, ¿qué más daba un día más que un día menos?

Al menos comería rico.

Si a Julia le había hecho poca gracia la idea de un sábado en familia, enterarse de que tenían que personarse allí a las *diez de la mañana* fue ya el acabose. Por lo visto, preparar el dichoso guiso gabacho requería un total de *cuatro horazas* (y eso sin contar el marinado previo), cosa de la que, para su escarnio y sorpresa, toda su familia estaba enterada. Sus padres los recibieron con café recién hecho, bollería «saludable» y los utensilios necesarios para la *bourguignon* dispuestos en orden de uso sobre la enorme encimera de su igualmente enorme cocina.

—Vaya cara me traes —fue lo primero que le dijo la cumpleañera, a traición, mientras Julia le daba su besito felicitatorio—. Uff. Ya sabes dónde tengo el maquillaje.

—Es porque me acabo de levantar —se defendió ella, agotada por adelantado.

—Bueno, hija, por Dios. ¡Qué humos desde por la mañana!

—Pero si no te he hablado mal…

—¿Qué te dije? —Su madre se volvió hacia Tirso, quien ya se había puesto manos a la obra pescando la carne de la marinada—. Zombi hasta las once. Y tú querías empezar a las nueve…

Este solo emitió una risita neutral antes de rescatarla con perfecto disimulo:

—¿Me ayudas, amor?

—Claro. ¿Qué hago?

—Cuela las verduras mientras yo seco la carne, porfa. Y, si puedes sacarme ya de paso el beicon para el sofrito, te lo agradezco.

—Primero las verduras y luego lo de la sartén —se entrometió su madre, no muy convencida de que Julia supiera seguir instrucciones básicas—. ¿Seguro que no quieres que te eche una mano?

Otra sonrisa radiante *made in Tirso* y:

—¿Y tenerla trabajando en su cumpleaños? Solicitud improcedente, Su Señoría.

Y, durante un ratito, cada uno se entretuvo con lo suyo. Sus padres a ponerlos al día mientras daban cuenta del desayuno, su novio a sofreír, dorar y demás mientras bebía sorbitos de su café con leche y ella a cumplir su papel de pinche en completo silencio mientras deseaba estar en cualquier otro lugar. El día, a la vista estaba, no había empezado con el mejor pie, así que dejó que Tirso cargara con el peso de encauzarlo. Julia quiso convencerse de que era su manera de castigarlo por sus crímenes, pero para cuando el sanguinario mercenario hubo metido la querida olla Le Creuset de su madre al horno y les propuso reasentarse las *dos horas y media de espera* en el jardín a punto estuvo de concederle la amnistía.

Cuando por fin se quedó sola en la cocina, Julia miró el reloj. Las 10:39.

Dios. No habían pasado ni cuarenta minutos.

Ponderó sus opciones. Aunque nadie se lo había pedido, recoger y fregar los bártulos podría excusarla unos minutos maravillosos y, aunque tampoco había planeado maquillarse, hacerlo le ganaría otros tantos (con el plus añadido de tener contenta a su madre).

Satisfecha con el plan, puso las cosas en agua para reblandecer los residuos de comida y marchó creyéndose la más lista del lugar al baño del piso superior, donde esperaba sumar por lo menos veinte minutos entre «buscar» las pinturas de su madre y emperifollarse. Luego alargaría lo máximo posible el proceso de limpieza, removería y analizaría la pinta del guiso para tener algo que reportar al salir al jardín ya toda despabilada, peripuesta y eficiente.

Lamentablemente, Mónica existía.

Se la encontró al bajar de vuelta a la cocina, terminando de aclarar el estropajo. En el escurridor, los cacharros que había dejado a remojo en el fregadero. En la vitro, la sartén del sofrito lista para cuando le llegara su segundo asalto. En la encimera, su famosa tarta de frutas casera, tan perfectísima como ella.

—¡Uff, vaya ojeras! —le dijo su hermana mayor por todo saludo al volverse hacia ella—. ¿Mala noche? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

«Morirme», respondió en su cabeza.

—No, gracias —respondió en voz alta, sin poder evitar una sonrisa contrariada—. ¿No te esperábamos hasta las… —miró el reloj— dos o así? Son las once.

Mónica asintió.

—En eso habíamos quedado, pero luego pensé en lo especialita que se pone mamá con la cocina y supuse que necesitaríais refuerzos para mantenerla fuera del perímetro. —Puso los ojos en blanco—. He visto que Tirso ha conseguido sacarla al jardín, pero en cuanto vayas a hacerle el relevo lo seguirá hasta aquí. ¿Te parece que le demos el regalo ahora y ya me quedo yo con ella fuera?

Ahora fue su turno de asentir, mitad agradecida mitad picada con Mónica por arreglarle la vida con su característico altruismo, más parecido a una maniobra militar que a un favor puntual. Característico, que no raro. Julia suponía que, cuando se dirigía una unidad de urgencias pediátricas, una aprendía rápido a estrategizar para cualquier tipo de madre.

Mónica era… todo cuanto ella no era. Alta alta como un pino, pesaba menos que un comino y coherente, consecuente y comprometida tanto con sus deberes como con sus derechos. Había heredado de su madre la melena larga y lustrosa, de su padre las manos de pianista y de ambos el tesón de querer superarse a uno mismo cada día.

Por un lado, Julia la quería muchísimo. Era su hermana, a fin de cuentas, y Mónica la había mimado como tal.

Por otro, el simple concepto de *Mónica* la frustraba a rabiar. La repartición genética no había estado muy acertada con ellas. No podía ser que una fuera la definición de intachable y la otra un sinónimo de aceptable. Era injusto para todos los implicados, pero sobre todo para Julia.

—¿Seguro que estás bien? —le susurró justo antes de salir al jardín, empujando entre ambas el regalo de la cumpleañera; una refinada pajarera en cuyo interior aleteaban dos periquitos

monísimos. No hacía falta aclarar quién había pensado, comprado y preparado todo—. Te veo un poco…

—Ya —la cortó ella—. Tu madre ha sido muy vocal con mi cara hoy.

Mónica se detuvo con la excusa de recolocar el pañuelo cubriendo la pajarera, pero se conocían demasiado bien como para que Julia cayera en esas tretas. Se lo confirmó en cuanto su hermana la miró a los ojos por encima del armatoste. Los tenía del mismo color pardo de su abuela, verde alrededor de la pupila y castaño después, mientras que a Julia le había tocado tenerlos marrones enteros.

—Mamá está preocupada —le dijo—. Los tres. Hace meses que apenas escribes en el grupo y solo respondes con emojis. Hasta esta mañana creíamos que se te había olvidado su cumpleaños. Y sé por papá que casi nunca les coges el teléfono. ¿Pasa algo, Julia?

«Qué no pasa, más bien».

—Lo siento —no tuvo otra que disculparse ella, incapaz de sostenerle la mirada—. Estoy… Ni me había dado cuenta, perdona. Se me han acumulado muchas cosas.

Su hermana entornó los ojos, suspicaz.

—¿Qué cosas? ¿Se están pasando contigo en el trabajo? Recuerdo que en primavera me pediste un justificante, me pareció rarísimo… Me quedé en que te habían subido a jefa de departamento pero no el sueldo, ¿protestaste eso al final? ¿No? Ah, entonces, ¿es por Tirso? ¿Estáis m…?

—¡NO! ¡Está todo bien! ¡Estamos bien! ¡De puta madre!

La forma en la que Mónica alzó las cejas le dijo que no creía que estuvieran de puta madre, pero tras unos segundos de estudiarla con ojo crítico se encogió de hombros.

—Tú misma. Le diré a mamá que pare de hacer cábalas.

Julia arrugó la nariz.

—¿Qué cree que estoy, explotada o depresiva?

—Ambas —contestó Mónica sin pestañear—. Y, si quieres saber mi opinión profesional, te diré que tiene motivos para pensarlo. Aunque —añadió, cuando la vio amagando con protestar— yo no creo que sea eso. Yo lo que creo es que Tirso es trillonario y no quieres decírselo a mamá para que no se vuelva loca pensando en las repercusiones socioeconómicas de vuestra posible ruptura.

A ver. Puesto así, no iba muy desencaminada. No porque Tirso fuera trillonario (sinceramente, ¡a saber!), sino porque desde luego Julia se estaba callando un detalle la mar de relevante sobre su novio que sí podría tener nefastas consecuencias para ella si cortaban. O incluso *ser* la consecuencia de algo peor.

Alguna mueca tuvo que poner, algo tuvo que leerle Mónica en la cara, pues respiró hondo, negó con la cabeza y resolvió:

—Sea lo que sea, ten en mente que no estás sola, ¿vale? Puedes venirte a mi casa cuando y cuanto quieras, sobre todo ahora que voy a mudarme a una mucho más grande.

—Es verdad —musitó Julia, sintiéndose culpable por no haberle ni preguntado por su nuevo chalet—. ¿Ya sabes cuál vas a quedarte?

Mónica sonrió. Eso era un sí.

—¿Quieres verla? Por fuera, digo. Está al final de la cuesta. Podemos pasarnos por la tarde, para bajar la comida.

¿Qué iba a decir? Pues que claro. Hacía mucho que no veía a su hermana mayor realmente emocionada por algo, siempre volcada en salvar vidas diminutas, de la misma manera en la que haría mucho que ella no veía a su hermana menor realmente abatida por algo.

A la de una, a la de dos y a la de tres, Mónica abrió la puerta del jardín y Julia apartó las cortinas para dar paso a la pajarera al son de un terriblemente desafinado cumpleaños feliz.

—Ya me preguntaba dónde te habías metido.

Julia dio un respingo y se giró cuchillo en mano. Tirso alzó los brazos en son de paz, aunque sonreía, con hoyuelo y todo.

—¿¡Qué haces!? —ladró ella, con la adrenalina disparada—. ¡Podría haberme sajado un dedo!

—Perdón. No sabía que estabas… ¿Qué andas haciendo?

Casi renuente, Julia se apartó lo justo para que viera el puñado de champiñones Portobello sobre la tabla de cortar. Él, cómo no, cabeceó. Estaba al ras de necesitar un corte de pelo, y por primera vez se preguntó si de verdad le gustaba llevarlo así, con esa media melenita que le quedaba tan bien, o si simplemente le era más cómodo en su… línea de trabajo. Para recogérselo, o para localizarlo si algún cabello caía donde no debía. No, seguro que no tendría nada que ver. Total, lo más seguro siempre sería raparse. ¿Y por qué no se rapaba? ¿Tanto confiaba en sus «limpiezas»?

Sin decir nada, Tirso sacó otra tabla, otro cuchillo, y se agenció buena parte de los champiñones para trocearlos por su cuenta a su derecha. Julia mantuvo los ojos fijos en la tabla. No quería verlo manejar el cuchillo, por lo que podría recordar al hacerlo, aunque nada pudo hacer contra el golpeteo rítmico de filo contra madera: cada chop chop chop la transportaba irremediablemente al matadero.

Por supuesto, terminó mucho más rápido que ella.

—Ay, has fregado ya la sartén. Gracias.

—Ha sido Mónica.

—Bueno, pero seguro que tenías pensado hacerlo.

—¿Por qué? ¿Porque soy así de servicial?

—No, porque así tenías otra excusa para esconderte aquí dentro un rato más.

Julia paró de cortar y lo miró. Tirso ya le devolvía la mirada, más blando de lo que habría esperado.

—¿Siguen comentando artículos sobre periquitos? —preguntó ella, esperanzada.

—No. Ahora han pasado a debatir sobre marcas de alpiste.

El gruñido le salió solo.

—Entonces prefiero seguir picando champiñones, gracias.

—Sí, chef. Avísame cuando acabes.

Y se apoyó en la isleta de la cocina de brazos cruzados, mirándola tranquilamente trocear champiñones. Julia aguantó un minuto entero (dos champiñones) antes de girarse hacia él toda ceñuda:

—¿No tienes otra cosa que hacer?

—No hasta que acabes —sonrió Tirso, con cierto retintín burlón para nada Tirso.

—Pues nada, sigue tú.

—Sí, chef.

Acató sin rechistar, como el perfecto novio que fingía (¿fingía?) ser. Julia aprovechó para estudiarlo atentamente, tal como había hecho él con ella antes. Alto, corpulento, fuerte, sano. A pesar del calor, había escogido una camisa de manga larga para la ocasión, ahora arremangada hasta los codos, exponiendo el entramado de venas oliváceas en sus antebrazos. Sus manos siempre habían sido

suaves, sin durezas de levantar peso en el gimnasio o muertos en el matadero, aunque a veces se preparaba tremendas escabechinas en los pulgares que tardaban semanas en curar. Aquella mañana, por ejemplo, dos tiritas gemelas traicionaban la carnicería de debajo. Julia había visto cómo empezaban. Lo había visto apuntalarse el pellejo con la uña repetitivamente mientras volvían del matadero. ¿Sería un tic de nervios, de remordimientos? ¿Aparecería solo cuando mataba, o era pura casualidad? Si hacía memoria de tiritas pasadas, ¿coincidirían con las fechas del excel?

O quizá estaba dándole demasiadas vueltas, intentando ver señales de moralidad donde no las había. Humanizar al asesino. Pero es que así, bañado por la luz del mediodía y de punta en blanco, se le hacía complicado, casi imposible, superponer aquella imagen con la del monstruo de negro despiezando un cadáver bajo el duro haz de un foco LED.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó él entonces, sin siquiera mirarla—. ¿Que planee matarte o que prometa hacerlo si me delatas?

Se le cortó la respiración. No esperaba… Ahí mismo, en la cocina de sus padres, con la cháchara animada de su familia repicando hasta ellos desde el jardín. Julia ojeó por puro instinto la puerta, pero estaba claro que a esa distancia ninguno podría oírlos. Al fondo del pasillo, las cortinas de cuentas que los separaban del exterior castañeteaban mecidas por una plácida brisilla veraniega. El mundo seguía girando. Tirso seguía picando.

—Ambas y ninguna —respondió al fin, atreviéndose a volver la vista hacia él—. Los dos hemos tenido oportunidades de sobra para… adelantarse al otro, digamos. Tú podrías haberme apuñalado

en el matadero, y yo podría haber ido a la policía en vez de al trabajo.

—Mmm. En realidad no.

Por un momento, el corazón le latió tan fuerte que le pareció que incluso Tirso ladeaba ligeramente la cabeza en su dirección, oyéndolo alto y claro.

—«En realidad no» ¿qué? —consiguió articular.

—Que en realidad no podrías haber ido a la policía en vez de al trabajo —aclaró él, sin parar ni un segundo de chop chop chop—, porque en cuanto yo viera adónde te dirigías no me habrías dejado otra que desquitarme con tu amiguito, cosa que no tendría sentido contando con que ni dos horas antes pusiste su vida por encima de la tuya. Así que, *en realidad,* yo *sigo* sin tener garantías de que no vayáis a ir juntitos a joderme la mía.

Julia boqueó. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué estaba insinuando? ¿Que aquí quien tenía la mano perdedora era él, el asesino a sueldo, porque dos panolis a los que encima había pillado a la primera podrían chivarse a los de arriba?

—¿Que no lo hayamos hecho todavía no te parece prueba suficiente?

Tirso resopló, ácido.

—¿Y tengo que creerme que no estáis conspirando en mis putas narices como al parecer lleváis haciendo mínimo cinco meses?

—¿¡Y yo tengo que creerme que estoy a salvo contigo cuando ibas a cargarte a un tío que conoces desde hace veinte años sin pestañear!?

Silencio. Ahora sí que sí, Tirso paró de trocear. Lo hizo para mirarla con el ceño fruncido, con los ojos entornados, como si acabara de

hablarle en otro idioma. Ella desvió la vista nerviosamente hacia el pasillo, aunque sabía que había siseado más que chillado, de la rabia.

—¿A qué tío? —tuvo la desfachatez encima de preguntarle el muy psicópata—. ¿A Moli? Pero ¿de dónde coño te sacas que iba a matar a Moli? ¡Antes me mata él a mí!

¿Perdona? *¿Perdona?*

—Tirso. Que yo estaba allí. Que si no llego a ponerme en medio…

—No hubiera pasado absolutamente nada. Solo iba a dejarle KO para que me dejara faenar tranquilo.

—¿¡Con el cuchillo!?

—Con el MANGO del cuchillo —corrigió, exasperado, al tiempo que escenificaba el asunto con el propio cuchillo de cortar. La verdad, visto así, sí que parecía que no apuntaba tanto a rebanarlo como a… No. ¡No!

—TIRSO —casi rechinó Julia, conteniendo la pataleta a duras penas—, pero ¿¡cómo quieres que me trague eso!? ¡Pónmelo más fácil! ¡Invéntate algo mejor! ¡Algo *creíble*!

Esta vez, el resoplido de su novio no fue ácido, ni mordaz, solo resignado. Su respuesta, también:

—Julia, no soy actor. Hago las cosas tal cual me nacen, no según si son creíbles o no para un posible espectador. Y menos aún para posibles *testigos,* ya que no suelen vivir para contarlo.

Hasta un niño habría captado el significado implícito de aquella simple afirmación. Acababa de confirmarle que nunca dejaba cabos sueltos, y que ella (ellos) eran la única excepción a la norma.

De momento.

No supo qué contestar. De hecho, no supo ni cómo reaccionar salvo estarse muy quieta, muy callada, mientras Tirso finiquitaba los champiñones como si nada. Justo cuando abría la boca para balbucear a saber qué, un ruido estridente acuchilló con su timbre la cupulita de secretos en la que se había convertido la cocina, tan repentino y tan exagerado que Julia brincó como electrocutada. Cómo no, Tirso ni se inmutó mientras alcanzaba el minutero para detenerlo.

—Bichejo del demonio —masculló ella, con una mano sobre el corazón—. No sé cómo no les ha dado ya un infarto.

—Mmm —se limitó a responder él, risueño, antes de tenderle el minutero.

La verdad, Julia agradeció tener algo que sostener entre las manos en lo que Tirso abordaba el siguiente paso de la receta. No le pidió nada más, ni siquiera que le sacara la mantequilla de la nevera para saltear los champiñones o que le abriera la puerta del horno tras añadirlos a la olla. Bueno, sí que le pidió algo, pero ya cuando hubo desterrado tablas de cortar, cuchillos y sartén al fregadero:

—Sesenta minutos.

—¿¡Tanto!?

Tirso solo sonrió, así que Julia solo cumplió, girando el engranaje hasta el tope.

Y, luego, silencio. Cada uno se quedó apoyado en su extremo de la cocina, encajados en esquinitas opuestas de encimera con los brazos cruzados, sosteniéndose la mirada el uno al otro. Unas carcajadas irrumpieron desde el jardín, recordatorio de que ninguno de los dos estaba en terreno propio.

—Deberíamos volver —carraspeó Julia finalmente, aunque no hizo amago de moverse.

Él negó con la cabeza:

—Sal tú, si quieres. Yo tengo que vigilar que no reduzca demasiado.

—¿Toda la hora?

Eso le ganó una sonrisita comedida, como si no le importara que su novia lo hubiese pillado en un renuncio. O, más bien, como si hubiese sabido que lo haría.

—Un ratito.

Vale. *Vale.* Aunque Julia no conocía de nada al Tirso sicario, empezaba a identificar algunos patrones. Ahí su Tirso le habría preguntado por alguna anécdota a medio contar del Obramat, o por las Martas, dándole así vía libre para elegir cuánto enrollarse según si necesitaba o no asilo mental de su familia. Aquel otro Tirso, en cambio, no se arriesgaría a hacerla creer que quería retenerla a su lado, o a presuponer que conocía a esa otra Julia que también era ahora ella para él.

El corazón le dio un vuelco traidor. Ninguno tenía pruebas que pudieran ganarle la confianza del otro, pero ambos seguían allí, esperándolas. Que, en cierto sentido, ya era en sí una muestra de confianza. O, por lo menos, de esperanza.

Y, como bien decía Pony a sus pacientes de terapia matrimonial, la única forma de recuperar la confianza perdida era convirtiendo las mentiras en verdades y las dudas en certezas. Es decir, preguntando.

Así que eso hizo:

—La otra noche, me dijiste que nada de lo que me habías contado nunca era mentira.

—Ahá.

—Y después, cuando ibas a irte, te pedí que te quedaras si…

—Si había algo que romper, sí.

—Y respondiste que sí.

—Ahá.

Otro silencio. Julia se mordisqueó el carrillo; Tirso esperó unos momentos de cortesía antes de:

—¿Cuál es la pregunta?

Pero si estaba claro, ¿no? ¿Qué más datos quería? ¿Necesitaba que se lo diera todo mascadito, como a un crío?

—Que si… Que si yo soy parte de esa existencia «mundana» que usas de fachada para encubrir tu verdadera cara.

Tirso cabeceó. Por suerte o por desgracia, la incertidumbre no duró mucho:

—Sí y no.

Ni que decir tiene que Julia se envaró, tratando de mantener el gesto lo más pétreo posible. Pues ya estaba. Ahí tenía su respuesta. La confirmación de que no era más que su tapadera.

—Ah —prácticamente graznó, seca.

—Solo he contestado tu pregunta —apuntó él, y tuvo el valor de *sonreírle*—. Pero, por tu cara, me da que debería matizar un poco. ¿Me dejas?

—Te dejo.

—Gracias. —Y, por *su* cara, Julia diría que Tirso parecía encantado con cómo estaba yendo la conversación. Ella, comprensiblemente, más bien empezaba a calentarse—. Sí, formas parte de mi existencia

mundana. Pero esta existencia mundana no es ninguna fachada, ni lo que hago una vez cada nosecuantos meses es mi «verdadera cara». —Hizo una pequeña pausa pensativa—. Antes sí que lo era, al principio. Cuando empecé de cero, todo cuanto hacía tenía por objetivo disimular su tejemaneje correspondiente. Cambiarme de nombre, de banco, de barrio, de amigos… Rutinas, aficiones, gustos. Era más teatro que vida. Hasta que te conocí.

Ah, no, no, no. Ni de coña. Julia chasqueó la lengua.

—Si piensas venirme con el cuento de que yo le di sentido a tu vida falsa, ya te voy adelantando que no va a funcionar.

Él se rio:

—No, no. Lo que me diste fue miedo.

—¿Perdón?

Volvió a reírse. Una risita breve, desenfadada, más propia de alguien mucho, mucho más joven que ellos, de alguien con las manos limpias de sangre.

—Ya te lo he dicho; todo tenía su objetivo. Para cuando nos conocimos, llevaba *años* matando. Me creía muy listo. Irrastreable. Y fue verte y lo primero que me sueltas es que cómo se me ocurre comprar cinta aislante, cuerda y un serrucho en efectivo. —Alzó las cejas, como diciendo «¿Me entiendes?». Qué pregunta. Desde luego que lo entendía—. Me cagué vivo. Me había… relajado. Y, aunque luego resultó una falsa alarma, no podía permitirme que una cajera de mi almacén particular pudiese unir los puntos más tarde. Porque olvidarte no te ibas a olvidar, fue una interacción demasiado…

—Vergonzosa —ofreció ella, impávida pero roja.

—Reseñable —dispuso él, sin pizca de burla en la voz—. Tenía que conseguir recontextualizarla, darle otro significado. Para que, si

alguna vez te hacían las preguntas adecuadas, te fuera totalmente inconcebible asociarlas conmigo.

Julia bajó la vista al suelo, incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo. Y ella lo había llamado *meet-cute.*

—Por eso volviste al día siguiente. Con el cóctel para cloroformo y la pala.

—Ahá. Tenía que dejarte claro que para mí era una broma.

Una broma, decía. Julia asintió. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Si ya estaba todo dicho.

—Vale —logró responder al fin, solo para sacar la pelota de su tejado—. ¿Y lo de invitarme a cenar fue parte del plan de contención o ahí ya le habías visto el punto a liarte con una cajera de tu almacén particular?

—¿Cómo?

Cuando volvió a mirarlo, Tirso tenía el ceño fruncido. Ah, bueno, claro. Todavía ignoraba hasta qué punto su amiguito y su novia lo tenían calado.

—He visto las grabaciones. Enseñas mi llavero de empleada en otros Obramats para que no sospechen de ti.

No se le escapó el destello no tanto asombrado sino maravillado que cruzó los ojos negros de Tirso al oírla, reacción del todo contradictoria a lo que Julia habría esperado. Aunque nada de esa conversación estaba saliendo como habría esperado.

—No voy a negar haberme aprovechado de tu posición —respondió él, diplomático cuando menos—. Pero no es por eso por lo que quise mantenerte cerca.

—¿Y entonces por qué?

—Porque siempre estás atenta al detalle. Te lo he dicho muchas veces, que te fijas en todo, en todo cuanto te rodea. No se te escapa ni la cosa más tonta, ni la más… irrelevante. —Tirso negó con la cabeza, esbozando una media sonrisa afectuosa—. En esa primera cena juntos me pillaste tantas incoherencias simplemente charlando sobre desde cuándo tenía el Focus que me planteé despacharte.

—¿C-cómo? —casi balbució ella, pálida de súbito.

—Julia, eres como un puto perro policía. Y ni siquiera te das cuenta, es increíble. Acertaste dónde vivía por el tiempo que tardé en recogerte del trabajo y por la zona del parking en que aparqué y no pude ni colarte que había estado los dos últimos años teletrabajando desde Lourdes porque en cuanto te subiste al coche me soltaste toda emocionada que la canción que sonaba en la playlist había sido finalista de la primera edición del BenidormFest y que qué raro porque ya nadie se acordaba de ella y a ti te encantaba y, claro, dime tú qué pintaba yo en Francia viendo el Benidorm Fest si no era un eurofán y *ni de coña* iba a pasarme el resto de mi vida fingiendo ser adicto a Eurovisión.

Silencio. Tirso tomó aire; Julia se tapó la boca con la mano para disimular la sonrisita incrédula que le picoteaba en los labios.

—Podrías haberme dicho que te la enseñó un amigo —propuso, divertida en contra de su voluntad—. Bueno, un examigo. Alguien que no pudiera verificar la historia.

—Sí, porque hablarte de mis examigos ya hemos visto que no da problemas ni nada.

Ahí sí que no pudo hacer otra cosa salvo reírse. El modo en que Tirso la miró le aleteó en el estómago como la primera vez. La puso

nerviosa. Le dio vértigo. Y él debió de darse cuenta, porque la liberó de sus ojos entreteniéndose con el horno, chequeando que la *bourguignon* estuviera reduciendo como debía.

—Entonces —carraspeó Julia tras unos minutos de respiro, mientras él vertía un chorrito de caldo a la olla—, ¿estás conmigo por… cautela? ¿«Mantén a tus amigos cerca pero a tus enemigos más»? No lo entiendo.

Tirso tardó en contestar. De hecho, le pareció incluso que se tomaba su tiempo para enroscar el tapón del caldo, como si no tuviera muy claro lo que quería responder. O qué palabras usar. Al final, volvió a cruzarse de brazos y dijo:

—No. Es obvio que me venías bien en más de un sentido, primero por tu trabajo y luego porque me obligarías a no bajar la guardia, pero la razón es mucho más sencilla, y creo que, en el fondo, nunca has dudado de que te quiero.

Tocada y hundida.

No recordaba la última vez que había tenido tantas ganas de tocarlo, de refugiarse en su abrazo, como una cría en la cama de sus padres después de una pesadilla. Pero de aquella pesadilla no podía despertar, ni tampoco volver a dormirse. Y Tirso la miraba como si sintiera lo mismo, como si le doliera físicamente no poder acunarla como siempre y susurrarle al oído que todo saldría bien.

Ojalá no le creyera. Habría sido mucho más sencillo. Ojalá fuera más valiente, o menos moral. Aunque tampoco se consideraba especialmente beata. Incluso habiendo crecido en un hogar donde la justicia se aplicaba a rajatabla, para los buenos y para los malos, Julia siempre había creído en los matices. En que la intención, a veces, pesaba más que el crimen.

Pero eso valía para actos por amor o por el bien mayor, no por… por lo que fuera que sacara Tirso de matar. Ahí Julia no se hacía ilusiones: si el homicida de su novio se guiara por algún tipo de código ético para aceptar o rechazar encargos, ya se lo habría dicho.

Seguían mirándose, seguían callados, queriendo acortar la distancia entre ambos y resistiéndose. Él porque no querría que lo acusara de juego sucio; ella porque sabía lo influenciable que era. Ninguno precipitaría una respuesta de la que pudiera arrepentirse en frío.

Julia suspiró. Solo veía una forma de salir de la encrucijada:

—¿No puedes… dejarlo?

Una vez más, Tirso consideró su pregunta sin prisa, desviando la vista hacia el soleado ventanuco de la cocina mientras (suponía) barajaba sus opciones.

—Podría —concluyó finalmente, con un desenfadado encogimiento de hombros—. Creo que Shigure ya no me lo reprocharía, sobre todo si es por una brecha de seguridad. Le haría gracia que me haya pillado mi novia, de hecho.

—Quién es Shigure.

—Mi… intermediario. O mi empleador, dependiendo del día.

—¿Insider Solutions?

De nuevo esa chispa en sus ojos negros. Empezaba a pensar que era admiración.

—Sí.

—Y has dicho que ya no te lo reprocharía. ¿El qué, irte? ¿«Dimitir»?

—Ahá.

—O sea, que antes no podías.

—Eso es. —Tirso enarcó una ceja—. ¿No prefieres que te lo cuente todo desde el princip…?

—No —le cortó—. No es lo importante.

—¿Y qué es lo importante?

—Que *puedes* dejarlo. La decisión es tuya, me refiero.

Tirso asintió. Y ya.

Y ya.

—Pero no vas a hacerlo —comprendió Julia.

Esta vez no tardó en contestar, como si hubiera estado esperándolo. Seguro que había estado esperándolo. Resuelto, casi altanero, abandonó su recodo de encimera para ocuparse de los cacharros del fregadero y dijo:

—¿Por qué debería? No todo es matar. —Cada vez que mentaba la dichosa palabrita ella ojeaba por puro acto reflejo la puerta del jardín. Tirso, en cambio, no parecía muy preocupado por lo que pudieran oír sus suegros, enjabonando plácidamente los cuchillos—. La inmensa mayoría de mis encargos son ilegalidades de poca monta. Advertencias, ajustes de cuentas, sanear alguna que otra escena del crimen…, cosas así. Minucias. Pero dan mucha pasta.

¡Minucias, decía! A Julia el resoplido le salió solo, mitad pasmada mitad resentida.

—¿Y para qué quieres tú tanto dinero?

—¿Y quién no lo querría?

—Pero ¡si ni siquiera le sacas partido! ¡Vivimos de alquiler en un piso de cincuenta metros cuadrados! ¡Te compraste un Sandero!

—Bueno —concedió Tirso, mientras colocaba cada cosa en el escurridor—, ya te fui adelantando que cobraba bien. Pensaba decirte que Yldra me había pagado una millonada por pillarles al

hacker ese que les tiene fritos. Pensaba decirte que no tenías que volver a trabajar nunca si no querías. Pensaba comprarte un chalet. —Sonrió, sin mirarla—. Y un diamante.

¿¡Cómo!?

—NO INTENTES DISTRAERME.

Él se rio, divertido, y alzó los brazos en señal de rendición. Dios, los tenía enormes. Suponía que para crujir cuellos necesitaba tenerlos así.

Silencio. Tirso podría haberse vuelto a su lado de cocina, pero se había quedado donde estaba, a un metro escaso de distancia. La *bourguignon* empezaba a oler a gloria y Julia era débil, muy débil.

—¿Es por tus padres? —aventuró, muy bajito—. ¿Porque ellos se quedaron sin nada?

No supo interpretar su expresión. Ceño fruncido, ojos entornados, cabeza levemente ladeada, como tratando de descifrarla a ella y no ella a él.

—Es… una de las razones. No quiero que vuelvan a necesitar nada, nunca.

Ni mil alertas antitornado la hubieran puesto tan en guardia como aquella respuesta. Julia se quedó rígida, se quedó pálida, se quedó muda. No, no era… Seguro que…

—Julia. ¿Qué pasa?

—¿A qué te…? —carraspeó—. ¿A qué te refieres con que «no vuelvan a necesitar nada»?

Tirso enarcó una ceja.

—A lo que suena. Hasta el día en que ya no estén, no les faltará de nada.

—Tirso, tus padres están muertos.

Primero pestañeó, descolocado. Más descolocado incluso que pillado *infraganti* desmembrando a su víctima.

Luego rompió a reír.

—¿Qué dices, Julia? Mis padres están vivos.

Y en ese momento timbró el maldito minutero de cocina.

22

Círculo de control

Objetivamente, sabía que estaba feo reírse de su novia, de verdad que sí.

Él era mejor que eso. Él era comprensivo, maduro y empático. Debería invertir la hora de reposo que requería la *bourguignon* en prepararle una tila, sentarse con ella como Dios manda en la cocina y aclarar el asunto; no aprovechar que su suegra apareciera como invocada por la alarma del minutero al grito de «¡Hora del aperitivo!» para escabullirse al jardín cargado de vermuts y tentempiés. Pero, con el corazón en la mano, ¿en serio alguien podía culparlo? ¿Cómo iba a tomarse si no que su novia se las hubiera apañado para malinterpretar tres años enteros de conversaciones? Y, al mismo tiempo, todo cobraba sentido ahora. Si es que debería habérselo imaginado. Estaban hablando *de Julia.*

—Julia, por favor —mitad suplicó mitad rio cuando, en un momento de descuido, ella se le coló en el baño antes de que pudiera cerrar la puerta—. ¿Ni mear, en serio?

—¡Habértelo pensado antes de soltarme la bomba! —le siseó, histérica.

—¿*Yo* he soltado la bomba? Perdona, pero ¿quién de los dos se ha montado una película ella sola en su cabeza?

En lugar de recular, Julia lo acorraló contra el lavabo. Tirso casi podía *oír* su monólogo interno echando humo, descarrilando en directo justo frente a él. No era la primera vez que la veía perder los papeles, o montar un berrinche, pero siempre tenían cierta rimbombancia con la que Julia dejaba patente que todo era teatro. Esto no era teatro. Esto era un Chernóbil emocional a punto de saltar por los aires.

—¡Ni se te ocurra hacerme luz de gas! —rechinó, pegándole un pequeño empellón enfático. Al menos lo estaba tocando—. Me dijiste, Tirso, palabras textuales: «Ya no están aquí». ¿Dónde quieres que piense que están más que *en el Cielo*? ¡Si te cierras en banda cada vez que sale el tema! Ni una vez, es que ni una vez en tres años me has hablado voluntariamente de tus padres, ¡todo lo que sé de ellos he tenido que sacártelo con alicates! ¿Dónde están? ¿Dónde *viven*? ¿Por qué nunca…? —Aspiró aire entre dientes—. ¿Por qué nunca me has dicho de conocerlos…?

Si aquella discusión hubiera saltado en cualquier otro momento, Tirso se habría ofendido. Qué coño. *Estaba* ofendido. Afrentado, más bien. Agarró la encimera del lavabo a su espalda muy muy fuerte por no agarrarla a ella de los hombros y zarandearla como un perro a su mordedor favorito. No podía perder los nervios él también. Sabía cómo sonaba cuando se enfadaba, cómo se movía y expresaba, y no quería ni imaginarse qué conclusiones sacarían sus suegros si lo oyeran pegando bramidos en un cuarto de 2×2 metros a la peque de la familia.

—¡Pero si me callaba por ti! —logró mascullar entre sus dientes apretados—. ¡Todos los años me voy a verlos en mayo y todos los años empiezas a agobiarte mínimo un mes antes! Pensaba que te daba ansiedad que pudiera invitarte a venir, así que te estaba dejando tu *espacio,* estaba esperando a que *saliera de ti.*

Julia boqueó, señalando a su alrededor:

—¡Tirso, mira dónde estamos! ¡Celebrando el cumpleaños de *mi* madre en *su* casa por… ¿cuánto, tercer año consecutivo?! ¿Cómo va a darme ansiedad que me presentes a tus padres si yo te presenté a los míos hace siglos?

—Sí, ¿y de quién fue la idea?

Gracias a Dios, ahí la iluminada de su novia lo agració parándose a pensar. Estuvo a punto de repetir la plegaria en voz alta cuando agachó la vista y musitó:

—Tuya.

—¿Y qué hiciste tú?

—Vomitar de nervios la noche antes de presentaros.

Bueno, él se refería a que boicoteó los tres primeros intentos de encuentro con la esperanza de que ambas partes lo pospusieran indefinidamente, pero eso también le valía. Julia había tenido un pánico paralizante a que Tirso «se diera cuenta» de que estaba saliendo con «la fracasada de la familia» y empezara también a calentarle la cabeza para que «recondujera su carrera». O peor: cortara con ella. Se lo había confesado todavía sentada frente al váter (por si acaso), con Muu mirándolos traumatizada desde el pasillo.

—Igualmente —quiso admitir Tirso, ahora que había dejado claro su punto—, te doy la razón en que yo tampoco te lo puse fácil,

viéndolo desde tu perspectiva… Solo llevábamos dos citas cuando me preguntaste por mis padres, y como no sabía si podía fiarme de ti fui lo más escueto posible. Lo siento. Me refería a que ya no están aquí, en Madrid. Están en… ¿Julia? ¿Me estás escuchando?

No, claramente no.

Julia se había tapado la cara con las manos, pero incluso con esas podía ver que había enrojecido hasta la punta de las orejas. Por un momento, pensó que estaba abochornada. Luego consultó su enciclopedia mental de lenguaje corporal de Julia y cayó en que lo que estaba era *mortificada.* Madre mía. Que Dios los pillara confesados.

—¿Julia? ¿Todo bien?

—Ugghh —fue lo que contestó ella, un gemido de ultratumba que le habría sacado una sonrisa de no ser por lo que vino después—: Acababa de contárselo a Manu.

—¿¡Le has dicho a Moli que mis padres están muertos!?

—¡Porque creía que lo estaban!

Aquello lo tambaleó. Lo recordó en el matadero, endeble como un títere sin hilos mientras aludía con voz pastosa a la madrugada en que Tirso cortó por lo sano. Por eso era, entonces. Él había creído que hablaba de…, pero se refería a ellos, a sus padres. Habría asumido que Fermín había terminado arrastrándolos hasta el fondo.

Se le cerró el estómago, revuelto por una miríada de sentimientos encontrados. Pero no era ni el momento ni el lugar, así que volvió a encerrar a Moli en la cajita más pequeña de las preocupaciones triviales de Tirso Mihura, para quien el tal Manuel M. Montaraz era un completo desconocido.

—Lo superará —carraspeó, intentando zanjar ese lado del asunto —. ¿Para quién más me has dejado huérfano? ¿Tus padres, supongo?

Julia se reclinó contra la puerta con las manos hundidas en el pelo y la vista perdida en algún punto del techo, seguramente viendo pasar su vida en imágenes. Ojalá no le pareciera tan entrañable.

—No te preocupes —rio él—. Yo me encargo.

—¿Qué vas a hacer?

—Por lo pronto…

Tirso acortó distancias entre ambos y ella se tensó, pero no hizo amago ni de frenarlo ni de retroceder. Lo que hizo fue trastrabillar, cuando él abrió la puerta del baño.

—… pis. Si me lo permite por fin la señorita.

—¡Uy! Sí, sí, claro. Perdón.

—Perdonada.

Tirso vio su oportunidad de «soltar la bomba» durante el postre, cuando ya todos tenían el estómago lleno y su suegro se emplataba su tercera porción de tarta de frutas. La *bourguignon* también había sido todo un éxito, justo como esperaba. Había monopolizado el tema de conversación durante toda la comida, lo cual conllevaba el afortunado efecto secundario de darle un respiro a Julia, a quien ni le interesaba cocinar ni era especialmente ducha en ello. Así, ni siquiera su observadora suegra notó nada raro en que la pobre no hubiera juntado más de cuatro frases en dos horas.

—Sí, creo que aprovecharé las vacaciones para quitarme la mudanza de en medio —estaba diciendo Mónica, mientras repartía

chupitos de pacharán para los cinco—. Tengo días de sobra acumulados, y si todo va bien, podría empezar a traer cajas a finales de mes.

—Y si se alarga también —respondió su suegra, boyante con la idea de tenerla tan cerca tan pronto—. Puedes ir dejándolas en nuestro garaje. Es más, si quieres hacemos zafarrancho un finde y vamos tu padre y yo a ayudarte a empaquetar todo.

—Ya veremos, que no quiero que andéis cargando peso a vuestra edad.

Cómo no, eso provocó un minirrevuelo acorde al orgullo herido de sus suegros. Tirso sonrió. A su alrededor los periquitos piaban, el sol de media tarde caldeaba la terraza y Julia seguía sin intervenir, concentrada en extirpar con meticulosidad cirujana las rodajas de kiwi de su triángulo de tarta. Sí, era el ambiente perfecto para poner en marcha su plan. Distendido, satisfecho, casi somnoliento.

—¿Cuándo tienes las vacaciones? —preguntó él, preparando el terreno—. Porque Julia y yo podemos echarte una mano si no coincide con las nuestras.

Julia se detuvo al instante para mirarlo con ojos entornados, suspicaz. Mónica, en cambio, le dedicó una sonrisa amable.

—Ah, no os preocupéis. ¿Qué, habéis planeado una escapadita veraniega?

—Qué raro que Julia te deje sacarla de casa —comentó su suegra, aunque sin ningún retintín extraño—. Es más chica de sofá que de turismo, como su padre.

El aludido solo se encogió de hombros, risueño. Tirso sonrió.

—Yo también, en realidad —mintió flagrantemente—. Pero en este caso no está reñido, porque la idea es pasarnos a visitar a mis

padres, ¡que ya es hora!

La reacción unánime constó de un silencio pasmado seguido de inmediato por una mirada fulminante de madre a hija menor que tenía hasta signos de puntuación y subordinadas, de lo explícita. Y luego decía que no se parecían.

—Qué calladito te lo tenías, Julia, hija. Ahora entiendo de dónde te salen tantas ojeras.

«Mmm», solo ofreció esta, evitando responder bebiendo de su propio chupito.

—P-pero ¿visitarlos adónde? —balbució por fin su suegro, perdidísimo—. ¿Al cementerio?

—¡Casi! —rio Tirso—. ¡A Benidorm!

Julia escupió el pacharán.

Mónica, tan eficiente como siempre, se las había ingeniado para hacer venir al agente inmobiliario a enseñarles su futuro chalet. El agente (un señor muy bien plantado, nada que ver con los chavalines trajeados ofreciendo sus servicios puerta a puerta) no parecía molesto por la interrupción de su sábado; se veía que sentía vocación por lo suyo. Aunque quizá influía que Mónica aún no le hubiera comunicado su decisión de comprarlo. Quizá pensaba que aquella visita familiar terminaría de darle el empujoncito que le faltaba.

Mientras uno listaba las bondades del salón acristalado y otros asentían, Tirso notó que Julia se desligaba ligeramente de la comitiva, contemplando cada estancia a su ritmo, ni interesada ni desinteresada, solo reflexiva, casi meditabunda. No había vuelto a

dirigirle la palabra desde el postre. De normal, una Julia así de callada no traía nada bueno (tendía a rumiar demasiado), pero esta vez Tirso no quiso asumir nada. Ya bastante habían asumido el uno del otro en tres años. Y, para ser justos, en aquellos últimos tres días Julia le había demostrado que, cuando tuviera algo que decir, lo diría.

Solo esperaba que coincidiera con lo que él quería oír.

La miró. Julia solía arreglarse de más para visitar a sus padres, una suerte de mecanismo de defensa en forma de sandalias de tacón y blusas satinadas, pero hoy parecía venir preparada para una batalla de aguante, con uno de sus vestiditos sueltos de verano y sus bambas de diario. Se la veía más cómoda así, sobre todo ahora que le había crecido un poco el pelo y podía recogérselo. Tirso pensaba que le quedaba muy bien. Aunque Tirso no era nada objetivo, a él le gustaría hasta rapada.

Jamás lo diría en voz alta, porque Julia se lo tomaría del revés, pero una de las cosas que más le atraían de ella era la nula información que divulgaban sus rasgos. No su expresión, o su actitud, sino su *físico.* Explicado con palabras feas; Julia era tan común de pies a cabeza que resultaba peligrosamente olvidable. Nada en el color de sus ojos, melena o tez daba siquiera media pista de su procedencia, su altura entraba en la media, su talla de ropa y calzado también, su timbre de voz. Podría proceder de cincuenta países distintos y de ninguno, podría tener veintipocos años o treinta y largos, podría ser de la realeza o de los suburbios. Lo único que la delataría sería el acento, y para eso primero tendría que hablar.

Le obsesionaba.

En su primera cita, aun cagado de miedo mientras planeaba cómo despacharla, le había parecido que aquel aspecto genérico suyo jugaba a su favor. Si Julia desapareciera, muchos testigos jurarían haberla visto con él, pero otros muchos la situarían en otros tantos sitios, confundiéndola con otras tantas como ella. La cosa es que Tirso no le desearía esa tortura ni a los padres de su peor enemigo (era sicario, no psicópata), de modo que habría acabado decantándose por hacerlo parecer un trágico accidente. Afortunadamente, Julia se pasó la cena contándole trivia sobre perezosos, y para cuando le dijo toda emocionada que el 50% moría porque bajaba a tierra a cagar y ahí que aprovechaban sus depredadores para comérselos, Tirso ya estaba un poquito enamorado de ella.

La envidia vino después.

¡Lo tranquilo que viviría él con esa cara…! Sería irrastreable. No tendría ni que preocuparse por dejar o no testigos. ¿Qué descripción iban a dar? ¿«Ojos normales, nariz normal, boca normal»? Si ni siquiera de sus dientes podía decirse nada relevante, que era algo en lo que Tirso, lamentablemente, se fijaba muy mucho por deformación profesional (no por nada existía la odontología forense): ni perfectos ni torcidos, ni muy grandes ni muy pequeños, ni los colmillos muy afilados, ni las paletas muy largas… Nada. Podrían describir a Julia con todo detalle y el retrato robot resultante ni se acercaría a la realidad porque no había nada, absolutamente *nada,* que la diferenciara de otras tantas millones de mujeres occidentales del mundo. Nada singular, nada reseñable.

Tirso la envidiaba porque estaba blindada. Su propio cuerpo la protegía en vez de delatarla, no como el suyo; discordante allá

donde fuere. Era demasiado grande, demasiado ancho, demasiado todo. Entre eso, la nariz rota y el dichoso hoyuelo, no había manera de pasar desapercibido. Quedaba impreso en la memoria colectiva fuera hosco o parlanchín, maleducado o amable, elegante o brusco. Y tampoco había solución. Si se rapaba parecía un militar, si se dejaba el pelo largo parecía un maleante, si se teñía de cualquier otro color se veía falso a leguas…

Todo lo contrario que Julia, vamos.

Es más, Julia por sí sola no era nadie. Era una hoja en blanco.

Pero entonces empezaba a hablar, o se movía, o se reía, y era Julia. Nadie más que ella. Inconfundible, inequívocamente *Julia.*

O, al menos, la suya. Su Julia.

Por eso le costaba tanto descifrarla ahora, con toda aquella nueva galería de gestos y silencios y cortes. Siempre había sido complicado prever por dónde le iba a salir (le recordaba a una lagartijilla, rápida y escurridiza, zigzagueando para despistar pero lista para sacrificar la cola llegado el caso), pero con los años había creído tenerla más o menos clara. Con los años había creído que la tendría a su lado hasta el final.

Ahora todo dependía de ella. Y él no tenía ni idea de hacia qué lado se inclinaría la balanza. Sus padres habían aceptado a Tirso Mihura porque no tenían otra alternativa, pero Julia todavía estaba a salvo. Todavía podía desentenderse.

Su reloj vibró. Mensaje nuevo.

«OK —decía—. ¿Descuento por atraso?».

Qué gilipollas. Tirso ni se molestó en contestar. El trabajo se había completado en hora, y no iba a gastar ni energías ni saldo en recordárselo. La franja de verificaciones, en cambio, era orientativa;

ya que dependía del tipo de prueba requerida, del modo de entrega y del lapso de seguridad. Solo los clientes más paranoicos (o los más morbosos) pagaban el extra que Tirso cobraba por demostrar que había cumplido, pues la inmensa mayoría se enteraban por las noticias o ya eran habituales. O no querían saber nada del tema.

Este cliente en específico era paranoico, morboso y un patán. La perla de la corona, vaya. Que, oye, su víctima tampoco había sido mucho mejor, ¿eh? Ese tipo de gente acababa muriendo como escolopendras: devorándose unos a otros por detrás. Tirso había querido dejarle la polaroid en el *locker* acordado a la que volvía del matadero, pero ALGUIEN le había fastidiado los planes y ahora llevaba tres días con una prueba incriminatoria en casa. No sería inteligente desviarse de su rutina cotidiana mientras la situación con Julia y Moli siguiera en vilo, por si acaso. También se había planteado destruir la fotografía (total, solo el extra de las verificaciones se pagaba a posteriori), pero le fastidiaría más aguantar al cliente que perder el dinero.

De pronto, algo lo sobresaltó: la mano de Julia en la suya, entrelazando sus dedos como antes, como siempre.

—Sigo enfadada contigo —aclaró al momento, sin mirarlo, en tono conversacional—, todavía tenemos mucho que discutir. Pero parecías preocupado.

—No es nada. Cosas del trabajo.

—¿Del bueno o del malo?

—Del malo.

No hizo más preguntas, y, durante unos minutos, se dedicaron simplemente a fingir que les importaban las vistas del dormitorio principal o la posibilidad de convertir en salita de cine alguna de las

otras cuatro habitaciones. A Tirso no se le ocurría para qué querría alguien que vivía solo tanto cuarto, pero suponía que Mónica estaría pensando a futuro. No solo le gustaría salvar niños, también le gustaría tenerlos. Y en esa casa le cabían por lo menos ocho. Dios santo.

Una mirada de reojo a Julia le dijo que ella estaba pensando lo mismo.

—¿No te gustaría una así? —no pudo evitar chincharla en voz baja.

Ella resopló.

—¿La vas a limpiar tú?

—Sabes que sí.

Otro resoplido.

—No vayas de listillo. No te pega.

Uh. Qué manera de devolverlo a Tierra de un corte. Y con toda la razón, además.

—Es verdad. Perdón.

Pero en vez de aceptar la victoria y continuar tras los pasos del tour, Julia emitió un ruidito alarmado y frenó de golpe, reteniéndolo firmemente a su lado.

—No, no, espera —pidió, sonando mitad urgente mitad angustiada. Luego solo lo segundo—: Olvídalo. No… No quiero más Tirsos falsos. Al menos conmigo, sé como seas de verdad, me guste o no.

Tirso cabeceó, sin tener muy claro qué (cuánto) contestar. Al final, dijo:

—A veces no recuerdo cómo se supone que soy.

—Uy, pues yo creo que te acuerdas bastante bien —le rebatió ella, con las cejas alzadísimas—. ¡Dices muchas palabrotas! ¡Y gritas! Nunca te había oído gritar.

—Eso no es bueno, Julia.

—¿Según quién?

Dejó que se lo pensara antes de sonreírle como si la hubiera pillado haciendo trampas, mientras que a Tirso le pilló con la guardia baja, tanto la sonrisa como la contrarréplica. Los demás habían pasado a explorar la terraza superior, desde donde, por los «ooh» de sus suegros, debía de verse todo el jardín trasero y parte del bosque colindante. A esas horas de la tarde, la luz del ocaso rebotaba en las paredes y en los suelos desnudos, tintando la realidad de color verano.

—Vale. Trato hecho. Pero solo si tú también te aplicas el cuento.

Julia frunció un poco el ceño. Sus ojeras seguían siendo visibles incluso bajo el maquillaje, y Tirso odiaba saberse el causante.

—Ya me lo aplico —respondió, algo tensa—. Estoy siendo lo más yo que he sido nunca contigo.

—Lo sé. Pero esto —Tirso meció sus manos unidas— también es falso. Sé que lo haces para mantener las apariencias, pero prefiero que tus padres piensen que hemos discutido a que te fuerces a hacer algo que no quieres.

Nada más terminar de hablar, Julia agachó la cabeza. De pronto parecía un poco triste. Sintió un vacío en el estómago. No sabía qué parte de lo que acababa de decir había arruinado el momento.

—No es falso —murmuró.

Ah. El corazón le dio un vuelco.

—Vale —repitió, aunque esta vez en un carraspeo—. No he dicho nada, entonces. —Apretó su mano en la suya fugazmente—. Gracias.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Por pedirme que me quedara. Por darme opción a explicarme. Por enseñarme aunque sea un poquito de la Julia de verdad.

Y esa vez sí que debió de acertar con lo dicho, porque la cara se le iluminó entera al mirarlo. Luego todo su cuerpo se relajó, como cuando por fin llegaba a casa después del trabajo. Sonreía.

Sin dejar de sonreír, Julia se puso de puntillas para darle un beso de los suyos, de los de siempre, y durante un espacio milagrosamente largo de tiempo, Tirso se olvidó de la necrofoto escondida en su despacho, de la sangre fantasma bajo sus uñas, del hedor rutinario de la cloretona, de todo.

De todo.

Por desgracia, el subidón de oxitocina le duró poco, así que su paradita en el piso fue anecdótica. Entrar, decirle a Julia que debía finiquitar una cosa (ella puso cara de saber qué implicaba la palabra «finiquitar»), coger la polaroid y volverse para el coche, donde, una vez al volante, consultó primero el horario del *locker* y luego la ubicación del otro iluminado. Perfecto. Los tiempos cuadraban.

Si se lo montaba bien, mataría dos pájaros de un tiro.

Tirso suspiró. Le apetecía tanto como arrancarse un diente con alicates.

Manuel M. Molina tardó un segundo de más en darse cuenta de que aquel no era su Cabi.

Tenía ya la mano en el tirador de la puerta trasera, a punto de abrirla, cuando pausó para chequear la matrícula en su móvil. Fue la señal que Tirso necesitó para bajar la ventanilla y decir:

—Sube al coche.

Sus ojos se encontraron en el retrovisor. Siempre le pillaba desprevenido lo rápido que podía empalidecer el rostro humano. Moli soltó la manija como escaldado y ojeó nerviosamente alrededor, tratando de localizar a su verdadero conductor para salir por patas. Suerte con eso.

Tirso bloqueó y desbloqueó las puertas por toda advertencia. Moli se envaró, sobresaltado por el doble chasquido, pero al final aceptó la derrota y tiró de la manija al tiempo que él volvía a bloquearla.

—Aclárate —lo oyó mascullar desde dentro—. ¿Quieres que suba o no?

De nuevo prefirió ahorrarse explicaciones, desbloqueando en su lugar la puerta del copiloto. Como no podía ser de otra manera, el muy imbécil comenzó a relatar, así que Tirso subió además la ventanilla trasera para ilustrarle cuánto le importaban sus lloriqueos. Ni medio minuto después, Moli pegaba un más que elocuente portazo antes de cruzarse de brazos y piernas en el asiento de copiloto con afectado refinamiento porque era hijo de quien era hijo y de tal palo tal astilla. Y justo ahora, todo trajeado y repeinado hacia atrás, claramente recién salido de un cafelito de negocios, Moli tenía más de madame Molina que de Moli.

—¿Ahora también eres taxista? ¿De dónde coño has sacado un Cabi? ¿O es…? ¿Le has puesto una pegatina?

Tirso lo ignoró.

—Cancela tu viaje actual y pide otro para la siguiente dirección. —Esperó a que Moli acatara para dictarle la ubicación del *locker.* No lo hizo. Por las malas, entonces—: Cierran en veinte minutos. Tú sabrás si quieres cargar con esto hasta que abran mañana.

Y acto seguido se sacó la famosa polaroid del bolsillo y se la lanzó al regazo.

La verdad, había asumido que Moli montaría un espectáculo, que soltaría un chirrido ahogado según trataba de quitarse la foto de encima a la desesperada, como haría con una araña venenosa, pero lo que hizo fue quedársela mirando con ojos vacuos, muy quieto, muy callado. Permaneció en silencio incluso después, mientras (ahora sí) cancelaba el viaje y tecleaba la nueva dirección que Tirso tan amablemente le indicó.

Solo rompió el silencio una vez en marcha, cuando Tirso ya había aceptado el viaje a través del móvil montado sobre el salpicadero.

—No te pareces mucho a Mario Luis Espinosa —musitó.

—Porque no lo soy.

—¿Está vivo?

—¿Tú qué crees?

Moli no respondió. Increíble.

—Moli, no voy a cargarme a un tío solo para robarle el Cabi —resopló—. Es un colega. Me lo presta cuando lo necesito, siempre que le costee las horas, claro.

—Claro.

No dijeron nada más hasta llegar a su destino, una consigna 24/7 para turistas y mochileros haciendo esquina entre dos callejuelas del

casco viejo. Moli frunció los labios ante la pegatina de horario, pero no le reprochó el embuste. Mejor.

—Quiero que cojas la foto y la deposites en la taquilla 13 —ordenó Tirso, con voz neutra—. El código de acceso es 4769. El de la taquilla, 2828.

—¿Qué pasa si me niego?

Tirso cabeceó.

—En principio, nada. Saldré yo mismo a hacerlo. Pero eres tú quien ha pedido un Cabify hasta aquí, y quien ha alquilado la taquilla 13 doce horas.

—Yo no…

—Sí, tú sí. Ah, no habrás visto el correo. —Sonrió—. Suelen llegar a la bandeja de spam.

Las manos de Moli se cerraron en puño en torno a su móvil, sin hacer ni amago de comprobar el correo. No había necesidad. Ambos sabían que, en efecto, allí encontraría un e-mail de confirmación de la reserva, pagada a su cuenta y nombre.

—Estás incriminándome —lo acusó, aunque más bien sonaba a afirmación.

—Estoy guardándome las espaldas —corrigió Tirso, inmutable—. Tira.

Con un chasquido de lengua, Moli agarró la foto y salió del coche.

—Acuérdate de sacarla del plástico —alcanzó a decirle antes de que pegara otro portazo—. Por si las huellas.

Lo observó cruzar la acera a paso ligero, tirante como cuerda de violín. Había dejado atrás el móvil y su maletín, claramente consciente de que Tirso no lo soltaría tan pronto. Siempre había sido muy listo. Demasiado. Aunque los nervios solían jugarle malas

pasadas, como en aquel preciso momento, plantado frente a la puerta de la consigna muy recto. Parecía estar pasándolo mal. Parecía… Ah, espera.

Tirso bajó la ventanilla.

—4769.

Por supuesto, Moli no le agradeció el recordatorio, sino que se limitó a marcar el código a toda prisa, casi tropezando en su urgencia por adentrarse en el *locker.* Tirso no pudo contener una sonrisita a mala fe. No diría que estuviera disfrutando la escena, pero tampoco lo contrario. Lo veía más bien como un ajuste de cuentas: tenía un poquito de coacción, otro poquito de amenaza y otro tanto de escarmiento. Así aprendería a mantener el hocico fuera de sus asuntos, a volverse con la cola entre las piernas al lugar donde Tirso lo desterró años atrás.

Eso por un lado.

Por el otro, de verdad había necesitado vincularlo al crimen de algún modo, anular su condición de testigo convirtiéndolo en cómplice.

Con Julia no había hecho falta. Ella misma había escupido sobre su víctima, la muy desequilibrada. La sonrisa se le suavizó.

Cuando Moli regresó, lo primero que hizo fue tenderle el sobrecito de plástico transparente, ahora vacío. Tirso tuvo que esforzarse por permanecer impávido.

—¿Qué haces? —espetó.

—¿Eh? —Moli farfulló, pillado por sorpresa—. Pues devolverte…

—¿… el sobre donde guardaba una prueba incriminatoria lleno de tus huellas? ¿En serio?

Si había recuperado algo de color, lo perdió de golpe otra vez.

—P-pensaba que te desharías tú de él.

—¿Por qué iba a deshacerme de algo que puedo usar contra ti?

—¿¡Y entonces para qué me lo das!? —replicó, frustrado.

—Moli, *por Dios.* Pareces nuevo.

—¿¡Qué!?

—¿No crees que tengo ya suficiente mierda con la que hundirte para que encima me des *tus huellas*? Guárdatelo. Que te lo guardes, coño. ¿Eres tonto?

—Oye, sin faltar…

—Cierra la boca. Pide otro viaje para Plaza Aluche. Y rapidito, que aquí sí que cierran.

Esta vez, Moli cuadró los hombros y lo encaró:

—Yo también tengo mierda de sobra para hundirte a ti. ¿A quién van a creer? ¿A un tío con dos DNI o a mí?

Muy, muy despacito, Tirso se volvió a mirarlo, sin molestarse siquiera en soltar el volante. Aun en la semioscuridad del coche, las luces de la ciudad alumbraban lo suficiente como para leer cada mínima microexpresión de su rostro. Los años apenas lo habían cambiado. Recién graduado o recién ascendido, seguía siendo un libro abierto. Sí, más alto, más guapo, mejor pintado, pero la misma historia por dentro, como un cuento infantil de buenas noches del que se recuerda no las palabras, sino el mensaje.

Moli siempre había sido así. Perro ladrador, poco mordedor.

Al contrario que Julia, quien las mataba callando, el peligro de Moli no radicaba en cuánto pudiera largar, sino en cuánto podía aguantar.

—Moli —arrancó, poniendo énfasis en el mote—, nos conocemos de toda la vida. Vivíamos en el mismo edificio, estudiamos la misma carrera, tu madre le prestó dinero a la mía varias veces. Nos

perdonó meses enteros de renta. Y cuando se lo devolví todo tú sabías de dónde salía ese dinero, tú *producías* parte de ese dinero. —Dejó que sus palabras calasen según Moli se hacía más y más chiquitito—. ¿A quién van a creer? ¿Al tío que alquiló un coche con su cuenta, lo condujo hasta el domicilio del desaparecido y luego hasta un matadero? ¿Al que horas después se presentó desorientado y sangrando en Urgencias?

—Pero ¡eso fue por…! ¡Estaba siguiéndote!

—¿Siguiéndome o ayudándome? —apuntilló Tirso, implacable—. Porque no sería la primera vez. Para eso están los amigos, ¿no?

Se lo vio antes en los ojos que en la exhalación muda que abandonó sus labios. El terror. La comprensión. Y, aunque Moli ya se sabía cogido por el cuello, quiso darle el golpe de gracia. Quiso ser lo más explícito posible y decir:

—Todas tus pruebas contra mí tienen su gemela contra ti. Si yo caigo, tú vendrás conmigo, porque no puedes demostrar, de ninguna de las maneras, que no llevamos años contactando en secreto. Quizá a través de esa app tuya para polis, ¿hm?

—No, esper…

—Lástima que *casualmente* solo *tú* tengas acceso al registro de conversaciones. ¿Qué les presentarías, el histórico con *mi novia*? ¿No has abusado ya bastante de ella metiéndola en este puto marrón para encima obligarla a hacerte de escudo humano *otra vez*? Contesta.

Pero Moli no contestó. Había agachado la cabeza, no en señal de sumisión pero sí de rendición. Tendría que bastar.

—Plaza Aluche —repitió, y mentiría si dijera que no sintió nada cuando Moli solo asintió y obedeció.

A Tirso no le gustaba ser el malo. Incluso durante sus encargos intentaba ser lo más imparcial posible: no se regodeaba con el sufrimiento de los muy diferentes hijos de puta que mandaba al otro barrio, ni se crecía con sus súplicas, ni alargaba la tortura innecesariamente si podía evitarlo. En el amplio espectro de asesinos a sueldo, él encajaba mejor en la categoría de juicio final. A él se le invocaba para ejecutar sentencia y nada más.

Veinte minutos después Tirso aparcaba en un lateral del centro comercial, dando por finalizado el trayecto en el perfil de conductor de Espinosa. A su derecha, Moli aguardaba instrucciones con la misma mirada perdida que sus peores víctimas. Resignación. Desapego. El deseo hueco de que todo acabara pronto.

Eran las únicas que le daban pesadillas.

—Encontrarás otro *locker* al fondo de la primera planta —expuso sin preámbulos—, dentro del Carrefour. Escanea el QR que te ha llegado a spam para abrir el casillero 4. Dentro habrá un móvil de prepago. Quiero que le saques la SIM y que la tires al váter. —Tirso cabeceó, pensativo—. Si puedes romperla primero, bien. Si no, también bien. Con pegarle un pisotón suele valer, pero si hay mucha gente en el baño mejor no llamar la atención. ¿Entendido?

Moli arrastró la vista hacia él.

—¿Qué hago con el móvil?

—Déjalo ahí. No lo usaré hasta el siguiente encargo.

Hizo una mueca.

—Y… tiro de la cadena, ¿no?

—Sí, Moli. Tira de la cadena.

—Vale. ¿Algo más?

Tirso consultó la hora en el reloj del salpicadero.

—Es tarde. Si quieres, puedes cogerte algo de cena a la que salgas.

—Que te den por culo —escupió Moli por toda respuesta, seguida del tercer portazo de la noche.

Durante unos segundos él se quedó mirando tontamente el espacio vacío a su lado, contrariado por el súbito estallido. ¿Qué mina había pisado ahora? Aunque, mmm… Debía reconocer que, vista la situación en la que estaban, parecía que Tirso acababa de vacilarle. No había sido su intención. Si no le había pedido que le trajera algo también a él para compartirlo en casa con Julia, era solo porque aún tenían la *bourguignon* en la garganta. Bueno, al menos él sí. Julia no tenía fondo. Debía de gastar muchas calorías en alimentar sus intrigas mentales.

Se estaba planteando si escribir a Julia para preguntarle cómo andaba de hambre cuando el hijo pródigo regresó una vez más. Ignorándolo abiertamente, Moli se abrochó el cinturón, echó una ojeada ansiosa a su móvil (ni que Tirso fuera a cotilleárselo en su ausencia) y volvió la cara hacia la ventanilla. Viendo su reflejo en el cristal, le parecía que estaba un poco… mustio. Macilento. De color, que conste, no de ánimo. Pero podría ser cosa del neón verde de la farmacia adyacente.

—Qué rápido —dijo Tirso, algo suspicaz—. No has tardado ni quince minutos. ¿Debería pedirte que te vacíes los bolsillos?

Moli lo fulminó con la mirada.

—No soy tan imbécil. He ido deprisa porque estoy cagado. Me tienes aquí secuestrado…

—¡Secuestrado! —no pudo evitar cortarle, divertido—. Y gratis, encima.

—Mira, da igual, está hecho, que es lo que importa. ¿Qué queda? Por favor, no me hagas enterrarlo.

Pensaba seguir apretándole las tuercas, contento con que Moli hubiera vuelto con ganas de gresca en lugar de zombi, pero eso último le cerró la boca al instante. Lo miró. Lo miró de verdad, como no se permitía hacer desde que empezó a ser Tirso. Sí que tenía mal aspecto, una mezcla entre ojeras púrpuras y dientes apretados que había logrado disimular gracias al traje a medida y al pelo estilosamente acicalado, recordándole que bajo la fachada de altanería seguiría encontrando nada más y nada menos que al chaval que ya se amputó de dentro una vez. Por esa precisa razón, además.

—No vas a enterrar a nadie —carraspeó, molesto consigo mismo —. Ese es mi trabajo.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Deja que resetee esto y te acerco a casa.

No esperó a que respondiera, volcándose en su *smartwatch.* Moli, en cambio, siguió mirándolo fijamente. Casi podía oír los engranajes de su cerebro haciendo cuentas.

—¿A casa? —repitió este, con voz cautelosa. Y, cuando Tirso le congració con un sonido afirmativo, añadió—: ¿A qué casa?

—A la tuya.

—¿Sabes dónde vivo? —Ahora sonaba perplejo.

Tirso resopló.

—Qué preguntas, Moli.

Silencio por fin. De primeras, notó que Moli bajaba un poco la guardia, seguramente concluyendo que Tirso no tendría motivos para mentirle. La cruz neón de la farmacia recorrió dos veces su

patrón lumínico, luego tres. Al cuarto, a Moli le venció la curiosidad y empezó a inclinarse despacio despacio hacia él para husmear qué andaba haciendo con el reloj. Tirso le dejó hacer.

—Tienes el reloj vinculado al prepago —comentó, como para sí.

—Tenía —corrigió él—. Acabo de restablecerlo a fábrica.

—Para borrar todo rastro de la SIM anterior. No, de la eSIM.

—Ahá.

—Pero ¿por qué lo guardas en una taq…? —Moli no terminó la pregunta, pues encontró antes la respuesta—: Ah, para que las redes de telefonía no detecten tu móvil y el de prepago en el mismo lugar.

—Ahá.

—¿Y cómo evitas eso con la eSIM? ¿Llamadas wifi y VPN?

—Ahá.

—¿Con qué proveedor? No, espera, no me lo digas. Eres tu propio proveedor de VPN.

Tirso solo sonrió. Por el rabillo del ojo, vio que él también sonreía.

No les duró mucho. En cuanto terminó el formateo e introdujo el nuevo trayecto en Cabify, Moli volvió a su sitio, llevándose aquel breve instante de camaradería consigo. Tirso se regañó mentalmente. No podía permitirse deslices, y menos como ese. Le había costado muchísimo labrarse una vida ajena a su pasado, muchísimo esfuerzo, sudor y sangre. Sobre todo sangre. Sus padres envejecerían a salvo en tanto Tirso recordara su lugar. Bastante terrible era ya que Julia hubiese cruzado la línea. Si al final decidía correr el riesgo de permanecer a su lado, él tendría que tomar las medidas necesarias para garantizar su seguridad. Más favores, más secretos, más probabilidades de puñalada trapera. Y podía asumirlo,

sí, pero solo porque Julia no tenía ninguna conexión previa con sus bajos fondos.

No como Moli.

Ahora mismo, Moli era un peligro para sí mismo, para Julia y para todo cuanto Tirso había construido desde aquella noche, porque le conocía. Le conocía y estaba arrastrándolo de vuelta a la luz, donde Tirso ya no podría esconderse ni proteger a nadie.

Así que no, no. No había espacio para Moli en su círculo de control. No lo había habido al principio, no lo había ahora y no lo habría nunca.

Cómo se las ingeniaría Tirso para conseguir que Julia soltara a Moli ya era otra pelea muy distinta.

—¿Sabes lo que me da pena?

Moli había hablado sin siquiera mirarlo, los ojos fijos en el pasar de las calles allá afuera. Según el navegador de Cabify, quedaban diez minutos para llegar a su urbanización. Tirso no contestó. Con suerte, pillaría la indirecta.

No la pilló:

—Que conmigo no te hacía falta nada de esto. No hacía falta ni que me incriminaras ni que me amenazaras, no iba a delatarte igual. Y Julia tampoco, ya te lo habrá dicho.

Tirso apretó los labios.

—No me ha dicho nada. Estamos intentando llegar a un acuerdo. Podemos llegar tú y yo a otro, si quieres.

—Ah, un acuerdo, sí. Me imagino qué tipo de acuerdo, con lo que te gusta a ti hacerte el ciego.

«Quien calla otorga», diría Julia, y por eso mismo ahora sí que sí Moli se giró a mirarlo todo alterado:

—¿En serio? —bufó por no gritar—. ¿Ese es tu gran plan? ¿Que sigamos con nuestras vidas como si nada mientras tú matas gente? ¿Vas a comprar a Julia con un anillito y pista?

—Lo que vaya a hacer o no con Julia no te incumbe —advirtió, grave.

—¡Claro que me incumbe! ¡Somos amigos!

—Tan amiga no será cuando le jodiste la vida contándole la verdad.

Y entonces Moli se rio. *Se rio.* A carcajadas, a todo volumen, a degüello.

—¡SIGUES sin tener ni puta idea de con quién estás saliendo! —prácticamente aulló, recochineo puro y duro—. Tirso, fue *ella* quien vino a buscarme *a mí.* Te pilló un fiambre en el maletero y rebuscó en tu basura hasta dar conmigo. ¡Aquí el único damnificado soy yo!

Fue por simple amor propio que Tirso no frenó el coche ahí mismo para bajarse a pegar gritos en mitad del campo. Eso cambiaba las cosas. No, eso *empeoraba* las cosas.

—Y tú la seguiste —graznó en cambio, echándole la culpa instintivamente. Si hubiera visto las señales, si hubiera estado más atento, quizá…

—Ni que me hubiese dejado opción —resopló él—. Deberías estar agradecido de que me pidiera ayuda a mí y no a un profesional.

—¿Porque al profesional no le habría vibrado el móvil en plena escena del crimen?

—No, Tirso. Porque el profesional te hubiera vendido nada más cotejar tu excel de encargos, con o sin permiso de tu novia.

He ahí el quid de la cuestión. Tirso calló, sus nudillos blancos de apretar el volante. Discutir con Moli seguía siendo como ir al

dentista: siempre terminaba deseando no haber abierto la boca. Y, sin embargo, como tampoco tenía intención de volver a dirigirle la palabra después de aquello (con otros diez años de silencio se contentaba), no quiso quedarse sin preguntar:

—¿Por qué?

Moli se desinfló. A lo lejos, las primeras luces de viviendas. Ya estaban al caer.

—¿Por qué, qué?

—Que por qué tú no lo hiciste. No me debes lealtad ninguna. Entiendo por qué mis padres lo aceptan, e incluso entiendo por qué Julia se plantea quedarse —él se quedaría con ella de suceder a la inversa—, pero ¿tú?

Lo vio encogerse de hombros en el reflejo del parabrisas, lo oyó exhalar una risita resignada.

—Es lo mínimo que puedo hacer por tus padres. Se lo debo.

—Y una mierda. Hasta esta misma tarde creías que estaban muertos. Lo sé porque Julia me lo ha dicho, y porque sé que no se esperaría a darte la noticia en persona.

—Pero ¡al principio seguía creyendo que estaban vivos! ¡Por eso accedí a ayudarla, por lo que pudiera pasarles por tu culpa! ¡Pregúntaselo! ¡Pregúntale *cuándo* se dignó a contarme que…!

—El cuándo es irrelevante —le cortó Tirso, seco—. Más amplio o más breve, hubo un espacio de tiempo en el que tu principal motivo para guardar silencio desapareció. Pudiste delatarme entonces. Por qué no lo hiciste.

Acorralado, Moli barbotó:

—¡P-por Julia! ¡Ya la conoces! ¡Iba a seguir husmeando con o sin mí! ¿Te crees que tengo el cuajo para dejarla tirada a su suerte, sin

saber si de verdad estaba a salvo contigo?

Se le escapó. A Tirso, el suspiro.

—Moli —solo dijo, intentando sonar tan decepcionado (agotado) como se sentía.

—¿Qué? —se defendió él—. Me cae bien. Menuda te has buscado. Siempre hay un roto para un descosido, ¿eh?

Esta vez, Tirso no se molestó en insistir; no hacía falta. A esas alturas de la película, la elusión de respuesta era una respuesta en sí misma, así que cuando detuvo el coche ante el portal de su complejo residencial lo hizo con la vista aún al frente, dando el tema por zanjado.

«Ha llegado a su destino», dijo el navegador.

—Tirso… —dijo Moli.

—Fuera —dijo él.

Pero ninguno se movió. Luego ya sí. Luego ya Moli pareció entender que había perdido su última oportunidad de ser sincero y se puso en marcha, echándose el maletín al hombro y el móvil al bolsillo primero, desabrochándose el cinturón después. Volvió a quedarse encallado cuando tiró de la manija, en ese punto medio entre que las luces de cortesía se encendían pero aún no había abierto la puerta. Fue ahí que Moli se giró a mirarlo de nuevo y, *por fin,* respondió:

—Quería demostrarte que no te habría abandonado.

Silencio. Tirso tragó saliva.

—Pero tú eso ya lo sabías, ¿no? —musitó Moli, muy bajito—. Solo quieres oírmelo decir para consolarte con que tenías razón. Dejaste que pensara que me habías echado por haber intentado *coaccionarte…*

—Hice lo que debía hacer para no arrastrarte conmigo. Éramos demasiado buenos. Habrían terminado haciéndote la encerrona a ti también.

Confesarlo le dejó la lengua hecha lija, pero también le liberó de un grillete que llevaba años remolcando cuesta arriba. No se arrepentía, igualmente. Volvería a instrumentalizar sus sentimientos por él sin piedad si así conseguía mantenerlo alejado del peligro.

—Pues gracias, supongo. Me jodiste la cabeza para siempre, pero al menos tengo las manos limpias.

Tirso se arriesgó a mirarlo de reojo.

—No suenas muy agradecido.

Las luces de cortesía se apagaron al tiempo que Moli volvía a encogerse de hombros.

—*Mea culpa* —suspiró, mientras salía al fin del coche—. Siempre quiero tenerlo todo.

No pegó portazo esta vez.

23

Más vale prevenir…

Durante las siguientes dos semanas, Julia dedicó las 24/7 a pre-parar(se para) sus vacaciones en Benidorm.

Empezó por pedir los días, que le concedieron sin regateos pese al corto preaviso. A Yolina tampoco le importó, y eso que sería ella quien asumiera su carga de trabajo porque ¿sustitutos?, ¿qué es eso? De hecho, le alegró que se fuera de escapadita romántica con Tirso. «Entonces el detective privado ese no encontró nada, ¿no?», le había preguntado de pasada en el descanso, con la boca llena de tortilla. Julia había optado por asentir. «Ay, ¡pues enhorabuena! Me lo olía de antes, porque se te ve más animada… Por cierto, ¿le gustó el Labubu a tu amigo?». Ahí, en cambio, Julia había tardado en responder. ¿Sería verdad que estaba más animada? Ella lo que se sentía era infartada, entre la perspectiva de conocer a sus no tan difuntos suegros y que Tirso *en efecto* hubiera resultado ser un asesino a sueldo. Aunque quizá el saber que no planeaba matarla (que la quería de verdad) sí le había quitado un peso de encima. Le provocaba cosquillitas en el estómago.

Lo siguiente fue hacerles el *suegros reveal* a las Martas. Para esto organizó una pijamada (Tirso se ofreció a dormir fuera aquella

noche, pero no le dijo dónde), con sus palomitas y su Gotham y sus helados, y soltó la bomba entre dos episodios, a bocajarro. Ellas primero la miraron todo extrañadas, como si acabara de hablar en suajili. Luego Pony aulló y Marta se llevó ambas manos al pecho, la reacción característica de cada una ante los chismes de calidad. Fue lo más normal que Julia se había sentido en meses, pudiendo por fin compartir parte de aquel enorme secreto que era la cara oculta de Tirso con sus amigas de siempre. Se rieron de ella, claro, se rieron las tres. Juntas, repasaron multitud de conversaciones que habían mantenido cada una por separado con él, más y más desternilladas según unían los eslabones de la cadena de malentendidos. Pony le suplicó que se apuntaran a su terapia matrimonial («¡A la mierda la ética laboral, esto es oro!»); Marta se disculpó por no haber notado el agujero de guion en sus declaraciones («No estamos en un juicio, letrada», resopló Pony). Julia las había echado tanto de menos, había echado tanto de menos ser su verdadera yo con ellas, que casi se le pasó contarles lo más importante: que en agosto Tirso se la llevaría a Benidorm a presentárselos. Esta vez, el aullido de Pony rebasó las fronteras del sonido.

Después vinieron las lavadoras. Julia echó todo su armario de verano a lavar, mitad para ir filtrando qué meter en la maleta y mitad por miedo a no poder rectificar de *outfit* en el último momento porque lo demás estuviera sucio. Planchó primero las prendas finalistas, luego las posibles y al final las improbables; y cuando se probó las tres categorías frente al espejo y nada le convenció al 100% se gastó medio sueldo en las rebajas del Sfera. La marca era crucial, ya que no quería transmitir la imagen de *fashionista* que le darían otras más elevadas, pero tampoco la de una adolescente sin

blanca. Los vestidos más caros de Sfera tenían el punto perfecto entre sofisticado y desenfadado, además de no verse mucho por las calles porque nadie solía acordarse de que Sfera existía. Eran perfectos. Y muy monos.

Después pidió hora para cortarse las puntas, hacerse las uñas, las cejas, la limpieza dental anual y repasarse la láser. (Esto último solo por si sus suegros fueran especialitos).

Después consultó con su madre qué llevarles de regalo y compró exactamente lo que se le aconsejó.

Después confirmó con Marta que podría pasarse a echarle un ojo a Muu en su ausencia y con Tirso que volvería a conectar la gatocam. Limpió el arenero y la fuente, rellenó el comedero automático, comprobó que la videocámara funcionaba y dejó las chuches a mano.

En resumen, se mantuvo ocupada. Era su única defensa contra la avalancha de pensamientos intrusivos, inseguridades y miedos que la sepultaría en cuanto bajara el ritmo, cosa que no podía permitirse. Así que atiborraba los días de tareas para caer redonda por la noche, funcionando no en piloto automático pero casi.

Solo habló con Manu un par de veces. Ninguno tenía mucho que decir. Suponía que, como ella, seguía intentando digerir la madrugada del matadero, o intentando olvidarla. Obviamente se había alegrado de la metafórica resurrección de Emi y Fermín, y le había asegurado que le perdonaba el susto, pero lo de Benidorm no le había hecho mucha gracia. «¿No te parece que presentártelos justo ahora es un poco chantaje emocional?», le había escrito él ya por WhatsApp. «Más bien una muestra de compromiso», había

contraatacado ella, entre molesta y perpleja. ¿Su respuesta? «Vale, pues piensa tú a qué quiere comprometerte».

Le había dejado mal sabor de boca. Tanto como para empezar a hacer preguntas:

—¿Por qué Benidorm?

Tirso se volvió a mirarla espátula en mano. Todo estaba listo para su viaje del día siguiente. Las maletas junto a la puerta, la gatocam sobre la repisa del salón, los últimos ingredientes perecederos en la sartén.

A diferencia de con Manu, con Tirso sí había mantenido más de una conversación durante aquellas dos semanas, aunque quizá no sobre lo que deberían. De hecho, salvo por la comprensible ausencia de contacto físico, todo seguía igual. A veces, Julia sentía que habían vuelto a esos primeros meses tras conocerse, cuando ambos tenían claro que se gustaban pero ninguno terminaba de dar el paso. Seguían comiendo juntos si coincidían, preparando el menú semanal los domingos, charlando de todo y nada entre episodio y episodio de la serie de turno… Tirso se lo ponía muy fácil. Tirso quería demostrarle que podía ser muy, muy fácil.

Pero lo que ahora frenaba a Julia no era ni inseguridad ni vergüenza, ojalá, sino algo más intangible incluso, algo que Tirso no podía ni trocear ni enterrar.

—Fue cosa de mi madre —respondió él, volviéndose de nuevo hacia la sartén. Sonreía—. Me dijo que siempre había querido jubilarse allí y que no pensaba mudarse dos veces en diez años.

—¿Por qué tenían que mudarse?

—Para que no vinculara a Tirso con ellos. Supuestamente *yo* vivo allí también.

—¿Para que no los vinculara contigo quién? ¿El tío de Insider Solutions?

Tirso suspiró, aunque no parecía hastiado ni molesto. Más bien divertido.

—Esto sería más fácil si me hubieras dejado contártelo desde el principio. —Giró la muñeca para consultar su reloj—. ¿Tienes unas… tres horas libres?

Julia pensó en el nuevo paquete de Sfera que la esperaba sin abrir sobre la cama.

—No. Pero mañana tendré cuatro.

—Casi cinco —asintió él, mientras regulaba la vitro—. La versión corta, entonces: cuando decidí cambiar de identidad —«cuando decidí», advirtió Julia. No «cuando tuve que»— se me presentaron dos maneras de abordarlo. Podía llevar una doble vida en la que la nueva identidad solo existiría sobre papel, operando puntualmente entre las sombras; o podía desligar por completo ambas identidades. La primera opción apenas afectaría a mi presente, sería como tener un alias, pero, aparte de comodidad, no me ofrecía mucho más. Con que alguien rastreara el origen del alias, me encontraría a mí. A mí, a mis padres, mis amigos… —Tirso siguió cocinando como si nada, como si simplemente le estuviera contando una anécdota del gym—. Así que escogí la otra opción. En vez de crear un alias, creé otra vida. Mis padres y yo cortamos toda relación con nuestro círculo de entonces «mudándonos» los tres a Benidorm, donde nadie nos conocía, y una vez que se marcharon pude estrenarme como Tirso en otro barrio de Madrid. —Rio de pasada por la nariz, a todas luces rememorando aquellos tiempos—. Lo primero que firmé en persona

con este nombre fue el contrato de alquiler. Todo lo demás lo había tramitado online. La sensación fue… curiosa, cuando menos.

Era el mayor número de palabras que Julia le había oído sobre el tema desde que la liebre saltara y con cada una surgían más interrogantes de los que resolvían. Lo maceró todo en silencio mientras ponía la mesa, desmigajando la información en piezas más pequeñas que colocar en su lugar correspondiente del puzle. Tirso no la interrumpió, terminando de dorar la cena.

Al final, Julia solo preguntó:

—¿Cuánto saben tus padres?

Y Tirso solo respondió:

—Todo.

Cenaron sin decir nada más, recogieron sin decir nada más, y cada uno se fue a dormir a su extremo del piso sin decir nada más.

24

... que curar

Julia estaba poniendo el grito en el cielo y, por primera vez en meses, no era por él. Se sentiría aliviado si el asunto no le afectara directamente:

—¡Y mira que no quiero juzgar, pero es que *siempre* que le pasa algo es culpa de la rata calva esa! *¡Siempre!*

La rata calva era Álex, el novio de Marta.

Al parecer, la pobre acababa de escribir a Julia avisándole de que no podría pasarse a ver a Muu porque estaría mínimo una semana en cama por salmonelosis. ¿La causa? Álex invitándola a la inauguración de un restaurante de cocina fusión experimental que ya sumaba treinta víctimas. Y a Julia tampoco le faltaba razón: las ideas de bombero del susodicho solían terminar con Marta pagando el pato. Si le preguntaran a él, diría que su relación tenía más de madre-hijo que de novia-novio. De hijo tonto, además.

—¿Y Pony?

—En unas jornadas de psicología afectiva en Barcelona.

Tirso frunció los labios. Si la noticia les hubiera pillado aún en casa, llegado el caso se habrían llevado a Muu a Benidorm, pero

estaban a cien kilómetros en pleno viernes de Operación Salida. De volver a por ella, se comerían la caravana de la tarde.

Puto Álex.

—Podría pedírselo a mis padres —caviló Julia en alto, reticente—. Estarán con la mudanza de Mónica, pero digo yo que alguno podrá pasarse a chequear, aunque sea ya el lunes… Se ha quedado sola más de un finde otras veces, no debería pasar nada y para eso está la gatoc… ¡Ah!

—¿«Ah»?

En vez de responderle, Julia volvió a encender el móvil y empezó a teclear a toda prisa.

—Deja primero que… confirme… ¡Ay, está en línea! Un segundo.

—Julia —le advirtió, temiéndose lo peor.

Tres tecleos rápidos más y una sonrisa radiante que Tirso no necesitó ver ni reflejada en la luna del coche para notarla.

—Dice que vale.

—Quién.

Lo ignoró deliberadamente, lo que, para él, ya era una respuesta en sí misma:

—De hecho, en palabras textuales, dice —leyó—: «Sísísí este es el mejor día de mi vida gracias gracias haremos pijamiaudas todas las noches llevaré chuches y ratones».

Julia vibraba de contenta. Tirso, no tanto.

—¿Acabas de invitar a Moli a nuestra casa? ¿A cuidar de nuestra gata?

Esta vez sí, aprovechó la monotonía de la autopista para mirarla fugazmente. Ella lo recibió con una ceja enarcada, y, por un segundo, Tirso temió que blandiera el argumento de que,

técnicamente, eran *su* casa y *su* gata, así que volvió la vista al frente, preparándose para el golpe. Sin embargo, nunca vino. Al final, Julia solo se encogió de hombros y:

—Manu la adora y Muu está familiarizada con su voz. Le vendrá bien ir practicando para cuando por fin encuentre a Tolón.

—¿Quién es Tolón?

—Su futuro minino.

—¿Y su nombre va a juego con el de Muu por…?

—Pues porque será un gato-vaquita como ella, obviamente. —Casi pudo *sentirla* poner los ojos en blanco, como si de verdad fuera obvio—. No te pongas difícil, sabes que es nuestra mejor opción. Hasta mejor que las Martas. Está tan solo en esa casa tan grande…

—Se la compró él.

—Tirso —sonrió Julia, pero incluso así comprendió que con eso ponía punto final a la discusión. Enseguida notó hormiguitas en el estómago, de lo inesperado, de lo emocionante. La Julia rompecabezas le gustaba, pero la Julia asertiva era algo que jamás había pensado que podría coexistir con la primera. Tema zanjado, entonces. Tema entusiastamente zanjado.

Durante un rato, ambos permanecieron en silencio, sin apartar los ojos de la carretera. El aire estaba cargado de expectación, y se preguntó si ella también había sentido el cambio entre ellos, muy parecido al clic de un broche o el tañido de un péndulo a en punto.

Eso también era nuevo. Últimamente todo era nuevo con Julia.

No le preocupaba tanto como debería. A fin de cuentas, en su línea de trabajo, lo impredecible costaba vidas. Le preocupaban más otras cosas. Cosas con nombre y apellido, cosas que Julia había

protegido con su vida y metido en su casa. Y esta última vez ni siquiera le había dado opción a réplica.

Sí, desde luego, Tirso necesitaba urgentemente decapitar esa relación.

Pero no era el momento y, desde luego, tampoco el lugar. Ya contemplaría cómo proceder cuando hubieran vuelto de Benidorm, según cómo evolucionase el asunto. Con suerte, ellos solos irían perdiendo contacto ahora que lo único que los había unido estaba resuelto.

Miró el navegador. Quedaban tres horas y media de camino. Tiempo de sobra para contarle en detalle su historia de origen de villano. Y eso hubiera hecho de no ser por el audio que Julia reprodujo en altavoz para hacerle partícipe de once minutos ininterrumpidos de Pony poniendo a parir a la citada rata calva, lo cual desembocó en un animado intercambio de audios (con aportación de Tirso incluida) que se alargó hasta bien pasada la frontera alicantina.

Y, la verdad, no lo habría querido de otra manera, porque para cuando cogieron el desvío de Benidorm Julia le dijo que prefería un novio amoral que un novio anormal y procedió a maquillarse muy satisfecha ante el espejo de visera.

25

Cosa de familia

La verdad es que estaba yendo mucho mejor de lo esperado.

Que tampoco es que hubiera esperado que fuera *mal.* Simplemente… se los había imaginado de otra manera. A sus suegros. Como unos nuevos ricos disfrutando de su jubilación a la alemana costeada por los crímenes de su hijo en un chalet en primera línea de playa, o como unos refugiados emparedados en un piso cochambroso con las persianas en rejilla, por ejemplo.

En cambio, los Solera habían resultado ser de lo más corrientes.

Emi era bajita, tirando a redonda y había cambiado el rubio Terelu de la famosa foto de graduación por su moreno natural, y cuando nada más bajarse Julia del coche ella piropeó su vestido del Sfera, supo que estaba ante otra *connoisseur* de la moda asequible. Fermín era corpulento, tenía los ojos siempre entornados (como haciendo cuentas complicadas) y la cara siempre arrebolada. Después de hacer las presentaciones, Tirso había añadido: «Como ves, gracias a Dios heredé solo lo bueno de cada uno», lo que le arrancó un ronquido divertido a su padre y una protesta cariñosa a su madre.

Como habían llegado a mediodía, fueron directos a comer a (obviamente) una arrocería donde reservaban cada vez que Tirso

bajaba de visita. Por supuesto, Julia no pudo evitar fijarse en los precios. Ni muy caros, ni muy baratos. Los camareros les conocían; se alegraban de verlos. Llamaban a sus suegros por su nombre y a Tirso «muchacho». Ella se cuidó de llamarlo solo «cariño».

No se mencionó El Tema™ en toda la comida.

Sí que le preguntaron a su hijo qué tal iba «el trabajo», aunque Julia no supo precisar a cuál de sus dos trabajos se referían. Supuso que al mundano, como lo categorizaba él, porque acto seguido le preguntaron lo mismo a ella. Mientras Julia entraba en detalle sobre sus responsabilidades y beneficios en el Obramat, Fermín la escuchó muy atento, con los ojos un poco más abiertos. «Otro bricomaniaco —pensó—. Como el 97% de los padres españoles».

Tras los cafés, Emi pagó la cuenta, pero fue Tirso quien se guardó la tarjeta.

Salvo por ese pequeño detalle sospechoso, todo transcurrió en la más absoluta normalidad. La conversación fue placentera y relajada, al igual que el paseíto por el frente marítimo con la excusa de bajar la comida, y eso que entre la cantidad de domingueros y el bochorno costero estaba la cosa complicada. En un momento dado en que la marabunta separó a los hombres por un lado y a ellas por otro, Emi le preguntó por su familia con genuina curiosidad.

Estuvo bien hablar con ella de sus padres y su hermana. Emi se rio bastante, más de cuerpo que de voz, cosa que Julia se tomó como una victoria porque Tirso se reía justo así.

Estuvo bien, además, porque hasta entonces no fue consciente de lo bienvenida que se sentía. Nada que ver con el primer encuentro de Tirso con sus padres, tanto por su parte como por la de él. Aunque había aprobado con matrícula de honor, Julia recordaba

volver al piso con los hombros agarrotados de la tensión, desfallecida tras toda una velada bajo lupa. Su madre había sido más jueza que madre aquella noche, convencida de que la descocada de su hija le traería a casa a otro zopenco. No la culpaba. Tenía razones de sobra para esperar poco de ella.

Emi también esperaba poco de ella, pero de forma distinta. Se lo notaba en el entusiasmo con el que intentó ponerla al día de anécdotas, trasfondos y tradiciones familiares, con el que se interesaba por sus rutinas, sus aficiones y círculo. Al parecer, Tirso les había contado lo del malentendido, y Emi tenía por objetivo recuperar los tres años perdidos de relación madre-nuera en el menor tiempo posible. A Julia le parecía bien. Se les veía buena gente. Era una pena que se hubieran visto obligados a cortar todo lazo con sus antiguas amistades de Madrid… Normal que la emocionase la perspectiva de conocer a alguien que ya lo sabía todo, de quien no tendrían que despedirse.

Mientras Julia insistía en invitarla a un helado y Emi insistía en negarse, sintió que encajaba otra pieza del puzle: solo unos padres así de entregados podrían hacer la vista gorda ante los pecados de su hijo, solo unos padres así de afectuosos podrían haber criado al hijo de otro como propio.

Y, sin embargo, Julia no se acordó de Manu hasta por la noche, al ir a ponerse un vaso de agua y encontrarse en el escurridor de sus suegros una taza con el mensaje «Alguien que me quiere mucho me ha traído esta taza de Benidorm».

Misma frase, mismo modelo noventero, mismo todo. La única diferencia era que esta conservaba el asa intacta.

Se le encogió el estómago. ¿Sería una coincidencia o…? Debía de serlo, por las fechas. Pero no tenía sentido que alguien que vivía en Benidorm comprara souvenires de Benidorm.

«Vale, pues piensa tú a qué quiere comprometerte», le había escrito la última vez que hablaron. No lo había entendido, en ese momento. Había pensado que Manu estaba dolido porque Julia fuera a conocer a los padres que a él le fueron arrebatados (que lo dejaron atrás), así que había preferido no entrar al trapo. Tenía que ser difícil aceptar que, al final, la sangre sí pesaba más. En todos los sentidos.

¿Se había referido a eso, entonces? ¿Que lo que Tirso pretendía presentándole a sus padres poco después del matadero era comprometerla? ¿Aprovechar que aún seguía indecisa para forzar la balanza a su favor? Tendría sentido, ¿no? Julia no llevaba ni doce horas en Benidorm y ya le angustiaba imaginarse la cara que pondrían si Tirso les dijera que Julia se había echado atrás.

Luego se dio cuenta de que solo eran pensamientos intrusivos.

Tirso no necesitaba manipularla emocionalmente para mantenerla a su lado. Era al revés. Era Julia quien estaba batallando consigo misma, con sus valores. Con lo *correcto.*

Pero ya no podía librarse de ellos, así que cuando volvió a salir a la terraza del recatado piso (en primera línea de playa, eso sí) de sus suegros, donde los cuatro se habían apalancado tras otra cena fuera, a Tirso le bastó con mirarla a los ojos para recomponerse y decir:

—No sé tú, Julia, pero yo estoy agotado.

Dios, cómo le quería.

—En realidad yo también estoy en las últimas —mintió ella, dedicándole a sus suegros una sonrisa de disculpas—. No quería ser

maleducada.

—¡Oh, nada, nada! ¡Venga, fuera de aquí! —Emi se levantó de un salto y Fermín la imitó, aunque con mucho menos brío—. ¡Será por días…! ¿Hasta cuándo os quedabais?

—Hasta el miércoles —respondió Tirso—. Queremos vegetar también un poco en casa.

Se despidieron con la promesa de reunirse por la mañana prontito para coger sitio en la playa (después de asegurarles que no tenían nada romántico planeado por su parte). Como habían dejado las maletas en el recibidor nada más llegar, Julia había asumido que dormirían en el cuarto de invitados, así que cuando Tirso se echó la mochila de su portátil al hombro y salió al rellano ella todavía tardó unos segundos en seguirlo, descolocada. ¿Había reservado un hotel, entonces…?

Pero Tirso solo llamó al ascensor y subieron al séptimo.

Julia no dijo nada mientras él abría la puerta del C con un llavero que jamás había visto por casa, ni mientras encendía la luz del recibidor, ni siquiera cuando se hizo a un lado para que pasase primero.

Muy a su pesar, unió los puntos enseguida. No porque fuera superdotada o porque tuviera pistas de sobra, sino por el modo en que el piso estaba decorado. Todo parecía extraído de una revista de interiorismo, con sus sofás elegantes, sus lámparas de pie modernas y sus alfombras de diseño. La cocina relucía, de lo limpia. Los espejos seguían un patrón propio, su silueta ya adelantándole que no los encontraría en IKEA. Nada de barquitos, conchas o nudos; nada que gritase «alquiler de playa».

Porque no lo era.

—¿Cuántos pisos tienes?

Se volvió a mirarlo. Tirso encajaba perfecto ahí, en el salón con vistas panorámicas a la costa. Siempre había tenido muy buen gusto, solo que caro. En comparación con la calidad del mobiliario en rededor, la maleta que llevaba consigo (esa que Julia había comprado a conjunto con la suya aprovechando un 2x1), parecía hecha de trapos. Ella tampoco había soltado su maleta, aunque no sabía si por la impresión o por tener algo a lo que agarrarse.

—Unos cuantos —respondió Tirso, esbozando una sonrisa de circunstancias.

Se le veía en guardia, como si esperase que Julia fuera a marcharse pegando un portazo. Eso, y no la confirmación de sus sospechas, fue lo que le sacó a ella una sonrisa.

—Míster Redpiso…

Tirso rio.

—Tantos no.

—Mínimo tres —replicó ella, despegándose por fin de la maleta para abrir la puerta corredera al balcón. El olor a sal impregnó enseguida la estancia—. El de tus padres —apuntó hacia abajo—, este —dio un toquecito al cristal— y tu guarida de supervillano de Madrid.

—¿Hm? ¿Hablas del matadero, del parking o de la parcela reseca?

—No. De donde fuera que durmieras durante mi última pijamada con las Martas.

Cuando miró por encima del hombro, lo pescó sonriendo, y esta vez de verdad.

—Por un momento creía que también me habíais pillado el piso franco —dijo, ufano. Julia resopló—. Es más bien un trastero,

igualmente. Solo lo uso para urgencias. Este otro, en cambio… No has dicho nada. ¿Qué piensas?

Que era una maravilla.

—Está bien —respondió en su lugar, asomándose al balcón. Él la siguió, aunque se quedó en la puerta, apoyado de brazos cruzados contra el marco—. ¿Por qué lo decoraste entero?

—Por si ser Tirso no salía bien. Ya te dije anoche que técnicamente vivo aquí.

—¿Y tus vecinos? ¿No se darán cuenta de que nunca estás en casa?

—Mis vecinos son estacionales. La mayoría cambia cada año, y los habituales ya me han visto algún que otro puente de mayo. A ninguno le extraña que no esté en verano. —Puso los ojos en blanco —. Nadie espera que la gente de Benidorm veranee en Benidorm.

Silencio. En la quietud de la noche, el arrullo de las olas sonaba muy cercano, más incluso que la charla amortiguada de una pareja dos plantas por encima.

Decidió ser sincera:

—Conozco tus precios. Puedes permitirte mucho más que dos apartamentos reformados.

Aunque estaba de espaldas, pudo verlo cabecear perfectamente.

—Fue para lo que me dio con mis ahorros. Ahora tengo el cuádruple, pero convence tú a mi madre de cambiarse a otro sitio. —Tirso bufó por la nariz, divertido—. ¿La ves muy angustiada por no vivir en una mansión de tres pisos?

Ante la mención a su madre, Julia lo encaró. Él la esperaba con las cejas alzadas, tranquilo. Estaba en su territorio y lo sabía. Le sentaba bien; la pertenencia.

—Tu madre es un encanto. ¿Cómo soporta saber que su hijo cobra por matar?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Julia frunció los labios. Ni de coña se planteaba tener esa conversación con Emi. No quería incomodarla en su primer encuentro, aunque sabía, muy en el fondo, que le vendría bien compartir sus inseguridades y quebraderos de cabeza con alguien que había estado en la misma disyuntiva. Con alguien que quería a Tirso tanto como ella.

La irritó pensar que justo por eso se lo había propuesto Tirso.

—Me pido la habitación de matrimonio —masculló Julia por toda despedida, pasando por su lado como un vendaval.

Él solo alzó los brazos en son de paz con una media sonrisa críptica.

Pero surgió, claro. La conversación. Algún día tenía que hacerlo.

Fue ya el lunes, tras un fin de semana cumpliendo el ideal de pensionista español: playa, piscina, siesta; playa, piscina, siesta y, como plan nocturno, alternar entre una salida al bingo o un heladito por el paseo marítimo.

Paradójicamente, Julia se sentía rejuvenecida. O quizá ese era el objetivo de jubilarse en la costa. No podía saberlo, ya que solía pasar todas sus vacaciones hibernando para reponer fuerzas o haciendo turismo a matacaballo con Tirso en destinos no más lejos de una hora de avión o seis de coche de Madrid. Era un buen cambio. Empezaba a verle el puntillo a Benidorm, aunque la humedad le encrespara el pelo.

Ahora estaban en el Consum, solas Emi y ella. Le había pedido que la acompañase a la compra («, corazón»), y Julia no hubiera podido negarse ni aun habiendo querido. Normalmente, le dijo, era su marido quien mantenía llena la despensa, pero con el Tour de Francia en pleno apogeo le daba pena levantarlo del sofá, con lo que le gustaba verlo. Tirso se había quedado con él, igual de inmerso en la retransmisión. Debía de ser cosa de familia. De ese tipo de cosas que solo se dan al rejuntarse, como acentos que se pegan o ademanes que reaparecen.

El caso es que Julia arrastraba el carrito tras Emi en una imagen refleja de sus compras mensuales con Tirso. «Leche, leche, leche…», iba murmurando su suegra, cómo no. Solo paró cuando alcanzaron el pasillo de los lácteos, donde se agenció un lote de seis briks de la misma marca que Tirso compraba en casa. Cosa de familia, sí. Le daba calentito en el corazón, después de tantos años creyendo que nunca tendría oportunidad de descubrir qué partes de su novio venían de sus padres.

—Bueno, Julia —dijo entonces Emi, en un tono sospechosamente distendido—, me imagino que tendrás muchas dudas.

Ella hizo un ruidito ambiguo, por si las moscas. Su suegra la miró de soslayo antes de preguntar:

—¿Asumo que sabes por qué acabamos aquí?

—Algo sé, sí.

—Pero no de su boca, supongo.

—No —admitió Julia—. De la de Manu. Moli.

La cara de Emi se iluminó.

—¡Ay, hacía mucho que no oía ese nombre! ¿Cómo está?

—Bien. —Y tras un segundo de duda añadió—: Os echa de menos.

—Mmm. —Su suegra retomó su camino pasillo abajo, pensativa, así que Julia se apresuró a seguirla—. No fue fácil para ninguno. ¿Qué te contó?

—Lo de las deudas de su marido. Que «le debía dinero a gente chunga», según declaraciones textuales.

Esta vez, la mujer no sonrió, pero sus ojos lo hicieron por ella, estrechándose fugazmente. ¿Cuánto habría pasado desde la última vez que viera a Manu? ¿Le habría preguntado por él a Tirso algún día, se habría interesado por qué había sido del otro niño que crio en Tirso de Molina? ¿O había preferido no saber nada, recordarlo tal como era entonces para no torturarse con una versión que jamás conocería?

—Mi marido es un señor muy hermético —le dijo, mientras metía unas cuajadas en el carrito—. Estaba claro que nuestro hijo saldría a él. Se guardan todo para sí mismos, lo bueno y lo malo, y para cuando te das cuenta de lo que ocurre ya no hay manera de pararlo. A mí me pasó con los dos. Primero con Fermín, cuando descubrí que nos había dejado sin blanca en las tragaperras. Luego con… ¿cómo lo llamas, Tirso? —Rio por la nariz, breve—. Luego con Tirso, cuando me llamaron de madrugada desde su móvil para que fuera a «sacar la basura». —¿Perdón?—. Si ya fue un palazo enterarme de que mi marido se había endeudado con la mafia, enterarme de que habían pillado a mi hijo borrando la deuda de los registros fue directamente… En fin. Puedes imaginártelo, ¿no? ¿Julia?

Pero Julia no se imaginaba nada porque había frenado en seco ahí mismo, en mitad del pasillo de lácteos, congelada frente a las neveras repletas de yogures y gelatinas. Muy apropiado.

—Cuando dices «mafia» —logró carraspear al fin—, ¿te refieres a…? O sea, ¿estamos hablando en sentido figurado o…?

Emi enarcó una ceja. Julia tragó saliva.

—Podemos seguir llamándolos «gente chunga», si te da menos impresión —ofreció, sin pizca de maldad.

—No, no, da igual. Mejor así, sin rodeos. —Suspiró—. Perdona, Emi. Tu hijo lleva intentando ponerme en situación varios días, pero nunca era el momento adecuado. No —se corrigió, negando con la cabeza—. En realidad es culpa mía. Puede que haya estado… rehuyendo el tema. Por si empeoraba. Y, bueno, viendo que lo que se venía era *la mafia,* casi que tenía razón.

Durante unos segundos, su suegra permaneció callada. Tal vez se preguntaba cuánto debía contarle ahora que sabía que Tirso no se la había encasquetado a propósito, o tal vez estaba ideando la mejor manera de explicárselo todo desde el principio. Cosa que Julia agradecería, porque ya no podía más.

—De acuerdo —concedió Emi, muy seria. Casi grave—. Pero léeme primero la lista, cariño, para ir avanzando mientras.

—Ah, sí, claro, voy.

Julia cogió el papelito que su suegra había colocado junto con su bolso en el miniasiento abatible del carro y leyó lo apuntado intentando disimular el temblor nervioso de su voz.

—Tampoco hay tanto que contar —fue como empezó Emi, mientras timoneaba el carrito distraídamente hacia el siguiente pasillo sin mirar atrás—. Las casas de apuestas son un mal diseñado a conciencia, no somos la primera ni la última familia afectada. Mi sueldo bastaba para vivir los tres al día, pero un ludópata requiere vigilancia y apoyo constante, además de una terapia que, por

desgracia, la seguridad social no daba abasto para proporcionarnos, no con la asiduidad necesaria. Pesto, pesto, pesto… —Encontró el pesto; reanudó su camino—. Es la pescadilla que se muerde la cola, ¿no? Cada recaída aumenta tu deuda, pero el dinero que inviertes en saldarla es el que deberías invertir en curarte para evitar la siguiente. —Julia asintió, aunque Emi no la estaba mirando—. Comprenderás entonces que no preguntara de dónde sacaba mi hijo el dinero. Yo ya me olía que limpio, lo que se dice limpio, no era, pero lo ganaba a conjunto con el nene Molina, y sabía que ninguno de los dos pondría en riesgo nuestra familia.

«Pero Tirso quería más», recordaba haber conjeturado Julia aquella tarde postmatadero.

«No, Julia —la había corregido Manu—. Tirso *necesitaba* más».

Esta vez, en cambio, tenía las piezas suficientes para decir…

—Tuvo otra recaída.

… y acertar.

La mirada que le dedicó Emi era la de una esposa derrotada y una madre arrepentida. Se le encogió el estómago al comprender que se culpaba. De no haber sabido identificar las señales de la adicción, de haber priorizado la deuda del padre a la seguridad del hijo, de no haberse visto venir la gota que colmó el vaso.

Quiso decírselo, que no tenía culpa de nada, que había hecho lo humanamente posible con las herramientas de las que disponía. No lo hizo porque, en el fondo, eso Emi ya lo sabía. Seguro que Tirso y Fermín se lo habrían repetido infinidad de veces. Los tres eran víctimas, pero solo uno de ellos era responsable. Y solo uno era verdugo.

—Una vez más, yo no me enteré hasta después —prosiguió ella, con un suspiro resignado—. Del ultimátum, digo. Fermín debía demasiado y se le dio una fecha límite para apoquinar. A nosotros no nos lo contó. Es más, yo esos días lo vi hasta animado. Supongo que estaba deseando que se lo cargaran, porque parte de su trato con Shigure aseguraba que su familia no heredaría la deuda. Ay, perdona, cariño. Shigure es…

—Lo sé —la cortó Julia, tensa—. El empleador de Tirso.

Emi asintió.

—Ahora sí. Y gracias a Dios. —Frunció los labios, deteniéndose momentáneamente entre dos pasillos—. No me oirás echar pestes de él. Es una mala persona, como todos los de su calaña, pero si mi hijo y mi marido no aparecieron descuartizados en una zanja fue porque no quiso. —Uy. Eso Julia sí que no se lo esperaba—. Le interesaba más lo que En… Tirso pudiera ofrecerle. Mandó darle un buen escarmiento, por supuesto, el que se merecía por creer que podía robarle la millonada que le debía Fermín con solo clicar un botón. Piña, piña, piña… Pero cuando le dieron el alta del hospital fue a visitarlo y le contrató.

—Le contrató —repitió Julia, más por sorpresa que por necesitar aclaración.

Ahí su suegra se detuvo por completo para volverse a mirarla. Su acento pirenaico, en un principio apenas perceptible, había ido espesándose según ponía en palabras sus recuerdos. Le daba cierto peso a su presencia, cierta corpulencia que de por sí ella (blanda, bajita, casi en miniatura) jamás irradiaría. A esas horas de la tarde, con el supermercado desierto en rededor, a Julia se le hacía hasta ominosa. Ominosa como Tirso vestido por entero de negro y

mascarilla quirúrgica, como el compás perezoso del chop chop chop mientras troceaba ingredientes.

Cosa de familia.

—Supongo que así saldó la deuda —habló de nuevo Julia, instintivamente incómoda bajo el escrutinio—. Con… encargos. De los suyos.

—Entre otras muchas cosas, sí.

—¿Y a vosotros os parece bien? ¿No os da… —«¿cómo decirlo?»— miedo?

Apreció que Emi pausara unos momentos a considerar la pregunta.

—Conocemos a nuestro hijo —respondió finalmente—. Sabemos quién es. Por eso confiamos en sus decisiones y, en última instancia, agradecemos que tenga lo que hay que tener para llevarlas a cabo. Si no fuera por él, Fermín estaría muerto. Por sus propios errores, sí, pero muerto. —Pareció dudar medio segundo antes de añadir, algo más tajante—: No sé cuánto tardó en saldar la deuda ni cuándo empezó a matar, o si quedó acordado desde el principio, pero me da igual. Para mí, lo importante es que mi marido está limpio y mi hijo está a salvo. Cómo lo consiguiera es secundario.

Julia se envaró. Primero por oírla soltar el verbo con «m» en un lugar público y luego por todo lo demás. Le ardió en la lengua; la injusticia. Trató de tragársela por respeto a Tirso, pero después pensó que si SU MADRE no tenía reparos en hablar sin tapujos en mitad del Consum, tampoco los tendría ella:

—¿Y que siga haciéndolo también te da igual? Porque ya no tiene excusa. Podría haber parado en cuanto terminó de pagar y en vez de

eso os puso un piso en Benidorm. ¿Te parece normal? ¿Te parece bien vivir en una casa comprada con sangre?

Para su sorpresa, Emi no intentó convencerla ni excusarse, como cabría esperar, sino que levantó la barbilla en un ademán orgulloso que respondió todas sus preguntas de una.

—No me tomes por tonta —le dijo igualmente, más desdeñosa que acre—. Claro que preferiría que lo hubiera dejado, pero no soy ninguna desagradecida, y su padre tampoco. Bastante ha hecho por nosotros para que encima nos pongamos moralistas, así que, si a él no le quita el sueño por las noches, menos me lo quitará a mí. —Julia abrió la boca para protestar, pero ella se le adelantó con vehemencia—: Hasta que llegue el día en que mi niño tenga que pagar por sus crímenes, disfrutaremos de la felicidad que nos traen. Y si tú no vas a hacer lo mismo, como mínimo no le hagas perder el tiempo y dilo ya.

Le cayó como una bofetada. Incluso reaccionó tal cual, retrocediendo con un respingo reflejo, de cervatillo.

—¿«Perder el tiempo»? —logró boquear por fin, lívida—. ¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que yo le haga perder el tiempo y no que él mate gente?

—Ninguna de esas personas eran buenas, Julia.

—¿Para quién? —casi se rio ella, de lo inverosímil que se le antojaba la situación—. Porque sabiendo a qué se dedica *tu niño* nadie lo tildaría de buena persona. Qué coño, ¡si le encargan ajustes de cuentas! ¡Podría estar cargándose a otros como Fermín!

—Pero no son Fermín.

Ante aquello no tenía defensa. Julia cerró la boca con la saña de un cepo, apretando tanto los dientes que sus encías pulsaron bajo la

presión. Delante, todavía cogida a la proa del carrito, Emi esperaba en guardia la siguiente dentellada. Cuando no vino, su gesto se suavizó, y su voz volvió a sonar a nana, a cuna:

—Siento haberte hablado así. No son formas.

Ella negó con la cabeza, incapaz de articular ni un simple «nada». No se dio cuenta de que también había agachado la mirada hasta que la mano de Emi entró en su campo visual para darle un leve apretón en el brazo. La oyó suspirar. Sonaba triste.

—Soy su madre, Julia. No soy objetiva. Pero la pregunta aquí no es si a mí me parece buena persona, o si puedo vivir con ello. La pregunta es si puedes hacerlo tú.

No supo qué contestar, claro.

La conversación terminó ahí.

En caja, Emi pagó con la misma tarjeta que Tirso se había guardado en la arrocería. Julia ignoraba cuándo había vuelto a cambiar de manos, aunque sospechó el motivo al ver de pasada el nombre del titular. «La uso de tanto en tanto —le explicó su suegra mientras cargaban las bolsas en el coche—. ¡De alguna manera tenemos que simular que vive aquí!».

Al preguntarle Julia si nunca le habían pedido el DNI, ella negó entre risas y respondió que, aunque alguna vez lo hicieran, no sería la primera ni la última madre en ir a hacerle la compra al vago de su hijo.

Y, al llegar al piso, dejó la tarjeta en el cuenco del recibidor «para que la tuviera a mano esos días».

El martes, gracias a Dios, Julia tuvo el día para ella sola. Emi había hecho planes con sus amigas benidorminas, Fermín seguía enganchado 24/7 al Tour de Francia y Tirso la conocía lo suficiente para saber cuándo necesitaba un poquito de distancia social. Eso no quiere decir que se mantuviera distante, o que no le dirigiese la palabra, sino que se entretuvieron cada uno con lo suyo tal como hacían en casa: en silenciosa compañía.

Le vino bien. Pudo explorar en profundidad el piso mientras Tirso daba un paseíto por la playa (no encontró nada interesante), avanzar con un libro que llevaba meses sin abrir (no recordaba ni de lo que iba) y desbloquear *por fin* la semilla de cereza de la app de Manu (que vino con un avatar honorario de regalo).

El propio Manu también tuvo su porción de protagonismo hacia el final de la siesta, cuando le envió la friolera de ochenta y cuatro fotos en HD de Muu, a cada cual mejor que la anterior. Julia solo le había pedido que se pasara a echarle un vistacillo el domingo, pero Manu se estaba tomando muy en serio su papel de niñera y ya sumaba tres tardes seguidas de «pijamiauda». Su gata, cómo no, encantada con la atención. Su novio seguramente no tanto, aunque tampoco parecía molesto. De hecho, se le veía bastante plácido, casi somnoliento, mientras se sentaba junto a ella en el sofá para mirar también las fotos. Todavía tenía el pelo húmedo de su típica ducha postsiesta y la piel caliente allá donde se rozaban, cosa que, con la calor que hacía, no debería gustarle tanto.

Y Tirso debió de notar algo, debió de notarla recostar un poco de su peso contra él, porque una vez visto entero el *photoshoot* le preguntó si le apetecía salir a cenar los dos solos y ella le dijo que sí.

Cuando un rato después Julia salió de su propia ducha postsiesta (o, en este caso, precena), Tirso no estaba por ningún lado, ni tampoco cuando terminó de arreglarse. Resignada, mató el tiempo sembrando sus nuevas semillas de cerezo, pero tras media hora sin noticias y dos mensajes sin respuesta le dio miedo que él estuviera esperándola donde sus padres, así que para allá que bajó.

—No, no, se ha ido con su madre a nosequé, pero pasa si quieres a esperarlo aquí.

Como no se le ocurrió ninguna excusa rápida para subirse de nuevo al piso, Julia aceptó el ofrecimiento y siguió a Fermín hasta el balcón, donde este se reacomodó en su mecedora. Ella se sentó muy recta en la otra, sin saber qué hacer salvo quedarse mirando el mar. Aunque a esas alturas ya sabía que su suegro no acusaría el silencio, parco en palabras como era, a Julia sí la incomodaba estarse ahí como plantada por el Ayuntamiento, más todavía cuando ella iba vestida de punta en blanco y él de estar por casa. Necesitaba sacarle algún tema de conversación, demostrarle que tenía personalidad más allá de ser su nuera. ¿Debería preguntarle por el Tour de Francia? Nah, demasiado evidente. ¿Alabar el piso, o Benidorm? Tampoco. Por muy bien que vivieran allí, habían tenido que mudarse por culpa de sus problemas de juego. ¿Contarle batallitas del Obramat? No, por Dios… ¿Qué, entonces? ¡Si no le había oído más de una frase por día, y llevaban cuatro! Solo lo había visto embobado con el ciclismo en el sofá o embobado con el móvil en la mecedora, como ahora. Bueno, «embobado» no. Concentrado, mejor dicho. ¿Qué andaría haciendo? Por la musiquita, parecía que jugar. Le sonaba mucho. ¿Dónde la había oído ant…?

Espera.

Casi se acalambró el cuello de lo rápido que se giró a mirarlo. Él ni se inmutó, tranquilamente repantingado con el móvil en una mano y un cigarrillo en la otra. Al contrario que su esposa, a quien se le notaban las raíces pirenaicas en ese acento suyo tan particular, tan cerrado, Fermín tenía la pinta del típico señor de La Rioja que hubiera estado muy a gusto sin salir jamás de su huerto.

Quizá por eso le gustaba la app de Manu.

—¡Y-yo también lo tengo! —barbotó, casi atragantándose del arrebato.

—¿Uh? —solo dijo Fermín, mientras daba una calada a su cigarro.

—El juego. *FARManía*. ¡Que yo también juego!

—Anda. —Soltó el humo, visiblemente más animado—. ¿Por qué nivel vas?

Julia se rio, un tanto avergonzada:

—Por el 120…

—Ah, pues ya vas enfilada, ¿eh? ¿Qué llevas, dos huertas?

—Sí, estoy a ver si desbloqueo la tundra…

—¡Uy, esa es la prueba de fuego! Bien, bien. —Otra caladita ufana —. Pues dame tu usuario que te salude, que ando escaso de güitos. Me compraría un pase de esos, pero por motivos que sé que te han contado prefiero abstenerme.

—¡No, claro! —rechinó ella, sacando el móvil a toda prisa, como si Fermín fuera a caer en la trampa de los micropagos de un momento a otro—. Nada de pases, cero pases. Aunque seguro que Manu, si se lo pide usted, sí le haría premium.

Su suegro la miró con el ceño fruncido mientras soltaba el humo por la comisura de la boca. Tenía los ojos más entornados que nunca, prácticamente cerrados. Ah, espera. Julia sonrió:

—Manu es… Bueno, su mujer lo llama «el nene Molina».

Solo notó el cambio en su expresión por puro milagro, de lo sutil. Sus cejas se alzaron muy levemente, sus labios amagaron una sonrisa nostálgica, pero también dolida. Debía de haberle querido mucho, para que alguien a quien incluso su esposa calificaba de hermético pusiera esa cara al recordarlo.

—No tenía ni idea de que era suyo —le dijo Fermín, aun siendo evidente—. Pero tampoco me extraña, siempre andaba maquinando… ¿Te hablas con él?

Ella asintió. Él también, satisfecho por alguna razón.

—Las vueltas que da la vida. Pues dile que ponga menos anuncios, que me tocan las narices.

—¡Pero bueno! —se rio Julia—. ¡Apunte más alto, hombre! ¿Tiene oportunidad de sacar provecho del desarrollador y solo pide eso?

—Quita, quita. —Seguía sonriendo, pero ahora algo más tirante, más grave—. Ya bastante me aproveché de él en su día. Se me caería la cara de vergüenza yendo a pedirle nada después de que cortaran por mi culpa.

¿Perdón?

—¿De que… cortaran…?

La forma en que Fermín sacudió la ceniza de su cigarro en el cenicero tenía cierto regusto amargo, casi desdeñoso. Julia quiso zarandearlo para que respondiera de una vez porque estaba al borde del infarto.

—Sí, como tuvimos que venirnos aquí, pues perdieron contacto… —explicó, aunque eso a Julia no le aclaraba nada—. No voy encima a pedirle dinero. Otra vez.

PAUSA. Sacar a Fermín de su error (porque madre mía lo equivocado que estaba) era más importante que el posible cotilleo del siglo:

—Manu se lo daría sin pestañear. El premium, digo. Y el dinero seguro que también. No lo culpa para nada, a ninguno.

—Niña, mira que si me vuelves a tratar de usted…

—¡No me cambie de tema! ¡Os echa de menos!

Fermín puso los ojos en blanco en un gesto terriblemente Tirso.

—Y nosotros a él. Pero no tenemos derecho.

Julia se levantó como pinchada, incapaz de permanecer sentada mientras sacaba el móvil toda alterada. La liebre ya había saltado, Manu ya estaba enterado del meollo, ya no había razón para mantener ni las apariencias ni las distancias ni nada. Era injusto e insostenible y si a Tirso le molestaba que su novia tomara cartas en el asunto que se lo hubiera pensado mejor antes de traérsela a Benidorm. No tenía derecho a decidir por tres adultos que claramente estaban sufriendo. Dolía verlo.

Fermín quiere comprarse un güitopase

NO!!!!!!!!
GP45BXFERMIN

Puedo usarlo yo también? 🤗

No 😊

MANUEL MOLINA MONTARAZ

—¿Debería intervenir?

La voz de Tirso a punto estuvo de provocarle de verdad un infarto. No lo había oído llegar, ni siquiera lo había *visto* acodarse sobre el respaldo de la butaca de su padre. Julia enrojeció hasta las orejas y agradeció poder achacarlo al susto y no a la impresión de reencontrarse con la versión más pulida de su novio, esa de pelo estilizado hacia atrás, pantalones de tiro alto y calzado Oxford que se reservaba para las noches de cita.

—Calla —ordenó ella, tanto a Tirso como a sus pensamientos, y giró la pantalla del móvil hacia Fermín como ejecutando un jaque mate—. Ea, solucionado. Ya ves tú qué trauma.

Su suegro se adelantó para leer el chat con ojos suspicaces. Luego rebufó y volvió a repantingarse en la silla.

—¿De dónde te sacaste a esta, hijo? —protestó, haciéndose el digno, aunque sonreía mientras abría la página de canje del juego.

—La robé del Louvre. ¿Estás lista?

Julia resopló.

—¿No se me ve lista?

Ellos se rieron. Debería ofenderse, debería echarle en cara haberla dejado esperando sola en casa sin avisar, pero no hizo ni una cosa ni la otra porque al final se había salido con la suya. Por eso y porque había algo hogareño en aquel intercambio, en Tirso y su padre bromeando sobre ella como seguramente hacían sobre Emi, como ella misma y su madre hacían sobre Tirso. Como sus padres y sus suegros harían sobre ellos dos, si llegaban a conocerse algún día.

Se reblandeció entera al imaginárselos a todos juntos, chinchándose unos a otros sin malicia.

Eso, también, era cosa de familia.

26

Tirar del hilo

Al parecer, ahora que Tirso no tenía que esconder su acaudalado patrimonio podía permitirse derrochar (presumir) a gusto. No se le ocurría otro motivo por el que la llevaría sino a semejante restaurante, una azotea de *alto standing* desde la que se oteaba todo Benidorm con reservados como pequeños rincones secretos gracias a sus doseles de abalorios, aislándolos del mundo sin entorpecer las vistas ni la brisa.

Una vez, Yolina le había dicho que a un verdadero restaurante «de ricos» se le identificaba por la omisión de precios en carta. Asumían que sus comensales podían costeárselos.

La carta entre sus manos no listaba un solo número salvo la añada de cada vino.

Otra prueba más de que debería haber nacido rica, pues no tener siquiera opción a echar cuentas o pedirse el plato más barato le quitaba un peso enorme de encima. Y, sabiendo encima que, sí, Tirso podía costearse eso y más, Julia estaba tranquilísima. Una cosa era ser la mantenida de un informático acomodado y otra serlo de un sicario megaforrado.

Pero que ya no le diera reparos gastarse su dinero no significaba que tampoco le diera reparos ya cómo lo ganaba.

Pero los dilemas morales mejor dejarlos para otro momento, porque a pesar del despliegue romántico y del ambiente íntimo Julia solo podía pensar en una cosa:

—Oye, una pregunta así rápida. ¿Manu y tú estuvisteis saliendo?

No supo descifrar la expresión de su rostro. En un segundo Tirso estaba leyendo la carta tan normal y al siguiente la miraba directamente a los ojos, mitad calculador mitad expectante, en guardia. La había mirado igual en el matadero, mientras estimaba si Julia era o no una amenaza.

Y acto seguido se relajó entero y puso los ojos en blanco.

—Mi padre ha vuelto a usar «cortar» como sinónimo de «dejar de hablar», ¿verdad?

Ah.

—Ah. *Oh,* eh… Pues puede ser, sí. Sí, justo.

Él rio entre dientes, divertido.

—Me alegro de que esta vez hayas ido directa a la fuente en lugar de cotillearlo primero con Moli.

—¡Hombre, en este caso Manu también sería la fuente!

—*Touché* —reconoció, pero aún risueño, como si…—. ¿Algún otro asunto que deba aclarar?

Julia frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices así?

—¿Así cómo?

—¡Como si estuviera loca!

—Quizá porque tus precedentes incluyen pasarte tres años creyendo que tus suegros están muertos por no preguntar.

—Habló el que se pensó que podía piratear a la yakuza e irse de rositas.

Tirso soltó una risotada de pecho, de esas que se le escapaban cuando algo lo pillaba por sorpresa. Claramente no esperaba que Julia fuera a salirle por ahí, y ella se quedó pasmada (maravillada) viéndolo ponerse hasta rojo, abochornado por el recuerdo.

—En mi defensa diré —tuvo la desfachatez de señalar— que no son la yakuza.

—¿Qué va a ser defensa eso? —protestó Julia, entre escandalizada e incrédula—. ¡El plan entero es de risa! ¡Que llegaste y dijiste: «Ah, ¿que aquí pone que mi padre debe dinero? ¡Pues lo borro y punto!»!

Volvió a reírse.

—¡Tirso! —le regañó—. ¡No es gracioso! Es… ¡Es el tipo de idea de bombero que tendría Manu!

Ahora sí, Tirso se dignó a dejar la carta a un lado para responder con la seriedad que requería el asunto:

—A ver. Piensa que yo tenía… Era muy niño. Apenas acababa de graduarme, me creía más listo que nadie. Jugué al mismo juego que Moli, pero él le ganó la apuesta a Microsoft mientras yo la perdí contra la mafia. —Se encogió de hombros—. Fallo mío. La banca siempre gana.

Y tan pancho.

—No supero que digas la palabra «mafia» tan natural. Es como si dices… «Carrefour» o… «¿Tú dónde trabajas, Julia? Yo en Obramat. Genial, ¿y tu novio? ¡Ah, él en la mafia!».

—No trabajo en la mafia —suspiró él, poniendo los ojos en blanco —. Ni para ellos. Si eso, les acepto encargos.

—¡Uy, que también eres freelancer en el sector del crimen!

Esta vez Tirso se rio por lo bajini, como para sí mismo.

—¿Te hago gracia?

—No, no. Perdón. Es que siempre que nos imaginaba hablando de esto te veía histérica, pero otro tipo de histérica.

Silencio. Se sostuvieron la mirada uno, dos, tres segundos. Él sonreía; ella no. Pero no por nada malo, sino por… Bueno, por la sorpresa.

—¿Pensabas contármelo…? —musitó.

—Tenía asumido que tarde o temprano me pillarías —fue lo que respondió, blando—. Bajo demasiado la guardia a tu alrededor. Ya te lo dije en casa de tus padres, te tomaba como referencia. Si notaba que habías empezado a sospechar, sabría que me había relajado.

Tirso negó con la cabeza en el gesto universal de «ay, qué chaval más tonto». Julia no supo qué decir. Hasta cierto punto, aquello cambiaba las cosas. No todas, claro (al final un asesino era un asesino), pero que su plan de futuro no consistiera en ocultarle la cruda realidad hasta el fin de los días la hacía sentir un poquito mejor. Significaba que Tirso siempre había tenido intención de darle opción a escoger si quedarse o marcharse. Julia, simplemente, se le había adelantado.

—Me gustaba pensar que tendría espacio de maniobra —continuó, trasteando nerviosamente con la tirita de uno de sus pulgares. Cosa cuando menos extraña, porque Tirso *nunca* se ponía nervioso—. Que podría sentarme a explicártelo todo con calma, o por lo menos acabar con buen pie. Lo que no me imaginaba era que fueras a entrar al trapo al ring.

Julia desvió la mirada.

—Quería salir de dudas, y preguntarte directamente era… pues…

—Peligroso —asintió él.

—Peligroso —confirmó ella.

Cuando volvió a levantar la vista, Tirso seguía mirándola con una media sonrisa distraída, suave, aunque se recompuso en cuanto un repiqueteo de abalorios anunció la llegada del camarero. Julia, que ni conocía el sitio ni había tenido tiempo de estudiarse la carta como Dios manda, pidió lo primero que le había llamado la atención de su vistacillo anterior y dejó que Tirso se ocupara del resto (las bebidas tenían nombres raros y a ella le daba demasiada rabia equivocarse).

Permanecieron en silencio mientras esperaban a que les sirvieran las bebidas (Tirso, cómo no, había acertado con la suya), y mientras probaban la tapita de pitiminí que las acompañaba.

Luego Tirso dijo:

—Dispara.

Y Julia dijo:

—Tu madre me contó que Shigure mandó darte un «escarmiento» por borrar los registros. No entramos en detalles, pero me dio a entender que te pillaron por banda una noche.

La forma en la que cabeceó puso de relieve el característico minisocavón de su nariz. A Julia nunca le había parecido que le afeara; más bien le daba personalidad. Ahora que sospechaba cómo se la había roto, en cambio, no podía no preguntarse si cada vez que se miraba al espejo recordaría la paliza.

—Mmm. Básicamente, sí —asintió Tirso—. Los datos que te faltan son que contrataron a otro hacker para que me rastreara, encontraron el portal de encargos que tenía con Moli e hicieron un pedido falso. A la que iba al punto de cobro, plas. —Torció la sonrisa —. Vamos, que cobrar, cobré, pero no precisamente en efectivo.

—Pero tú ya lo sabías.

—¿Hm?

—Lo que iba a pasar. Tú ya sabías quién te había contratado y qué te esperaba en el punto de cobro. —Julia frunció los labios, fastidiada—. Vale que prefirieras ahorrarle el disgusto a tu madre, pero ¿a mí? ¿Por qué vuelves a omitir cosas?

Tirso chasqueó la lengua. Ya no sonreía. Todo lo contrario.

—Porque el final de la historia es el mismo —espetó—. Cuando recibes un encargo ofreciendo la cifra exacta que debía tu padre, sabes que es o eso o la morgue. Si habían dado conmigo, darían con toda la familia aunque nos fuéramos del país esa misma noche, no tenía otra opción. —Y aquí un resoplido desdeñoso, ácido. Amargo. Auguraba cuchilladas—. ¿Qué querías, que le contara a mi madre que a lo mejor amanecía viuda y huérfila? ¿Para qué? ¿Qué podía hacer ella? ¿O él? ¿No es mejor así, que ninguno sepa nunca que me planté allí totalmente convencido de que me harían elegir entre matar a mi padre o tomar su lugar? O peor —Julia se encogió bajo la textura de pronto aterciopelada de su voz, como un ronroneo incómodo, erróneo—: quizá eres de los que piensa que debería haberme desentendido desde el principio y dejar que le metieran un tiro.

«No —había dicho Manu—. Lo que le dije fue que dejara de sacarle las castañas del fuego a un tío que se merecía lo que fuera a pasarle por sangrarle la puta vida a su familia».

«Muerto el perro, se acabó la rabia», había pensado ella.

Así que había acertado. Ahí estaba, la brecha. El momento en que Manu había dinamitado cuatro futuros con una terrible elección de palabras. Debía de haber empezado a resquebrajarse semanas

antes, cuando Manu ya se olía que Tirso planeaba jugársela a Shigure y trató de venderle básicamente que sacrificar a su padre era lo justo, pero no había estallado hasta la noche del encargo falso. «Aquella noche», cada uno entendió el pedido entrante de manera distinta; Manu como un punto de no retorno y Tirso como un punto final. «Aquella noche», Manu le había asestado el golpe de gracia y un Tirso acorralado, asustado y traicionado se había lanzado de cabeza a los lobos decidido a cortar el problema de raíz.

Pero Julia no pensaba pisar la misma mina.

—No —respondió, sin rodeos, sin más—. Creo que yo hubiera hecho lo mismo. Habría agachado la cabeza y cumplido cuanto me pidieran para asegurar que mi chapuza no salpicase a nadie más. Por mucho que tú me hubieras suplicado que no fuera, o prometido que cuidarías de mi madre si volvía contigo a casa.

En las películas, la bomba siempre quedaba neutralizada en los últimos cinco segundos, después de que el protagonista vacilara entre cortar el cable rojo o el azul. Sin embargo, nunca era inmediato. Debían transcurrir como mínimo dos segundos más antes de que el minutero se apagara, de que las luces del cine se encendieran, de que Julia y él se levantaran.

Tirso tardó justo eso, dos segundos, en respirar hondo y reclinarse en su asiento de diseño como desactivado desde dentro, como agradecido por no tener que detonar aquella vez. Había reconocido las palabras de Manu en las suyas, y Julia no recordaba haberlo visto jamás tan… en paz.

—Y luego soy yo el que omite información.

—Empezaste tú —señaló ella, encogiéndose de hombros.

Casi se le pasó, al principio, el atisbo de sonrisa en sus labios, como un lenguaje secreto entre ambos. Conjuntaba perfecto con sus hombros relajados y con la verdad en su voz al decir:

—Estoy muy enamorado de ti, Julia.

Ella sí sonrió del todo.

—Y yo de ti.

Tirso no dijo nada más mientras se enderezaba para tomar su mano en la suya, ni cuando le dio un breve beso en el dedo anular, en el punto preciso donde descansaría un anillo. Para Julia, con eso bastó. Y es que, por primera vez desde aquella lejana noche de San Valentín, el nudo de su estómago se deshizo, dando paso a todo un caleidoscopio de mariposas que ya no volverían a irse.

Llegaron al piso de madrugada, después de un improvisado *detour* por la bahía charlando de todo y de nada con los zapatos en las manos y el mar en los tobillos. Ninguno parecía tener mucha gana de romper la frágil burbuja en la que se habían resguardado del presente durante la velada, cosa que ocurriría en cuanto se dieran las buenas noches, cuando tuvieran que volverse cada uno a su cama. Quizá por eso se descalzaron en el recibidor, excusándose en no llenar los dormitorios de arena, y quizá por eso seguían vestidos de noche mientras él se ponía una copa en el salón y ella un poleo menta en la cocina.

Tirso acabó primero, claro. No lo había oído acercarse, pero notaba el peso de su mirada contemplándola pensativo desde el umbral. Seguro que estaba apoyado en el marco, como siempre, de brazos cruzados. En casa, Julia estaba acostumbrada a no encender

nunca la luz de la cocina para aquel tipo de cosillas rápidas, siempre bañada por la del salón. Allí, una línea de sensores leds solucionaba el problema, esclareciendo la penumbra a su paso. Muy *fancy* todo.

—¿Qué piensas?

Julia no se giró a mirarlo, fingiéndose muy concentrada en añadir un puñadito de frutos rojos congelados a su poleo. Eran más bien para cócteles, y no pegaban mucho con la menta, pero a veces una chica necesita darse un capricho.

—¿De qué?

—De todo. Ahora que tienes el cuadro completo.

Qué buena pregunta. Julia volvió a hacer tiempo guardando los frutos rojos y sacando una pajita de cristal la mar de coqueta para remover la infusión. Pensaba llevársela a casa, junto con otras muchas cosas que allí estaban desaprovechadas.

—¿Y bien?

Siguió removiendo, vuelta de espaldas. Al final, con un suspiro, dijo:

—Pienso que tengo que pensar. Y que tú deberías pensar en dejarlo.

—Mmm. —Acababa de cabecear, ¿verdad?—. ¿Es una petición formal?

—Es una petición lógica.

—*Touché.* ¿Qué harías si me niego?

Julia respiró hondo.

—Eso es lo que tengo que pensar.

Lo oyó suspirar también. Durante unos segundos, solo hubo silencio entre ellos. Incluso llegó a pensar que se había vuelto para el comedor. O peor, a dormir. No estaba preparada para que la noche

terminase, no tan pronto, no así. Luego notó un calor familiar a su espalda, enorme y envolvente, y supo que había hecho todo lo contrario.

Diría que fue instintiva, la forma en la que su cuerpo simplemente dio la bienvenida al suyo. Él le rodeó la cintura con los brazos, ella se reclinó contra su pecho. Él le dejó un beso en el pelo, ella ladeó la cabeza para abrirle paso. Él juntó su sien con la suya, ella entrelazó los dedos con los suyos. Por manida que fuera la metáfora, encajaban. Siempre lo habían hecho.

Tirso aún tardó un poquito más en volver a hablar, limitándose tan solo a abrazarla con los ojos cerrados mientras sus respiraciones iban acompasándose como tantas otras veces antes de aquella.

—Mantenme informado, ¿vale? —le susurró al oído—. Y cualquier duda, cualquier miedo que tengas…

—Lo sé —le cortó Julia, sin poder evitar una sonrisa—. Iré directa a la fuente.

—Que soy yo.

—Que eres tú.

Notó su resoplido divertido tras la oreja y le hizo cosquillas. Lo siguieron sus labios, primero ahí (un beso breve, casi tentativo) y luego descendiendo por su cuello muy, muy despacio. Julia se planteó dejarle hacer. Dios, cómo quería dejarle hacer. Pero tenía que ser fuerte, porque se conocía, y sabía que si cedía solo una vez ya le sería prácticamente imposible volver atrás. Suspiró.

—No tan rápido, Hannibal —le riñó, aunque no se apartó.

—¿Hannibal? —protestó él, aunque tampoco se apartó.

Julia asintió, intentando mantener el tono ligero, risueño:

—Tú dirás para qué usas si no la marmita industrial del matadero.

Ante eso Tirso sí se enderezó, lo justo para hacer un intento de buscar su mirada que ella no correspondió. Era más fácil entretenerse en liberar una mano con la que seguir removiendo el poleo, así le dejaría claro que de verdad que no estaba traumatizada ni nada. Por suerte o por desgracia, comprender para qué servían los dos tanques traqueteantes donde el perturbado de su novio arrojaba sus «desechos» le había dejado un tanto… indiferente. Tenía lógica, a fin de cuentas. ¿Qué mejor manera de desprenderse de un cadáver que licuándolo en la división de caldos de un matadero abandonado? ¿Quién sospecharía del charco permeando los suelos de cemento o de los guijarros olvidados en el cajetín de la trituradora? Para eso tendrían que advertir que eran recientes. Y para eso primero tendrían que ir al matadero.

—Julia —llamó él, todavía estudiándola atentamente—. Es importante para mí que sepas que jamás he comido carne humana.

Contuvo la sonrisa. En realidad, ya lo sabía. No porque creyera que Tirso ponía la raya en el canibalismo, sino porque no sería tan tonto como para llevarse puesta una prueba del crimen.

—¿Y bebido sopa humana?

—Tampoco.

Algo en la inflexión de su voz le dijo que acababan de acordarse de lo mismo. De pronto era sábado 14 de octubre de tres años atrás y Tirso volvía al Obramat para comprar en efectivo una pala, un litro de acetona y otro de lejía mientras Julia reía y reía. Aquella broma macabra que a ninguno parecía pegarle mucho había terminado por convertirse en la semilla de su relación, así que tenía sentido que fuera otro chiste privado del estilo lo que diera el pistoletazo de salida a su secuela.

Julia sentía los latidos de su corazón ensordecedores según se daba la vuelta para encararlo por fin, deslizando ambas manos por sus brazos caminito arriba hasta su nuca, su pelo. Tirso cerró los ojos y respiró hondo, inmóvil salvo por el milímetro casi imperceptible que estrechó su abrazo. Así, apenas iluminado por la trémula luz del sensor, tenía más del Tirso del matadero que de su Tirso, aunque la frontera entre uno y otro empezaba a deshilacharse por los bordes. Ya no le daba miedo. Si acaso, le daba curiosidad. Quería tirar del hilo y ver hacia dónde la llevaba, pero se contentó con ponerse de puntillas y besarlo.

Fue como siempre y como nunca.

Como siempre porque, en teoría, nada había cambiado. El tacto de su pelo seguía siendo espeso, el de sus hombros sólido y el de sus labios acogedor. Seguía sintiéndose diminuta a su lado, querida y arropada, pero sobre todo conocida. Incluso la primera vez que se habían acostado se había sentido así, cosa que la Julia de entonces decidiría tomarse como prueba irrefutable de que estaban hechos el uno para el otro. Tirso sabía cómo, dónde y cuándo tocar, besar, aflojar o apretar, lo había sabido desde el principio, ¿por qué iba a ser distinto ahora?

Y, sin embargo, lo era.

¿En qué? En todo.

En la presión de su cuerpo contra el suyo, inescapable y absoluto; en lo contundente de sus besos, ahora más dentellada que caricia; en sus manos, que no pedían permiso ni para auparla a pulso sobre la encimera ni para manejarla como una muñequita como ella siempre siempre había querido y nunca nunca había pedido en su afán por ser la novia perfecta para el novio perfecto. Ambos

educados, comprensivos, atentos, solícitos. A la mierda. Tirso jadeaba contra su boca con la urgencia de quien necesita explicarse, quitarse la careta, enseñarle sin palabras quién era de verdad. Y Julia encantada, porque si no la hubiera mordido como lo estaba haciendo, quizá jamás habría visto lo insoportablemente… plano que era el otro Tirso. Le gustaba muchísimo más esta versión. Este Tirso era un poquito más bruto, un poquito más seco y bastante más cuestionable, pero en el fondo, en las partes realmente importantes, seguía siendo su Tirso. El Tirso de Julia.

Eso era lo que Emi había intentado decirle, ¿verdad? Que ellos lo conocían. Sabían quién era. Sabían que haría todo lo posible por protegerlos y darles la vida que se merecían. A cualquier precio.

¿Había algo más romántico que eso? ¿Que alguien queriendo mimarte a cualquier precio?

Cuando cortó el beso para decírselo, Tirso protestó con un sonidito reflejo y Julia reaccionó de la forma más Julia posible: dejando de pensar.

27

Luna de miel

El resto de las vacaciones (y del mes) se lo pasaron prácticamente entero follando.

Y la gente lo notaba, ¿eh? Le decían que estaba radiante, que adónde se había ido de retiro para volver tan revitalizada, que nunca habían conocido a nadie con subidón postvacacional. Hasta su madre tuvo a bien comentarle por mensaje lo guapa que salía en sus últimas fotos y *stories* de Instagram.

Julia también se sentía así. Después de medio año teniendo que llevar el duelo por dentro incluso en su propia casa, de arrastrar dudas y miedos y secretos, recuperar su vida con Tirso había sido liberador. De hecho, diría que su vida había mejorado de forma exponencialmente proporcional a lo terrible que había sido durante los meses de investigación: estaba experimentando una segunda luna de miel con su media naranja, empezaba a fantasear con la idea de buscarse un trabajo mejor allá donde decidieran montar el nido, cada día conocía un poquito más al verdadero Tirso (y viceversa) y cada día le gustaba un poquito más. No se creía todo lo bueno que había sacado de algo tan siniestro como cazar a tu novio metiendo un cadáver en el maletero. O todo lo que había aprendido

de sí misma en el proceso, también. ¿Que hubiera preferido no enterarse a la tremenda de que protegería a un ser querido literalmente con su cuerpo? Pues claro. Pero tampoco se arrepentía. Nunca habría sospechado que dentro de ella existía una Julia valiente.

Tirso se había reído mucho durante el viaje de vuelta a Madrid, cuando Julia por fin le había hablado de sus Julias.

«Para mí todas esas Julias son mi Julia —había respondido, entre confuso y maravillado—. Nadie somos de una única manera, y te lo dice alguien con *literalmente* doble identidad. Si eres capaz de hacer algo bajo otro nombre, es porque siempre pudiste hacerlo bajo el tuyo. Da igual cómo las llames. Te reconozco en cada una de ellas».

Y, aunque Tirso no le había dicho nada nuevo, nada que Julia no supiera ya, oírlo puesto en palabras pulsó algún tipo de interruptor en su panel de control mental que desbarató por completo el sistema de Julias. Podía ser todas ellas. Siempre lo había sido.

Aquello también le ayudó a dejar de ver a Tirso como una doblez de sí mismo. Dejó de buscar las siete diferencias, de hacer comparativas, tomándolo como un todo del mismo modo en que hiciera con las Julias.

Por primera vez en años (quizá por primera vez en la vida), Julia se sentía… infinita.

Todo lo demás era secundario. El bien y el mal, el derecho y el deber, lo justo y lo injusto. Si quería un futuro idílico con Tirso, ¿por qué no iba a tenerlo? ¿Por qué iba a rechazarlo? Ni que fuera un villano. Ni que fuera mala persona. Y, aunque lo fuese, ¿qué importaba mientras no le afectara a ella o a los suyos? Peor gente

había suelta por el mundo, mucho peor que un simple sicario que la quería de verdad.

Si ni siquiera se acordaba, la mayoría del tiempo. No era como antes, cuando creía que Tirso la usaba de tapadera. Cuando lo creía un psicópata capaz de matarla a ella también por pura conveniencia (o peor; por placer). Ya no se le venía a la cabeza cuando lo besaba, ni la bloqueaba en pleno abrazo, ni le susurraba escenarios terribles al oído de madrugada, acurrucada en su pecho.

Al final, en eso se resumía todo. En que ahora, por fin, su mente callaba.

Al menos hasta que Tirso llegó del gym un día y dijo:

—Tengo un encargo.

Julia lo miró. En su regazo, Muu siguió mordisqueándole la mano en la que tenía escondido su ratón preferido.

—No pensaba aceptar ninguno hasta que tú y yo llegáramos a un consenso —se explicó él, malinterpretando su silencio—, pero es… Necesitan que arregle el estropicio de un novato.

Ah.

—Vale. ¿Cuándo… cuándo tienes que estar? ¿O ir?

—Ahora. Solo he venido a por las llaves del Peugeot.

Esas que llevaban desde julio en el cuenco del recibidor.

—Vaya por Dios. ¿Qué eres, el contacto de emergencia de la mafia? —intentó bromear.

—Algo así.

Si no había estado tensa ya, lo estaba ahora. Tragó saliva.

—¿Te espero para cenar?

—No —suspiró—. Ni despierta. Tiene pinta de ir para largo.

Tirso permaneció quieto aún unos segundos más, dándole tiempo a cambiar de opinión, o a protestar, o a entrar en pánico. Sin embargo, Julia no hizo ninguna de esas cosas, así que solo cruzó el salón para despedirse de ella con un breve beso en los labios y de Muu con un toquecito en la nariz antes de volver a salir por la puerta.

No se dio cuenta hasta después, tras un mordisco especialmente punzante de Muu, de que estaba tiritando. De arriba abajo, además, con castañeteo de dientes incluido. Y por mucho que intentó echarle tierra al asunto, repetirse que era normal ponerse nerviosa las primeras veces; nada funcionó. En su mente antes muda redoblaban en bucle las palabras de Emi, ominosas como una profecía.

«Pero la pregunta aquí no es si a mí me parece buena persona, o si puedo vivir con ello», había dicho.

«La pregunta es si puedes hacerlo tú».

28

Cortar por lo sano

Con lo sigiloso que era Tirso, Julia había esperado no enterarse de cuándo volvía a casa. Había esperado despertar con la primera de sus alarmas y encontrárselo ya allí, plácidamente dormido. Estarían haciendo la cucharita y Muu se las habría arreglado para encajar entre los dos. Sería una mañana como cualquier otra.

En cambio, lo que Julia se había encontrado al despertar era una cama vacía y un wasap avisando de que la cosa se había alargado. El uso de la palabra «alargado» indicaba que no debería preocuparse (si no, habría usado «complicado»), pero saberlo a salvo no impidió que su ansiedad empezara a pitar como una puñetera alarma antiincendios.

Vamos, que no había tenido otra opción salvo recurrir a su apagafuegos particular.

Quedar con Manu a la luz del día estaba bien. No tener que quedar a escondidas o borrar sus mensajes como un secreto sucio estaba pero que muy bien. La hacía sentir normal, mundana, solo dos amigos tomándose un granizado en una terracita del centro después del trabajo. Ella le enseñaba fotos de Patato, el famoso perro de la finca navarra que en realidad había resultado ser el

perrete del quiosquero vecino de Benidorm; él se las enseñaba de los distintos gatos en adopción que barajaba como futuro Tolón. De momento no habían ni mentado al responsable de que sus caminos se entrecruzaran, pero terminarían haciéndolo; era inevitable. Julia necesitaba sacarse de dentro la angustia, porque no sabía qué hacer, no sabía si se veía capaz, si podría soportar la certeza de que cada noche que Tirso saliera de casa sumaba otro nombre a la lista.

Manu no parecía molesto porque Julia solo le hubiera dicho de quedar al verse al borde del colapso nervioso, aun sabiendo que habían vuelto de Benidorm semanas atrás. Quizá, como ella, había asumido que una vez descubierto el pastel y pasado el peligro su relación iría enfriándose poco a poco, sin más puntos de unión aparte del trauma compartido.

Pero Julia no quería renunciar a él. Lo necesitaba en su vida, y no únicamente para que le hiciera de psicólogo. Manu había estado ahí en sus peores momentos (literalmente), qué mínimo que darle también sus mejores. A veces incluso fantaseaba con tenerlo de damo de honor en su boda (si es que Tirso y ella llegaban a casarse), aunque a esas alturas de la película ya sospechaba que Tirso no tenía ninguna intención de reconciliarse con Manu.

¿O sí? ¿Por qué si no entonces había pasado de hablar de Manu en pasado a hacerlo en presente, compartiéndole trivia sobre sus gustos o manías como si siguiera conociéndolo en profundidad a pesar de los años separados?

Prefería no hacerse ilusiones. Con que ya no quisiera cargárselo se daba con un canto en los dientes.

—Uy. ¿Qué te ha hecho Manchitas 2 para que lo mires así?

Julia suspiró, volviendo al presente. Sobre la mesa, el móvil de Manu mostraba la ficha del último aspirante a Tolón.

—Perdón —se disculpó ella—. No, este es monísimo también. Se me ha ido la cabeza a otro sitio.

—Me puedo imaginar adónde —rezongó él, guardándose el móvil —. A ver, ¿qué ha pasado? Las últimas noticias que tengo tuyas eran que lo habíais dejado todo arregladito en Benidorm. Y, con la de fotos presumiendo de *afterglow* que llevas ametrallando desde entonces, pensaba que seguía así.

Otro igual que su madre. ¿De verdad se le notaba tanto…?

—Y sigue así. Bueno, casi. Pero eso ya luego. —Carraspeó—. Primero quería saber si vosotros también.

Manu alzó las cejas.

—Si nosotros también, ¿qué?

—Si vosotros también lo habéis dejado «todo arregladito» —aclaró, jugueteando nerviosamente con la pajita de su granizado—. Sé que no va a salir de él contármelo.

La forma en la que torció el gesto fue respuesta suficiente, pero aun así dijo:

—Podría decirse que sí. Vino a verme un par de días después de… ya sabes de qué.

No pudo evitar sentirse herida. Casi traicionada. ¡Y ella pensando que Manu podría haberse callado alguna llamadita o mensaje de advertencia para no tantear las aguas…!

—¿¡Por qué no me lo has dicho!? ¡Ha pasado más de un mes!

—Hum. —Manu desvió la vista—. Es que no me sentía muy seguro hablando contigo.

Le cayó como una bofetada.

—¿Cóm…? ¿Por qué? ¿En qué sentido? ¿Te mandó alejarte de mí? ¿O es que… creías que yo le chivaría lo que me contaras?

—¡No! ¡No, Julia! Es solo que… —Pero aún tardó en dar con las palabras, o con el valor para soltarlas, mientras se removía en el sitio, incómodo—. Que ya está todo, ¿no? Yo ya no pinto nada aquí. Te ayudé a investigar el misterio, lo desvelamos, casi morimos pero sobrevivimos y ahora ya no queda más que aprender a gestionar cada uno lo suyo. Tres son multitud.

Y seguía rehuyéndole la mirada, tomando sin mucha gana una cucharada diminuta de su monstruosa copa de helado. Prácticamente acababan de servírsela y ya empezaba a derretirse por un lateral.

—Manu —lo llamó—. Manu, mírame.

Manu la miró. Ya no tenía ojeras, pero parecía igual o más cansado que la última vez que se habían visto.

—Escucha. Me interpuse entre un cuchillo y tú. No quería perderte entonces y no quiero perderte ahora, ¿entendido?

—¿Y qué piensa Tirso de eso? —preguntó, muy bajito.

—¡Me da igual! ¡Me da igual lo que piense! Yo no soy él. No voy a dejarte tirado.

Sus ojos se suavizaron; sus labios se curvaron en un fantasma de sonrisa. Era muy fácil hacer feliz a Manu. Y muy satisfactorio, también. No entendía por qué estaba tan solo.

—Vale —cedió al final, visiblemente más animado—. Te tomo la palabra.

—Genial, pues cuenta, ¿qué te dijo? ¿Tengo que enfadarme?

Manu se encogió de hombros.

—Nah, no creo. Tampoco hizo nada fuera de personaje. Solo me manipuló para falsificar algunas pruebas y así tener munición para acusarme de cómplice si lo delataba.

¿«SOLO»?

—¿Cómo que «solo»? —protestó Julia, mitad atónita mitad airada —. ¿No te parece suficiente? ¡A mí no me hizo nada de eso…! ¿Qu…? ¿Cómo?

—Explotando mi codependencia a Cabify para llevar y traer mercancía peligrosa —refunfuñó él.

Le pilló tan de sorpresa que no pudo más que reírse.

—¡Lo siento! —Pero seguía tapándose la sonrisa con una mano—. ¡Qué malo!

—No disimules. Te encanta que sea malo.

—Ni que fuera la única.

Ahí Manu solo cabeceó, pensativo, como considerando seriamente la acusación. Luego volvió a encogerse de hombros e hizo un ruidito resignado que la tuvo sonriendo otra vez. Solo que ahora más suave, más blanda.

—¿Hablasteis de algo más?

—Lamentablemente —asintió, mientras giraba su copa para rescatar el helado desbordado con la cucharilla—. Resulta que cortó relación conmigo para, atenta, «no arrastrarme con él». ¿Qué te parece? El tío aprovechó que discutimos para hacerme creer que fue mi culpa. —Puso los ojos en blanco—. Me alegro de poder quitarme ese peso de encima, pero a ver qué me invento yo ahora para tratar esto con mi psicóloga sin acabar en una zanja.

Rieron, pero flojito. Julia archivó la última versión de la noche de marras para después, aunque, por alguna razón, no estaba nada

sorprendida. Porque conocía a Tirso, suponía, y porque, tal como le había asegurado en el restaurante pitiminí de Benidorm, ella habría hecho lo mismo. Si Manu le hubiera dicho que se olvidara de su padre para quedarse con él, que él se encargaría de ella y de su madre, Julia no se habría parado a pensar en lo que realmente quería decir Manu. Julia se lo habría tomado al pie de la letra y habría quemado puentes yendo directa a su ejecución. Pero a la mañana siguiente, cuando despertara en el hospital habiendo firmado un pacto con el diablo, tendría la frialdad de cabeza suficiente para leer entre líneas y concluir que el mejor curso de acción era cortar por lo sano. Ya había condenado a sus padres, pero aún podía proteger a Manu. Y precisamente su desastrosa confesión de la noche anterior le garantizaba que Manu jamás iría a pedirle explicaciones, pues en el fondo sabría que tenía motivos para repugnarle.

Y aun así, aun así…

Mmm. Julia se arriesgó a tantear terreno más privado:

—¿Esperabas otro resultado?

Manu exhaló largamente.

—No, pero tampoco podía no desearlo. Creía que ahora que lo sabía todo podríamos… No sé, ¿sanear las aguas? ¿Empezar de cero? Pero está claro que esto es lo que hay.

No se le ocurrió qué contestar, dividida entre consolarlo o animarlo. Ninguna de las dos opciones le parecía adecuada viniendo de ella. Sonaría hipócrita. Julia no solo no había perdido a Tirso, sino que encima estaban mejor que nunca. En comparación, Manu no es que hubiera salido malparado, pero tampoco *ganando.* Para él todo

seguía exactamente igual. No había recuperado ni a su amigo de siempre, ni a sus segundos padres, nada.

Lo único que Manu había sacado de aquello era a Julia, que no contaba ni como premio de consolación. Aunque ella ya tenía pensado presentárselo a las Martas; estaba convencida de que congeniarían los cuatro enseguida. Quería darle más. Más gente en la que apoyarse, más excusas para salir de casa, más conexiones reales. No entendía cómo, con lo cotizado que estaba Manu en redes, tenía tan pocos amigos *de verdad.* A Tirso le pasaba igual. Quizá ninguno había vuelto a encontrar otra pieza que encajase igual de bien en su puzle.

Una vez más, Julia se preguntó por qué Tirso insistía en mantenerlo fuera. Sus padres lo echaban de menos, su novia no pensaba soltarlo, él mismo hablaba de Manu como si lo hubiera perdido, no como si lo hubiera echado… No tenía sentido. No había absolutamente ninguna razón por la que no abrirle las puertas.

Seguro que compartir la carga con Manu se le haría más fácil, además. Podrían hacer pijamadas cuando Tirso tuviera encargos, para no tener que pensarlo. Podrían sobrellevarlo juntos, los tres.

Poco sospechaba que averiguaría la respuesta literalmente *ya*:

—¡Buenas! Me figuraba que os encontraría aquí.

Ni toparse cara a cara con el fantasma de su abuela muerta le habría dado más impresión que ver a su novio en carne y hueso sentarse tan pancho a la mesa con ellos.

—¿Tirso? —logró balbucear por encima del shock—. ¿Qué… qué haces aquí?

Con una sonrisa radiante, Tirso se subió las gafas de sol a la cabeza y empezó a hojear la carta. Respondió sin mirarla, natural

como el respirar:

—Pues vengo de finiquitar lo de anoche y quería sacarte a cenar para celebrarlo. ¿Os queda mucho?

Ellos cruzaron miradas. Si Julia estaba pálida, Manu estaba *verde.*

—Prácticamente acabamos de empezar —contestó ella por los dos.

—No me he perdido nada, entonces. Mmm. ¿Era aquí donde me pedía el taro con coco?

—¿Con *coco*? —reaccionó Manu por fin, aunque fue solo para resoplar, ofendidísimo por alguna razón—. ¿Desde cuándo te gusta el coco?

—Desde siempre. No lo tomaba porque no soportas cómo huele.

Manu farfulló algo incoherente y la sonrisa de Tirso se volvió ladina, carnívora. No le gustaba. No le gustaba una mierda.

—Tirso. Qué haces.

—¿Qué crees que hago? —rio, tan, tan falso—. Disfrutar de un tardeo con el amor de mi vida y nuestro mejor amigo.

Su mejor amigo emitió un sonido estrangulado.

—*Vete* —escupió Julia, cegada por el claro acoso y derribo.

Ni siquiera el Tirso del matadero se le había hecho tan ajeno, enfermizo, como el Tirso que seguía sonriendo a Manu con todos los dientes, incisivo y dañino y supurante.

—Sí —graznó Manu, lívido—. Será mejor que me vaya.

—¡No! ¡Le decía a él!

—Ya, pero no. —Se puso en pie, rehuyendo su mirada—. No me encuentro bien, lo siento. Ya hablamos otro día.

—Vaya. Recupérate.

—¡Manu…!

—*Salut.*

—*Salut!*

Julia lo miró alejarse, desencajada, petrificada en el sitio. Durante un segundo peligrosamente vergonzoso, creyó que iba a echarse a llorar, incluso notó las lagrimitas picoteándole los ojos. Gracias a Dios, lo que hizo en cambio fue volverse hacia el imbécil de su novio como una fiera:

—¿PERO TÚ DE QUÉ COÑO VAS?

Le gustaría decir que eso le borró la sonrisa de la cara, pero Tirso ya había dejado de sonreír mucho antes, nada más darles Manu la espalda. No contestó enseguida, igualmente, esperando primero a que el resto de los comensales de la terraza parase de lanzarles miraditas de reojo, saboreando más el cotilleo que el helado. Como si a Julia le importara montar el espectáculo. A Julia lo que le importaba era que se explicase YA.

—Lo siento —fue como consideró adecuado empezar Tirso, aunque no se le veía nada arrepentido. Más bien decidido—. Soy consciente de lo que parece esto, pero te prometo que no lo es. Jamás te insultaría desconfiando de ti, ni de Moli. N…

—Ya lo sé —le cortó Julia, tajante—. Ni se me ha pasado por la cabeza que estuvieras intentando… ¿qué? ¿Marcar territorio? No es lo que me preocupa. Sé que no necesito aclararte que no hay ni habrá nada entre nosotros porque sabes, *sabes* que todo cuanto hemos hecho juntos es por ti. Lo que me preocupa es que aun sabiéndolo sigas reaccionando igual que cuando escupí en tu muerto. ¿De qué tienes miedo? ¿De *Manu*? ¿Qué puede hacer tan terrible contra ti para que tengas que incriminarlo o ahuyentarlo como a un perro?

Silencio.

Para su sorpresa, Tirso agachó la mirada. De pronto parecía muy vulnerable, o muy cansado. Tenía un principio de uñero en el pulgar derecho, un piquito de piel levantada del que brotaría sangre como no parase de hincarle el índice. No había pasado por casa tras concluir el encargo, entonces, o ya se habría puesto una tirita.

Con un suspiro más resignado que hastiado, Julia hurgó en su bolso hasta dar con la tirita de emergencia que guardaba siempre a mano en época de sandalias. Tirso, al verla, apartó el granizado a un lado y extendió el brazo sobre la mesa hacia ella sin decir nada, manso como un corderito. Como un corderito inmenso.

—Tendrás que cambiarla por una de las tuyas en casa —le dijo Julia, mientras envolvía preventivamente su pulgar—. Esta es demasiado grande, te será incómoda.

—Mmm —solo murmuró en respuesta—. Gracias.

Luego se quedaron así, callados, ella acunando su mano entre las suyas y él dejándose hacer, perdido en sus pensamientos. ¿Estaría recordando lo que fuera que había tenido que «arreglar» para Shigure? Julia nunca lo había visto así, como desinflado. Hueco. ¿Tan espantoso había sido, para que incluso a él le afectara? ¿O es que ya no quería salvar las apariencias frente a ella? Se le encogió el estómago. Por alguna razón, la idea de que a Tirso le pesaran sus muertos no la hacía sentir mejor.

—¿Damos un paseo? —propuso, con voz suave.

Él asintió, así que ella alzó el brazo para pedir la cuenta.

El paseo le vino bien. Lo ayudó a recomponerse, y a reorganizar sus disculpas.

Habría preferido abordar aquel asunto tan feo en otro momento, cuando estuviera más despejado, o como mínimo menos somnoliento, pero en cuanto había visto en el mapeador los puntos de Julia y Moli muy juntos había comprendido que no podía seguir posponiéndolo, llevara las horas que llevase en vela. Era su culpa y su responsabilidad.

Ahora estaban sentados a la sombra de un árbol del Retiro, aprovechando el espacio de tiempo soleado entre la merienda interrumpida y la cena prometida. A su alrededor, familias con niños, grupos de adolescentes y parejitas hacían exactamente lo mismo montando mayor o menor barullo, pero si Tirso había aprendido algo de Julia desde el matadero era que los temas escabrosos prefería tratarlos al aire libre y a plena vista, en un lugar donde no pudiera sentirse ni acorralada ni aislada. Restaurantes, heladerías, parques, supermercados… Cuanto más público (cuantos más testigos), mejor.

Tirso la entendía. Había algo calmante en hablar de lo que hacía en los más bajos fondos de madrugada rodeado de verde y de sol y de los ecos de gente normal con vidas normales y preocupaciones normales.

Julia estaba terminando de deshojar una margarita cuando por fin preguntó:

—¿Puedes contarme qué ha pasado en la heladería? Ya que la teoría de los celos ha quedado descartada.

Por no decir que jamás había estado en la mesa, como bien claro se lo había dejado ella misma. Tirso suspiró. Le alegraba (aliviaba) no tener que decir en alto que no estaba ni celoso ni receloso de su

relación con Moli, porque solo el imaginárselos juntos le punzaba el estómago. Aunque no era un sentimiento ácido, o amargo. Simplemente prefería evitar pensar en ello. En el fondo, era consciente de que, con que Julia le hubiera querido un poco menos, con que Moli le hubiera resentido un poco más, habría pasado.

Y se lo habría tenido merecido.

—Sí —asintió—. En realidad, mi intención era disculparme.

Eso le ganó un ceño fruncido.

—¿Por el numerito o por…?

—Porque ninguno de los dos os merecéis pagar por mis deslices. Egoístamente, quise pensar que cada uno seguiría por su lado después de daros todas las respuestas, aun siendo de sobra consciente de que vosotros no socializáis por interés. Por eso, me disculpo. Fui descuidado y desconsiderado. De haber intervenido cuando debía, nos habría ahorrado este mal trago y los que vendrán a los tres.

Durante unos segundos ella solo pestañeó, desconcertada por la perorata. Luego frunció aún más el ceño.

—Ya veo que te lo traías preparado, sí. —Chasqueó la lengua—. Así que no era impresión mía, de verdad quieres ahuyentarlo… No —se corrigió, a todas luces repasando la disculpa en su cabeza—, no es que quieras. *Crees* que debes ahuyentarlo.

—No —la corrigió él a su vez—, TENGO que hacerlo.

—Pero ¿¡por qué!?

—Justo por lo que has dicho antes. Por miedo.

Esta vez, Julia no saltó a pedirle explicaciones de inmediato. En cambio, se reacomodó contra el tronco del árbol, se sacudió todos los pétalos de margarita del regazo menos uno, que se guardó en el

bolso («Sí me quiere»), y finalmente se abrazó las rodillas, lista para escuchar.

Tirso sintió un tirón de vértigo en las tripas, sobrecogido una vez más por aquel nuevo entendimiento mutuo que pulsaba entre ambos. Nunca antes había necesitado dejar su silencio en sus manos; era él quien la descifraba a ella, no al revés. Le daba esperanzas. Porque ni de coña la tomaba por sentada. Que Julia hubiera «vuelto» con él no significaba que fuera a quedarse, solo que deseaba hacerlo. Tirso lo veía como un periodo de prueba. Únicamente con el paso de los meses (de los encargos) sabría Julia si la carga merecía la pena.

En la carga entraba Moli, también.

«Vale —se dijo—. A ello».

Hasta el momento, había estado a punto de perderla en dos ocasiones: en el matadero, cuando la verdad salió a la luz; y en Benidorm, cuando temió que su visión y la suya sobre cómo afrontó la emboscada de Shigure resultaran irreconciliables.

Aquella sería la tercera y la última. Si alguna vez iba a estar más cerca de perder a Julia para siempre, era ahí.

—Moli pertenece a una parte de mí que dejé atrás por seguridad —arrancó—. Todos mis crímenes están ligados a mi identidad real, y lo único que me protege de ella es que en mi presente no queda nadie que pueda recordar quién fui. Ni siquiera mis antiguos compañeros de clase, profesores o tutores me llamaban por mi nombre legal. —Julia frunció un poco el ceño. Debía ser más explícito, entonces—: De abrirse una investigación, si le enseñaran una foto mía a cualquiera de mis exconocidos, responderían con mi n… alias.

Ahora sí, despacito, ella asintió.

—Tu verdadera identidad es la fachada, no al revés.

—Exacto. Tirso siempre ha existido. El otro no. Aunque me pillaran por alguna huella o chivatazo, sería muy difícil vincular al sicario con el informático. Por eso tuve que sacar de Madrid a mis padres, como te dije. Son los únicos que guardan relación directa con mi verdadera identidad —rio entre dientes—, por lo obvio. Era más fácil simular una mudanza familiar y dejarles a cargo de mis cuentas y tarjetas que falsificar un certificado de defunción. Tú misma has visto con qué poco basta para sostener la historia. Una compra por aquí, una cena en público por allá…

Pudo ver en sus ojos entornados, como a cámara lenta, los engranajes de su cerebro uniendo puntos del tablón policiaco imaginario donde achinchetaba cada mísero dato sobre él.

—Entiendo —dijo al final, muy seria—. Si fueran a investigarte, primero te buscarían en Benidorm, pero tarde o temprano averiguarían que antes vivíais en Madrid y se presentarían en Tirso de Molina. Hablarían con vuestra casera de entonces, madame Molina confirmaría tu nombre real, Manu solo podría decirles que perdisteis el contacto y… —apretó los labios— y ya. Ahí se les terminarían las pistas. Porque nadie más recuerda que no te llamas Tirso.

—Y, por tanto —prosiguió él—, yo podría seguir usando mi identidad falsa. Mis padres fingirían no tener ni idea de lo que hacía su hijo, quedarían libres, y para cuando pusieran mi cara en las noticias, yo ya habría salido del país. —Pensar en su DNI le sacó un bufido socarrón—. En el mejor de los casos, entre el nombre distinto y la foto chusta, nadie de mi círculo actual me reconocería y podría

volver a España en unos meses. En el peor, saltaría la liebre y tendría que rehacer mi vida fuera.

Julia no parecía muy convencida.

—¿Y si pasa al revés?

—¿Al revés?

—Si te pillan a ti en vez de… —dudó— al otro.

Tirso alzó las cejas.

—Tendrían que pescarme con la cara al descubierto en plena faena para que llegaran antes a Tirso que al otro, cosa que no va a ocurrir.

Prefirió guardarse que tampoco dejaría que lo atraparan con vida.

Todavía pensativa, Julia descansó la mejilla sobre una rodilla, mirando sin ver la nueva margarita con la que jugueteaban sus dedos. Tras unos segundos, en tono rigurosamente neutro, comentó:

—Le has dado muchas vueltas.

—No me queda otra. La seguridad de mis padres depende de que no exista ningún punto de convergencia entre mis dos identidades. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: De que, como bien has dicho, la investigación terminase en Tirso de Molina.

—Pero —suspiró ella, viéndose venir el girito.

—Pero —asintió él, con otro suspiro resignado— en el punto en el que estamos, la investigación no terminaría en Tirso de Molina. Moli no destaca precisamente por sus dotes de interpretación, ya lo habrás visto. Sabrán que algo oculta. Ahora mismo, no encontrarían ningún hilo del que tirar. Me encargué de eliminar todas nuestras fotos juntos, físicas o digitales. —De hecho, había eliminado el

Facebook de Moli entero—. Ya no queda rastro de mí en su historia. Estamos a salvo.

—Pero —repitió Julia, ya sombría.

—Pero —volvió a asentir Tirso— si además de mal actor, Moli resulta ser amiguito de una chica con el Instagram lleno de fotos de un tío sospechosamente parecido a su principal sospechoso, nos vamos todos a la mierda. Todos, Julia. Mis padres, Moli, tú, yo. —Respiró hondo, tratando de disimular lo mucho, muchísimo que le estaba costando aquello—. Caeríais todos conmigo.

Lo notó antes incluso de verlo, el lastre de la comprensión anquilosando los hombros de su novia. Julia alzó la vista para mirarlo a los ojos, para tratar de hallar en ellos un resquicio por donde escurrirse, un clavo ardiendo al que aferrarse, un cabo suelto que amarrar. Tirso solo le sostuvo la mirada, porque él ya había buscado desesperadamente las mismas salidas y chocado con las mismas barreras. Él, mejor que nadie, sabía que no había otro precio a pagar.

Y, muy en el fondo, Moli también lo sabía.

—No —casi suplicó Julia—. Tiene que haber otra manera.

No se molestó en insistir. Dolía demasiado.

—Siento haber tardado tanto en decírtelo. No quería ponerte en esta situación, así que lo dejé correr, esperando que se solucionase solo.

—Tirso.

—Julia. Manuel es un riesgo para mi seguridad y la de mi familia que no puedo permitirme. Ya solo dejarlo vivo sabiendo lo que sabe es una irresponsabilidad que me concedo porque le quiero. No

puedo darle más. Ni a ti. —Tragó saliva—. Es lo único que no puedo darte.

Estaba roja y blanca al mismo tiempo, como febril, como enferma.

—¿Entonces…?

—Entonces, cielo, aquí es cuando debo pedirte que tengas esto en cuenta a la hora de contemplar un futuro conmigo. La… Digamos que la Julia de Moli y la Julia de Tirso no pueden coexistir.

Cómo odiaba tener que usar a sus Julias de ejemplo después de decirle que para él todas eran una. Ella no se lo echó en cara, al menos.

—P-pero… es mi amigo —fue lo que dijo en cambio, con las pupilas diminutas de pánico—. Acababa de promet… —Se le quebró la voz—. Es mi amigo, Tirso.

—Lo sé. Sé que no es justo para ninguno de los dos, al igual que sé que te estoy pidiendo mucho más de lo que voy a poder devolverte.

Julia agachó la cabeza.

—Muchísimo más —susurró.

—Lo siento. Lo siento mucho. Entenderé cualquier decisión que tomes.

—Me lo estás poniendo muy difícil.

—Lo siento —solo repitió. No sabía qué otra cosa decir.

No había otra cosa que decir.

29

El puto Moli

Por suerte o por desgracia, tampoco lo necesitó.

Ni él decir nada más ni ella tomar una decisión. Porque, como siempre, su puto monstruo de la parálisis del sueño particular la lio antes.

La lio *gordísima.*

30

Acorralado

Shigure, en su línea, lo llamó cuando, como y donde no debía.

Tirso gruñó nada más notar la primera vibración de su *smartwatch,* lo único que pudo hacer en respuesta siendo que tenía las manos ocupadas con asuntos de mayor importancia. Presionó un poco más fuerte por puro hastío, como si así pudiera sofocar del todo los gritos o acelerar el efecto de la cloretona impregnando el pañuelo. Solo sirvió para que el hombre se revolviera con renovado ímpetu en un último intento desesperado por quitárselo de encima. Era enorme, el cabrón, incluso más que él. Como siguiera coceando, al final lo volcaba, así que Tirso liberó una mano para arrearle dos mazazos correctivos que le sacaron un barrito de elefante y, por fin, *por fin,* cayó redondo.

Y su reloj seguía vibrando.

—Qué —resolló, descolgando la llamada ya crispado.

—Nekooo —saludó Shigure, con su trino habitual—. ¿Te pillo en mal momento?

Él miró la mole sobre la que estaba sentado a horcajadas.

—Deberías saberlo. Me lo encargaste tú.

—Ah, pero ¿¡ya!? ¡Qué eficiente! ¡Ahora mismo voy para allá! —Su voz sonó algo lejana después, amortiguada—. Pedrito, da la vuelta, vamos para la zorrera. —Y ahora vuelta a la nitidez—: Porque estás en la zorrera, ¿no?

Contuvo un chasquido de lengua.

—Acordamos específicamente la entrega en el vertedero.

—Sí, porque calculé que lo despacharías entre semana, como siempre.

—Si querías que lo despachara un día concreto, haberme pagado por día concreto.

El silencio al otro lado de la línea se alargó uno, dos, tres segundos; tirante tirante como una goma elástica a punto de saltar. Al final, como era habitual, fue Tirso quien cedió:

—Estaré allí en cuarenta minutos.

—¿Y me cobrarás el extra?

—Depende. —Ambos sabían que no. Tirso conocía sus límites—. ¿Para qué me llamabas?

—Oh, ¿no prefieres que te lo cuente en persona?

No.

—No.

Shigure se rio. Él no. Él se puso en pie y procedió a arrastrar al mamut humano por las muñecas en dirección a su viejo Peugeot. A esas horas de la madrugada el callejón ya era un barrizal de vómitos y meados de borracho, mix al que uno llegaba a acostumbrarse pero nunca a curtirse, así que se resignó a la idea de cuarenta minutos de apestoso submarino. Estando la zorrera en pleno centro de Madrid en lugar de a las afueras, como el vertedero, ni siquiera podría permitirse bajar las ventanillas. Tampoco obtendría la misericordia

del maletero. El mamut no cabía dentro. Por eso había sido previsor y cubierto los asientos traseros con bolsas del Obramat: el rebozado de mierda salía fatal de la tapicería.

—Pues llamaba para felicitarte. Hemos cerrado el trato con Yldra.

Tirso se detuvo en seco. Hostia.

—¿Cuánto? —logró croar.

—Mucho. —Shigure volvió a reírse. Estaba de buen humor, lo cual vaticinaba una cantidad escandalosa de ceros—. Enhorabuena, Neko. Eres oficialmente el activo más lucrativo de nuestra empresa.

—No me llames así.

El otro suspiró, tan teatral como siempre.

—Tú sabrás. Es eso o Titi.

Cuando Tirso no respondió, se escuchó un segundo suspirito.

—Y yo que creía que la buena nueva te sacaría el palo del culo. En fin. El preacuerdo con Yldra exige que les compartamos la ficha del moscardón antes de transferir el primer pago, ¿para cuándo podrás tenerla?

No pudo evitar arrugar la nariz, y no precisamente por la peste.

—¿La ficha para qué? ¿Para que puedan despacharlo ellos mismos y ahorrarse mi parte?

—No seas lerdo —lo acuchilló Shigure a través de la línea, acerado y venenoso—. No vamos a darles nombres, solo una prueba de que *esta vez sí* tendrán a la persona correcta. Después de la cagada del imbécil de Ángel, ni ellos van a arriesgarse a pagarnos sin garantías ni yo les habría pedido la bestialidad de pasta que les he pedido de no haberme prometido tú que podías hacerlo. —Una pausa de efecto —. Porque puedes hacerlo, ¿verdad?

Claro que podía.

—Sí —contestó escuetamente.

—Bien. Pues menos ladrar y más cumplir. Ficha; cuándo.

A su espalda, la puerta trasera del casino se abrió con un estruendo seguido de la característica sinfonía de pota contra cemento, aunque esta apenas si se distinguía sobre la ensordecedora música del interior. Los viernes tocaba DJ. Tirso ni se inmutó.

—Martes.

—Eso es más de las doce horas que me prometiste.

—Doce horas para decodificar sus sistemas —mintió—, dos días para trampearlos y rastrearlo.

—¿Y el tercero?

—Para rellenar la ficha.

Le tranquilizó que Shigure le riera la gracia. En realidad Tirso había ido adelantando trabajo, mitad por ir sobrado de tiempo si al final se lo encargaban y mitad por pura curiosidad. El hacker que llevaba medio año pesteando al gigante armamentístico Yldra no empleaba ninguna de las técnicas habituales de infiltración (para las que su equipo de ciberseguridad estaba de sobra preparado), así que él tampoco había querido prometer nada sin antes asegurarse de que podría contrarrestarlas.

No como Ángel.

Frunció los labios mientras el recuerdo del pobre novatín se colaba en su presente. A Tirso el encargo de Yldra le había llegado de primeras a través de una de las varias filiales de Insider Solutions, pero había declinado para no tensar aún más las cosas con Julia. Ángel, al que entre los veteranos del oficio empezaba a llamársele

«el Basurillas» porque aceptaba cualquier faena que ellos descartaran, le había tomado el relevo.

Sin embargo, al parecer el hacker de Yldra no solo sabía jugar al escondite, sino también al despiste, y Ángel había acabado metiéndole un navajazo al ministro de Transportes, quien, *evidentemente,* nada tenía que ver con el tema. Cosa que el novato habría sabido con solo pararse medio segundo a cotejar los datos. Entre el caos mediático, las intimidaciones de Yldra y el pánico de la filial mafiosa, Shigure había mandado a Tirso a lidiar con el desastre y él no había tenido otra que tragar.

El hipopótamo bípedo que ahora mismo embutía con dificultad en el asiento trasero del Peugeot formaba parte del plan de contingencia. Shigure confiaba en que, con el suficiente incentivo, les diría dónde coño se había metido su amiguito Ángel. Tirso también. Tirso no pasaría del amanecer sin cantar hasta el grupo sanguíneo de Moli, en su situación. Nadie lo hacía.

—Tú ganas —le dijo Shigure, aunque claramente había perdido—. Si te portas bien y llegas antes de en punto, te dejo irte directo a casa a trabajar.

Así que Tirso se portó bien.

Pero luego no se fue a casa a trabajar, sino al piso franco.

El motivo era el mismo por el que había salido a faenar en finde y no (como bien había dicho Shigure) entre semana, tal como acostumbraba: Julia.

No es que estuvieran mal. Las cosas entre ellos seguían igual de bien que antes del ultimátum del finde pasado. Simplemente, Julia

estaba… alicaída. No se había resistido mucho cuando Tirso la había animado a montar una de sus pijamadas con las Martas, ni fruncido los labios como hacía cuando se olía intenciones ocultas. Quizá porque de ocultas no tenían nada. Sabía que Tirso volvía a estar en activo, y que contaba con otro piso en algún punto de Madrid. No hacía falta que él le dijera que aprovecharía su noche de chicas para completar encargos.

Si Julia había vuelto a hablar con Moli, Tirso no lo sabía, y tampoco había querido ni preguntarle ni averiguarlo. No era su lugar.

Suspiró. Una parte de él estaba convencida de que acabaría perdiéndola.

Antes, el pensamiento le habría resultado insoportable. No le avergonzaba reconocer que toda su identidad actual había enraizado alrededor de Julia de la misma manera en la que su identidad natal había enraizado alrededor de Moli: ninguna concebía un futuro sin ellos. Con el otro había sido fácil, sencillamente había empezado a ser Tirso Mihura y dejado su otra vida en un *standby* eterno. Pero esta vez no podía hacer lo mismo, porque no había otra vida a la que saltar. Tendría que continuar siendo Tirso Mihura con o sin Julia, con o sin Muu, su familia, sus Martas, sus Julias, su todo. Como para cualquier otra persona, Julia pasaría a formar parte de su pasado, y sus amigos sabrían que existió y su coche sabría de quién era el cacao olvidado en la guantera del copiloto y su historial de internet sabría que estuvo mirando anillos. Le daba vértigo. Le daba *náuseas.*

Ahora seguía resultándole insoportable, pero también… justo. Era justo que él, que se ganaba la vida arrebatando otras, no tuviera derecho a un final feliz. Era justo que pagara perdiendo sus raíces de nuevo, pero, sobre todo, era justo que sus dos raíces tapiaran juntas

el agujero que Tirso dejara a su paso. Le gustaba pensar que había trasplantado el futuro que nunca tuvo con Moli en el futuro que nunca tendría con Julia, y que crecería alto alto como un ciprés, la única sombra bajo la que resguardarse en su existencia plagada de tumbas.

Ya aseado, se sentó al escritorio del cuchitril que le alquilaba a Shigure como base de operaciones y encendió su verdadero ordenador de trabajo. El servidor al que tenía conectado su portátil de casa parpadeaba perezosamente a plena vista, pues allí no necesitaba molestarse en esconder nada. Si alguna vez hacían redada en el edificio, ya se encargaría Shigure de dinamitarlo entero. No por su servidor, claro. Había pruebas mucho más comprometedoras en los demás pisos. El de Tirso solo era uno de tantos.

Se puso manos a la obra sin prisa ni pausa. Decodificar los sistemas del hacker de Yldra le había tomado mucho más tiempo de lo que jamás hubiera esperado, casi semanas, así que cuando por fin había dado con la tecla (nunca mejor dicho) una oleada de satisfacción le había borboteado en el estómago como un caldo calentito en invierno. Sin embargo, no supo si de verdad había sorteado todas sus defensas hasta entonces, cuando husmeó en sus tripas y no encontró ninguna pista o huella identificativa obvia. De lo contrario, se habría topado enseguida con un montón de improntas falsas que lo conducirían a uno de los perfiles aleatorios que su dueño había escogido como disfraz. Bueno, a *otro* de los perfiles, para ser exactos. A Ángel le había salido el ministro de Transportes. A él, hasta dar con el auténtico, le habían salido Pablo Motos, Alan Duffy (aka King África), Alberto Redondo (aka Míster Jägger) y María

Patiño. Y otra pava que, según Google, había ganado un *Gran Hermano*. De esa no recordaba el nombre.

Tirso apreciaba el sentido del humor del moscardón de Yldra. Era fresco, blanco y exasperante, pensado a todas luces para buscarle las cosquillas a una cuadrilla de polis o de ciberseguratas.

Por desgracia, a quien se las había encontrado era a la mafia, y aquí nadie se reía.

Ejecutó el rastreador dividido entre la lástima y el desdén. Qué pena. Qué desperdicio. Si no fuera por ese mecanismo protector, seguramente la cosa se hubiera quedado en un escarmiento. Ahora, con la de pasta que Yldra había tenido que apoquinar, con un ministro hospitalizado y un agente de Insider a la fuga, el moscardón había concentrado tantos enemigos por metro cuadrado que pronto dormiría con los peces. Cara broma, vaya.

Al menos Tirso se sacaría un buen pico por ella. Quizá hasta se sacaría un juguetito nuevo si Shigure le dejaba quedarse con su disco duro. Mataría por saber qué otros sistemas había diseñado. Nunca se quedaba trofeos de sus víctimas, a diferencia de algunos degenerados del gremio, así que estaba bastante seguro de que…

En la pantalla, la pestaña del rastreador le devolvía un mensaje de error.

Silencio.

Jamás, en toda su carrera de pirateos, había dado Tirso con un muro que no pudiera saltar. Tal vez este tampoco sería diferente si le diera un par de vueltas, o si lo abordara desde otro prisma, pero ahora tampoco jamás lo descubriría, porque ya no necesitaba saltarlo. Porque ya tenía su respuesta.

Porque el mensaje de error en su pantalla venía acompañado de una notita socarrona que recordaba perfectamente haber escrito diez años atrás.

El *«Salut! ;P»* del final, en cambio, era nuevo.

Tirso se llevó las manos a la cara y sofocó un bramido de rabia en ellas.

Cuando consiguió recuperar la compostura, Tirso apagó el ordenador, salió del piso franco, cambió el Peugeot por el Sandero en el parking del gym y, mientras conducía por las calles desiertas del Madrid de madrugada, llamó a Shigure.

—Neko —saludó este, con la voz un poco ajada—. ¿Te has equivocado de número o es que me echas de menos?

—Ni una cosa ni la otra.

—Lástima. —Por detrás se oyó un grito. Tirso lo ignoró—. ¿Y a qué debo el placer, entonces?

—Lo tengo.

—¿Oh? Mira que no te viene bien malacostumbrarme a estos plazos…

Tirso siguió callado. Por detrás, otro grito.

—¿Qué pasa, Titi?

Suspiró.

—Necesito un favor.

La puerta cedió insultantemente fácil, abriéndole paso sin disparar ninguna alarma, sin cerrojos ni retenedores ni cadenetas de

seguridad. Pues empezábamos bien. Tirso se contuvo de chasquear la lengua, ya crispado con solo la deficiente protección del apartamento, pero tampoco necesitó mantener el sigilo mucho más porque apenas estaba cerrando la puerta a su espalda cuando Moli emergió del último cuarto del pasillo con un gurruño de ropa en los brazos y el pelo mojado.

De primeras, Moli reaccionó como todo hijo de vecino: se detuvo en seco, se envaró y procedió a barajar sus opciones (esconderse, colaborar, enfrentarlo, pedir auxilio…). Luego lo reconoció, resopló y reanudó la marcha sin que se le cayera ni un calcetín.

—¿Tú te crees que estas son horas? —lo acusó al llegar a la altura de la cocina—. ¿O las formas? Podrías haber llamado al timbre, que para eso está.

Tirso solo se encogió de hombros.

—No pensaba que fueras a abrirme.

—Ya, bueno. —Moli se rio, ácido—. En fin, espérame en el salón. Y no toques nada. Alexa, enciende salón.

La primera habitación a mano derecha se iluminó al momento, y a Tirso no le importó entretenerse por su lado mientras el otro trasteaba ruidosamente en la cocina. Le daba curiosidad, la verdad, ver cómo era hoy por hoy el hábitat natural de alguien del que solo había conocido su dormitorio de adolescente. Como suponía, no se parecía en nada al ático de Tirso de Molina, todo decorado en colores apacibles y materiales claros, aunque sentía que le faltaba… personalidad. O quizá le sobraba finura. Fuera como fuere, había algo en aquel amplio espacio inmaculado que le recordaba más al chalet en venta de su cuñada que al hogar soñado de su… lo que fuese Moli ahora para él.

Lo único verdaderamente Moli del salón no estaba en el salón sino en la terraza, sobre una mesita franqueada por dos sillas de jardín. Ya solo el fondo de pantalla sugería que aquel no era su portátil de empresa, pero fue el ratón lo que terminó de confirmárselo; una reliquia azul metalizada casi opaca del uso. Le alegraba saber que había salido bueno, con lo que costó. Tirso se lo había regalado con su primer sueldo, pues para entonces hacía años que Moli había adoptado la política de No Caprichos, la cual consistía en no comprarse ningún cacharro por encima del presupuesto del propio Tirso. Madame Molina, derrochadora por naturaleza, había llegado a temer que su hijo fuera un agarrado.

Junto al ratón, unas gafas de luz azul de aspecto caro.

—Mira que te he dicho que no tocaras nada.

Tirso se volvió hacia él con las susodichas en la mano.

—Sabes que no sirven para nada, ¿no? Son placebo.

Moli alzó las cejas. Así, descalzo, en ropa de estar por casa y recién salido de la ducha, parecía mucho más joven. Si entornaba los ojos, si ignoraba todo lo demás, podría incluso imaginarse que seguían viviendo a dos plantas de distancia, antes de que su padre se gastara lo que no debía y antes de que Tirso cabreara a quien no debía.

—Mejor prevenir que curar —se defendió Moli, con retintín ofendido. Por un segundo, le recordó tanto a Julia (el tono, la pose, el refrán) que le dio vértigo. Le trajo de vuelta al presente de un latigazo—. ¿Qué quieres? Pensé que te habías quedado a gusto el otro día, pero será que te has aficionado a eso del allanamiento de morada.

—Será.

Lo dejó en suspense mientras devolvía las gafas a su sitio con deliberada parsimonia. Aunque aún era noche cerrada, pronto empezaría a clarear. En la pantalla del portátil, una ventana emergente mostraba una barra de progreso al 87%. Moli debía de haberse pasado las horas en vela currando, solo parando para despabilarse con una ducha mientras lo que coño fuera eso cargaba.

Tirso suspiró.

—¿Qué has hecho, Moli?

Este frunció el ceño, estudiándolo de brazos cruzados medio apoyado en el respaldo del sofá.

—¿Qué he hecho de qué?

—Ya sabes de qué.

—¿Es por Julia? —barbotó, tan listo para unas cosas y tan tonto para otras—. ¿Qué más quieres de mí? Ya me dejaste bien clarito qu…

—No estoy hablando de Julia —le cortó, seco—. Estoy hablando de qué cojones has hecho para que Yldra haya visto necesario contratarme.

Ahora sí, Moli se envaró. Y luego tragó saliva. Y luego preguntó:

—¿A quién? ¿A Tirso o a Ene…, uh, al otro?

Tirso ni se dignó a responder. No gastaría saliva en obviedades.

—V-vale. ¿Qué te han pedido?

—¿Tú qué crees?

El cuerpo humano reaccionaba de muy distintas formas al miedo, pero Moli siempre empalidecía como vaciado de un tajo y alzaba la barbilla así, justo así, la más pura imagen de niño rico falsamente agraviado. Sus ojos acerados sumaron las prendas negras de Tirso

con la hora que marcaba su Alexa antes de volver a sostenerle la mirada.

—¿A eso has venido? —rechinó, tiritando de súbita rabia aun petrificado en el sitio—. ¿No me mataste cuando te pillé pero me matas ahora? ¿Por orden *de otros*? —Algo en sus propias palabras le arrancó un grito ahogado y abrió mucho los ojos—. ¿Qué pasa, que ni te merezco la pena si no sacas rédito? ¿Si no ganas nada de mí?

Tirso puso los ojos en blanco.

—Se me había olvidado lo melodramático que eres.

Otro grito ahogado.

—¡No soy melodramático! —Tirso enarcó una ceja; Moli *ladró*—: ¡Y aunque lo fuera! ¡Tú eres sicario! ¿Qué es peor?

—Moli, que no me vengas con historias. ¿Vas a contarme de una puñetera vez qué has hecho para que una agencia de defensa armamentística me pague la burrada que quiere pagarme por ti?

La primera pista de que iba a odiar la respuesta fue que Moli empezó a mordisquearse el labio inferior. No se equivocaba:

—Puede que les haya metido un par de troyanitos… chiquitos…

Increíble.

—¿Me estás vacilando? ¿A *Yldra*?

—¡Muy chiquititos! —insistió él, haciendo incluso el gesto con la mano—. ¡Y no hago nada serio con ellos! Solo les cambio el fondo de pantalla o les pongo reuniones de Teams falsas a las ocho de la mañana.

—Pero ¿¡por qué!?

—¡Anda, pues para que me recluten! —Y lo acompañó con un claro resoplido burlón, como si acabara de soltar una obviedad y no una estupidez—. ¿Tú sabes lo delicados que son los datos que

guardan? ¿La información que manejan de sus clientes? Gobiernos, monarquías, empresas… ¡Y yo he podido acceder a todos ellos!

—Sí, y también ganarte una diana en la frente.

Por primera vez esa noche, la fachada de Moli flaqueó, revelando la ansiedad debajo.

—Pero no soy… No es una amenaza, ¡es publicidad! ¡Es mi currículum! ¡Con Microsoft funcionó!

—Esto no es Microsoft, Moli.

Silencio. Durante unos larguísimos segundos, solo se miraron; uno implorante y otro impávido. Debía digerirlo. Debía tomar conciencia de la situación en la que estaba(n), en la que se (les) había metido él solito. Debía *sentirse* en peligro. Tirso le haría un flaco favor mostrándose comprensivo, o endeble.

—¿Qué te han pedido? —repitió Moli finalmente, con voz entrecortada.

Tirso suspiró. Entre él y Julia iban a volverle loco.

—Por suerte para ti —mintió—, primero inutilizarte. Luego todo depende de cómo te portes.

Moli ladeó la cabeza, cauto como debería haberlo sido desde el principio.

—¿Qué implica eso?

—Destruir todo tu legado. Borrar todos tus códigos, desmantelar tus programas, vaciar tus equipos y discos duros. Contrarrestar cualquiera de tus diseños con los míos. Y saben que puedo hacerlo. —Dejó que calara, que doliera—. Saben quién eres, Moli.

—Pero, si haces eso… ¿Todo?

—Todo.

Caló y dolió. Tanto como para llenarle los ojos de lágrimas.

—Si rompes mis sistemas afectaría a Microsoft —dijo, luchando visiblemente por mantenerse entero—, y no sabría solucionarlo. No lo bastante rápido. Me echarían. Me… Tendría que empezar de cero.

Tirso asintió. Moli siguió mirándolo sin pestañear, para contenerlas. Para contenerse. Era una reacción dentro de lo común entre sus víctimas, el shock.

—¿Y vas a hacerlo? —atinó a protestar al menos—. ¿En serio?

—Si no lo hago yo, lo hará otro. Te estoy dando la oportunidad de adelantarte.

La risotada abrasiva con la que respondió también entraba dentro de lo normal, por mucho que detestara escucharla de él.

—¡Alabado sea el piadoso de Tirso! ¿Qué quieres, que haga una copia de seguridad a mano? ¿Que me apunte el trabajo de toda una vida en un cuaderno? Porque dudo que vayan a dejarte salvar nada mínimamente tecnológico.

Ahí tenía razón.

—De hecho, quieren que queme tu piso —admitió Tirso, encogiéndose de un hombro, y prosiguió por encima del «¡NO!» que abandonó la garganta de Moli en un alarido de impotencia, de perro apaleado—: Quieren que parezca un accidente, cosa que, ¿sinceramente?, no me pones muy difícil. Vas a salir ardiendo cualquier día de estos como sigas petando los enchufes.

Moli abrió la boca para replicar de nuevo, pero la cerró al instante, cayendo en algo que Tirso ni se olía hasta que lo oyó musitar:

—Ya has estado aquí. Ya has entrado a husmear.

—He hecho mucho más que husmear. —Moli se encogió—. ¿O creías que después de la que me liaste con Julia ibas a irte de rositas? No. Tú no vas a volver a dar ni un paso sin que yo lo sepa.

Y suponía que ahí se acababa todo, porque el aviso estaba dado y la advertencia también, así que no tenía nada más que hacer allí. Sintiéndose rígido y ácido, se dispuso a marcharse, pero según pasaba por su lado Moli lo detuvo a la desesperada por el brazo.

—¿No hay otra manera? —jadeó, mirándolo con la misma urgencia con que lo agarraba. Sus pupilas diminutas eran las de un hombre que se sabía acorralado.

—No. —¿Por qué iba a mentir?

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Dos semanas. Y da gracias porque no me hayan pedido prenderle fuego contigo dentro.

Moli lo soltó como si quemara. Seguía lívido, cadavérico.

—Pues casi que lo preferiría.

Tirso actuó sin pensar, movido por un instinto que creía olvidado. Acercó su cara a la suya hasta que prácticamente se tocaban, hasta que Moli no tuvo donde retroceder, hasta que pudiera oler en él los remanentes de sangre que la ducha del piso franco nunca conseguía lavarle del todo. Solo entonces susurró, en un ronroneo aterciopelado:

—Pide y te será concedido, Moli. Dime, ¿quieres que lo haga?

Lo notó tensarse debajo de él.

—N-no.

—Ah. Ya me parecía.

Como colofón, Tirso le dio un par de palmaditas secas en la mejilla y, ahora sí que sí, se marchó de una puta vez sin mirar atrás.

31

La Copa del Rey de los sicariatos

El día que su vida cambió por segunda vez para siempre también era de noche.

Empezó, como todo empezaba últimamente, con Tirso cerrando la puerta de casa a su espalda. En apariencia no había nada distinto, nada fuera de lugar, pero una sola mirada bastó para que Julia supiera que algo andaba mal. Muy mal.

Se puso en pie enseguida, tensa como no lo había estado ni antes de la pijamada de anoche. Le había sentado bien (siempre le sentaba bien ver a sus amigas), oír a Marta intentar convencerles de que el inútil de Álex era su amor verdadero hacía empalidecer las sombras de Tirso. Y eso que Julia podía verle el puntillo a ennoviarse con un chaval de lo más torpe, o estrafalario, porque Manu era ambas cosas y ninguna le restaba encanto. Más bien lo contrario.

Pensaba mucho en Manu, últimamente. En su chat de WhatsApp vacío desde la merienda interrumpida, en la sombra de resignación en sus ojos grises según se levantaba para marcharse, como una confirmación de lo que siempre había sabido: que no debía hacerse ilusiones con Julia. Con Julia, que acababa de prometerle seguir a su

lado dijera lo que dijera Tirso. Con Julia, la única amiga real que había hecho en diez años.

Le echaba tanto, tantísimo de menos…

—Julia —musitó Tirso por todo saludo, y aquello también era una confirmación.

—Ven —dijo ella, sentándose de nuevo en el sofá y dando un par de palmaditas en el hueco contiguo—. Cuéntame.

Él no se hizo de rogar. Con los labios fruncidos en una fina línea, recogió a Muu de entre sus piernas y se la llevó consigo al sofá, donde se la quedó acunada como un bebé. Un bebé peludo que ronroneaba a potencia de tractor mientras lo contemplaba con las pupilas dilatadísimas.

Sin intercambiar palabra, ambos se reacomodaron cara a cara, reclinados de costado contra el respaldo. Habían tomado esa misma postura millones de veces, consciente o inconscientemente, durante las incontables conversaciones más o menos serias que llevarían mantenidas desde que se conocieron. Primero Tirso como invitado, cuando ella aún compartía piso con otra amiga y dormía en una cama minúscula en el cuarto que ahora él usaba de despacho; luego como compañero, cuando la susodicha se piró de misión humanitaria a nosedónde y Tirso propuso mudarse con ella para ahorrarle el follón de buscar sustituto. Todavía le hacía gracia recordar cómo había expuesto Tirso la solución, más como un arreglo de beneficio mutuo que como el paso adelante en su relación que era. Huelga decir que lo hizo por no presionarla, y que no aguantaron ni dos noches durmiendo en habitaciones separadas. Para su primer finde juntos estaban tirando la cama pequeña a los contenedores y montando una segunda mesilla de noche para la grande.

Tirso tardó en comenzar a hablar, perdido en sus pensamientos mientras le rascaba la tripa a Muu.

—Voy a pedirte ayuda con una cosa —dijo al fin—, pero tienes que prometerme que mantendrás la calma.

Si Julia había estado tensa antes, ahora se sentía enferma. Tirso alzó la cabeza para mirarla a los ojos, muy serio, y cuando ella asintió despacio él también lo hizo, como para sí. No parecía aliviado. De hecho, parecía haber contado con que diría que sí.

—En casa de tus padres te comenté que llevaba tiempo esperando que me asignaran un encargo muy… —vaciló— importante.

—¿«Importante» como eufemismo de «reputado» o de «lucrativo»?

Él sonrió.

—Ambas. Lo primero por el perfil del cliente, Yldra. Siendo de las empresas líderes de defensa europeas, los beneficios estaban a la altura: el trato incluiría ganancias en forma de intel para Insider Solutions, además de la mayor cantidad de pasta que he visto escrita en mi vida. —Fue justo el hecho de que se guardara el precio para sí lo que le dio una idea a Julia de las cifras que manejaban—. Yo sabía que me lo encargarían a mí. No soy el mejor, pero mis capacidades informáticas suelen hacerme el más completo. Y lo que Yldra necesitaba era alguien que les cazase a un hacker que ellos, por medios legales, no conseguían neutralizar.

Mmm, vale. Ya veía por dónde iban los tiros. O eso creía.

—Okey —musitó Julia—. Y este hacker… ¿cuánto de peligroso…? En plan… —¿Cómo decirlo?—. Si Yldra es una empresa de defensa, ¿qué puede hacer hackeándola? ¿Puede, no sé, detonar bombas nucleares o revenderle los planos a gente «mala»?

Como no podía ser de otra manera, Tirso cabeceó.

—Yldra no fabrica armas, pero sí tecnología militar. Radares, interrogadores amigo-enemigo, sistemas de ciberseguridad… Podría liarla mucho, sí. —Hizo una pequeña pausa reflexiva, un tanto ceñudo—. Si quisiera.

Por no repetirse, Julia calló y solo asintió, buscando la forma de poner en palabras lo que le rondaba la cabeza. Tirso tenía pinta de ir a seguir hablando, así que ella lo detuvo con una mano sobre la suya y una sonrisa afable, tranquilizadora:

—El encargo de anoche está relacionado con esto, ¿verdad?

No esperaba que Tirso parpadeara, claramente pillado de improviso.

—¿Cómo lo…?

—Me dijiste que no querías aceptar ninguno mientras yo siguiera indecisa —se le adelantó Julia—, pero tuviste que irte de urgencia a arreglar el estropicio de un novato. Palabras textuales, además. Supuse que el de anoche también sería una emergencia, o no lo habrías cogido.

En lugar de responder de inmediato, él se la quedó mirando unos segundos de más, con un asomo de sonrisa casi imperceptible en la comisura de sus labios. Luego sonrió del todo y volteó la mano para acunar la de ella en su palma.

—Perro policía —solo dijo, y Julia rio.

—No hay que ser muy listo para considerar una brecha de ciberdefensa militar una urgencia.

—En realidad tanto el estropicio del novato como el encargo de anoche tienen que ver con el hacker —le explicó, de pronto blando —. Como esperaba, me asignaron neutralizarlo a mí, pero rechacé el

encargo para no agitar las aguas entre nosotros —*¿perdón?*— y se lo quedó el novato. Por suerte o por desgracia —su tono seco decía «por desgracia», sus hombros tensos decían «por suerte»—, nuestro querido hacker tiene un mecanismo de defensa a prueba de tontos y el novato muy listo no es, así que después de cagarla a niveles descomunales Shigure no quiso arriesgarse otra vez y ya no me puedo librar.

Ah. De modo que sí que iban por ahí los tiros. Y Tirso parecía frustrado, además. Normal. Tal como le había pintado el encargo (la Copa del Rey de los sicariatos), Julia primero había pensado que querría pedirle una tregua para poder completarlo. Pero no era perder dinero lo que le frustraba, ¿verdad? Era el no poder cumplir su palabra.

No sabía si sentirse halagada o perturbada.

—Y eso nos lleva a…

—Perdona que te corte. —Julia le dio un pequeño apretón en la mano. Cuanto antes lo sacara de su miseria, mejor—: Tirso. Aprecio muchísimo, *muchísimo,* que quisieras darme espacio para pensar. Y sigo pensando igual; no creo que a nadie le sea indiferente que su novio mate gente por dinero. Ahora bien —Tirso enarcó una ceja—, si me dices que este hacker tuyo es un peligro para la seguridad pública y que encima te van a pagar una millonada por tumbarlo, pues… Vamos, yo es que ni me lo pensaría. ¿No deberían hasta condecorarte héroe nacional o algo así?

Eso le hizo reír. Entre dientes, muy bajito, pero reír. Julia se lo tomó como una victoria.

—Mi madre dijo lo mismo.

Ella también rio.

—La matriarca Solera es muy sabia.

Sin embargo, la sonrisa de Tirso duró poco. Y Julia supo que todo aquello solo había sido contexto y no preámbulo antes incluso de que negara con la cabeza, antes incluso de que suspirase, rendido, y dijera:

Cuando echara la vista atrás, en realidad no recordaría las palabras. Sabría, como se sabe que tras una nube está el sol y que bajo la tierra hay más tierra, que los labios de Tirso pronunciaron «Julia, el hacker es Moli» y «Me han pedido que lo mate», pero por mucho que se esforzara no conseguiría ponerles sonido, desenmarañar el zumbido distorsionado que bombeaba en su lugar.

En el momento, igualmente, sí debió de oírlas a la perfección, pues su cuerpo respondió tal como hizo en el matadero, saltando en su auxilio aunque ni estaba presente ni sangrando ante Tirso:

—¡No! —Se había puesto en pie, en guardia, y *aullaba*—. ¡Es mentira y tú lo sabes!

—Lo he rastreado yo mismo, amor. Es él.

—¡QUE *NO*! ¿¡Por qué querría Manu robar tecnología militar!?

Que Tirso pusiera los ojos en blanco no ayudó. Solo la puso más nerviosa.

—Ese es el problema —bufó, ácido—, que no está robando tecnología militar, está pavoneándose para que lo contraten como hizo con Microsoft.

Julia se tapó la cara con las manos porque el mundo había empezado a ladearse, a girar alarmantemente a su alrededor, como cuando se metía en la cama borracha y todo daba vueltas y vueltas.

No podía abrir los ojos o perdería el equilibrio. No podía abrir la boca o perdería el control. Y mira que le había prometido a Tirso que mantendría la calma, pero ¿cómo iba a mantenerla cuando Manu era *GILIPOLLAS*?

—¡Pues dile que pare! —chirrió por entre el bozal de sus manos.

—Ya es tarde —lo oyó suspirar—. Se ha reído de demasiada gente.

Algo en cómo lo dijo le dio escalofríos. Se arriesgó a mirarlo. Veía borroso, casi estrellado, pero la amargura y la impotencia destacaban nítidas en su postura. También la determinación.

—Vas a hacerlo.

Había querido preguntarlo, no acusarlo, pero él enarcó una ceja igual.

—¿En serio, Julia? —escupió—. ¿Cómo voy a matar a Moli? ¿No ves que antes me mata él a mí de un disgusto?

Para ser justos, no era la primera vez que Tirso le decía algo en esa línea, pero no bastaba porque…

—¡Lo que veo es que te pillé a punto de clavarle un cuchillo!

—Que no iba a clavárselo —resopló, masajeándose las sienes—. Iba a noquearle *con el mango.*

Julia se desinfló. Se le veía cansado, cansado de verdad. La tarde de la merienda interrumpida también había estado así, ojeroso y un tanto vacío, como si le faltara algo. O como si se lo hubieran quitado. A lo mejor decía en serio lo de que Manu iba a matarlo de un disgusto. Desde luego ella sí se sentía peligrosamente al borde del vahído.

—¿Manu lo sabe?

—Sí y no. Fui a verlo anoche. —Julia se tensó de nuevo. Gracias a Dios, Tirso se dio cuenta y ató cabos enseguida—: No, Julia.

Después del encargo. No le he hecho nada.

—Perdón.

—No te disculpes. Es normal.

Con más delicadeza de la que se merecía, Tirso tendió ambas manos hacia ella y ella las tomó. Solo entonces reparó en que Muu ya no estaba panza arriba en su regazo, ni en ningún otro rincón a simple vista. Debía de haber salido huyendo en mitad de su arrebato. La buscó con la mirada, compungida, pero Tirso tiró levemente de sus muñecas y el cuerpo de Julia se refugió en el suyo por puro acto reflejo, dejándose acunar contra su pecho.

Durante unos segundos, ninguno habló.

—¿Qué versión tiene él? —logró preguntar al fin.

—Le dije que corrompería y desmantelaría toda su obra, para tenerlo entretenido con salvaguardas hasta que pase la fecha.

—¿Hay una fecha?

Lo notó asentir.

—El 26 de septiembre.

Dos semanas. Julia comprendió:

—No vas a darles a Manu.

—No. A Manu no.

Eso le hizo fruncir el ceño, y se apartó para mirarlo a los ojos.

—¿Para qué necesitas mi ayuda?

Tirso suspiró.

—Para matar a Eneko Solera.

32

La misma persona

—¿Y qué gano yo con esto? Porque, tal como lo veo, solo estaría perdiendo a mi mejor autor.

—Tienes mejores autores que yo.

—No. Tengo autores más *sanguinarios* que tú. O más veteranos. Tú eres mi autor 360º.

Tirso no quiso insistir. No ganaría nada rebatiéndole tecnicismos a Shigure, no cuando todo el plan dependía de obtener su beneplácito.

Estaban en la zorrera, en el reservado más extravagante del casino y, por tanto, el favorito de su dueño. En cambio, a Tirso le resultaba tirando a pesadillesco, con esos suelos de diáfano cristal exhibiendo la totalidad del piso inferior. Allá abajo, crupieres, camareros y animadores cumplían su rol sin perder la sonrisa ante la hornada actual de jugadores. Si Tirso desenfocara la vista, parecerían hormiguitas. Solía hacerlo si necesitaba pasar mucho tiempo con la cabeza gacha entre aquellas cuatro paredes.

En la mesita entre ambos, una copa y un contrato. La primera, de Shigure; el segundo, de Yldra. De normal, la mayoría de las cláusulas de este último jamás habrían pasado el filtro de Insider Solutions, por arriesgadas (por restrictivas), pero las ganancias

superaban los inconvenientes y Shigure era, ante todo, el mejor postor.

Por eso Tirso necesitaba convencerlo de que estafar a Yldra era una apuesta segura.

—Neko, Titi, amigo mío; dime la verdad —suspiró teatralmente Shigure, llevándose incluso la palma a la frente. El humo de su cigarrillo empezaba a nublar el reservado—. ¿Es esto la revancha por endilgarte la limpieza del Peletero el año pasado? Creía que ya lo habíamos superado. Te prometo que no volveré a hacerlo.

—No tiene nada que ver —le prometió Tirso, aunque tuvo que contener una mueca al acordarse del Peletero. Había sido incapaz de comer carne durante semanas después de aquello—. Ya tenía pensado retirarme, de todas formas.

—¿Y crees que iba a permitírtelo?

Nadie podría evitar tensarse ante la voz deliberadamente aterciopelada de Shigure. Cuanto más suave hablaba, más peligroso era. Tirso lo había ido aprendiendo con los años, a base de presenciar cagadas ajenas, y ni drogado querría perder su favor. Pero tampoco le quedaba otra salvo plantarle cara:

—Shigure. Esto no va de permisos, sino de conveniencias. Si me niego a matar al moscardón, también me niego a que otros lo hagan. —Calló unos segundos para remodular el tono, cuidándose de sonar lo más analítico posible—. Eliminaré a todos los autores que mandes tras él. Tú mismo lo has dicho, soy el mejor. Puedo con ellos. ¿De verdad te merece la pena? Perderías más de lo que ganarías. A mí, a los autores que sacrifiques, tu trato con Yldra… Tal como está el tema sucesorio, un segundo autor prófugo no te viene nada bien.

Su respuesta no se hizo esperar:

—¿Me estás amenazando?

Así que la suya tampoco:

—No. Lo último que querría sería tener que obligar a mi familia a huir de ti el resto de sus vidas. Conoces a mi madre, sabes que se marchitaría a los dos días de salir de Benidorm. —Y juraría que eso que escondió Shigure tras una calada era un comienzo de sonrisa—. Así que créeme cuando te digo que el hacker de Yldra tiene más valor para mí de lo que jamás lo tendrá para ti, o para el propio Yldra. Te prometo que no volverá a causar problemas. Será como si de verdad hubiera muerto. Por favor, Shigure.

Esta vez, Shigure no contestó enseguida. Permaneció en silencio, contemplando meditabundo el ir y venir de jugadores y currantes a metros y metros por debajo de ellos.

Su empleador, o su intermediario, o lo que fuera, siempre había sido (siempre sería) un hombre especialmente complicado de leer. Tirso suponía que, como a él, la propia naturaleza de su trabajo le exigía enmascarar sus pensamientos. Además, también como él, Shigure tampoco había tenido otra opción que ocupar el lugar de su padre, estuviera preparado o no para mancharse las manos de sangre, quisiera o no heredar su imperio del juego sucio.

La diferencia entre los dos era que Shigure disfrutaba del poder. Disfrutaba del subidón de la victoria, de las respuestas coaccionadas y del lujo extraído con alicates de las encías sangrantes de sus enemigos. Se relamía cuando alguien lo subestimaba por no tener la pinta que uno esperaba de un capo de la mafia (joven, apuesto, elegante, conciliable), porque entonces podía enseñarle que podía ser peor (sádico, monstruoso, visceral, despiadado). Pero nunca

injusto, eso sí. Con Shigure, cada cual recogía ni más ni menos que lo sembrado.

Al principio, Tirso le había tenido un miedo terrible. El miedo jamás se había ido, claro, pero con los años había llegado a admirarlo, primero, y a compadecerlo después.

—Me pones en una tesitura un tanto complicada, Neko.

El diminutivo era buena señal. No quiso confiarse, igualmente:

—Soy consciente de ello.

—Lo dudo. Podrías haber fingido tu muerte y punto. Si el moscardón hubiera parado de tocar los cojones, habríamos asumido que se te llevó consigo al cementerio. No habríamos ido ni a buscar tu cadáver. —Frunció los labios en una prieta línea—. Haciéndome partícipe de tus planes, me conviertes en cómplice. No me gusta que me arrinconen.

Uh.

—Pensé que te gustaba menos la traición. —Tirso se encogió de hombros en un claro «¡qué se le va a hacer!»—. No soy tan creído, sé que al final nos habrías descubierto, y mentirte sale más caro que enfrentarte. Prefiero mostrarte el respeto que merece quien me dio una oportunidad en lugar de una tumba.

Y, aunque los halagos no solían funcionar con Shigure, la sonrisita de tiburón que curvó sus labios le dijo que había acertado. Uno siempre acertaba con la verdad.

—Tanto no me respetarás si tu plan es dejarme tirado con esta panda de vejestorios y prepúberes. ¿Con quién quieres que me desahogue yo ahora, hm? —Pegó una calada enfática—. Unos están seniles y los otros, crudos.

Tirso cabeceó, risueño.

—Podemos seguir siendo amigos.

—Tú no tienes amigos, Neko —resopló Shigure—; no de verdad.

«Quizá sí —pensó él—. Quizá todo esto es precisamente porque tengo un amigo».

—¡En fin! Tampoco es la primera vez que me parten el corazón. Más vale que no quieras encima cobrar por el encargo.

—No esperaba hacerlo. Los muertos no cobran.

Su sonrisa creció. Luego, puntual como un reloj inglés, se volvió hambrienta, depredadora. Tirso reconoció en ella el sabor de la avaricia.

—Quiero algo más —le dijo—. Un regalo de despedida.

—Dime.

—Quiero que encuentres y elimines al novato. Su amigo no ha podido darnos mucha info y su esposa lo echó de casa, pero sabemos que sigue en Madrid.

Ah, genial. Ya contaba con que tarde o temprano lo mandarían tras Ángel incluso antes de descubrir que Manu era el hacker de Yldra. Una pena que tampoco fuera a cobrarlo. Los prófugos y los chaqueteros se pagaban al doble.

—Lo buscaré una vez cerrado lo de Yldra —planteó Tirso—. Si me cree muerto, no me verá venir.

—¡Perfecto pues! Deseando quitarme esto de encima, la verdad, el estrés me está matando. —Shigure apagó el cigarrillo y se incorporó para desperezarse. Su rodilla chasqueó escandalosamente—. ¿Ves? Y a mí nadie me da la baja. —Chasqueó de nuevo mientras se inclinaba a por la copa—. Madre mía. ¿Quién es el moscardón, por cierto? ¿Tu amigo el guapo? ¿Sigue soltero?

No le sorprendió que supiera de la existencia de Moli.

—Ni lo sé ni me importa.

—Pues te va a tener que importar, porque voy a añadírtelo al trato. Quiero su estado civil y su número de teléfono.

—Ya veremos.

—Pero para sacarme de dudas no necesitas *research.* ¿Es o no es él?

Se planteó decirle la verdad aquí también. Shigure era un hombre lógico; sabía perfectamente hasta dónde podía estirar la cuerda. Su padre había sido menos comprensivo, ojalá los gusanos ya le hubieran rapiñado hasta los huesos. Había sido él quien había pescado a Tirso, pero Shigure quien le había visto el potencial. Lamentablemente, Tirso le debía la vida.

Sin embargo, no había hecho todo cuanto había hecho para ocultar a Moli de la mafia para luego ofrecérselo en bandeja, ni siquiera a Shigure. El tío se las ingeniaría para comerle la oreja a Moli y antes de darse cuenta estaría atrapado en la misma telaraña de la que Tirso acababa de comprar su salida. Así mataría dos pájaros de un tiro: suplir la pérdida de su mejor autor y alegrarse la vista. O a saber qué más. Shigure era un encantador de serpientes y Moli solo un conejito.

—No quería decírtelo —rezongó al final, aprovechando que era cierto.

Pareció que Shigure se relamía.

—Ilumíname. Ya tiene que ser especial el moscardón este para que montes tal cirio.

—Y tanto —suspiró—. Tengo pensado casarme con ella.

Shigure echó la cabeza hacia atrás y rio.

«¿Y tú crees que se lo tragarán?», había preguntado Julia, después de rumiar el plan durante un rato.

«¿Hm? ¿Por qué no? Shigure no tendría por qué desconfiar de mí y el representante de Yldra no sabe quién es el hacker. Solo vendrá, te hará un par de preguntas para comprobar que tenemos a la persona correcta y se irá. Ni siquiera se quedará al espectáculo».

El «espectáculo», por supuesto, era el eufemismo para «ejecución».

«¿Y si no me sé alguna respuesta?».

«Pues improvisas. Total, sois prácticamente la misma persona».

«¿Eh? ¿Quién? ¿Quiénes? ¿Manu y yo? ¡Retíralo!».

«Sois una fotocopia histérica y neurótica el uno del otro. ¿Sabes cuando los gremlins se multiplican? Esos sois Manu y tú».

«¡NO!».

«Cierto. En realidad sois más bien como cuando juntas a dos Furbys y empiezan a hablar en su idioma incomprensible».

Tirso había seguido picándola hasta que Julia paró de pataletar para morderse el carrillo, aprensiva.

«Pero ¿por qué no se lo pides a él…?».

«Porque no confío en su talento escénico ni para interpretarse a sí mismo en una situación de vida o muerte».

«¿Y en el mío sí?».

«Hombre, Julia —había reído él—. Conseguiste colármela a mí».

Y así había quedado zanjado el asunto.

Ahora que tenían luz verde por parte de Shigure para proceder con el plan, y ahora que el representante de Yldra había mensajeado a

Tirso las coordenadas del punto de entrega (Museo Arqueológico Nacional; planta 1; pasillo «al-Ándalus»; 18:15), solo restaba asegurarse de que aquel sábado 26 de septiembre el verdadero moscardón no pondría un pie ni a tres kilómetros a la redonda del MAN.

Que era justo por lo que Julia estaba llamando al timbre del portal de Manu el viernes 18 tras su jornada laboral.

Manu se derrumbó en cuanto abrió la puerta. Julia solo lo abrazó, ahí mismo, de pie en el rellano, y lo dejó llorar en su hombro hasta que se recompuso lo suficiente como para invitarla a pasar. Dentro todo estaba hecho un caos. Bolsas de comida a domicilio apiladas por doquier, platos sucios en el fregadero y más allá, tazas de café vaciadas en mayor o menor medida a lo largo y ancho del piso (terraza incluida), un tendedero a medio recoger al fondo del pasillo… Se veía a leguas que Manu no había parado ni a dormir desde que Tirso le comunicara el falso ultimátum.

—Menos mal que teletrabajo —estaba diciendo en ese momento, mientras barría una montaña de cables del sofá—, si alguno de mis compañeros me viera en este estado, ya tendría a los de recursos humanos respirándome en la nuca.

Ciertamente se le veía tan desquiciado como sonaba. Sin embargo, Julia optó por callar, así que los siguientes minutos los pasó ayudándole a clasificar los diferentes objetos que le traía al sofá entre «esencial» y «prescindible».

Hasta que le tendió la taza souvenir de Benidorm. Entonces respiró hondo y lo miró.

—Manu…

—Ya, ya lo sé. —Manu se llevó la taza al pecho—. No debería salvar nada más que lo estrictamente necesario, para que no sospechen. Pero… Es que lo van a quemar todo, Julia. —Miró en rededor, a la selva de recuerdos plagando su salón—. Todo. Si hubiera adoptado ya a Tolón, ¿lo quemarían también?

Julia se estremeció.

—Manu, ven. Aquí, siéntate aquí conmigo, muy bien.

Manu se desplomó a su lado. Tardó unos segundos en mirarla, algo avergonzado. El gris de sus ojos era muy claro, casi lechoso, en contraste con el resto enrojecido por las lágrimas.

—Siento mucho que tengas que pasar por esto. Entiendo por qué debían darte un buen susto, porque estabas trasteando con asuntos *militares* y no sabían tus intenciones, pero yo sí sé que no eran malas. —Tomó su mano libre entre las suyas—. Yo sí sé que Manuel Molina Montaraz no se merece el castigo que han preparado para el hacker de Yldra basándose en lo que creen que pretende. Pero, Manu —y le dio un pequeño apretón enfático—, no empezarás de cero. Lo importante está aquí. —Alzó una mano para darle un toquecito en la frente—. No pueden quemar tus recuerdos, ni tus conocimientos, ni tu talento. Si pudiste montar todos esos… programas, o sistemas, o lo que sean, una vez, podrás hacerlo de nuevo.

Esperaba que fueran las palabras correctas, tanto para animarlo como para mantener la mentira. Por el largo suspiro que soltó Manu, pareció que sí. Pero luego negó con la cabeza y dijo:

—No pueden quemar mis conocimientos, pero sí mi reputación. Ese es el objetivo final, en realidad. A todo el mundo del gremio le llegará la circular de que mis sistemas fallaron y que Microsoft tuvo

que buscarse a otro para arreglar el entuerto. Me especializo en ciberseguridad —resopló, amargo—, ¿quién va a querer contratarme si dejé con el culo al aire a Microsoft…, qué, una semana? Sería lo que tardaría en rehacerlo todo. Da igual lo que sepa o no hacer. Volveré a no ser nada ni nadie porque nadie se fiará de mí.

¿Qué diría la Julia que de verdad creía que iban a prenderle fuego al piso de su mejor amigo? ¿Merecía la pena romperse la cabeza cuando al siguiente sábado todo se solucionaría (con suerte)? Empezó a balbucear algo incomprensible hasta para sí misma, pero Manu ni lo notó, porque había vuelto a levantarse, dejando la taza de Benidorm abandonada sobre el sofá.

—De todas formas, tienes razón —dijo, mientras salía a la terraza y extraía un cuaderno nuevecito de debajo del cojín de una de las sillas—. Lo importante es esto. He transcrito a mano los procesos y fórmulas que no estoy seguro de poder recordar sin ayuda y mis notas de proyectos. Este cuaderno es lo único que debería salvarse. —Y, sin embargo, durante unos segundos Manu sopesó el ratón de su portátil antes de devolverlo a la mesa con un suspiro derrotado y regresar junto a ella—. ¿Podrías guardármelo, por favor? Contigo estará más seguro.

Julia asintió, murmurando un suave «por supuesto» que no tenía claro si Manu había oído, pues siguió hablando en cuanto dejó el cuaderno en sus manos:

—No he querido guardarme nada en el móvil, que digo yo que Tirso tendrá que vaciarlo igual esté o no en casa durante el incendio. Al principio pensé en llevarme algunas cosas al piso de mi madre, pero me dio miedo que me pillaran y lo quemaran también… ¿Julia?

Uy. Se había quedado abstraída hojeando el cuaderno, tratando de descifrar la redonda pero ininteligible caligrafía de Manu. No se explicaba cómo podía enterarse ni él de lo que ponía, tal como estaba todo apiñado, tachado y reescrito, mezclando fórmulas con números de teléfono con instrucciones con ideas y con a saber qué más. Ni un mísero subrayado, sangría o listado; nada ni remotamente organizado. Le picaban las manos por sacar el subrayador que siempre llevaba en la tote y liarse a poner orden en aquel caos de letrujas. Si es que, por no haber, no había ni títulos, ni mayúsculas… Bueno, mayúsculas sí, pero para una única cosa.

—Nunca salió el tema, pero… —Alzó la vista hacia él, señalando las siglas—. ¿Qué es MMM? Recuerdo que lo tenías puesto como futuro proyecto en tu LinkedIn.

—Ah. —Manu soltó una risa amarga—. Nada, una consultoría que quería abrir. Son las siglas de mi nombre. Tenía pensado usar lo de Yldra como trampolín para lanzarla; poner su caso de ejemplo.

No pudo evitarlo:

—¿Creías que ridiculizando a Yldra te vendrían muchos clientes…?

Él volvió a reírse, aunque esta vez más divertido que despreciativo.

—No, hombre, no. Lo habría hecho parecer que salió de ellos, de Yldra, como si me hubieran contratado para averiguar si su equipo podría contrarrestarme.

—¿Y ya no puedes hacerlo?

—Han pagado a Tirso para hundirme, bombón —sonrió Manu, blando—. No les veo yo muy colaborativos.

Julia negó con la cabeza, hendida por un súbito rayo de inspiración divina:

—No, no, me refiero… ¿Y adelantarte? Tendrás otros contactos. Podrías ir reuniéndote con ellos y enfocar tu salida de Microsoft como algo que querías. Preparar el terreno. ¿No crees que si les dices que tienes algo grande preparado y de pronto tu casa sale ardiendo pensarían que algún competidor ha intentado ponerte freno? Es lo que pensaría yo.

Durante unos segundos, Manu solo la miró con los ojos entornados. Al final, como para sí, susurró:

—Y yo.

Se sonrieron. Fue en ese otro silencio, mientras él seguía dándole vueltas al asunto con la vista perdida en algún punto del techo, que Julia aprovechó para guardar el cuaderno en su tote. Entre ambos, todavía desoladamente olvidada, la taza de Benidorm. Dudó un instante, dos. Luego se la guardó también. Aunque no fuera a salir ardiendo de verdad, cuando Manu se diera cuenta de que Julia se la había llevado consigo seguro que respiraría más tranquilo. No hacía falta torturarle toda la semana.

—¿Sabes? Mi madre da una fiesta en Tirso el próximo finde.

—¿Sí? ¿Qué celebra ahora la madame?

—Ah, nada. Le gusta montar saraos, ya sabes, se cree una *socialité.* —Rieron—. Suelo saltármelos porque las altas esferas a las que invita no son mi rollo, pero conozco a más de uno al que le gustaría el ambiente. Puedo usarlo de gancho y… —sus ojos de pronto se opacaron— y así quizá se me olvida que mientras Tirso estará quemando mis cosas.

Julia se tensó, pero no por lo que Manu pensaría.

—Oh. ¿Es la misma noche? ¿El… Este sábado?

Esperó que no se le notara la exaltación en la voz. Era PERFECTO.

—Yep. Por eso esta vez pensaba ir igual. —Torció el gesto—. Necesito una excusa para no estar en casa cuando empiece el fuego. No quiero darles opción a pensar que he podido salvar nada.

Ojalá pudiera decirle que no habría fuego. Con un suspiro, Julia volvió a tomar su mano, acariciándole los nudillos con el pulgar distraídamente.

—Me parece una idea genial —le aseguró, cuando consideró que ya sonaría más normal—. ¿Cuándo empieza?

—Hacia las nueve, pero iré por la tarde a ayudarla a montar todo. —Manu hizo una breve pausa, dubitativo, y rehuyó su mirada al preguntar—: Si te invito, ¿vendrás? ¿Sabe Tirso que estás conmigo ahora?

Ay, no. Ay, mierda. A ver, por partes…

—Lo sabe. —Se tomó su tiempo para meditar lo otro. Para las nueve ya habrían terminado con lo de Yldra, ¿no? Podrían incluso jugar al despiste así, con Julia yendo a la fiesta después. Pero si se complicaban las cosas, Manu podría preocuparse, o hasta salir a buscarla, y a saber si eso levantaría la liebre…—. Déjame pensarme lo de la fiesta, ¿vale? Que no me gustaría que cada vez que me vieras por ahí pululando te acordaras del incendio. Te quiero atento al *networking,* que encima sé que te encanta.

Esta vez, cuando Manu le sonrió, lo hizo algo más relajado, casi tierno.

—Dime con lo que sea.

—Oki.

Otro apretoncito en la mano, otro par de sonrisitas blancas. Julia fue a decir algo más, pero apenas había abierto la boca cuando las tripas de Manu la interrumpieron con un concierto en do mayor.

—Guao.

—Guao *indeed* —secundó Manu, tan sorprendido por el escándalo como ella.

—¿Has comido hoy? —se vio en la obligación de preguntarle.

—Pues…

La forma en la que el muy descerebrado barrió con ojo crítico el salón en busca de una bolsa de comida a domicilio que le sonase reciente la tuvo enarcando una ceja.

—¿Y ayer?

Como Manu no contestó, Julia echó cuentas entre las múltiples bolsas y los días pasados desde la visita de Tirso. Chasqueó la lengua, a cada segundo más calentita. Había muchísimas, sí, pero no suficientes para cubrir las comidas y las cenas de toda la semana.

—Arriba —ordenó, poniéndose en pie ella también—. Coge las llaves del coche.

—Julia…

—¡Que no me repliques! Arriba, *ahora.* Nos vamos a la compra.

Pero sonreía cuando lideró la marcha hacia la entrada, porque todo estaba saliendo a pedir de boca.

¿Conoces a Manuel Montaraz?

Tirso se envaró al instante. Por la cabeza le pasaron miles, millones de razones por las que el contacto de Yldra le preguntaría aquello, y ninguna buena. Se quedó mirando el SMS en la pantalla de su *smartwatch,* muy quieto, sentado a la mesa de la cocina con el plato de la cena aún delante. La sensación de irrealidad creció según

desbloqueaba el móvil para comprobar si tenía mensajes nuevos de Julia. Nada. Su último wasap seguía siendo el de las 22:18, en el que le decía que ya estaba volviendo (en un Cabi cortesía del de siempre) y que traía buenas noticias. Una pena que, por lo que parecía, él fuera a tener que responderle con malas.

Sé quién es.

Los segundos que el contacto de Yldra tardó en contestar se le hicieron eternos:

Acaba de invitarme a un lanzamiento el mismo sábado 26. Otros peces gordos estarán allí también. Te será más fácil traerte al moscardón aquí que al MAN. Querrá venir.

Qué cojones. Qué *cojones.* Se le congeló el estómago. Se le revolvieron las tripas.

El siguiente SMS era un copiapega del texto de la invitación. La cena amenazó con treparle ácida y corrosiva por la garganta al leer los familiares detalles postales del hogar que lo vio crecer. Con una única diferencia, obvio: «4º» en lugar de «Bajo D».

22:00 – 22:30
Confirma.

Muu maulló. Acto seguido, Julia entraba en casa toda ufana:

—Adivina qué —canturreó mientras se quitaba las bambas—. Madame Molina da una fiesta en Tirso el sábado y Manu va a ir.

Se giró hacia ella. Hacía mucho que no se sentía tan enfermo.

—Lo sé —le dijo, la náusea en la boca—. Acaba de invitar a Yldra.

33

Contrato de anulación

1. La AGENCIA se compromete a efectuar el encargo del CLIENTE única y exclusivamente de la mano de autores propios. Así, la AGENCIA no subcontratará ni delegará en otras agencias o profesionales independientes el encargo so pena de sanción (Anexo 1; «Sanciones»).
2. El CLIENTE habrá de aprobar por adelantado al AUTOR propuesto por la AGENCIA. Una vez designado un autor, la AGENCIA no podrá sustituirlo por otro sin previa notificación y consentimiento del CLIENTE.
3. El AUTOR y el CLIENTE mantendrán contacto directo sin intermediación de la AGENCIA hasta la compleción del encargo.
4. El AUTOR empleará los medios que considere necesarios para conducir, trasladar o guiar al OBJETIVO al punto de entrega y a la hora acordados (en adelante, «las coordenadas»). El CLIENTE se reserva el derecho a modificar las coordenadas hasta un máximo de trece (13) horas previo traslado del OBJETIVO.
5. Un representante del CLIENTE comprobará *in situ* la identidad del OBJETIVO. Para ello, el OBJETIVO habrá de ser entregado en pleno uso de sus facultades mentales. El AUTOR no intervendrá en

el proceso de identificación salvo que así le sea requerido por el representante.

6. El AUTOR garantizará la protección y seguridad del representante hasta la retirada del mismo del punto de entrega.
7. Una vez ratificada la identidad del OBJETIVO y retirado el representante, el AUTOR dispondrá su eliminación adecuándose a los deseos del CLIENTE. Esto es, de manera aparentemente accidental y en público.
8. Si el OBJETIVO objeto del presente contrato es reanimado (o se encuentra en peligro de ello) por testigos o servicios sanitarios, el AUTOR tendrá la obligación de finiquitar al OBJETIVO aun a riesgo de exposición, pero siempre siguiendo las directrices originales del CLIENTE (punto 7).
9. Si el AUTOR es descubierto o retenido debido a cualquiera de las acciones a realizar para el cumplimiento del encargo, habrá de obrar según los intereses de la AGENCIA y del CLIENTE. De lo contrario, le serán aplicadas las sanciones pertinentes (Anexo 1: «Sanciones»). Asimismo, si el AUTOR resultara abatido durante el ejercicio, la AGENCIA tomará las precauciones necesarias para evitar toda posible asociación entre el encargo y el CLIENTE.
10. La AGENCIA responderá en última instancia ante los yerros del AUTOR.

34

Tirso de Molina

A las 22:03 del sábado 26 de septiembre, Julia y Tirso bajaron del taxi en la plaza de Tirso de Molina.

Siguiendo el código de vestimenta, ella llevaba un mono midi de pierna ancha y él un dos piezas desenfadado con corbata. Ella un bolso de brillantes al hombro y él un pin de libélula en la solapa. Ella una navaja en el bolso para por si acaso y él a saber qué más bajo la chaqueta.

Las puertas del portal los esperaban abiertas de par en par; el ascensor los esperaba en el vestíbulo. Por el rabillo del ojo, Julia cazó a Tirso echando un vistazo presuntamente desinteresado en rededor. Al fondo, el colorido felpudo del bajo D delataba inquilinos con niños. Se preguntó qué estaría pensando.

—Uff —resopló él, en cuanto el ascensor arrancó.

—¿Qué pasa?

Esperaba que no le dijera que estaba nervioso o algo así, porque toda su entereza bebía de las capacidades sobrehumanas que le presuponía a un matón de la mafia. Sin embargo, para bien o para mal, lo que dijo Tirso fue:

—Huele de un modo muy peculiar. Se me había olvidado.

Julia olfateó el aire, pero no distinguió nada en especial.

—¿A qué?

—No sabría decirte —respondió, encogiéndose de hombros—. Tampoco es malo. Me traslada al pasado, sin más.

—A lo mejor te huele a casa. Como cuando solo te sabe bien el agua del grifo de tu ciudad.

—A lo mejor.

La puerta principal del ático también estaba entreabierta, inundando el rellano con ecos del ambiente interior, y Tirso chasqueó la lengua. «Inconscientes», lo oyó mascullar, mientras le cedía el paso como un verdadero caballero. Julia sonrió al volverse y verlo cerrar bien cerrada la puerta de un empellón, aunque casi la perdió de puros nervios cuando le dedicó un ínfimo ademán con la barbilla. «Ya sabes qué hacer», decía.

En efecto, Julia sabía qué hacer. Habían repasado y rerrepasado el plan tantas veces a lo largo de esas dos semanas que ahora que de verdad estaba allí, ahora que por fin entraba en escena, lo sentía todo más irreal que cualquier película conjurada por su mente. Ni siquiera el propio piso parecía el mismo de siempre, con hasta la última de las lámparas de araña prendida e invitados trajeados parasitando cada rincón.

Ahora, también, entendía por completo a qué se refería Manu con que su madre era una *«socialité».*

Intentó no dejarse vencer por la sensación de sueño vívido mientras culebreaba por entre ilustres personajes de la farándula española, políticos de muy distintas facciones y artistas tan refinados que ni conocía, todos ellos en variados puntos de embriaguez a pesar de lo temprano. A Pony le habría encantado. Dios, la lata que

le daría como aquello saliera a la luz. Más le valía no palmarla para poder llevarse el secreto a la tumba a una edad menos… desafortunada.

Milagrosamente, Julia dio con los anfitriones del guateque nada más aventurarse en el segundo de los salones, charlando con un hombretón de barba poblada y cejas aún más. Madre e hijo vestían de punta en blanco, tal como extraídos de una revista de alta costura, mellizos en todos los sentidos salvo en el literal. La forma de sujetar la copa, el porte de sus hombros, el brillo de ávido interés en sus ojos color bruma. No recordaba haber visto jamás a Manu tan guapo, ni siquiera el día que se conocieron, allá a la salida del IFEMA. ¿Sonaba muy mal decir que casi parecía otra persona? Porque aquel señorito en traje verde botella tenía más de *top model* internacional que de moscardón cibernáutico.

Sacó el móvil del bolso para informar a Tirso:

Están los dos juntos en el primer salón a mano izquierda

Entretenidos?

Los espió brevemente por encima de su improvisado escondite (el pobre chavalín apostado bajo el umbral sosteniendo con rectitud militar una bandejita de canapés). Ambos Molina estaban conspirativamente inclinados hacia el hombretón, escuchando muy atentos lo que 100% seguro era un cotilleo. De tal palo, tal astilla.

Entretenidísimos

OK

Me pongo en marcha
Avísame si salen del salón
Y no te separes de Moli hasta que te llame

Julia respondió con el emoji asintiendo y se puso en marcha ella también, aunque no tuvo que dar ni dos pasos antes de que los sentidos arácnidos de madame Molina la instasen a barrer la estancia con ojo crítico en busca de la anomalía. Anomalía a la que detectó *ipso facto,* por cierto, y a la que recibió de brazos abiertos, extasiada como si de un reencuentro con su gemela perdida se tratase:

—*Oh là là!* Pero ¡qué requetepreciosa que estás, *mon* Julia, cariño! —Tras ella, Manu se rio de buena fe, abriendo automáticamente el círculo para incluirla—. ¡Y qué gargantilla más exquisita! Digna de una princesa como tú.

—Muchas gracias. —Julia se llevó una mano al cuello. Era la que Tirso le había regalado por San Valentín. Parecían haber pasado siglos de aquello—. Espero no interrumpir, le prometí a Manuel que me pasaría un ratito.

—¡Al contrario, llegas en el momento oportuno! Comisario, esta es mademoiselle Manzano, amiga íntima de la familia. —*«¿¡Íntima!?»*—. Cuidó mucho de mi Manuel este verano, cuando salió herido defendiendo a una muchachita de los maleantes aquellos, ¿se acuerda?

—Prácticamente me salvó la vida —bromeó Manu, radiante, mientras le ofrecía el brazo.

Por suerte, Julia había visto *Los Bridgerton* las suficientes veces como para saber que debía tomarlo entre los suyos cual dama victoriana. Qué galanterías, qué pantomimas, le encantaba. Madame

Molina exhaló un suspiro cuando ella estiró el chicle reclinando la cabeza sobre el hombro de su hijo.

—Me acuerdo, me acuerdo —asintió el hombretón, amasándose la barba con el mismo talante jocoso. Se daba un aire a Plácido Domingo, la verdad—. ¿De cuánto de íntima estamos hablando, madame? ¿Debería decirle a la parienta que vaya buscando modelito de boda?

Eh…

—No hagas caso, Julia, cariño, son sus típicas artimañas para cambiar de tema. —Madame Molina se arrimó a ella y bajó la voz en un teatrillo de confidencialidad—: El comisario nos estaba compartiendo en *petit comité* los avances de la investigación sobre el atentado contra el ministro.

«PorfavorJulianopongascarasraras», se suplicó al instante, de pronto tiesa como un palo junto a Manu. Nadie debía notarle que estaba profundamente familiarizada con el caso. El estropicio del novato, único culpable de que Julia tuviera que comerse aquel entuerto y futura víctima final de Tirso. ¿Ángel, se llamaba…?

—Más bien los no-avances —puntualizó el comisario—. No tenemos ni móvil, ni arma, ni sospechosos. El ministro está convencido de que el pobre diablo se equivocó de hombre. —Puso los ojos en blanco—. Según parece, después de apuñalarlo le sustrajo el teléfono y exclamó —pausita para aclararse la voz—: «Hostia, qué cagada», antes de disculparse y salir corriendo. Solo tenemos la grabación de su llamada al 061 desde el propio terminal del ministro.

Madame Molina se llevó una mano al pecho con pomposa afección.

—Eso le honra.

—Mamá, le metió un navajazo.

—Pero ¡trató de enmendar su error!

—Ciertamente sonaba bastante agitado. —El comisario volvió a toquetearse la barba, pensativo—. No obstante, con esa única pista poco podemos hacer. Lo más seguro es que todo se quede en una anécdota rocambolesca.

A mitad de la palabra «rocambolesca», a Julia le vibró el móvil. Le dio un vuelco el corazón, se quedó helada y luego colorada, se sintió demasiado autoconsciente y, al mismo tiempo, despegada de su cuerpo. Tirso había encontrado al representante de Yldra. Hora de marcharse.

Con el estómago encogido, se preparó para soltar la primera excusa que se le ocurriera para reunirse con Tirso y con quien pronto la creería el hacker de Yldra, pero Manu le ahorró las molestias cuando él mismo los disculpó de la conversación, tirando furtivamente de ella salón adentro. Por un momento, pensó que la había descubierto. Después lo vio intercambiar señas con una de las azafatas del catering y ató cabos:

—¿Alguien importante?

Manu asintió.

—El de OpenAI —respondió, con los ojos fijos en un punto exacto del salón—. Me enteré de que estaba en España esta semana y probé suerte invitando al que dicen que es su ojito derecho nacional. Dios, no me creo que haya colado. ¡Tengo el cerebro gordísimo!

—No te tenía yo por un IA *bro* —le chinchó ella, contenta de verlo así de vivaz.

—Amigo, hasta del diablo —recitó él por todo alegato.

Eso le sacó una carcajada y Manu dejó de vigilar a su presa para volverse a mirarla con una sonrisita cómplice. Tras él, un fastuoso reloj de cuco marcaba las diez y veinte. Julia contuvo un suspiro. Cuanto antes finiquitaran lo de Yldra, antes podría regresar a su vera y darle la buena nueva.

—Te dejo entonces —le susurró, con un último apretón de ánimo en el brazo—. Creo haber visto a Carmen Lomana y Pony me mataría si no le presento como mínimo mis respetos.

Él ya no contestó, atento a la pareja de señores trajeados acercándose, así que Julia se desligó de su lado antes de que los alcanzaran para evitarle las presentaciones. De camino al pasillo aprovechó para leer el wasap de Tirso:

Salón de té al fondo a la derecha, pasada la cocina

Y para allá que fue.

En realidad, Julia no habría necesitado la especificación de la cocina. Daba la casualidad de que, del par de veces contadas que había pasado la tarde en el ático de Tirso de Molina, una de ellas había sido en aquel preciso cuarto. Por desgracia, esa noche no encontraría a un Manu convaleciente bebiendo limonada en una butaca reclinable. De hecho, cuando entró al salón de té ni siquiera distinguió la butaca por entre el gentío. A Tirso, eso sí, lo distinguió enseguida.

Lo primero que pensó fue lo difícil que lo tenía el pobre para pasar desapercibido, con lo guapo que era. Un trío de señoronas lo ojeaban de arriba abajo, una de ellas incluso cuchicheando tras un abanico, y sus risas despuntaron por encima de la música. Julia

entendía por qué Tirso había quedado con el contacto de Yldra en llevar prendido a la solapa un pin de libélula, aunque bien podría haberle dicho: «Busca al hombre más atractivo de la casa y ese seré yo».

Lo segundo, que ojalá pudiese tirar de alguna de sus Julias para meterse en papel. La Julia secretaria de dirección le habría venido de lujo, por ejemplo, con su capacidad para mantenerse serena y profesional ante cualquier crisis, pero hacía semanas que no conseguía vestirse ninguna. Quizá porque la Julia de verdad había salido victoriosa de cosas mucho peores.

—Así que aquí te escondías —fue como irrumpió en la conversación, abriéndose hueco descaradamente entre Tirso y su interlocutor—. ¿Cómo debería tomarme que desaparezcas en cuanto paso al baño?

—Ay, perdona. —Tirso sonrió. No era su sonrisa de siempre—. Me acerqué a saludar al señor Durán y no caí en avisarte. Pero, mira, justo estábamos hablando de ti.

—Vaya por Dios. Nada malo, espero.

—Ni por asomo. En todo caso, diría que aquí su amigo la tiene en muy alta estima.

El representante de Yldra estaba en esa edad umbral entre los cuarenta y los cincuenta, aunque el cabello entrecano le sumaba tantos años como atractivo, cosa que le hacía falta, porque agraciado, lo que se dice agraciado, pues no era mucho. O tal vez el problema era ella, que lo miraba con malos ojos. O que todo el mundo siempre perdía puntos al lado de Tirso. Si tuviera que ser buena (*muy muy* buena), le sacaría parecido con George Clooney. Un George Clooney que llevaba un traje de chaqueta extrañamente

tirante, como si le pesara horrores, y que la estudiaba intentando disimular sin éxito la sorpresa.

Vaya, vaya. A *alguien* ni se le había pasado por la cabeza que su hacker pudiera ser una mujer, ¿eh?

Casi le enfurruñó que Manu fuera un chico.

—Pues entonces encantada —resolvió Julia, tendiéndole la mano al representante—; yo soy Sole. Lo demás ya lo sabrá usted.

Este se la estrechó al segundo:

—Durán; responsable de control de Yldra Sistemas.

Tenía la palma fría, y también algo húmeda. Debía de haber estado sosteniendo una copa hasta hacía bien poco. O eso, o la que estaba helada era ella. Podía ser.

—Con menudas personalidades te codeas —optó por bromear, haciéndole una carantoña a Tirso, quien se limitó a encogerse de hombros mientras depositaba su propia copa vacía en la bandeja de un azafato itinerante.

—En estos círculos, al final, todos nos conocemos —terció el tal Durán, afable de una manera totalmente anodina—. Aunque debo reconocerle a nuestro anfitrión la mezcla… ecléctica que ha reunido esta noche. ¿Conoce a Manuel Montaraz, Sole?

La pregunta la descolocó, por lo inesperada. Se suponía que ella venía como +1 de Tirso, ¿por qué iba a conocer a Manu? Pero si decía que no y resultaba que Durán los había visto juntos en el segundo salón, sabría que mentía.

—Vuelvo ahora mismo de desvirtualizarlo —improvisó—. Hace tiempo que nos seguimos en LinkedIn, pero nunca habíamos coincidido en persona. No quería dejar pasar la oportunidad de

presentarme. —Se volvió hacia Tirso—. ¡Y ha sabido quién soy! Dice que a la próxima contará conmigo.

Sin embargo, el representante no le dio espacio a contestar:

—Ah, muy típico de Montaraz, en realidad. Parece muy despreocupado, pero es parte de su trabajo tener un ojo puesto en todos los cerebritos independientes como usted, por si acaso. —Algo en su rostro cambió, mutó, vaciló, y Julia supo, *supo,* que el proceso de identificación acababa de empezar—: Estuvimos incluso valorando hacerle llegar una oferta para que nos echara una mano con cierto… revés informático.

Estuvo a punto de suspirar. «¿Ves, Manu? —pensó—. No necesitabas andarte con numeritos. Ya se habían fijado en ti». En cambio, se hizo la interesada:

—¿Un revés informático, Yldra? Suena grave.

—Porque lo es —admitió Durán—. De hecho, de eso mismo quería hablarle, si me concede unos minutos en privado.

Julia miró de soslayo a Tirso, que permanecía impasible.

—¿Te importa darn…?

—Oh, no se preocupe —intervino una vez más el representante—, fue Miguel quien nos sugirió su perfil.

Vale, menos mal. No le hubiera hecho ni pizca de gracia quedarse a solas con ese hombre. Deberían darle un Oscar por el modo en que hizo pasar su alivio por picardía:

—Vaya vaya con el Miguelito. Ya veo por qué insististe tanto en que te acompañara…

Otro encogimiento de hombros.

—Por aquí, por favor —les indicó Durán, encaminándose hacia el pasillo—. Montaraz ha sido tan amable de prestarnos uno de sus

despachos para nuestra reunión.

Ahí Julia y Tirso cruzaron miradas a sus espaldas. Vale que la idea de Manu de invitar a Yldra a su fiesta (por mucho que les fastidiase) tuviera sentido, por un lado simulando no sospechar nada y por otro haciendo de Durán su testigo, pero ¿de verdad hacía falta ponerse solícito con el cómplice de tu verdugo? Aunque, para ser justos, Manu ignoraba tanto las verdaderas intenciones de Yldra como el papel de Durán en su ejecución (literal, encima)…

Intentó mentalizarse para lo que se venía. Tirso había presenciado numerosos procesos de identificación y, en sus palabras, eran un «mero trámite administrativo»: verificar las credenciales del objetivo, sacarle una confesión (o un porqué, en su defecto) y poco más. Sí, la cosa podía ponerse fea, Tirso podía tener que *intervenir,* pero solo si el objetivo se resistía a colaborar. Y Julia pensaba colaborar. Julia pensaba relatar el histórico delictivo de Manu a las primeras de cambio, que para eso se lo había aprendido de pe a pa.

También intentó parar de toquetear el broche de su bolso. Un tic nervioso nunca transmitía confianza. Daba igual que sus instintos más primarios le pidieran pasarse el interrogatorio entero aferrada a la navaja escondida dentro. Por si las moscas. Tirso había dicho lo mismo al dársela. «Por si las moscas».

El despacho se encontraba varias estancias más adelante, rematando el pasillo principal con su señorial puerta doble. Atrás quedaban ya los últimos corrillos de invitados, y a su izquierda un pesado cortinaje entreabierto marcaba la frontera con las dependencias privadas de la familia Molina, elocuentemente a oscuras.

Julia no se habría sentido más incómoda volviendo a poner un pie en aquel lugar ni aun a punta de pistola. Era algo en la galería de espejos cubriendo las cuatro paredes, en los butacones de cuero oscuro, en el intrincado patrón de sus alfombras turcas; algo en la mesita bar acristalada repleta de licores o en las lámparas de techo estilo imperio. Algo que no sabría poner en palabras, pero que claramente le decía que no era bienvenida. Quizá porque seguía recordándole demasiado a un club de caballeros eduardiano.

Y más aún ahora, flanqueada por dos hombres en traje.

—¿Una copa? —ofreció Durán, señalando hacia la licorera.

—No, gracias —declinó ella, toda formalita.

Ellos dos se acomodaron frente a frente en las butacas, mientras que Tirso se asentó al borde mismo del escritorio tras el representante de Yldra, de brazos cruzados. No había vuelto a pronunciar palabra desde que Durán se había presentado, apenas si la había mirado. ¿Sería esa siempre su personalidad de oficio? ¿Seca, impávida, casi apática? A Julia le parecería lógico. Así no daba pistas de su verdadero carácter que pudieran guiar hasta él. O incluso rasgos directamente identificativos, como el sonido de su risa o el hoyuelo al sonreír.

Fuera como fuese, le daba escalofríos.

—Bien, veamos…

Le costó, ¿eh? Le costó disimular la sorpresa cuando Durán extrajo una abultada carpeta del interior de su chaqueta. Madre mía. ¡Normal que le pesara, con semejante taco de folios encima!

—¿Has cerrado? —preguntó este, concentrado todavía en el papeleo.

Confusa, Julia abrió la boca para resp…

—Sí —respondió Tirso.

Cerró la boca. Rápido, como un cepo. Y no volvió a abrirla hasta que por fin el contacto de Yldra se dignó a mirarla de nuevo, ya sin rastro de su cordialidad anterior. Suponía que porque Julia ya no podía escapársele. Tirso había echado la llave, aislándolos del mundo exterior.

—E. S. —leyó Durán en alto, ni muy interesado ni muy desinteresado. Rutinario, si eso—. Sole… ¿De «Soledad», asumo?

—De «Solera», en realidad. Es mi apellido.

—Oh. —Pestañeó—. Qué curioso. Bueno, *Sole,* Miguel ha sido tan amable de proporcionarnos un informe detallado de tu trasfondo y aptitudes, ¿te parecería que lo repasásemos por encima?

—Claro.

¿Qué iba a decir si no?

—Perfecto. ¿Para quién trabajas actualmente?

Ya ni siquiera la trataba de usted.

—Para mí —contestó, atreviéndose a esbozar una sonrisita de suficiencia.

—Entiendo. ¿Implica eso cederle tus servicios a terceros?

—Si la apuesta es interesante, sí.

—¿Suelen serlo?

—Ojalá. —Julia cruzó las piernas, como preparándose para una conversación más larga de lo pensado, y se colocó el bolso sobre el regazo—. La mayoría de mis ingresos provienen de la comercialización de mis programas. Puntualmente diseño alguna solución específica para algún cliente específico, pero no ha salido nada muy interesante hasta ahora.

—¿Qué consideras «interesante»?

—Yldra, por ejemplo.

Silencio. Ella sonrió; él no. Tirso aún menos, aunque juraría que aquel brillo en sus ojos negros era de humor. ¿Significaba eso que lo estaba haciendo bien? No quiso entretenerse mucho en intentar descifrarlo, porque Durán volvía a hojear el dosier.

—¿Te interesa Yldra, entonces?

—Sip.

Otro vistazo al impreso.

—Aquí pone que hablas francés.

Uy. Eso no se lo esperaba.

—*Ouip.*

Tras él, Tirso cerró los ojos largamente. Ups. Ni que fuera culpa de Julia que, de entre todas las trastadas del moscardón (aka Manuel Montaraz) que había memorizado y de todas las capacidades basadas en las propias que Miguel (aka Tirso Mihura) había plasmado en el informe, el contacto de Yldra decidiera preguntarle por *el francés.*

Mierda. Es verdad que uno de los peores crímenes de Manu fue cambiarles el idioma de la interfaz a todos los terminales de la sede general. Mira que como Durán reanudara el interrogatorio en francés…

Pero lo que hizo Durán fue erguirse, cerrar la carpeta y decir, en perfecto castellano:

—A ver, en principio todo coincide. Sole, nos lo has puesto muy difícil estos meses, así que hazme el favor de ponérmelo fácil hoy a mí confirmando o negando tu autoría sobre los treinta y tres ciberataques a Yldra Sistemas aquí listados.

Y le tendió la carpeta. Julia la tomó y fingió cotillear un par de páginas. No se le escapó cómo el representante intercambió mientras una mirada fugaz con Tirso a través del espejo tras ella.

—Hm… ¿Qué pasaría si confirmo?

—Algo interesante —sonrió el muy canalla.

En fin. De perdidos al río. Con un suspiro falsamente resignado, ella negó con la cabeza según desprendía cuatro expedientes del resto.

—Estos no son míos.

—¿Cómo?

—Estos —repitió Julia, agitando los papeles—. El punto de traspasar vuestras defensas era demostraros que puedo, no secuestrar documentación sensible. No es mi estilo. Y tampoco comulgo con denominarlos «ciberataques», difícilmente se puede considerar como tal a…, yo qué sé, poner la página web en color rosa, por citar alguno. —Cabeceó tal cual haría Manu, tal cual haría Tirso—. ¡Es más! Creo que, por definición, ni siquiera cumplen los requisitos. —Se echó hacia delante para dejar los expedientes improcedentes sobre las rodillas de un estupefacto Durán—. En mi experiencia, esos cuatro partes de archivos cifrados son simples olvidos de contraseña que alguien ha hecho pasar por hackeos para lavarse las manos. ¿Soléis rotar de personal administrativo a menudo?

Porque a Julia no se le olvidaba la semanita de pesadilla que pasó buscando tutoriales en YouTube sobre cómo desproteger un excel tras pirarse su predecesora del Obramat sin compartir las claves de acceso con nadie.

Se atrevió a echar una ojeada rápida a Tirso. Ahora sí que no había dudas: aquello en la esquinita de sus labios era *definitivamente* un asomo de sonrisa. ¿Qué? Que lo había clavado, ¿no? ¡Y ni siquiera había necesitado actuar mucho! A ver si iba a ser verdad eso de que Manu y ella se parecían… Como mínimo, a los dos les salía la vena teatral cuando sabían de lo que hablaban.

Qué ganas de que Durán se fuera a su casita para que Julia procediese a fingir que sufría un shock anafiláctico mientras esperaba un taxi (gracias por la inspiración, alergia al marisco de Manu) y Tirso a fotografiar la tragedia desde el ático para presentar la polaroid como prueba para Yldra. Después ya solo quedaría fabricar el certificado de defunción de Eneko Solera, cerrar todas sus cuentas y olvidarse para siempre de que existió. Bueno, es cierto que antes de eso último Tirso tendría que dar caza al tal Ángel, pero Julia tampoco quería saber los detalles. A ella le bastaba con saber que todo acababa ahí. Que, a la hora de la verdad, Tirso había sacrificado su imperio por proteger a los suyos, incluso de los que renegaba.

Sin embargo, la forma en la que Durán la estudiaba le congeló la sonrisa en la cara.

¿Qué había sido, qué había hecho? ¿La había visto muy pagada de sí misma, había tirado demasiado de la cuerda? ¿Qué?

El contacto de Yldra volvió a mirar a Tirso a través del espejo, y luego de vuelta a ella. Y luego sus ojos se posaron en el dosier todavía en manos de Julia.

—¿Me permites una última pregunta?

—Todas las que quiera —sonrió ella, algo tensa.

Él no le devolvió la sonrisa. Tampoco la mirada. Seguía mirando la portadilla del dosier.

—Has dicho que «Sole» viene de «Solera», y que es tu apellido.

—Ahá…

—¿De qué es la «E», entonces?

—Oh. De Eneko.

Fue instantáneo, pero también sutil: Durán cuadró los hombros, entornó los ojos, frunció los labios. Todo ligeramente, casi imperceptible; la única razón por la que Julia se dio cuenta era porque estaba prestando atención absoluta a su lenguaje corporal. A fin y al cabo, aquel hombre tenía por objetivo verificar que tenía ante sí al verdadero hacker de Yldra, después de que el novato de turno apuñalara al moscardón equivocado, así que cada mínimo detalle raro o sospechoso debía de ser resuelto en el momento.

Menos mal que se lo habían preparado.

—Ya, ya, no me mire así —rio Julia, poniendo los ojos en blanco—. Aquí la primera afectada soy yo. ¿Por qué cree que me presento como Sole? Porque eso es lo que pasa cuando tus padres googlean «nombres vascos bonitos» pero no miran si son de chica o de chico.

Durán pestañeó.

—Entiendo.

—¿El qué? —Volvió a reírse, tratando de incluirlo en la broma—. ¿La incultura o el remedio?

—Lo primero, supongo —concedió—. Puedo entender que alguien pensara que «Eneko» es unisex. Muchos nombres euskeras lo son. Lo único que no me cuadra es…

—¿Sí?

—Que, si tú eres Eneko Solera —se volvió hacia Tirso—, ¿quién eres tú?

Silencio.

Uno, dos, tres segundos de perplejo silencio. Cuatro.

Luego Tirso sacó su pistola y disparó.

35

Quien ríe el último

«No suelo usarlas —había dicho Tirso mientras guardaba la pistola en su funda—. Intento depender lo mínimo posible de Shigure, y el tipo de munición silenciosa que necesitamos las personas como yo solo puede conseguirla él».

Julia solo había asentido, intentando procesar a toda prisa la imagen de su novio abrochándose una funda de pistola en la parte trasera del cinturón. Tenía forma curvada, para adaptarse a la hendidura del lumbar; y una apertura lateral, para facilitar la extracción del arma. Cuando se puso la chaqueta del traje, el bulto apenas se notaba.

«¿Llegas bien a sacarla?», había preguntado entonces, algo ansiosa.

Siguiendo su tónica habitual, Tirso simplemente se había llevado la mano a la espalda y sacado la pistola de debajo de la chaqueta en un pispás, en un pestañeo. En un segundo Julia había estado adecentándose frente al espejo del dormitorio y al siguiente podría haber caído muerta. Y algo debió de verle él en el rostro, pues había suavizado el gesto y dicho:

«Tranquila. Es simple precaución. Lo que me recuerda… —Ahí Tirso se había vuelto de nuevo para rebuscar en su mochila del gym, la que, al parecer, ahora hacía las veces de maletín de Agente 007—. Esto es para ti, que pensé que te sentirías más segura teniendo algo a mano con lo que defenderte».

La navaja venía con su propia funda. Negra, casi gomosa. Muy profesional.

«Pero lo que te digo. Nadie va a disparar a nadie esta noche y nadie va a apuñalar a nadie esta noche, ¿vale? Esto es solo…».

«Por si las moscas», había asentido ella.

«Por si las moscas», había sonreído él.

Y, sin embargo, ni dos horas más tarde un agujero de bala se reía de ella con la boca bien abierta. Había impactado en el reposabrazos de su butaca, después de que el representante de Yldra desviase el tiro de un codazo reflejo. Julia habría esperado un estallido ensordecedor, un tronido golpeando sus tímpanos como un gong, pero apenas si había conseguido oírlo por encima del ruido sordo de butaca contra alfombra y de cráneo contra mesa.

La reconstrucción de los hechos, entonces, quedaba tal que así:

1. Tirso dispara a Durán.
2. Durán desvía el balazo sin inmutarse.
3. La bala impacta en el afortunado espacio entre el codo y el muslo de Julia.
4. Tirso comete el error de apartar los ojos de Durán para comprobar que Julia está ilesa.

5. Durán aprovecha para levantarse de un salto (su butaca vuelca del impulso) e invierte toda la potencia del mismo en remachar la cabeza de Tirso al escritorio (su sien pega contra la madera maciza como un sello de hueso).
6. Tirso tiene la resistencia y experiencia suficientes para volver a encañonarlo, pero Durán simplemente se hace a un lado, poniendo de nuevo a Julia en la trayectoria de tiro.
7. Durán forcejea para arrebatarle la pistola; Tirso la suelta por temor a que el gatillo se dispare durante el forcejeo.
8. Julia solo mira, petrificada en el sitio, mientras Durán retrocede un par de pasos tambaleantes y apunta primero a Tirso, para asegurarse de que no lo persiga; y luego a Julia, para terminar de someterlo.
9. Durán resuella, sin dejar de apuntarla, pero está mirando a Tirso cuando canturrea:

—Eneko, Neko, Nekito. ¿Sabe Shigure que te estás tirando al hacker de Yldra?

Fue eso, justo eso, lo que la sacó por fin de su aturdimiento. No la mención al pseudojefe de Tirso, sino la incongruencia. Un empleado de Yldra no debería hablar de su empresa como de algo ajeno a sí mismo. Y, como cliente de Insider Solutions, tampoco debería saber quién era realmente Eneko Solera. Sobre el papel, su verdugo contratado se llamaba Miguel.

Y eso sin contar cómo había peleado. Cómo había *reaccionado.*

El rostro de Tirso se ensombreció. Debía de haber llegado a sus mismas conclusiones, pero él, además, tenía la respuesta.

—Ángel —lo saludó, como si no tuviera a su novia encañonada.

¿Ángel? ¿Qué Án…? Espera, ¿*ese* Ángel? *¿EL NOVATO?*

Julia le dio un repaso con la mirada, descolocada. Desde luego, el señor Durán (aka Ángel el Que Apuñaló Al Ministro de Transportes) tenía poca pinta de novato. Culpa suya, por imaginarse a un veinteañero. Aunque, para ser sicario primerizo, bien que le había plantado pelea a Tirso… «Es por mí —pensó, ácida—. Porque Ángel me usa de escudo humano». Y ella solo se había quedado sentadita sin hacer nada, como siempre.

Tenía los ojos de un intenso color chocolate. Si no la estuvieran mirando así, apremiantes, casi hambrientos, le habrían parecido hasta bonitos.

—Me viene bien, en verdad —dijo, ignorando a Tirso—. Como matar dos pájaros de un tiro, ¿no? A lo mejor puedo usar esto para recuperar el favor de Shigure. Ya verás cuando le cuente que su queridito Neko pensaba colársela.

Tirso se encogió de hombros.

—Ya lo sabe. Lo sabe todo. Que estoy involucrado con el hacker de Yldra y que hoy se haría pasar por mí ante su representante. —Resopló, poniendo incluso los ojos en blanco—. Solo un inconsciente intentaría nada a espaldas de Shigure, y menos con semejante cantidad de dinero en juego.

De nuevo aquel ínfimo tic en el rostro de Durán, de Ángel. El mismo de cuando Julia había dicho llamarse Eneko. Los labios fruncidos, los hombros cuadrados. Seguía apuntándola a la cabeza con el aplomo de quien lo había hecho cientos de veces antes, ni siquiera le temblaba el pulso, pero algo dentro de él dudaba.

No fue la única que lo vio. Tirso enarcó una ceja.

—Que es lo que has hecho tú, ¿verdad? Mmm. Si no hay representante de Yldra, ¿tampoco hay encargo de Yldra, entonces? —Se cruzó de brazos, pensativo, pero el novato apenas daba señales de estar escuchándolo. Solo tenía ojos para ella—. ¿Te lo has inventado, Ángel? ¿Has intentado estafar *a Shigure*? Mal asunto, la verdad.

—Da igual —escupió este, tirante—. Ya era hombre muerto desde el momento en que apuñalé al ministro. Por lo menos haciéndome pasar por Yldra me aseguraba de que alguien me llevaría hasta… ti. —Agitó la pistola en dirección a Julia—. Tú tienes la culpa de todo, de toda esta mierda. Quería verte la cara antes de que me lincharan. Quería que supieras que ibas a morir hoy. —Su voz empezaba a encrudecerse, a encarnizarse—. Quien ríe de últimas, ríe mejor, hija de puta.

Ella pegó un respingo. ¿¡Refranes, en su contra!? ¡Acabáramos! ¿No solo iba a palmarla tiroteada como una yanqui, que bastante cliché (perdón; desafortunado) era ya, sino que encima la sentenciaban con *un refrán mal dicho*? ¡Por encima de su cadáver! ¡Literalmente!

—No, hombre, no, ¿cómo vas a decir «de últimas»?

—¿Eh?

—*Julia.*

—El refrán, que lo dices mal. No es «quien ríe de últimas», es «quien ríe el último», por Dios.

—¿¡Todavía tienes el coño de vacilarme!? —siseó Ángel, plantándosele enfrente en dos zancadas. Julia se encogió por instinto cuando le incrustó el cañón del arma contra la sien, ya viéndose venir el balazo, pero lo único que le llovieron fueron más

berridos—: ¿¡No te basta con haberme jodido la puta vida, con habérsela jodido a mi esposa!?

—¿¡A tu *ESPOSA*!? —no pudo sino chirriar ella, al borde del infarto —. Pero i¿qué le he hecho yo a tu esposa?!

Obviamente, no fue la respuesta correcta, porque se puso aún más histérico:

—¡QUÉ NO LE HAS HECHO! QUIEREN ECHARLA DE Yldra. POR TU CULPA. POR TUS… PAYASADAS. —Presionó y presionó con la pistola hasta que consiguió arrinconarla contra el respaldo de la butaca, hasta que su voz martillaba sus tímpanos como debió de haber hecho el primer disparo—. ¡Y yo la animé! ¡La animé para que zanjara el tema contratando a Insider para localizarte y darte un escarmiento! ¡Y ENCIMA ME LO ASIGNARON A MÍ…! —Otro empujón de cañón. Ella apretó fuerte fuerte el bolso entre sus manos—. Si no me la hubieras liado, te habría mandado al hospital y ya, pero noooo, las niñas nunca sabéis cuándo parar.

Las demás, ni idea, pero desde luego Julia sí que no sabía cuándo parar:

—¡No, si encima tendré yo la culpa de que ni te planteases que cómo iba a ser el ministro de Transportes un hacker!

Como en las películas, supo lo que venía después por el clac-clac de la corredera al cargar el siguiente cartucho en la recámara. También supo que no le habría hecho falta accionarla, la pistola estaba cargada y lista para disparar. Ángel solo quería que ella lo oyera. Que se cagara de miedo, que se supiera muerta y enterrada en el próximo segundo.

No fue su vida lo que pasó ante sus ojos en aquel último segundo, sino Tirso.

Tirso, enorme y ominoso, sigiloso y calculador, listo para caerle encima a su presa por la espalda. Julia no sabía si llegaría a tiempo, pero lo quiso más que nunca por intentarlo. Irse sabiendo que alguien luchó por ella hasta el final no estaba mal.

Por desgracia, Ángel lo vio venir a través del espejo.

Por suerte, esta vez no logró reaccionar a tiempo.

Pero Julia sí.

Julia se escurrió como una lagartijilla quizá no en el momento idóneo pero sí en el momento justo para librarse de la bala que le habría volado los sesos. La oyó (ahora de todas todas) pasarle silbando por la oreja a la velocidad del rayo, y si no hubiera estado poseída por el subidón de adrenalina, también habría notado la quemazón aguda que prendió a su paso.

Contraatacó después, más por impulso que por lógica, quitándoselo de encima de un empellón urgente. Ángel trastabilló, aunque tampoco tenía espacio para desplomarse porque Tirso ya estaba ahí, tras él, atenazándolo contra su pecho con una férrea llave al cuello. Le retorció también el brazo libre a la espalda (Ángel *rugió*), y ni se molestó en esquivar una tercera bala que el novato disparó a ciegas por encima del hombro. El proyectil impactó de lleno en la exquisita lámpara de techo, que, estrambóticamente, siguió alumbrando mientras sus cuentas diamantinas granizaban con estrépito sobre ellos. Julia trató de hacerse con la pistola a la desesperada, a mazazos, pero ni con esas la soltaba el muy cabrón, no la soltaba ni aun gorjeando medio asfixiado, bregando como un toro de rodeo, así que tuvo que arrancársela de entre los dedos, abrírselos tal cual le abría la boca a Muu cuando se comía un pedazo de plástico.

En cuanto la pistola cayó al suelo Ángel se encabritó con renovada brutalidad, consiguiendo incluso aflojar lo suficiente el grillete de los brazos de Tirso como para hincarle un codo en el estómago. Tirso se dobló en dos con un gañido animal, pero en vez de ceder terreno lo mandó de boca contra el escritorio, donde el novato chocó aparatosamente antes de derrumbarse sobre la (suerte la suya) mullida alfombra turca.

Ellos dos se movieron entonces a la vez sin pensar, sin tiempo que perder. Ella recogió la pistola del suelo; él inmovilizó a Ángel bajo su cuerpo. Ella le tendió la pistola; él se la encañonó a Ángel en la frente. Ángel paró de revolverse al instante.

—Pero ¿qué es todo este escánd…? ¿¡QUÉ COÑO HACÉIS!?

Tres pares de ojos se volvieron hacia la puerta.

Como no podía ser de otra manera, ahí estaba el mismísimo Manuel M. Montaraz, mirándolos pasmado desde el umbral. Julia podía imaginarse el panorama a sus ojos. Las butacas volcadas, los expedientes desperdigados por los suelos, la lámpara hecha un colgajo de brillantes. La brecha en la ceja de Ángel, la pistola en manos de Tirso, esa otra cosa que Julia estaba sacando del bolso.

—Manu, esc…

—¿Ángel? —la cortó Manu, para más inri. Estaba empezando a ponerse amarillo. Oh, no. Oh, *no.* Se conocían—. ¿Qu…? Tirso, ¿¡qué cojones!? ¡Suéltalo! ¡Suéltalo YA MISMO!

Nonononononononon…

—¡No, no, no, Manu, calla! ¡Cállate! ¡Vete!

Por fin Manu giró el rostro hacia ella, desencajado, nudillos blancos de aferrar el pomo del despacho y pupilas diminutas de la impresión. Atrás, muy atrás, la fiesta proseguía sin ellos y nadie más

debía verlos. Manu tampoco. Manu ni siquiera debería estar allí. Era *la última persona* que debería estar allí.

—¿¡Cómo me voy a ir!? —rechinó, tratando (sin mucho éxito) de conservar la compostura—. ¿¡Vais a pegarle un tiro al marido de la jefa de ciberseguridad de Yldra!? ¿EN MI SALÓN?

—Julia, llévatelo.

No alcanzó ni a rozarlo:

—¡NO! ¡NO ME TOQUES! —Y se apartó de ella como escaldado, como enloquecido, pero fue peor aún cuando sus ojos bajaron instintivamente hacia sus manos extendidas hacia él. Hacia la navaja que sostenía en la derecha. El espanto que impregnó entonces su voz dolió—: ¿¡Te ha reclutado!?

—Manu, *por favor,* te lo explico ahora todo fuer…

Pero Manu la ignoró, volviéndose hacia los otros con gesto grave, autoritario.

—Tirso. Como no sueltes esa pistola ahora mismo llamo a la policía y se lo cuento todo.

Qué vio este en sus ojos para que muy, muy despacito, bajara la pistola hasta el suelo, Julia jamás lo sabría. Debió de ser algo peligrosamente familiar, pues fue con esa misma lentitud cautelosa con la que se irguió, recto militar, y replegó las palmas sobre sus muslos. No se levantó, sin embargo, manteniendo a su presa todavía aprisionada entre sus piernas.

—Vamos a hablarlo —le dijo después, suave.

—No hay nada que hablar. Señor Durán, ¿está usted bien?

—Montaraz —graznó el novato, aún sin resuello—. Es ella. Están compinchados.

—¿Perdone?

—La mujer. Es el hacker de Yldra.

Silencio.

Manu la miró.

«No lo digas», pensó Julia.

—Moli —advirtió Tirso.

—Señor Durán —dijo Manu, mientras sacaba su llave de la cerradura—. Siento de corazón el malentendido. —Cerró la puerta tras él. Echó la llave. Se la guardó en el bolsillo—. No sé cómo ha llegado a esta situación, pero es un error, y, por lo que veo, es a todas luces mi culpa.

Ángel pestañeó, desconcertado, pero no necesitó preguntar para que Manu se llevara una mano al pecho, visiblemente arrepentido, y respondiera:

—Yo soy el hacker. Julia no sabe ni desmontar un Tamagotchi.

—¡Oye!

—¿Eras tú…?

La risita del verdadero hacker repicó mitad compungida mitad traviesa.

—¡Lo siento! Solo quería lucirme.

Por supuesto, al damnificado no le hacía tanta gracia. Estaba lívido.

—Has estado en mi casa. Cenando, con nosotros. Sabes que Yldra es su vida y casi la echan.

—No era consciente de que fuera tan grave —se defendió Manu, torciendo el gesto—. Pero créeme que ya estoy pagando el precio. Hubiera preferido que Bianca me contactase en privado para aclarar las cosas en vez de mandar quemarme la casa directamente, pero bueno. Supongo que me lo tengo merecido.

—Cierra la puta boca, Moli.

—¿Por qué? ¡Durán no tiene nada que ver con Yldra! Solo es… Su esposa será quien te habrá contratado; los invité porque sería sospechoso no hacerlo.

«Que cierres la puta boca», quiso gritarle Julia, según Ángel iba perdiendo más y más color. Este hizo amago de incorporarse, como ido, pero Tirso lo devolvió al suelo con una mano firme en el pecho.

—Tú quietecito ahí.

—Tirso, por Dios —rebufó Manu, dando un medio paso hacia ellos —. ¿Puedes soltarlo de una vez? No quiero que Bianca piense que he mandado a un matón a por su marido.

—Moli, cojones, que es al revés. Este tío me ha mandado *a mí* a por t…

No llegó a terminar la frase.

El novato cogió la pistola del suelo y disparó a Tirso a quemarropa en el estómago. Y, esta vez, no hubo quiebros ni manotazos que desviaran el tiro. Esta vez, la bala taladró piel y carne sin más obstáculo que el fino tejido de su camisa ahora roja, toda roja. Julia aulló; Manu retrocedió. Julia se lanzó hacia allí; Manu la frenó al vuelo. Ante ellos, Ángel se apartaba a Tirso de encima como si solo fuera una pesada manta vieja, echándolo a un lado de cualquier manera.

Más tarde, Julia recordaría aquello como a fogonazos, como en mitad de una discoteca con focos parpadeantes. Ángel ya en pie, limpiándose la sangre de las manos en su traje gris igualmente ensangrentado mientras los miraba con ojos perturbados y perturbadores. Luego nada. Luego Ángel avanzando a paso predador hacia ellos, pistola ya preparada para cobrarse su próxima

víctima. «Moscardón», le parecería haberle oído decir, o haber leído en su sonrisa maniaca, pero no entendía cómo era posible si en aquel instante ella estaba sacando la navaja de su funda en piloto automático, arrancándosela tal como desearía arrancarle a él los dientes. En algún momento se había colocado delante de Manu, lista para protegerlo una vez más, pero Ángel no era Tirso y por tanto arremetió contra ella sin miramientos, descargando toda su fuerza en un revés especialmente desdeñoso. Impaciente. Julia era una simple mosca en su camino, y no la que estaba buscando.

Al principio le dolieron más los oídos que los cortes, del ruido. Había caído a plomo sobre la mesita bar, la cual (¡cómo no!) había estallado en mil pedazos bajo su peso. Esquirlas punzantes en sus brazos, sus piernas, que se le clavaban más y más adentro según luchaba por levantarse. Sangre encharcada en su boca. ¿Del bofetón? Del bofetón. Todo olía a sangre, a alcohol y a pánico. Era un olor muy específico, este último. Solo lo había experimentado una vez antes, en el matadero, aunque hasta ese preciso instante no supo ponerle nombre. También olía un poco salado. Lágrimas, suponía. Las suyas.

No llegó a tiempo para ver el primer puñetazo, pero sí el siguiente. Manu trató de defenderse como pudo, que no fue mucho, teniendo en cuenta la diferencia abismal entre ambos. Apenas lo remachase al suelo, tal como estaba haciendo justo ahora, ya daría igual cuánto forcejeara porque su oponente era más fuerte, más grande, más todo que él. Julia nunca olvidaría cómo sonaba el pavor de Manu. Lo rápido que se lanzó a por él, electrificada de dentro afuera, mientras Ángel encajaba un brazo en su garganta y *apretaba.*

Tirso lo alcanzó antes. Se abalanzó sobre el novato con todo su peso, moviéndose renqueante por la pérdida de sangre pero certero por los años de servicio. Ah. Los gritos de rabia y dolor de Ángel mezclados con el colocón eufórico de ver a Tirso en pie eran música para sus maltrechos oídos. Casi rio de pura histeria cuando se unió a la refriega, sujetando al miserable por el pelo para que Tirso pudiera machacarle la cara a gusto con sus puños. No quiso pensar en por qué resbalaba tanto el suelo. No quiso pensar en por qué Tirso estaba empapado. No era tan tonta. Simplemente, lo único que importaba ahora era extirpar al novato de encima de Manu como una mala hierba. Ya llorarían después.

—¡QUITA! —ladró Ángel.

En una de sus primeras citas, mientras salían del cine, Julia se había quejado del final de la película. «Es que no es creíble —había refunfuñado, picadísima—. ¿Le meten dos tiros en el pecho y quieren que me trague que sobrevive? ¿Sin secuelas ni nada? Venga, hombre».

«A ver —había contestado Tirso—. Tampoco es imposible. Si el proyectil no toca ningún punto vital y se actúa a tiempo… Podría tener suerte».

«Pero para eso tendría que tener mucha mucha suerte».

«Bueno, sí. Eso sí».

«Pues ya está».

Tirso trastabilló, tratando de mantenerse firme, pero cuando cayó fue como demolido, como dinamitado por los cimientos. Julia estaba justo detrás, así que la arrastró consigo. Cayeron los dos, en tándem como siempre, y si las alertas antitornado de su cerebro no ensordecían ya cada uno de sus sentidos, lo hicieron en ese

momento, emborronándolo todo con el viscoso hedor de la sangre fresca. Julia salió de debajo de él como de entre los escombros de una explosión, desorientada y hueca.

—Quería matarte lentamente —decía Ángel, a horcajadas sobre Manu. Con una garra le aplastaba la tráquea y con la otra le incrustaba el cañón del arma bajo la barbilla—. Quería pincharte y ver cómo te inflabas y babeabas hasta asfixiarte. Pero ahora voy a tener que pegarte un tiro y no te vas ni a enterar.

La mano de Tirso tanteaba por entre los añicos de la mesita licorera, buscando, ¿buscando qué?

—Por favor.

—¿Cómo, cómo dices, a ver?

—P…

Una botella de alcohol. Una bien bonita, además. Refinada, diáfana, con taponcito redondito a juego. Sus dedos se cerraron en torno a su cuello, pero nada más. Tirso no daba para nada más. De modo que Julia se la quitó. Estaba resbaladiza, al igual que el parquet.

—Venga, ponle ganas, que van a ser tus últimas palabras. Repite conmigo. Por… fa…

Se la reventó contra el cráneo.

Ángel gruñó y se dobló de lado como un junco, aunque igual daría que se hubiera partido como un tronco porque Julia lo golpeó otra vez.

Y otra.

Y otra.

Y otra vez.

La botella se rompió. Manu giró la cara para evitar la lluvia de esquirlas, cerrando los ojos muy muy fuerte. Ángel también le cayó encima, pero él ya después. De bruces y después. Laxo. Roto. Muerto.

—Tirso.

Julia soltó por fin la botella, que terminó de hacerse añicos a sus pies, y sin dedicarle ni medio pensamiento más al cadáver de su víctima se arrodilló junto a Tirso. Le tocó la cara, el pecho, las manos, frenética, como para asegurarse de que seguía respirando, de que seguía entero. Pero también seguía sangrando, borboteando de rojo y rojo y rojo. Tenía las pupilas dilatadas y los dientes apretados. Jamás le había visto tan pálido. O siquiera pálido, a secas.

No notó cuando Manu se arrodilló al otro lado, coreando su nombre con voz rasposa. Tirso, Tirso, llamaban los dos, en canon, y este siseó entre dientes cuando cada uno taponó un agujero de bala con la mano, presionando con urgencia febril. Julia quería acunar su cabeza en su regazo, pero no se atrevía a moverlo, no se atrevía más que a sostenerle la mirada mientras su sangre rebosaba por entre sus dedos. Tirso pestañeó y sonrió. Sonrió, el muy desgraciado, torcido y dolorido.

—Qué dramas —tuvo encima el nervio de esforzarse en decir—. Estoy bien.

—¡No hables! —ladró Manu, tapándole la boca con la otra mano.

—Voy a… la ambulancia —balbuceó ella, hurgando torpemente en su bolso. Tuvo que limpiarse la palma en la alfombra para conseguir desbloquear el móvil—. A Urgencias. ¿Cuál era? ¿911?

—*¡No!* ¡061!

Tirso negó con la cabeza y acercó la muñeca izquierda hacia ella; Manu le apartó la mano de la boca primero y el pelo de la cara después.

—¿No a qué?

—Llama a Shigure —jadeó, conteniendo un claro quejido—. Dile… —rechinó los dientes— código rata.

—¿A quién?

Pero Julia no tenía tiempo para contestar a Manu porque ya estaba desbloqueando el *smartwatch* de Tirso. Veía borroso, ¿por qué veía borroso? ¿Por qué no había ningún contacto guardado? ¿Cómo se suponía que…? Ah, las llamadas. El historial de llamadas. Ahí estaba, el mismo número una y otra vez. Pulsó a llamar.

El primer tono apenas se oyó por encima de la respiración laboriosa de Tirso. Ella y Manu se inclinaron a la par sobre el altavoz, tirantes como dos gomas elásticas a punto de saltar, como dos cables de alta tensión a punto de prender. Durante el segundo tono, alguien o álguienes empezaron a aporrear las puertas trancadas del salón de caballeros con la misma insistencia que los latidos de su corazón en sus oídos.

Al tercer tono, nada. Al cuarto, tampoco. Julia no pudo más y sollozó.

Al quinto, alguien demasiado jovial descolgó y dijo:

—¡Neko!

Y Julia y Manu aullaron:

—¡RATA!

—¡Código! —aclaró ella después.

—¡Código rata! —Eso fue Manu.

—*Oh my* —se rio Shigure, como si tuviera gracia—. ¿Cuánto de rata?

—Mucho —resopló Tirso.

—Veré qué puedo hacer.

Y ya. La llamada terminó ahí. Sin preguntas, sin garantías, sin despedidas; sin más. Julia se quedó mirando el reloj desencajada. Cuando alzó la vista y sus ojos dieron con los de Manu, vio reflejada en ellos la misma congoja, el mismo desconcierto desolado que sentía ella congelándole las extremidades como un páramo interior. El mismo *terror.* Aberrante, parasitario. El hedor de la sangre anegaba la habitación, denso, muy denso, y quizá acababan de cometer el peor error de sus vidas. Quizá acababan de confiarle el amor de sus vidas a la persona equivocada.

Sin embargo, al ritmo al que el charco bajo sus cuerpos calaba las alfombras, ya poco más podían hacer salvo confiar. Salvo seguir taponando con sus manos la fuente de sangre y seguir ignorando el mundo que giraba y giraba vertiginosamente a su alrededor y seguir prometiéndole entre susurros que todo estaba bien, que todo iba a salir bien, que pronto todo acabaría.

—Ya están en marcha —mintió Julia, acariciándole la mejilla. Empezaba a enfriarse—. Ya en nada nos vamos para casita, con Muu, a la cama. ¿Vale?

Tirso solo le dejó un beso en la muñeca, solo entrelazó los dedos con los de Manu sobre su pecho. Qué plácido se le veía, con los ojos cerrados y un asomo de sonrisa en los labios.

—Tranquila —le respondió, muy bajito, muy blando; casi somnoliento—. Estoy justo donde quiero estar.

Epílogo

Aniversario

En su línea habitual, todo lo demás Julia lo recordaría a trompicones. Por el shock, suponía.

De los paramédicos solo sabría decir que habían echado abajo las puertas del salón de caballeros con brutalidad policial y que no tenían pinta de paramédicos. De Manu, que solo había abandonado su vera para poner orden en el pandemonio de invitados alterados y allegados conmocionados. De madame Molina, que no había pronunciado ni un mísero francesismo mientras revoloteaba toda consternada tras su hijo. De Shigure, que era el hombre mejor plantado que había visto en toda su vida y que los había recibido fumándose un piti junto a una ambulancia que tampoco tenía pinta de ambulancia. De Tirso… Bueno, qué decir de Tirso.

Que en la ambulancia se había reído de un chiste malo de Shigure bajo la mascarilla de oxígeno. Que había parecido estable, casi aburrido.

Que no había soltado su mano hasta que la soltó.

Que no había perdido el sentido hasta que lo perdió.

Que no había muerto hasta que murió.

Habían hecho falta dos balazos en el vientre y dos litros de sangre perdida para tumbarlo, lo cual, de alguna manera retorcida, sumaban los cuatro minutos que pasó clínicamente muerto.

Pero de aquella noche de pesadilla ya hacía medio año, y, después del susto inicial, resulta que Julia no había mentido: todo estaba bien.

De hecho, todo era perfecto.

—MMM, buenos días.

—¿Hablo con Eneko Solera?

Julia frunció los labios. Algunos no sabían cuándo rendirse.

—¿Eneko? —dijo aun así, mientras se cambiaba el teléfono de oreja—. No nos suena ningún Eneko. ¿A qué número está llamando?

—Al correcto. Requiero de sus servicios.

—¡Oh! Bueno, debe de haber habido alguna confusión de nombres, pero yo encantada de cubrir sus necesidades —canturreó —. ¿Qué busca exactamente? ¿Soluciones de ciberseguridad? ¿O simulación de asalto? Sepa que nuestros consultores escanean vulnerabilidades a nivel corporativo o privado, pero siempre bajo estric…

—Nada de eso. Pásame con Eneko.

—Eh, uh. Perdone, pero de verdad deberíamos chequear el número. ¿Está usted llamando a MMM, consultoría de hackeo ético?

—¿Me estás vacilando?

Ahí Julia fingió un grito ahogado. En el escritorio adyacente, Tirso puso los ojos en blanco, pero no intervino.

—¡N-no! Solo estoy… Mire, me encantaría ayudarle, pero yo es que solo soy la secretaria. —Mentira cochina—. Me sacas del

catálogo y me pierdo. ¿Quiere que deje nota de su llamada y pregunto a los consultores si conocen a Eneko… Solano? ¿Solera?

Silencio.

—¿Señor? —insistió, ya sonriente—. Si me deja su número, le devolveré la llamada en cuanto sepa algo.

El señor misterioso colgó.

Tirso la miró. Julia le sonrió.

—Te dije que con bloquearlos valía.

—Y yo te dije que eso sería como admitir que eres tú.

—Y yo os dije que quedaba terminantemente prohibido traer chuches de picapica a la ofi —desempató Manu, entrando con cara de asco al despacho—. Puaj. Es que caigo siempre.

—Pues para de meter mano en chuches ajenas.

—Qué lista, Julia. ¿Crees que si fuera tan fácil dejar el azúcar tendría diabetes?

—No tienes diabetes —suspiró Tirso.

—Pero ¡podría!

Esta vez fue turno de Julia de poner los ojos en blanco. Manu le sacó la lengua como un crío y, para más inri, al pasar por su lado dijo «no te lo mereces» mientras le dejaba un café encima del escritorio. No se lo había pedido, pero tras tres meses trabajando juntos (y otros tantos conspirando juntos) ya empezaban a conocerse.

Ahora que Eneko Solera estaba muerto y enterrado, también muerto y enterrado había quedado el peligro de codearse con Manu, a Dios gracias. ¡Y tanto que se codeaban! MMM, previamente siglas de *Manuel Molina Montaraz* y actualmente de *Montaraz Manzano Mihura,* era la prueba viviente de ello. Siendo «viviente» la palabra

correcta para definirlo, por cierto, pues cada una de las partes había sufrido una experiencia cercana a la muerte antes de llegar donde estaban. El bucle de agradecimientos y lágrimas de alivio postdrama había sido entrañable, pero Julia no había respirado tranquila hasta que no les dieron el alta a los tres. Ella con media oreja menos, Manu con tres implantes dentales y Tirso con nosecuantas cirugías de urgencia y otros nosecuantos meses de rehabilitación por delante.

«Ha tenido muchísima suerte», solían decirle los médicos.

«Pero mucha mucha», contestaba él.

No pudo evitar pensar en Ángel Durán. A veces se preguntaba dónde había acabado, qué habían hecho los de Insider Solutions con su cuerpo (cadáver), qué le habrían contado a su esposa, o cuánto. Pensaba más en ella de lo que pensaba en Ángel. Aunque tampoco es que pensase mucho en él.

La verdad, había creído que matar a un hombre le afectaría más. Que se desvelaría cada noche con el eco de la licorera contra su cráneo, o que la culpa la perseguiría como una mancha imborrable para siempre. Pero estaba bien, porque más hubiera lamentado perder a Tirso, o a Manu. Volvería a hacerlo, de hecho.

Le gustaba saber que dentro de ella había una Julia no solo capaz de morir por los suyos, sino de matar por los suyos. Y que esa Julia era ella.

En fin. Prefería tomárselo como un precio a pagar. O como otra prueba más de lo que Julia ya sabía desde el principio: que, en efecto, Tirso y ella estaban hechos el uno para el otro.

Le dio un sorbito a su cafelito mientras volvía a consultar la hora en el portátil.

Dios, si no eran ni las doce. Se le estaba haciendo eterna la mañana, y eso que los Viernes de Ofi estaban convirtiéndose poco a poco en su día favorito. Teletrabajar estaba bien, sobre todo en el espacioso piso nuevo, pero más veces que ninguna Julia se encontraba deseando que avanzara la semana para apoltronarse en la oficina que tenían alquilada en el centro, con sus dos despachitos individuales donde se reunían Manu y Tirso cada cual con sus clientes, con su salita de juntas donde (como su nombre indica, obvio) se juntaban con sus clientes comunes y con el verdadero despacho al fondo donde faenaban los tres, acristalado de arriba abajo para que el sol entrase a raudales.

En la inmensa mayoría de las ocasiones, al terminar la jornada se bajaban los tres a comer (o a cenar, dependiendo del lío) al local de enfrente, donde ya los conocían por nombre y por paladar.

Hoy, en cambio, el plan era otro. Hoy Julia tenía una cita. A fin de cuentas, era San Valentín. ¿Qué otro plan iba a tener ella un 14 de febrero salvo salir de cenita romántica?

Porque, desde luego, pillar a su novio metiendo un cadáver en el maletero ya no era una opción. Y ella que se alegraba.

Dándose cuenta de que los chicos habían pasado a hablar en susurros, Julia los espió por encima del cierre contable con el que andaba peleándose. Tenían las cabezas muy juntas, cuchicheando con una mano sobre la boca como adolescentes, y en un momento dado Manu se giró a mirarla de reojo para luego volver a darle la espalda con una risita conspiratoria. Ella los fulminó con la mirada, suspicaz, pero Tirso solo le devolvió una sonrisa tranquila, plácida.

Sip.

Volvería a hacerlo.

Y bien está lo que bien acaba.

Agradecimientos

Como es de bien nacido ser agradecido pero lo bueno si breve dos veces bueno, voy a hacerle el favor a todos los implicados de no enrollarme. Así que gracias a:

1. Mi agente, Jordi Ribolleda, porque fue quien me convenció de que necesitaba un cambio de aires (de género) para volver a reencontrarme con mi escritura. Tenías razón.
2. Mi editora Clara Rasero, que buscaba un thriller con algo de humor y yo pues tuve que darle el circo entero. Sigo alucinando con que una editorial me pidiera escribir *justo* lo que me apetecía escribir, de normal hay que convencerlas prácticamente a punta de pistola.
   - Por extensión, gracias también a todo el equipo de Ediciones B, que fueron los mayores damnificados de que yo entregara el manuscrito chorrocientos meses tarde. Aparte de mí, claro.
3. Mis lectoras beta. En este caso repite Laura Morán y se estrena mi madre. A las dos les ha gustado, así que yo contenta. También tiene cabida aquí mi mejor amiga, Irene Blanco, por hacerme de apoyo emocional (y de psicóloga) durante todo el proceso de escritura, desde el primer boceto chusto hasta la última fecha de entrega.

4. Mi familia, por lo obvio. Mención especial esta vez a mi hermana mayor, que es la que sabe de pistolas y me resolvió muchas dudas.
5. Mis amigas, las cuatro de siempre: prometo no volver a preguntaros cuánto cobraríais por matar a alguien. O sí. Quién sabe.
6. Mis compas del mundo editorial, tanto las que publican libros como las que publican reels. Otro año más que me veis descender a la locura en directo. Por desgracia, pronostico que no será el último, pero creo que ya lo tenéis asumido.
7. Extrañamente, a mi (ex) jefe. Para cuando este libro salga publicado ya no estaré en nómina, pero me lo escribí entero con su beneplácito en la oficina durante mis pocos ratitos libres y, como otra de tantas autoras que han de compaginar sus historias con su trabajo asalariado, siempre apreciaré la flexibilidad y la libertad que me dio para sacarlo adelante.
8. A los químicos, informáticos, foreros y demás fauna de internet de quienes aprendí todo cuanto necesitaba saber para escribir esta historia. Por favor, que nadie pregunte de dónde me he sacado los precios de los encargos que no quiero ir a la cárcel.
9. A mis lectores, los nuevos y los veteranos. Sienta bien tener con quien compartir las, literalmente, voces de mi cabeza. Gracias.

El asesinato perfecto no existe.
El novio perfecto tampoco.



Julia y Tirso son una pareja normal. Bueno, en realidad la normal es ella: Tirso es una especie de 4x4 humano con brazos como toneles y un hoyuelo enternecedor que haría perder la cordura a cualquiera. Para Julia, cumple las dos cualidades indispensables del novio ideal: estar bueno y ser bueno.

Sin embargo, Julia acaba de ver a Tirso metiendo un cadáver en el maletero. O por lo menos algo que se le parece mucho. Y, aunque su primer instinto es tratar de autoconvencerse de que es imposible que el hombre de su vida sea un asesino, una pequeña parte de ella necesita salir de dudas. Al fi n y al cabo, nadie puede ser tan perfecto, ¿no?

El problema es que husmear donde no debe la expondrá a un triple peligro mortal:

1. Que la pille su novio, al que por supuesto se lo está ocultando todo.
2. Terminar envuelta en una yincana de asesinatos nada adecuada para una chica como ella.
3. Y la más arriesgada (y probable): que el verdadero Tirso no sea ideal, pero sí mil veces más atractivo, magnético e interesante que el anterior.

Irene Morales nació en El Tiemblo (Ávila) en 1992. Siempre interesada en el mundo del libro, estudió Periodismo y cursó el máster de Edición de la Universidad Autónoma de Madrid.

En 2020 publicó *Bajo el metal* con La Galera, editorial con la que repetiría en 2022 con *Tras tres soles*. Ambos títulos fueron incluidos en la selección anual de las mejores novelas juveniles de la OEPLI (Organización Española para el Libro Infantil y Juvenil) en colaboración con el Ministerio de Cultura.

Desde entonces ha escrito la trilogía Larga vida al rey (iniciada en 2023) y *Con la miel en los labios* (2026) de la mano de Umbriel Editores, obras que la han situado en el panorama fantástico nacional.

El novio ideal (Ediciones B, 2026) es su última novela.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Irene Morales
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Ilustración de portada: © Marga H. García

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8570-2

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

El novio ideal
Prólogo. El cadáver de San Valentín
1. La Julia del garaje
2. El coche nuevo
3. El perfil n.º 308
4. El Moli
5. Justos por pecadores
6. De 8:50:33 a 18:26:00
7. Tan poco Tirso
8. El vermut
9. Algo comprometedor
10. Estamos bien
11. El quid de la cuestión
12. D.E.P.
13. Pijamada
14. Chin chin
15. Políticas de cancelación
16. Takedown
17. Cuidado con el perro
18. Corazón que no siente
19. Algo que romper
20. Todo suma
21. Boeuf bourguignon
22. Círculo de control
23. Más vale prevenir…
24. … que curar
25. Cosa de familia
26. Tirar del hilo
27. Luna de miel
28. Cortar por lo sano

29. El puto Moli
30. Acorralado
31. La Copa del Rey de los sicariatos
32. La misma persona
33. Contrato de anulación
34. Tirso de Molina
35. Quien ríe el último
Epílogo. Aniversario
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Irene Morales
Créditos